

EL SÉPTIMO CÍRCULO

¡HAMLET, VENGANZA!

POR
MICHAEL INNES



Lectulandia

En el transcurso de la representación del drama shakespeariano, Polonio, oculto tras los cortinajes, muere de un disparo de pistola. En «¡Hamlet, venganza!», así pues, la ficción se funde con la realidad y el teatro isabelino con la novela policiaca dentro de la sorprendente y original estructura que la maestría de Michael Innes logra articular.

Lectulandia

Michael Innes

¡Hamlet venganza!

John Appleby - 2

El séptimo círculo - 34

Selecciones Séptimo Círculo - 14

ePub r2.0

Titivillus 10.01.16

Título original: *Hamlet, Revenge!*

Michael Innes, 1937

Traducción: María Antonia Oyuela

El séptimo círculo n.º 34

Portada de José Bonomi, retocada por Dr. Doa

Selecciones del Séptimo Círculo n.º 14

Portada de Alianza-Emecé, retocada por Orhi

Colección creada por Jorge Luis Borges y Adolfo Bioy Casares

Dirigida por Carlos V. Frías

Editor digital: Titivillus

ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

MICHAEL INNES

An Inspector Appleby Mystery

HAMLET,
REVENGE!

*'Michael Innes is in a class by himself among
writers of detective fiction'*

Times Literary Supplement

¡Hamlet, venganza!

Michael
Innes



Selecciones del Séptimo Círculo

de



1 PRÓLOGO

*Los actores han llegado, milord...
Mañana habrá comedia.*



1

CUANDO VAYA USTED en verano a pasar un día de fiesta a la campiña de Horton no deje de subir a la colina. La ascensión es fácil y el paisaje maravilloso. La colina es a un tiempo ciudadela y avanzada. Al norte domina las sutiles ondulaciones de las tierras bajas de Inglaterra, entre las cuales emerge; al sur, unos campos de labrantío, cercados a lo lejos por la cinta plateada del mar.

El pueblecito-mercado de King's Horton, ocho kilómetros más allá, está escondido en un repliegue del territorio; y también lo estaría la cercana aldea de Scamnum Ducis, a no ser por una fina red de humo gris azulado. Casi directamente por debajo, y más allá de una madura pompa de prados, jardines y parques de ciervos, se yergue el palacio de Scamnum con su magnificencia arrogante y, sin embargo, discreta.

No es, quizá, la más imponente de las imponentes casas de Inglaterra. Pero es una gran casa. Dos condados más lejos tiene una especie de hermanito menor en el palacio de Blenheim.

Con todo, visto desde la colina de Horton, Scamnum parece un extraño juguete.

La austera regularidad de sus fachadas, el verde inverosímil del césped que lo rodea, la perfección de sus jardines convencionales, cercados por los famosos setos en forma de escarpa, a imitación de Schönbrunn; todas estas cosas, en fin, dan un toque de mesurada fantasía a lo que pudo haber sido fácilmente un alarde ostentoso y extravagante.

«He aquí —parece decir Scamnum— el orgullo de las grandes fortunas; pero he aquí también la estricta severidad de una época de mentalidad clásica».

Si el señor Adisson hubiera vivido unos años más, habría otorgado su aprobación a la elevada mole; el señor Pope venía a admirarla secretamente, aunque luego se marchase para mofarse en veinte aniquiladores dísticos; y el doctor Johnson, cuando llegaba a tomar el té con el tercer duque, lucía siempre su chaleco más fino.

Porque toda esta ordenada inmensidad, esta seca regularidad de pilastras y parterres, ¿qué significado pueden tener, si no es la confirmación —en términos

materiales— de la verdad moral primaria del siglo XVIII, a saber: que la grandeza de la vida consiste en la riqueza sometida al decoro?

Esta es, en síntesis, la historia de Scamnum y de sus poseedores. Treinta años antes del nacimiento de Shakespeare, Roger Crippen, que vivía en Sheepside, cerca de la enseña del Halcón, había sido uno de los miembros de la banda de Thomas Cromwell. Individuo astuto, singularmente dotado para descubrir un fraude en un libro mayor, o para urdirlo cuando el caso lo requiriese, se elevó a medida que las casas religiosas caían. Sus hijos heredaron estas habilidades y sus nietos extremaron aún más su rigidez y clarividencia en la tradición de las finanzas. Cuando Isabel subió al trono, los Crippen dirigían ya casas de banca en París y Ámsterdam; y cuando Jacobo viajaba hacia el sur, los Crippen eran ya una potencia en el reino que aquél había heredado.

Llegaron luego las guerras civiles, y la familia se declaró a favor del rey. En el señorío de Horton se fundió platería por valor de miles de libras; y Humphrey Crippen, tercer barón de Horton, estaba con Ruperto cuando éste derrotó a la caballería puritana en Naseby. Pero como los banqueros no deben entusiasmarse, los Crippen vigilaban también los miles y miles de libras que, a través de los estrechos mares, fluían desde Holanda para los hombres del Parlamento y de la City, y no perdieron un penique en las dificultades económicas del Protectorado.

En tanto, ostensiblemente desterrados ellos mismos, financiaban con infinita paciencia los gastos de la desterrada corte, y en la época de la restauración, la familia Crispin volvió a sus lares para entrar en posesión de un ducado.

Desde que por primera vez fueron otorgadas armas de caballero a Roger Crippen, habían transcurrido sólo ciento treinta años.

Crispin seguía siendo, por lo demás, apellido de banquero.

Cimentado en negocios de banca, el palacio de Scamnum fue erigido en el momento propicio. La magnificencia de Horton no se limitó entonces a las anchas tierras de pastoreo que se extendían hacia el norte, sino que fue adquiriendo, posesión tras posesión, ricas tierras labradas hacia el sur. («Es imposible —habría comentado ambigualmente el actual duque— mantener un yate en tierra»). Y el yate, la enorme casa de Picadilly, la propiedad de Kinkrae en Moryshire, la villa de Rapallo, Scamnum mismo con su monstruoso tren («¿Manejar Scamnum con un puñado de criadas? ¡Vamos, vamos!...»), había exclamado el duque cuando cerró la posesión durante la guerra); todas estas cosas no eran sino cargas ínfimas sobre recursos administrados por los descendientes de Roger.

Porque los Crispin respaldan la producción carbonífera del Ruhr; los Crispin financian ferrocarriles en América del Sur; en Australia uno puede cabalgar días y días sin salir de los establecimientos ganaderos de los Crispin. Si se vende un cuadro en París o un cuero en Siberia, los Crispin cobran su parte; si compra usted un autocar o una entrada de teatro en Londres, los Crispin, de alguna manera, en alguna medida, obtienen un beneficio.

Y aquí, en la ventosa cima de la colina de Horton, el viajero puede reflexionar sobre todo esto desde arriba, y orientar sus pensamientos, según su particular idiosincrasia, en un sesgo filosófico, político o imaginativo.

Aquí está Scamnum. Un verdadero tesoro escoltado únicamente por los maravillosos dioses de mármol, inmóviles a lo largo de las anchas terrazas, o inclinados como narcisos sobre sus estanques ornamentales. Scamnum, intacto y sin custodia, símbolo del orden, de la seguridad y del imperio de la ley sobre este campo somnoliento. Esa gran ala del este es la galería de cuadros. Allí se exhibe el famoso Tiziano de Horton y el *Aquarium* de Vermeer, por el cual el último duque pagó una fortuna en Nueva York. Allí está también el paisaje de tormenta de Rembrandt, que el padre de la actual duquesa adquirió por diez chelines, en sus días de Dublin, en una librería a orillas del Liffey, y por el cual, diez años después, envió mil libras al andrajoso librero.

En el ala opuesta del oeste está el jardín de invierno. Alguna vez, en una noche de verano, se realizará allí un baile o una fiesta, y una larga hilera de altivas ventanas abiertas se recortarán sobre la oscuridad. Quizá entonces un labriego curioso, atraído por la caravana de automóviles que se deslizan majestuosamente a través del parque, trepe con su moza a la colina y, agazapados en el trébol, atisben ambos un mundo tan remoto como el del cuadro de Vermeer: delicadas figuras, enjovadas y mágicas, flotando sobre las terrazas en su propio ambiente. De cuando en cuando, según la dirección del viento, ráfagas de música llegarán tal vez a la colina. Será, a veces, una música extraña, y entonces el hechizo no se quebrará, la magia no se disipará. Otras, en cambio, será un sonido familiar de ortofónica o de radio; y el zagal y la muchacha, al recuperar una súbita conciencia de sí mismos, se sentirán incómodos.

Sin embargo, Scamnum ha comprendido, por lo general ampliamente, la necesidad de mantener inviolada la sugestión hipnótica de su mundo aparte. Quizá en alguna ocasión un duque de Horton asistió campechanamente a una comida de granjeros, o una duquesa paseó, riendo y charlando, por los alrededores de Scamnum. Pero todos han entendido que, fundamentalmente, deben ingeniárselas para mostrarse sólo a mucha distancia, y que conservarán su posesión si la mantienen —mágica, enjovada y remota— como un foco para la fantasía de miles de personas.

Todos somos, en cierto modo, duques o duquesas de Horton —he aquí la paradoja—, mientras la música siga siendo suficientemente extraña.

Desde la eminencia de Horton puede divisarse algo de la construcción principal de Scamnum y de su excentricidad arquitectónica. Porque algún duque del siglo XIX, rezagado partidario de la restauración romántica, hizo erigir aquí, anacrónicamente, un enorme monumento de estilo gótico académico, en forma de un salón construido sobre pilares. Tal cual está, es algo así como un vergonzoso secreto; salvo la parte superior, visible desde afuera, no se advierte su existencia sino desde algunas ventanas interiores de la casa; y se la advierte únicamente para lamentar, según todas las probabilidades, la famosa fuente que ha tapado. En la familia suele designársele

como «la locura de Peter», y más frecuentemente —haciendo gala de esa moderada ironía que los Crispin han asimilado con la tradición aristocrática—, como «el salón de banquetes».

Es un lugar un poco húmedo y mohoso, que da una penosa impresión de cristales empañados. Jamás se le ha encontrado empleo. O, por lo menos, no se le había encontrado hasta que la duquesa tuvo su idea, aquella idea que, inesperadamente, atraería sobre Scamnum la atención de toda Inglaterra y llevaría al pie de la colina de Horton enjambres de coches de excursión colmados de impacientes mirones.

Ahora mismo, extraños acontecimientos se preparan. Pero este perfecto mediodía de junio no sabe aún nada de ellos. Desde el palomar, más allá de la huerta, se eleva el más embriagador de los sonidos ingleses: las cornejas revolotean con perezoso ritmo sobre el camino de olmos, y una campana, en la lejanía, da las cuatro. Scamnum dormita.

En la colina, ningún turista, prismáticos en mano, perturba al rebaño que padece tranquilamente, ni especula sobre las actividades que agitan Scamnum. No hay nadie que pueda identificar al duque en la pequeña figura con *knickers* que conversa con un jardinero junto al vivero de los lirios; nadie que reconozca en el jovencito, impecablemente vestido con *breeches* y botas de montar que acaba de salir de las caballerizas, a Noel Ivon Merion Gylby, vástago de la casa; nadie que sospeche en la elevada figura que se pasea por la calzada de automóviles, a su antiguo preceptor Giles Gott, el eminente estudioso de la época isabelina; o en la hermosa muchacha que lo mira pensativamente desde una terraza, a *lady* Elizabeth Crispin. Nadie sabe tampoco que el infatigable personaje de la caja negra no es un fotógrafo del *Queen*, sino un filólogo americano; ni que el Rolls Royce que se acerca en este momento al pabellón de guardia por el lado del sur transporta nada menos que al lord canciller mayor de Inglaterra, que ha venido a compartir una excentricidad de su vieja amiga Anne Dillon, actual duquesa de Horton.

Scamnum, en estos momentos, ocupa, sin duda, la mente de muchas personas. Juiciosos jóvenes están estudiando sus planos en Liverpool. Un famoso *kunst historiker* da conferencias en Berlín sobre sus cuadros; su «vida», brillantemente escrita para un periódico vespertino, se vende por las calles de Bradford, de Morley y de Leeds. Scamnum es siempre «interés», pero ahora va a ser «noticia».

El Rolls Royce se lanza en este momento bajo el extraño puentecito que une los pabellones gemelos de la entrada y se precipita zumbando por la calzada de automóviles.

—... Y su señoría —dijo magnánimamente Macdonald— tendrá tantas rosas como quiera para el salón del banquete.

—Bien —aprobó el duque, ocultando la conciencia de una victoria inesperada—. Y ahora veamos...

Consultó unas notas que traía escritas en un sobre.

—¡Ah, sí! Alverjillas. Bastantes alverjillas para llenar los jarrones Ming del salón grande.

—¡El salón grande!

Macdonald estaba estupefacto.

—El salón grande, Macdonald. Será una gran fiesta, ¿sabe? Todo un acontecimiento.

—Veremos —gruñó Macdonald.

—Y... Hum... Otra cosa: la comida se servirá en la galería principal...

—¡La galería principal!

—Vamos, vamos, Macdonald... Una gran comida, ¿comprende? Alrededor de ciento veinte personas.

Macdonald reflexionó.

—Estoy pensando, dicho sea con el debido respeto, que más parecerá el salón de un transatlántico que una comida de la nobleza según las reglas del buen gusto contemporáneo de que tengo noticia.

Macdonald era una de las curiosidades de Scamnum. «¿Conoce usted a nuestro autoritario escocés?», solía preguntar alegremente la duquesa. Y el visitante favorecido era conducido al jardín e insinuado cautamente en la presencia y en la conversación del jardinero jefe. «De todas maneras —pensaba ahora el duque—, Macdonald puede resultar muy cargante».

—Sea de ello lo que fuere —dijo por fin el duque, y se apoyó inconscientemente en la que había sido la frase de su celebrado discurso en la Cámara de los Lores en 1908—, sea de ello lo que fuere, el hecho es, Macdonald, que necesitamos claveles.

—Si su señoría me permite —intervino Macdonald ominosamente—, tenía el presentimiento de que serían claveles.

—Claveles. En la galería principal se dispondrá una sola mesa larga, y se han seleccionado treinta jarrones de plata...

—Treinta —repitió Macdonald como si los recontara lentamente.

—... para ser llenados con claveles rojos.

—¡Horton! —exclamó Macdonald con energía—. ¡Eso no puede ser!

Cuando Macdonald acudía a esta feudal y espantosa imprecación, sin duda mucho más adecuada en su propia tierra, la situación era, evidentemente, crítica.

Y el duque había estado esperando esta crisis toda la tarde.

—No puede ser —continuó Macdonald, razonando con gravedad—. Su señoría debe considerar que si invita a ciento veinte personas a comer en su galería principal, yo tendré que soportar ciento veinte personas que pisotearán mis invernaderos en seguida. Y también debe admitir que la demanda es excesiva: todos los salones y los cuarenta dormitorios, sin contar las flores que las sirvientas principales sacan a mis ayudantes en cuanto vuelvo la espalda. Además, opino —prosiguió, pasando súbitamente de su actitud razonable a una posición extrema— que el lugar apropiado

de las flores no es, en modo alguno, el interior de las casas. Bajo el cielo y entre los cristales, con sus raíces bien hundidas en la tierra, así es como mejor están las flores.

—Vamos, vamos, mi querido Macdonald...

—No digo que no haya una manera de salir del paso. ¿Su señoría conoce tal vez *Las florecillas silvestres de Shakespeare* de Mrs. Hunter?

—No; no las conozco.

—Ni falta que hace. No es una obra para gente instruida. Pero está en la biblioteca y puede convencer a su señoría.

—Vamos, vamos, Macdonald...

—Esas flores silvestres de Shakespeare, a lo largo de la extensa mesa, serían más apropiadas que mis claveles cultivados. Piense en eso su señoría, y mandaré a mis chicas a la puerta sur, a buscar en los bosques todas las que hagan falta... En treinta jarrones de plata —agregó con entusiasmo— harán un efecto realmente precioso.

La respuesta evasiva del duque reveló que perdía terreno.

—Por mi alma, Macdonald, no sabía que era usted un estudioso de Shakespeare.

—Shakespeare, señoría, era entendido en el arte de la jardinería, y es conveniente que un jardinero jefe sea entendido en Shakespeare. Sólo en esa pieza que están montando ahora hay once imágenes relativas a la jardinería.

—¿Once?... ¡Demonio!

—Once, señoría. Dos sobre las malas hierbas; otras dos sobre la gangrena de los árboles; tres sobre los frutales, y otras sobre la rosa, la violeta, las espinas, los injertos, y sobre el arte de cortar flores de las plantas, *cosa que no debe hacerse nunca*. Está en el nuevo libro del profesor Spurgeon.

—¡Ah, sí! —comentó imprudentemente el duque—. ¡Muy ingenioso ese Spurgeon!...

—Es una señora de mucho talento.

Poderosa, precisa, célebre como era en todo el mundo, la firmeza de Crispin quedó pulverizada. Pero al llevar esta entrevista a un desenlace triunfal, ¿captó Macdonald, con su metafísica mentalidad escocesa, la profunda ironía de todo el episodio? ¿Observó el oculto poder que acechaba tras la mirada del duque, dura como el acero?

Se alejó renqueando por la calzada, hacia la entrada sur.

El Rolls se detuvo. Lord Auldearn apareció detrás de su impasible chófer, e hizo un ademán teatral a Giles Gott, que se acercaba.

—¿Está por aquí el llamado castillo de Barkloughly?

Gott le estrechó la mano con la reverencia que se usa para saludar a un conocido que guarda en el bolsillo la autoridad del rey. Luego respondió sonriente:

—He ahí el castillo, detrás de aquel grupo de árboles.

—¿Guarnecido con trescientos hombres, según he oído decir?

—En la actualidad a la espera de ser equipado con trescientos huéspedes, según presumo. Todo se agranda en manos de la duquesa.

—¡Adelante! —ordenó el lord canciller con inconsciente autoridad; y cuando el coche volvió a ponerse en movimiento, suspiró—. Temía algo así. Anne siempre eligió para pintar la tela más grande. Un error que su padre no cometió jamás.

—¿No manejaba ella al viejo Dillon?

—Creo que sí; al menos en la medida en que una mujer inteligente puede manejar a un genio. Lo hizo perseverar en su carrera de retratista, eligió el momento preciso para hacer capitular a la Academia, y otras cosas por el estilo.

Lord Auldearn hizo una pausa.

—Me parece que conozco mi papel. ¿Cuál es el suyo?

—Soy el director. He construido una especie de teatro isabelino.

—¡Dios misericordioso! ¿Dónde?

—En la sala de banquetes.

—Un agujero húmedo y mohoso. Entonces es que el asunto va en serio: un experimento resonante para poner en escena a Shakespeare... Y un enjambre de colegas suyos al acecho, ¿no?

—Una bandada de ellos llegará esta noche. Creo que un americano ha llegado ya. La duquesa nunca toma nada totalmente en serio, pero está trabajando muchísimo.

—Así lo hizo siempre. Trabaja en secreto durante semanas para lograr el efecto de un minuto. Pero ese minuto ha de ser perfecto. Un perfecto absurdo de un minuto, tal vez. Así es como llegó a esto. ¿En qué trabaja? ¿En el vestuario?

—Nada de eso. Ha estado estudiando los textos. Ha sacado el *in quarto* de la biblioteca de Horton y ha conseguido en alguna parte que le presten el primer *in folio*. Temo que haya llevado su entusiasmo hasta hacer anotaciones en los márgenes. Y ha estado estudiando también la tradición escénica. Las crónicas sobre Garrick la han impresionado mucho, especialmente los comentarios de la escena en que ve al fantasma por primera vez. Está lista para traer a Melville Clay en su lugar.

—¡Traer a Clay! —rió lord Auldearn entre dientes—. ¡Esa sí que es buena! Éxitos ruidosos en Londres y Nueva York, para que una mujer lo traiga luego a dar una representación privada. ¿Por qué habrá aceptado?

La pregunta, formulada de improviso, hizo reflexionar a Gott.

—El hechizo de Scamnum... —sugirió, por fin.

—Hum... —murmuró el lord canciller. Y un momento después añadió...— ¿Y cómo ha tomado Elizabeth la cosa? Toda una emoción representar con Clay, ¿no?

—Sin duda —respondió Gott.

Hubo un instante de silencio mientras el coche aminoraba la marcha. Macdonald, al pasar, se llevó la mano al sombrero respetuosamente.

—¿Y Teddy? ¿Qué piensa Teddy de las dimensiones que está tomando el asunto? —dijo lord Auldearn continuando su interrogatorio.

Gott pareció dudar.

—No puedo imaginar lo que piensa el duque sobre esto o sobre cualquier otra cosa. Soy pariente lejano de los Dillon, como usted sabe, y puedo interpretar a la duquesa, pero el duque me intriga. No me gustaría hacerlo figurar en una novela; por lo menos, en primer plano. A cierta distancia, tal vez lograra con él un bonito efecto convencional; pero un análisis de carácter me resultaría perturbador.

Lord Auldearn rindió a estas observaciones el homenaje de unos instantes de silencio. Después hizo otra pregunta:

—¿Escribe usted novelas?

«¡Maldito sea!», pensó Gott, refiriéndose al más distinguido abogado de Inglaterra. Y respondió con cortés laconismo:

—Bajo seudónimo.

Pero el lord canciller, vagamente intrigado, no se dio por vencido.

—¿Con qué seudónimo? —inquirió.

Gott se lo dijo.

—¡Demonios! ¡Historias de misterio!... Bueno, supongo que están de acuerdo con los trabajos de investigación que realiza habitualmente, como podrían estar de acuerdo con los míos. ¿Y qué está escribiendo ahora? ¿Piensa extraer alguna historia de las actividades teatrales de Scamnum?

—Creo que difícilmente podría ser una historia de misterio —replicó Gott. «Lord Auldearn —reflexionaba— no quiere mostrarse impertinente; es sólo viejo y sociable». Pero se sentía cohibido ante cualquier alusión a esta debilidad suya. Y quizá con un oscuro deseo de desviar la atención hacia otra parte, se inclinó sobre una bolita de papel estrujado que había visto en un rincón del automóvil.

—¿Qué es eso? —preguntó lord Auldearn.

Gott alisó el papel, y se quedó mirando, perplejo, las tres líneas escritas a máquina en una página blanca.

—Más Shakespeare —dijo—, como nuestro saludo de hace unos minutos. Pero no es de *Ricardo II*, sino de *Macbeth*.

Lord Auldearn se sintió de nuevo vagamente intrigado.

—Lea —pidió.

Y Gott leyó en voz alta:

*El cuervo mismo enronquece
al anunciar con su graznido
la fatal entrada de Duncan en mi castillo.*

El Rolls se había detenido. Scamnum se erguía ante ellos.

—Muy curioso —comentó lord Auldearn.

Eran las siete y media. Noel Gylby estaba sentado en la terraza oeste y dividía su atención entre un coctel, el *Handley Cross* y la persona de su ex preceptor, que, con

un breve «¡Hola, Noel!», se había acercado a contemplar el principio de una gloriosa puesta de sol con mirada abstraída y cierto matiz de desaprobación en la actitud.

—Habrà una fiesta decente en Kinrae para el doce —decía ahora Gylby—. El año pasado la tía Anne tomó el asunto por su cuenta, y los brezales tenían el aspecto de un campo de maniobras. Pero esta vez el tío Teddy se impuso.

—¿Ah, sí? —dijo Gott.

—Piensa invitarlo —prosiguió Noel, inclinando el *Handley Cross* para mirar una ilustración—. ¿Irà?

Gott sacudió la cabeza.

—Creo que estaré en Heidelberg —contestó secamente.

—Hum...

Noel había sido un impresionable y atento observador de las maneras del lord canciller a la hora del té. Después de un silencio, añadió:

—Tengo que comprar otra escopeta.

En el lenguaje técnico de su generación, Noel era lo que se llama un «esteta». Su conversación corriente se parecía mucho a la de los demás poetas jóvenes. Dirigía uno de sus periódicos; escribía sesudos editoriales para discutir a André Breton y a Marianne Moore, y se rumoreaba que había asistido a un té con Mr. Ezra Pound. Pero en la atmósfera de Scamnum, algún proceso atávico reclamaba sus derechos sobre él, y tomaba el color del lugar, o lo que una imaginación viva lo predisponía a sentir como el color del lugar. Leía a Surtees y a Beckford; tomaba notas de la obra de Farquahrson acerca del caballo; discurría sobre el cuidado de las cuadras con el caballero mayor, y se pasaba horas enteras en secretes con el tuerto de la sala de armas.

—Serà una de media chispa, creo —dijo Noel; y, como no encontrara eco, sugirió después de unos instantes—: ¿Por qué no toma usted un coctel?

—Por costumbres, supongo. Los viejos caballeros de Saint Anthony no beben cócteles antes de las comidas, y yo he adquirido la misma costumbre. Estoy en una edad en que los hábitos van ganando en importancia, Noel.

Este le miró gravemente.

—Presumo que está llegando a ella —dijo—. ¿Cuántos años tiene?

—Treinta y cuatro.

—¡Caramba! —exclamó Noel—. Pronto tendrá usted cuarenta.

—Muy pronto —ratificó Gott con frialdad.

—Yo pensé que usted... —empezó Noel, pero se interrumpió ante la aparición de un personaje vestido de etiqueta, en el extremo de la terraza.

—Aquí está su colega Bunney. Voy a dejar juntos a los sabios. Una conversación sobre los puntos y comas de Shakespeare les vendrá muy bien.

—¿Mi colega qué?

—Bunney. El doctor Bunney, de Oswego, Estados Unidos, que se muere por conocer a un miembro vivo de la Academia Británica. Supongo —agregó Noel

inocentemente— que eso significa algo, aun a los treinta y cuatro años. Bueno, hasta luego, papá Gott.

Y Mr. Gylby se marchó precipitadamente.

Gott miró con aprensión la figura del doctor Bunney, que se acercaba. El hombre llevaba una voluminosa caja negra, que colocó sobre una mesa para adelantarse con la mano extendida.

—¿El doctor Gott? Encantado de conocerle. Mi nombre es Bunney. Bunney, de Oswego. Somos compañeros en un amplio campo de trabajo. *Floreat scientia*.

—Mucho gusto. Tiene usted razón —respondió Gott, y asumió esa expresión comprensiva, encantadora y encantada, que es la defensa del inglés en estas ocasiones.

—¿Ha venido usted por la representación?

—Por la fonología de la representación —corrigió el doctor Bunney; después movió un resorte de la caja negra y requirió plácidamente—: Diga *bunchy, cushiony, bush*.

—¿Cómo?

—No. *Bunchy, cushiony, bush*.

—¡Oh! *Bunchy, cushiony, bush*.

—Y ahora: «el inimaginable toque del tiempo».

—«El inimaginable toque del tiempo» —repitió Gott con la indignación reprimida de un devoto de Wordsworth, constreñido a blasfemar.

—Gracias.

Bunney hizo girar una llave. Instantáneamente la caja negra prorrumpió a hablar: «Diga *bunchy, cushiony, bush*. ¡Oh! *Bunchy, cushiony, bush*. Y ahora: «el inimaginable toque del tiempo». «El inimaginable toque del tiempo». «Gracias», terminó grotescamente la caja negra.

Bunney exultaba.

—Este es el dictáfono de alta fidelidad de Bunney. Después —agregó por vía de explicación— todo quedará grabado.

—¿Grabado?... Por supuesto.

—Grabado y analizado. Muchas gracias, doctor Gott, por este nuevo testimonio de esa cooperación amistosa sin la cual la ciencia no podría avanzar. *He paideia kai tes sophías kai tes aretés meter*. ¿No hay bebidas?

—El coñac y los cócteles están en la biblioteca —y mientras Bunney desaparecía, Gott musitó a su vez en griego—: *Brek-ek-ek-ex! Ko-ax! Ko-ax!* —y repitió—: *Brek-ek-ek-ex! Ko-ax! Ko-ax!*

—Giles, ¿ha puesto usted un huevo, o qué?

Lady Elizabeth Crispin estaba en la terraza con una cereza oscura ensartada en un pincho de coctel.

—Le estaba diciendo a un conejo lo que las ranas piensan de él —respondió Gott sibilinamente; y se lanzó con esfuerzo a una desdichada explicación académica—:

Aristófanes...

—¡Aristófanes! ¿No basta Shakespeare por el momento?

—Me parece que sí. Shakespeare, y Bunney por añadidura.

—Así que se trataba de Bunney. ¿Ha empleado con usted la caja negra?

—Sí. *Bunchy, cushiony, Bunney*. ¿Cómo llegó a esta casa?

—Mamá se lo encontró en una fiesta. Le aplicó la caja negra y ella se sintió intrigada. Va a grabar toda la función para dar una conferencia sobre vocales, consonantes y fonemas cuando regrese a su patria. Pero mamá teme que parezca algo siniestro.

—¿Siniestro?

—El espía vestido de negro, o algo así, grabando secretos de Estado. Tome esta cereza, Giles.

Gott mordisqueó la cereza. *Lady Elizabeth* se encaramó a la balaustrada de piedra oscura.

—Otra puesta de sol repugnante —dijo.

—¿Verdad que sí? —exclamó Gott, entusiasmado por esta afinidad de pareceres.

Pero Elizabeth volvía ya al tema del americano.

—Supongo que Bunney le citó a griegos y latinos y le habló del progreso de la ciencia.

—Sí.

—¿Y usted le miraba con el cortés asomo que conviene a un caballero de Saint Anthony?

—Sí... Es decir, ¡no!

—Querido Giles, todo esto debe ser terriblemente violento para usted... ¡Rebajar a Shakespeare para diversión de unos salvajes! Es usted demasiado complaciente para con nosotros.

—No es rebajarlo. Todos van a actuar con notable seriedad. Además, quiero ver a Melville Clay en algo parecido a un escenario isabelino. Y, sobre todo, quiero verla a usted.

Elizabeth adoptó una postura graciosa, en la que podía contemplar sus sandalias doradas.

—Desearía que cerca de trescientas personas no vinieran con ese último propósito. ¡Qué mentalidad morbosamente eduardiana es la de mamá! ¿No le parece?

—La edad no puede con ella —admitió Gott.

—Sí, ya lo sé. Es maravillosa. Pero ¿quién que no tuviera una mentalidad eduardiana hubiese pensado en celebrar el vigesimoprimer cumpleaños de su hija vistiéndola de raso blanco para que un ídolo del teatro le hable impúdicamente, haciéndola ahogar y enterrar para causar sensación en la nobleza y la intelectualidad del condado?

Había espetado este ardiente discurso sin tomar aliento.

Gott pareció sorprendido.

—Usted no se opone, realmente, ¿no es verdad, Elizabeth?

Ella se descolgó de la balaustrada.

—En absoluto. Creo que me divierte. Clay es un buen mozo.

—Y extraordinariamente simpático.

—Sí —asintió Elizabeth—. Y espero actuar de modo que merezca su aprobación, Giles.

—¡Criatura irónica!

Gott se había levantado de su silla.

—Cerca del vivero de los lirios antes de la comida, Elizabeth —invitó. Y juntos bajaron los anchos escalones.

Al volver, encontraron a Noel que agitaba una carta hacia ellos.

—¡Giles, Elizabeth! ¡La Mano Negra!

Elizabeth le miró sorprendida.

—Querrás decir la caja negra, muchacho.

—Nada de eso. La Mano Negra. Algo por el estilo de la sombría especialidad del tío Gott: «Preparándose a dar el golpe»..., etc.

Gott comprendió.

—¿Ha recibido usted un papel escrito a máquina?

Noel sacó del sobre una hoja de papel y la tendió a Elizabeth. Los tres la miraron.

*Y en sus oídos musiten mi espantoso nombre,
Venganza, que hará estremecer al estúpido ofensor.*

—De *Tito Andrónico* —dijo Gott.

—Una broma bastante molesta —concluyó Noel.

Lejos de todo esto, estaban cerrando el parque de Saint James.

La llamada sonó melancólica como aquella del Arcángel desterrando a los primeros hombres del Edén, y flotó débilmente a través de la ventana abierta.

El secretario privado del Parlamento, mirando oblicuamente por encima del parque, podía echar una ojeada al lugar de su antiguo empleo. Él y *sir* James habían franqueado juntos esa verja... Pero había sido una ascensión agitada. Sus dedos tamborilearon en el alféizar de la ventana.

—Estará aquí dentro de pocos minutos —dijo, impasible, el secretario permanente.

—¿En una maleta?

—Hilfers lo trae... Croydon.

—¡Oh!

El secretario del Parlamento estaba francamente perplejo e impresionado.

Hubo un silencio, quebrado al fin por unos pasos que resonaban en el largo corredor. Entró un escribiente de edad madura.

—El capitán Hilfers está aquí, señor.

—Habrá que llevarle a la Oficina de Interpretación para que lo descifren —dijo bruscamente el secretario permanente, y tomó el teléfono—. Convocaremos a los grandes, aunque interrumpamos su comida.

El secretario del Parlamento pareció animarse un tanto.

—Por supuesto, deben venir inmediatamente —asintió en tono solemne.

El primer ministro resumió las deliberaciones de una hora.

—Llamen a Auldearn —dijo.

—Auldearn está en Scamnum —contestó el secretario del Parlamento.

—Llamen a... Como se llame —continuó el primer ministro.

—Llamen al capitán Hilfers —interpretó el secretario permanente por teléfono.

El crepúsculo estival se cierra sobre la colina de Horton.

Los rebaños proyectan su sombra sobre los declives.

Hacia el norte, la suave pendiente afila su contorno, y abajo Scamnum intensifica su misterio. Sus múltiples luces dibujan en el aire una ciudad fantástica. Su vaga silueta parece la proyección de toda Europa, tal como se ve, desde una altura supraterrrestre, en la obertura de *Los dinastas*.

También aquí hay espíritus. Espíritus irónicos y malignos que miran hacia Scamnum todas las noches.



2

HUBO UN TIEMPO en que los grandes cuadros de Anne Dillon fueron famosos. Lionel Dillon, que se movía inciertamente en medio de la sociedad alegre, exuberante y heterogénea congregada por su hija en la casa de campo de Hampstead, parecía haberla dotado de un criterio meramente cuantitativo. El suyo, por el contrario, era austeramente cualitativo en aquellos días. Podía permanecer preocupado y taciturno frente a un solo cuadro durante un año entero, sin considerar perdido un solo minuto de los pasados así. Era incapaz de otra cosa, salvo alguno que otro ocasional acceso de bebida y violencia, inmediatamente seguido de confesión, propósito de enmienda y renovada concentración después.

Pertenecía a la época inmediatamente anterior al 900. «No debe hacerse nada para llamar la atención», era el tema habitual de sus apacibles divagaciones. Y cuando pintaba, lo hacía en una indumentaria idéntica a la que había usado su padre, el procurador de Dublin.

Anne, que antes de cumplir los veinte años se hizo cargo del viudo, debió cambiar todo esto. No era un espectáculo para el siglo que declinaba, y resultaba peligroso por añadidura.

El aguardiente una vez por mes había sido una Cleopatra fatal para la generación de su padre. Desterró el aguardiente de su vida, y en compensación le hizo entablar más íntimas y respetables relaciones con el clarete.

—Dillon —solía decir (porque explotaba todas las minucias en el culto del genio) — ha nacido en una época de bebida plebeya.

En consecuencia, lo proveyó de su vasito diario, que, con la práctica, llegó a estirarse hasta las tres cuartas partes de la botella. Pero en lo referente al clarete, no usó un criterio cuantitativo: era el mejor que se podía comprar en Londres, y entraba en la bodega dos veces por año, con la mayor regularidad, aunque el alquiler o la modista Anne tuvieran que esperar por esta causa.

Y el clarete dio sus frutos.

Las ideas sombrías desaparecieron del lienzo, sustituidas por el trazo fácil y

seguro que fue aclamado como maravilloso en Londres, Glasgow y París. Lionel Dillon sabía, a pesar de todo, que aquellos primeros estudios serían algún día los más cotizados, pero no protestó. Y el cambio no fue del todo obra de Anne. Él ya había sentido el tirón de la cadena: conocía por igual el nivel a que había aspirado y el nivel que podría alcanzar en lo sucesivo.

Por lo demás, la ortodoxia, que se le impuso como una revelación en Toledo, seguía siendo heterodoxia en Inglaterra... Y bastante atrevida, por cierto, en relación con la pintura cultivada por Anne.

El período de las grandes reuniones había sido la etapa crítica.

Reunir a personajes de la bohemia menos distinguida, conseguir que se interesasen entre sí, imbuirles urbanidad, confianza mutua y equilibrio por el término de una noche, había sido una ruda tarea. Y por demás dispendiosa, aunque el champaña no fuera legítimo y se acompañase tan sólo con galletitas surtidas.

Pero dio sus frutos también.

Por mera ley de proporcionalidad, se deslizaron en estas fiestas algunas de las notabilidades a punto de surgir.

La selección vino después.

Quizá el cambio se produjo a partir del célebre «banquete de la Academia». Pudo haber fallado como un cohete húmedo, y resultar un fiasco del peor gusto imaginable. El cómputo de probabilidades parecía indicarlo, pero Anne lo impidió.

Significaba gran estudio y no poco trabajo la perfección con que doce jóvenes escogidos caracterizaron al venerable presidente de una solemne institución inglesa: doce barbas nevadas, doce cortesanas reverencias.

Anne conservó siempre la cabeza. Vetó la exuberante iniciativa de algunos de que el verdadero presidente fuera introducido de incógnito en la fiesta, y encerró con toda energía, en el cuarto de baño, a una joven actriz que se presentó brillantemente caracterizada como la vulgar esposa del presidente.

Dillon y Max Cope, su amigo del alma, cada uno en su estilo, improvisaron para la ocasión dos brillantes parodias de los más discutidos «cuadros del año». Y un acaudalado *marchand* londinense, al olfatear algo en el aire con el instinto de su oficio, compró allí mismo esos juguetes a precios muy superiores a los que se habían pedido por los originales en Burlington House.

El asunto fue mantenido en la sombra, aunque medio Londres compartiera el secreto, y señaló simultáneamente la culminación y el final del período de Hampstead; la «época de las representaciones teatrales», como Dillon se complacía en llamarla.

El 900 llegó y pasó apaciblemente. Se comentaba el comedor blanco de Wilde, demasiado hermoso; más tarde apareció Whistler; y Lionel Dillon se hizo conocer bajo estos deslumbradores estímulos como un brillante conversador de salón.

Los encargos de grandes retratos llegaron después. Se organizó, con todas las reglas del arte, el asalto al «gran mundo»; y el asalto del «gran mundo» se produjo en

seguida. Dillon empezó a frecuentar las grandes mansiones de Londres. Su ascensión fue semejante a la de lord Tennyson. Gracias a dos buenos cuadros enviados a la Europa central y a su frecuentación de las fiestas honradas por la nobleza, llegó a moverse en una aureola resplandeciente.

Finalmente se produjo el concordato con la Academia, y, más o menos por la misma época, el compromiso de Anne con el marqués de Kinkrae, heredero del duque de Horton.

Esto no quiere decir que Anne Dillon fuera una advenediza. Siempre había sido una criatura fundamentalmente desinteresada. Un ingenio famoso la había definido una vez como sacerdotisa del Espíritu Cómico, dinámica en la ebullición de sus farsas secretas. Con estos antecedentes su elección debió ser forzosamente limitada.

Cualquier familia medianamente distinguida, cualquier casta profesional, cualquier linaje del continente, la hubieran descartado en el acto. Sólo la más alta nobleza de Inglaterra podía aceptarla. Y si se encumbró en Scamnum hasta una altura insospechada, siempre conservó algunos rasgos de sus días difíciles.

Estaba ahora sola, de pie al lado del piano, comparándose mentalmente con la jovencita pintada por Whistler, que la miraba, también de pie, al lado de otro piano, desde un cuadro, colgado en la pared.

La proporción era la misma en ambas figuras, porque lo que el tiempo había suavizado y atenuado en la de carne y hueso, lo había suavizado y atenuado en la tela, muchos años antes, el arte fino y respetuoso del pintor.

Y aun ahora, la vida debía ser, para la duquesa, delicadamente extravagante, con audaces toques de comedia de cuando en cuando.

Esos períodos bufonescos eran quizás una concesión, en menor escala, a la exigencia atávica del Dillon bebedor de aguardiente. La travesura actual era un ejemplo de ello: un desliz, meticulosamente elaborado, ante el cual el mismo mundo de Scamnum tendría que hacer la vista gorda. Exactamente el tipo de farsa que hubiera podido organizar en los tiempos de Hampstead, con su padre al lado, tan pronto secundándola como poniéndola en ridículo.

Pero Lionel Dillon había muerto hacía ya diez años, y no quedaba nadie de su generación, excepto lord Auldearn y Max Cope, ahora un viejo chocho, de nevada barba, que había venido a prestar su concurso pintando tal vez su último cuadro para la Academia: *La tragedia de Hamlet, representada en Scamnum Court*.

La función se celebraría tres días después. Los invitados habían acudido intermitentemente en el transcurso de la tarde, y, minutos antes de la comida, la duquesa estaba todavía atareada con las presentaciones.

—Diana, éste es Charles Piper, que le va a interesar enormemente. Charles, Proust hizo figurar a un primo de *miss Sandys* en *Sodoma y Gomorra*, ¿no es así, Diana? ¿O es que no se lo permitieron? Ya se lo contará ella misma. Diana,

averígueme todo lo referente al último libro de Mr. Piper. ¡Oh! ¡Miren al pobre doctor Bunney!

Bunney, que después de una ardua lucha de conciencia había resuelto, por lo visto, que la caja negra resultaría impropia en esta ceremonia, estaba de pie al lado de la chimenea, despojado de toda razón de existir.

—Venga, doctor Bunney, y permítame que le presente a Timothy Tucker, ese caballero extraordinariamente elegante que está en aquel rincón. Es el editor de los libros de Piper... Mr. Tucker, le presento al doctor Bunney, que se interesa apasionadamente por los problemas fonéticos, como usted.

La duquesa hizo un ademán imperioso al sorprendido editor, que se lanzó inmediatamente a un tema del que no sabía una palabra. Tales gimnasias mentales se exigían en las fiestas de Scamnum como la cosa más natural.

—¿Qué piensa usted —preguntó Tucker gravemente— de la última escuela alemana?

La pregunta tenía un noventa y nueve por ciento de probabilidades de ser apropiada. Bunney estaba encantado. Por este cauce la conversación siguió fácil y eficiente.

Melville Clay, el hombre más apuesto del grupo, fue presentado a lord Auldearn formalmente y sin comentarios.

Gott estaba al lado de una ventana, escuchando de boca de Max Cope chispeantes reminiscencias de Beardsley, que el viejo desgranaba con su voz chillona.

Gervase Crispin, un caballero de cierta edad, primo del duque, departía con una extraña señora americana y con sus dos hijas mellizas, desconcertantemente idénticas.

Elizabeth había sido enviada en calidad de embajadora ante un hombrecillo de tez morena —uno de los últimos hallazgos de su madre— para insinuarle en qué medida podría discutir de política con el lord canciller, sin incurrir en incorrección.

Noel conversaba con Ana Merkalova, una rusa amiga de Gervase, en el pulcro francés que cuadra a un futuro diplomático, mientras lanzaba miradas venenosas, por cierto muy poco diplomáticas, a Mr. Piper, que conversaba gravemente con *miss Sandys*.

El duque iba de un lado a otro amablemente, calculando para sus adentros la posible extensión de la mesa. Detestaba las comidas en que no podía tener a su mujer bajo vigilancia, y en las que era imposible una conversación general. Hasta ese momento, ¡gracias a Dios!, se trataba de una reunión reducida, pero una nueva tanda llegaría en el último tren. Mientras tanto, era presumible que le hubieran endosado como compañera de mesa a la viuda de las mellizas. Se acordó, muy a tiempo, de que había olvidado su nombre, y se dirigió apresuradamente a su mujer para que le refrescara la memoria.

La dama se llamaba Mrs. Terborg.

En ese instante, el minuterero del reloj-rinconera holandés quedó horizontal: era las

ocho y cuarto.

Bagot, el venerable mayordomo de Scamnum, apareció en una larga perspectiva de puertas abiertas. El duque se encargó de conducir a Mrs. Terborg sin más dilación.

Noel se desembarazó de Ana Merkalova sin esperar a que esta dama fuese encomendada a Bunney y cruzó la habitación a toda prisa. Pero ya era tarde, Mr. Piper y *miss* Sandys, sin interrumpir su charla, se dirigían juntos al comedor ante una indicación de la duquesa.

Timothy Tucker y Melville Clay se habían repartido las mellizas.

Elizabeth seguía a cargo del hombrecillo moreno, con la misión de vigilar el «pienso» especial del asiático, según explicó Noel a Gott, al regreso de su infortunada expedición.

Ambos, con Gervase Crispin y Max Cope, se encaminaron al comedor como solteros familiares de la casa, momentáneamente superfluos.

Seguía la duquesa, con lord Auldearn.

—Galletitas surtidas, Ian —dijo la duquesa—, y champaña, aunque no de Reims...

El lord canciller siguió la broma:

—Y un barril de manzanas en el estudio para los que están en el secreto.

Ante la duquesa de Horton, lord Auldearn mostraba lo que todavía ocultaba ante el mundo con tenaz empeño: que era un hombre suavizado y apaciguado ya por el éxito, y que empezaba a deslizarse hacia esa actitud final, nostálgica y remota, tolerante y, sin embargo, crítica, con la cual los que han hecho carrera en el mundo se disponen a despedirse de él.

Y como lo ligaba a Anne Dillon una larga y discreta amistad sentimental, podía confesarle a ella sus sentimientos, mejor que a otro cualquiera.

—No habrá ya muchas manzanas para mí en la vida —dijo, dando a las manzanas cierto ambiguo significado extraído de alguna remota alusión literaria—. Ni tampoco mucho Shakespeare. Tal vez un año con Horacio y Chaucer, y luego una cacería a través del Hades, en busca de algunos pocos y afables fantasmas familiares.

—Aquí no pensamos en usted como en un fantasma, Ian. Ya ve que le hemos dado el papel de un viejo lúcido y animado.

Lord Auldearn movió la cabeza.

—Un gracioso de pantomima, una figura para hacer reír. Y Polonio se convierte en un fantasma antes que acabe el drama.

La duquesa oprimió su brazo.

—Eso nos pasará a todos —replicó—, salvo al joven Charles Piper, que debe vivir para escribir muchas concienzudas novelas más.

Piper iba a hacer el papel de Horacio.

—¿Sabía usted que Gott escribe novelas?

—Sí. Pero se avergüenza de ellas porque no son concienzudas. Piensa que son tiempo robado a este asunto de los textos antiguos. A propósito: he estado

ocupándome de esas cosas para la representación, y me parecen un trabajo casi inmoral. Tengo la impresión de que talentos tan sutiles debieran estar en un ministerio.

—Mi querida Anne, ¿con cuánta seriedad ha llegado usted a considerar la carga del gobierno! ¿Qué le parecería la idea de seducirme y alejarme por una semana de los negocios de Estado? Pero esos asuntos requieren eventualmente las aptitudes de Gott. Es raro, pero no hay nadie tan capaz de urdir un sólido y coherente sistema de mentiras como uno de esos investigadores profesionales de la verdad. Cuando hace falta propaganda, el profesor universitario es maestro en ella.

—Mentiras conmovedoras —continuó la duquesa—. ¿Ha oído usted las explicaciones de Gervase sobre su amiga rusa?

Y se volvió para distribuir a sus invitados en torno de la mesa.

Gott, ignorante de su posible función como fuente de engaños en épocas de emergencia nacional, contemplaba la reunión con ojos de director escénico y advertía con creciente certidumbre que la tragedia de Hamlet representada en Scamnum había adquirido dimensiones alarmantes. Empezó como un capricho de familia, pero ahora los críticos teatrales acudirían a presenciarse como un festival importante, aunque no se propusieran dar cuenta de ella en los periódicos.

Estaban por llegar varios distinguidos profesores, con el único objeto de inclinar, en señal de asentimiento, sus calvas venerables, frente a la concepción de un colega sobre lo que debió de ser la escena isabelina. Algún viejo miembro de la Casa Real vendría también y se sentiría cortésmente perplejo.

Lo más alarmante era que todo el mundo vendría simplemente para estar donde estaba todo el mundo. Y aunque se tratara de gente seria y selecta (un público ante el cual el mismo lord canciller podía representar sin desmedro), no dejaría por eso de constituir una multitud. Y las reacciones de una multitud son imprevisibles.

El conjunto que iba a representar *Hamlet* poseía una ventaja inicial: todos sus integrantes tenían el prurito de la perfección. La tradición de pulcritud corría pareja en Scamnum con las tradiciones de holgura y responsabilidad. El hábito que hubiera impedido al frívolo Noel tocar un palo de cricket o una raqueta de tenis sin hacer un detenido estudio de la historia deportiva del condado; el hábito que, el año anterior, devolvió a Elizabeth de Somerville maravillosamente perfeccionada en la lectura de textos ingleses antiguos; el hábito que hacía ponerse de pie a Gervase Crispin en la Cámara de los Comunes para discutir batallones de cifras con los ojos inocentemente fijos en el techo... Todo esto contribuiría a presentar un *Hamlet* tan bueno como pudiera anticiparlo la eficiencia de los actores.

Pero Gott, a pesar de todo, estaba lleno de dudas.

Representar es cosa tan difícil, que sólo la necesidad económica la hace viable.

La fórmula «representar o morir de hambre» es el único director escénico real y efectivo.

—¿No cree usted que representar es la cosa más antinatural del mundo? —dijo en

ese momento la voz de una de las idénticas señoritas Terborg. Era *miss* Terborg Número Uno, sentada a la derecha de Gott.

—Justamente estaba pensando en eso.

Y Gott advirtió para su coleteo, que el episodio no le ofrecía esa sensación de coincidencia milagrosa que había acompañado la observación de Elizabeth sobre los crepúsculos algunas horas antes.

—Sin embargo, algunos dicen que la mayoría de los seres humanos vivimos representando constantemente.

—¡Ah! Pero eso es distinto, ¿verdad? Estamos encarnando siempre la imagen idealizada que nos forjamos de nosotros mismos: nuestra personalidad. O estamos fingiendo otra, completamente falsa, a fin de conseguir algo que nuestra verdadera personalidad desea. Pero ese trabajo de convertirse en otro ser, de asumir su imagen, su personalidad y sus deseos, pura falsificación después de todo, ¿no es absolutamente antinatural?

Gott por un lado y Melville Clay por el otro, miraron a *miss* Terborg Número Uno con cierta curiosidad. Gott, con su instinto pedagógico, clasificaba provisoriamente la mentalidad de la joven en el grupo de las distinguidas. Clay se sentía atraído por la discusión de la teoría en sí.

—Es la cosa más antinatural del mundo —corroboró vivamente—; por eso se considera todavía una profesión casi deshonrosa. Y también por eso tiene un interés tan absorbente. Uno nunca se convierte en otro. No existe ese *otro* en el cual tendría que convertirse. Es sólo una metáfora inexacta y equívoca. Se habla de cómo el gran actor vive su papel, y cosas por el estilo. Pero eso es sólo una manera vaga y oscura de concebir las cosas... Representar es simplemente representar, y cuando uno está bien adiestrado, con una exquisita conciencia de estarlo haciendo en cada minuto. Por eso resulta tan difícil para los aficionados; porque todo es cuestión de técnica.

—Bueno —intervino Gott—, afortunadamente *Hamlet* es casi un drama indestructible, y como el peso mayor de la responsabilidad estará sobre sus hombros, creo que saldremos a flote.

—¡Oh, mucho más que eso! Esta experiencia ha sido una revelación para mí sobre la rapidez con que la gente inteligente puede adquirir una habilidad profesional. *Lady* Elizabeth está muy bien. Y el duque, maravilloso. Ambos han encontrado la verdad vital del drama. Y si representar supone un ciento por ciento de técnica, la técnica supone por lo menos un setenta y cinco por ciento de adaptación.

Y Clay se volvió hacia la duquesa, que estaba a su derecha, para explayarse con ella sobre el mismo tema.

Tenía razón. En los ensayos realizados hasta entonces, Elizabeth había estado bien, y el duque, maravilloso. Fue difícil conseguir que el señor de Scamnum subiera a escena. A la hora indicada para el ensayo, siempre estaba ocupado dando instrucciones a su administrador, o recibiendo noticias de alguno de sus agentes de bolsa, o jugando un austero partido de croquet con la mujer del vicario, en el lejano

bosquecillo de cedros. Su actitud respecto al asunto en general había sido vagamente ambigua. Pero una vez sobre la gran plataforma construida por Gott en la sala de banquetes, se posesionó por completo de su papel.

Fuese o no cuestión técnica, Claudius, el astuto usurpador de Shakespeare, aparecía magníficamente encarnado en medio de su corte.

—Anne —decía en ese momento el duque en el otro extremo de la mesa—, a propósito de esas flores para la galería principal, el lunes, ¿qué te parecerían unas florecillas silvestres de Shakespeare? He estado hojeando en la biblioteca un libro que habla de ellas, y a esta altura del año podríamos conseguir todas las que hicieran falta.

—Margaritas de varios matices —propuso Bunney en voz alta—; violetas azules y cardaminas blancoplateadas.

Y sonrió a los comensales en la actitud de alguien que ha contribuido con una valiosa aportación a la elegancia general del ambiente.

Todo el mundo miró con amabilidad a Bunney, excepto las Terborg, que parecían contrariadas.

«En ninguna parte hay más estiramiento que en los Estados Unidos», pensó Gott.

—Salgamos todos a recogerlas —propuso Diana Sandys.

—Hay que cortarlas el mismo lunes —objetó la duquesa— y ese día estaremos demasiado ocupados. Pero es una hermosa idea.

—Podemos convencer a Macdonald para que mande buscarlas a los bosques a algunos de sus ayudantes —solucionó el duque—, o quizá a los chicos de los guardianes. Hablaré con él.

Y complacido ante esa perspectiva, procedió a informar a Mrs. Terborg sobre el interés de Shakespeare por el arte de la jardinería. Mrs. Terborg, que cazó al vuelo el tema de las flores, entabló una hábil conversación sobre gloxíneas, antirrhinums, chionodoxas, kolkwitzias, etc., asuntos más familiares sin duda a Macdonald que a su patrón.

Charles Piper, sentado a poca distancia, escuchaba con la desembozada atención de un hombre que toma todos los días un determinado número de notas antes de acostarse. No faltaría en alguna de sus futuras novelas una señora que conversara eficientemente sobre gloxíneas, antirrhinums, chionodoxas y kolkwitzias.

Miss Terborg Número Uno preguntó:

—¿Quién es ese joven que escucha tan atentamente a mi madre?

—Charles Piper, el novelista —contestó Gott—. Acaba de publicar un libro de mucho mérito, titulado *El suelo de la bestia*.

Miss Terborg Número Uno pareció consultar mentalmente un voluminoso fichero.

—Por supuesto: «El incontrolable misterio del suelo de la bestia...». Supongo que se trata de Cristo.

—No. Se trata de la infancia de Dostoiewski.

—Dostoiewski —sostuvo miss Terborg Número Uno— estaba muy interesado en

la figura de Cristo.

«Pueden tenderse siempre líneas de conexión por encima de todos los abismos», pensó Gott.

—¿Escribe usted novelas? —preguntaba ahora *miss* Terborg Número Uno.

Sin darse cuenta, la duquesa acudió en auxilio de su pariente:

—... Y he decidido que debemos tener a mano a los bomberos. Giles, ¿había bomberos en el teatro isabelino?

—Por lo menos había incendios —contestó Gott prudentemente.

—Bueno. He dispuesto que vengan tres de King's Horton, y les he dicho que deben traer sus cascos. Habrá uno en cada puerta, al lado de los lacayos.

—Anne —dijo la voz aflautada de Max Cope desde un extremo de la mesa—. ¿Ha arreglado usted que venga también un detective?

—¡Un detective, Max!

—Eso he dicho. Habrá aquí una importante colección de joyas, ¿no? Y vendrá una multitud muy heterogénea. Ha invitado usted ya a unos ejemplares bastante raros...

—¿Pescado, señor? —murmuró Bagot abandonando el servicio de los vinos y quebrando el silencio en una inspirada alteración del ceremonial.

Todos sabían en Scamnum que era necesario vigilar a Mr. Cope. El viejo había perdido el uso de sus facultades mentales. Lo único que quedaba en él era pura y simplemente su talento de pintor.

Inmediatamente, Mrs. Terborg de un lado y Gervase Crispin del otro, se hicieron cargo de él.

Lord Auldearn estaba conversando con el hombrecillo de tez morena, con esa deferencia cargada de remordimientos que la gente de gobierno inglesa concede al oriental que visita el corazón del Imperio.

Timothy Tucker le contaba a Elizabeth fantásticas anécdotas de un editor amigo suyo:

—... Pero el mayor acierto de Spandrel fue con la Muchmoss. ¿Ha oído usted hablar de ella? Era una simpática vieja que vivía en Devon y que un día, hace muchos años, le mandó un manuscrito titulado *Familias de la región oeste que yo he conocido*. Spandrel, que tenía buen olfato, se dio cuenta de que en esa charla doméstica había material para varias novelas, y la convirtió en un rotundo éxito de librería. Ella era una vieja simpática, de muy buena cabeza, que hizo valorar muy pronto la región occidental que describía. Así que Spandrel decidió crear una verdadera escuela en esa rama. Formó varias novelistas semejantes, aunque no tan viejas, y pronto editó una infinidad de novelas con el nombre de la Muchmoss. Era un negocio satisfactorio para todo el mundo: las novelas se vendían mucho, la anciana prestaba su nombre, y todos ganaban dinero. La cosa fue bien hasta que la Muchmoss murió. Desgraciadamente murió antes de tiempo, cuando el negocio no había rendido aún todos sus beneficios. Spandrel anduvo unos días desesperado, hasta que tuvo una

revelación. Iba caminando por el parque, dice, cuando, de súbito, comprendió que la Muchmoss podía seguir disfrutando de su obra en el cielo. Y concertó una sesión de espiritismo...

«Noel —pensaba Gott mientras tanto— debe verse en muy graves aprietos con *miss Terborg Número Dos*». Había llegado a esa etapa angustiosa de la conversación en que, luego de una observación aislada, se cae en un terrible pozo de silencio. Pero en ese momento, una de sus observaciones periódicas obtuvo un efecto asombroso: *miss Terborg Número Dos* lanzó un agudo chillido.

Las actividades literarias del fantasma de la Muchmoss, las corteses preguntas de lord Auldearn sobre yoguis y gurús, y otros varios temas, se interrumpieron bruscamente en torno de la mesa.

Todos miraron a Noel de soslayo, especialmente Gervase, quien se imaginó que el joven le había repetido a una virgen inocente la picante anécdota contada por él mismo, horas antes, en la sala de billar.

Noel se disculpaba profusa y confusamente ante la joven y ante la mesa en general.

—Lo siento en el alma. Nunca pensé que eso pudiera impresionar a nadie en esta época. Era sólo la historia...

—¡La historia! —repitió Gervase, sombrío.

—... la historia de la Mano Negra —concluyó Noel.

Miss Terborg Número Dos hizo un descompuesto ademán, y se llevó la mano al agitado seno.

—¡Qué tonta soy! ¡Lo siento tanto, duquesa! Pero las sociedades secretas y todas esas cosas me han aterrado siempre desde que era niña... ¡La Mano Negra!

El duque miró con blanda severidad a su joven pariente:

—¿Qué es esa tontería, Noel?

—Nada, señor. Una broma estúpida. Elizabeth lo ha visto... Una especie de mensaje amenazador. Pensé que la haría reír. Lamento profundamente haber asustado a *miss Bertog*... Quiero decir a *miss Terborg*...

Todo eso era lamentablemente distinto al éxito que Noel soñaba, para más adelante, en las cenas diplomáticas de Europa.

Elizabeth cargó con las explicaciones posteriores.

—Se trata de un pedazo de papel escrito a máquina, que Noel recibió por correo. Una cita de Shakespeare, nada más. Algo sobre venganza.

En el rumor de intrigados comentarios que sucedió a sus palabras, Gott miró disimuladamente a lord Auldearn. Pero el lord canciller no dijo nada. Por lo visto no tenía intención de anunciar que había sido objeto de una broma parecida. Aunque se tratara de una broma inofensiva, su instinto de hombre de Estado le inclinaba a guardar silencio. Pero otro hombre de Estado reaccionó de diferente manera. Gervase Crispin prosiguió animadamente con el tema.

—¡Venganza!... Es extraño. Yo recibí algo semejante el otro día.

Una ráfaga de curiosidad corrió alrededor de la mesa.

—Así es. Recibí un telegrama en la Cámara antes de salir para acá. Sólo dos palabras.

Esta vez lord Auldearn salió de su mutismo:

—¿Dos palabras?

—Sí. «¡Hamlet, venganza!».

Curiosos mensajes —dijo el duque cuando los hombres quedaron solos—. ¿Quién los habrá enviado? —Y envolvió a sus huéspedes en una mirada serena y cordial.

«Parece la más perfecta antítesis del rey Claudio de Dinamarca —pensó Gott—. ¡Qué gracioso!».

—Es una mala acción —comentó de pronto el hombrecillo moreno enfáticamente; era la primera vez que se dirigía a la reunión en pleno y todos se sorprendieron—. Enviar una maldición es una cosa muy perversa.

—No creo que sea una maldición —arguyó Timothy Tucker con soltura—. Me parece que es simplemente una broma. Y una broma bastante floja. Es extraño que una persona suficientemente instruida como para leer a Shakespeare pierda el tiempo en cosas tan fútiles.

—Es curioso comprobar cuánta gente lee a Shakespeare —observó el duque—. Esta tarde, por ejemplo, descubrí que Macdonald, mi jardinero jefe, está bastante versado en esas cosas.

—¡Macdonald! —exclamó lord Auldearn animadamente—. ¿No era Macdonald el hombre con quien nos cruzamos esta tarde en la calzada de automóviles, Mr. Gott?

Gott asintió distraído.

—Pero esto supone algo más que el mero conocimiento de Shakespeare —añadió.

Max Cope, que, según todas las apariencias, había estado dormitando cómodamente en un sillón, se lanzó en ese momento a uno de sus discordantes discursos:

—El hecho es que hay que «buscar a la vendedora de ostras para resolver el acertijo», ¿no?...

Y mirando sutilmente a su alrededor, terminó con la risa tonta y molesta de la extrema vejez.

En la medida en que Gott pudo observar, todos, a excepción de lord Auldearn, quedaron perplejos. Pero ninguno parecía dispuesto a interrogar al venerable anciano. Max volvió a dormirse.

—Cope quiere decir —explicó Gott— que el mensaje recibido por Crispin: «¡Hamlet, venganza!», no figuraba realmente en la obra de Shakespeare, como ustedes recordarán. Probablemente formaba parte de una pieza anterior, hoy perdida, que fue citada por primera vez por Lodge, en 1596, y como chanza, en su libro *Miseria del ingenio*. Se hace referencia en ella a un fantasma que gritó míseramente

en el teatro, como una vendedora de ostras: «¡Hamlet, venganza!». De esto no se deduce que nuestro bromista posea una erudición especial, pero por lo menos debe haber picoteado en los libros viejos.

Cuando Gott concluyó su explicación, miró pensativo a Melville Clay.

«Clay —reflexionaba— no debía haberse asombrado por la alusión a la vendedora de ostras». Durante los últimos días había estado demostrando un minucioso conocimiento en los pormenores del drama isabelino.

Pero Clay disipó sus perplejidades.

—Por supuesto —dijo vivamente—, casi lo había olvidado. Y hay otras referencias también. Era una pulla muy corriente.

—Sí —asintió Gott—, pero en realidad no nos ayuda a identificar al bromista. ¿Desde dónde fueron enviados los mensajes?

—El mío —explicó Noel— está timbrado en el West End, con fecha de esta mañana.

Hubo una pausa, durante la cual todas las miradas se volvieron hacia Gervase Crispin.

Pero Gervase guardó silencio hasta que el duque se encaró con él directamente. Y aun entonces habló con una sombra de reserva.

—Mi telegrama —dijo, al fin, tranquilamente— fue enviado desde Scamnum Ducis.

Y en ese momento se hizo evidente para todos que la conversación sobre los mensajes, iniciada por pura ociosidad, les invadía ahora de un pesado malestar.

Todos estaban interesados en el tema, excepto Piper, que no veía en él nada que pudiera servir a su literatura. Hasta Max Cope observaba con el rabillo del ojo. Pero todos sentían también que era necesario volver la hoja.

El duque se puso de pie, y tomando del brazo a Cope, encabezó la marcha hacia la sala.

Se esperaba la llegada de nuevos invitados y todos los miembros de la reunión se habían congregado para darles la bienvenida. La duquesa se proponía mantenerlos en un grupo general iniciando una discusión sobre la próxima representación, en la que todos pudieran participar. Durante cierto tiempo no se habló sino de asuntos de carácter práctico: vestuario, maquillaje, y los ensayos del día siguiente. Luego la conversación tomó un giro histórico, y se redujo entonces a las personas con un conocimiento especializado del tema: Gott, ligeramente incómodo en su papel de técnico; lord Auldearn, que tenía algo más que un barniz de información sobre la materia; Melville Clay, genuinamente versado en la historia de todos los Hamlets habidos y por haber; y la duquesa, dueña de una fresca información adquirida en recientes e intensas lecturas. El truco de Garrick de la silla giratoria que se volvía automáticamente al hacer él su aparición en la escena del gabinete; la representación a bordo del *Dragón*, en Sierra Leona, en 1607; la mención de Mrs. Siddons y otros Hamlets femeninos; el recuerdo de que la mejor interpretación de Shakespeare fue en

el papel de Espectro... La conversación fluía fácil y oportuna. Mrs. Terborg hizo una formidable y comprensiva crónica del celebrado *Hamlet* hecho por Walter Hampden en Nueva York, en 1918. Elizabeth recordó que Pepys había pasado toda una tarde aprendiéndose el «ser o no ser» de memoria. Y esta cita inspiró a la duquesa una de sus ideas peculiares. Se volvió a Clay inmediatamente y le pidió que improvisara la escena de Mr. Pepys recitando el monólogo ante su esposa.

Anne Dillon no vacilaba nunca en imponer a los grandes huéspedes de Scamnum las mismas extravagancias que había impuesto antaño a sus jóvenes y oscuros visitantes de Hampstead.

No puede haber nada más violento para un actor que verse obligado a improvisar en un salón, aun cuando su auditorio esté constituido por espíritus ágiles y simpáticos. Pero Clay no dio señales de fastidio. La dificultad de la absurda tarea se apoderó de él y le absorbió por un momento.

Permaneció de pie, silencioso, cerca de veinte segundos, y en seguida... Pepys apareció repentinamente en la sala.

Gott, que no tenía una gran opinión sobre la inteligencia de los actores, comprendió que ese *tour de force* realizado en dos minutos —porque la pausa no había durado más— era una de las cosas más notables que había presenciado en su vida.

Cualquiera puede conocer al dedillo su Pepys y su Hamlet. Pero crear en un instante una consumada y sutil verdad de imaginación, como hizo Clay interpretando a un Pepys que trataba de interpretar a Hamlet, era todo un triunfo intelectual. En miniatura, si se quiere, pero auténtico.

Al mirar a su alrededor, entre el murmullo de exclamaciones de deleite que siguieron, Gott sorprendió la mirada preocupada de lord Auldearn ante un Clay que acababa de revelársele en todo su valor; y vio también que la mente de Charles Piper estaba funcionando como funciona la mente de un escritor cuando ha ocurrido algo extraordinario.

La sensación había llegado hasta el viejo Max Cope, que parloteaba encantado. Sólo el inteligente hindú parecía inteligentemente perplejo. Sin duda, de acuerdo con el supersticioso sistema educativo impuesto a su país, se había examinado alguna vez el *Hamlet* de Shakespeare y el *Diario* de Pepys.

Pero esta súbita visión telescópica estaba más allá de su alcance.

En cuanto a la duquesa, el episodio la condujo naturalmente a otro género de reflexiones, y la reintegró a un asunto que ya había debatido frecuentemente con Clay: el *Hamlet* de Garrick, y particularmente su primer encuentro con el Espectro.

—En escena era natural, sencillo, sensible. Únicamente cuando no estaba en escena representaba —puntualizó la duquesa.

—Sí, pero *no* era natural. Es evidente que actuaba con demasiada lentitud, teatralmente hablando. *Saint James Chronicle* lo afirma; Lichtenberg mismo lo dice, y eso que era un entusiasta.

«He aquí un hombre —pensó Gott— que puede hablar de su profesión ante profanos sin sombra de engreimiento. Y conseguir que todos se interesen».

—... Y Garrick exageraba la impresión de terror físico. Esa era la opinión de Johnson y también de Fielding.

—Parece que lo estuviera usted viendo —insinuó la duquesa.

Y era evidente que Clay «lo estaba viendo». Se había quedado de pie, rígido y con el entrecejo fruncido, otra vez con la mirada lejana, clavada ahora sobre David Garrick en el escenario de Drury Lane, a dos siglos de distancia.

—La capa y el enorme sombrero —dijo suavemente— eran inseparables de su figura.

En un abrir y cerrar de ojos Noel salió de la habitación para volver con una capa de gala y un sombrero negro, de ala monstruosamente exagerada, como los que se complacen en usar los estudiantes devotos de las musas.

—El sombrero está un poco estropeado —explicó alegremente—. Él y yo fuimos arrojados juntos a un estanque de Saint Anthony hace tiempo. Pero puede servir.

Clay tomó en seguida la capa y se embozó en ella. Después se puso el sombrero con ademán distraído.

Gott sintió un agudo y secreto malestar, y lo adivinó en los otros.

Estaban frente a una incongruencia grotesca: un nombre exquisitamente vestido de etiqueta, envuelto en los pliegues negros y escarlatas de una elegante capa del siglo xx, y con un sombrero que era la parodia de los de Montparnasse, se proponía convertir el lujoso salón contemporáneo, con sus Whistlers, sus Dillons, sus Copes y sus porcelanas Ming y Tang, en las fortificaciones de Elsinor.

Clay observó primero la iluminación y se dirigió al conmutador para conseguir el efecto deseado: sólo una breve área de claridad indecisa en un rincón de la sala, que dejó a oscuras.

—Horacio —requirió alegremente—, recuerde su papel.

Y fue a colocarse en el pequeño círculo apenas iluminado.

Luego, suavemente, sin la menor intención de crear un clima dramático, como un profesor podría recitar a Shakespeare desde su cátedra, Clay dijo los versos de Hamlet cuando el bullicio de la orgía llega a las fortificaciones:

*... Esta noche vela
divirtiéndose el Rey, y en la algazara
del festín, el novel y bullicioso
monarca ya tenerse en pie no puede;
y, a la par que del Rin tragos apura,
clarines y timbales vociferan
las glorias de sus brindis.*

Y, dócilmente, del centro del pequeño auditorio salió la voz de Piper en el papel de Horacio:

—¿Es la costumbre?

Clay miró hacia él y sonrió. Todavía era Melville Clay recitando serenamente en el pequeño salón de Scamnum.

—*Si tal; pero yo juzgo, aunque nacido
en esta tierra y a estos usos hecho,
que a tal costumbre más honor se haría
con su infracción que no con su observancia.*

A medida que el discurso avanzaba, imperceptiblemente, como en un truco cinematográfico, la personalidad de Clay iba desapareciendo, y Hamlet, el Hamlet de David Garrick, cobraba vida.

Shakespeare en el siglo XVIII: otra proeza de actor erudito, indefinible, pero lúcidamente realizada.

Gott, que observaba fascinado, oyó a su lado la entrecortada respiración de Bunney, maravillado ante el sonido de vocales y consonantes pronunciadas con el auténtico matiz de 1750. El enredado y difícil lenguaje que hunde la inteligencia del oyente en una característica penumbra prosiguió, acompañado por un paulatino aumento en la oscuridad de la sala.

Un movimiento del hombro empezó a ocultar la parte inferior de la cara; una simple inclinación de cabeza echó el sombrero sobre los ojos. Por un momento no se vio más que una boca y una nariz. Después sólo dos manos que se movían elocuentemente, recortadas en la sombra. La voz declamaba:

... *Así en la vida de los hombres pasa.
Si un vicio en ellos natural germina...*

Primero desapareció una mano; después la otra. El discurso acabó en plena oscuridad; la voz murió en la sombra impenetrable de las palabras finales:

... *que leve liga
al más noble metal,
acaso logra envilecer...*

La capa había caído, abandonada, alrededor de la figura inmóvil.

Hubo un largo momento de silencio, en que Gott tuvo tiempo de pensar que *miss* Terborg Número Dos podía aprovechar esta ocasión para lanzar otro chillido.

Luego llegó la voz de Piper:

Mirad, señor, ahí llega.

En los minutos que siguieron nadie pudo eludir la sensación casi física de una presencia fantasmal. Con la rapidez de un atleta, Clay había girado sobre sí mismo, para quedar inmediatamente inmóvil, en un ademán de terror, a la vez teatral y

convinciente. El sombrero había caído al suelo, al lado de la capa. De pie sobre las piernas muy abiertas, el brazo izquierdo extendido hacia atrás, doblado el derecho, con la mano colgante y los dedos separados, la actitud de ese cuerpo estremecido correspondía, con asombrosa exactitud, a la expresión de la cara, rígida de espanto.

Pasaron segundo tras segundo de espantoso silencio. Luego la voz llegó en un susurro de agonía:

Ángeles, nuncios de piedad, ¡amparo!...

En ese instante sonó la risa musical de Clay, que destruyó el sortilegio. Se encendieron las luces. El actor estaba arreglando el sombrero de Noel, con irónico esmero. No se le había movido un cabello.

—Garrick era más efectivo, naturalmente, pero ésta era la idea —comentó.

Miró alrededor. Lord Auldearn había desaparecido. Casi todos parecían estar bajo la influencia de un shock.

La evocación anterior, y mejor aún, la brusca interrupción de un fragmento sublime de teatro, habían dejado al auditorio como suspendido en el aire.

El duque aflojó la tensión general:

—¿Sabe una cosa? Si yo hubiera estado en el pellejo del fantasma, creo que habría sido el más asustado de los dos.

El salón de Scamnum recobró su identidad momentáneamente perdida. Siguieron felicitaciones, comentarios y animadas discusiones.

Sin embargo, Gott sentía en el aire una impresión de malestar.

Elizabeth parecía ligeramente turbada; los movimientos de la duquesa eran inusitadamente bruscos; el duque exageraba un poco el tono de comedia frívola que gustaba cultivar. Y sé advirtió una clara sensación de alivio cuando el zumbido de los automóviles en la calzada anunció a nuevos huéspedes, llegados en el último tren.

Las diez y media de la noche no es una hora muy correcta para llegar a una casa donde se piensa pasar un prolongado fin de semana. Las obligadas explicaciones, ya presentadas sin duda por carta, eran ahora repetidas.

Lord y *lady* Traherne habían estado en una de sus reuniones coloniales. ¡Nunca se había visto una afluencia tal de coloniales como en este año!

Sir Richard Nave había tenido que dar una conferencia en la Sociedad Pro Evolución Sexual sobre *Las bases psicológicas de las comunidades matriarcales*.

El profesor Malloch había estado examinando en su nativa Aberdeen.

Los Marryat habían pensado que una semana fuera de Londres tan temprano sería «toda una experiencia»; pero al fin las cosas se complicaron tanto, que sólo pudieron disponer de cinco días.

Tommy Potts explicó que en Whitehall le habían hecho trabajar como un negro; en estos tiempos no era ninguna ventaja pertenecer a la clase privilegiada.

Pamela Hogg iba a tomar el tren del mediodía cuando recibió las más terribles noticias acerca de Armageddon; información oscura y casi alarmante, hasta que uno caía en cuenta de que Armageddon era un caballo.

Mrs. Platt-Hunter-Platt había estado disertando en el Albert Hall sobre alguna materia indefinida, pero filantrópica.

Un banquero de aspecto poco devoto no paraba de lamentarse por haber perdido el servicio de mediodía de París a Croydon; por cuyo motivo tuvo que emprender una nueva y azarosa travesía por tierra y agua.

Una chispeante joven, con traje de noche, declaró que llegaba directamente del funeral de su vieja gobernanta.

Un viejo calavera, sin reparar en una leve huella de *rouge* que aparecía en su calva, habló oscuramente de ciertos comités...

Se sirvieron sándwiches, whisky, y tazas de caldo caliente, como después de un baile. Tres docenas de personas llenaban casi el saloncito, riendo, charlando, lanzando exclamaciones, dando vueltas.

¿Era eso, se preguntaba Gott, lo que Elizabeth había llamado «una fiesta de bárbaros»? ¿O se trataba en realidad de una reunión de personas bien educadas, que aceptaban un código común de gustos, actitudes, convencionalismos y propósitos, y que encaraban el complicado asunto de la representación amable y confiadamente?

¿Perteneían el lord canciller de Inglaterra y Pamela Hogg a una estructura a la vez tan sólida y tan homogénea, que permitiera al primero hacer el papel de Polonio frente a la segunda? ¿O la duquesa se había inspirado para esa reunión en las novelas de su juventud, y todo terminaría al fin en un incómodo fracaso? ¿Qué pensaba lord Auldearn de esa reunión cada vez más numerosa? Pero lord Auldearn seguía invisible.

Gott se deshizo de Mrs. Platt-Hunter-Platt, que le pedía su firma para un manifiesto o para una solicitud al gobierno del Brasil; esquivó al profesor Malloch, que iba a su encuentro con aire de camaradería; evitó a *sir* Richard Nave, que hablaba suavemente sobre el crepúsculo del mito de Cristo, y se escabulló hacia la terraza.

Un incierto claro de luna bañaba el jardín; rielaba a lo lejos sobre una superficie de agua, y ponía pliegues de sombra en la colina. El murmullo de las voces se escapaba por la ventana. Gott se alejó a grandes zancadas y buscó el silencio de una de las terrazas inferiores. Se detuvo en un lugar donde una maciza figura de mármol, tal vez un Hércules Farnesio, interrumpía la línea de la balaustrada, emergiendo apenas de las sombras; y dejó vagar la mirada por la línea de las colinas. Estaba preocupado por la representación.

Sí. Decididamente había cierto malestar en la atmósfera. Un malestar que debía ser cortado de raíz si quería evitarse el desastre. Y ahora comprendía que el origen de ese malestar era la estúpida trivialidad de los mensajes misteriosos.

Por lo demás, el proyecto de la representación de *Hamlet* era una cosa fuera de lugar: un capricho impuesto al mundo de Scamnum, y no algo surgido

espontáneamente de ese mundo.

Él mismo había visitado anteriormente Scamnum con cierta frecuencia, pero siempre despojado de su carácter profesional y docente. Las conversaciones y el proyecto de teatro isabelino en el saloncito de la duquesa le habían causado una incomodidad parecida a la que debe sentir un miembro de la Royal Society cuando se le pide que demuestre las cualidades de los átomos y de los electrones.

Siglos antes, un plan de esa naturaleza hubiera tenido sentido. Era la época en que Fulke y Giordano Bruno discutían sobre la teoría de Copérnico en los salones del Londres isabelino. La época en que la aristocrática familia de Bridgewater se movía con toda soltura ante la majestuosa danza y la retórica del *Comus* de Milton, allá en su castillo de Ludlow.

Pero todo había cambiado: la escena era ahora un negocio; el teatro, una profesión. Y la actitud de la agitada sociedad contemporánea hacia él era la misma de *sir* Thomas Bertram cuando puso punto final a semejante insensatez en Mansfield Park.

El ocio era cosa del pasado. De todas las personas congregadas ahí en ese momento, las más capaces estaban totalmente absorbidas por las tareas cada día más graves de gobernar a Inglaterra y equilibrar a Europa. Las otras, más que ociosas podían ser tachadas de «laboriosamente inútiles». Era la clase de gente capaz de afligirse por Armageddon o de preocuparse por las casas públicas del Brasil, y pensar en un alegato contra ellas.

En resumen: la tragedia de Hamlet representada en Scamnum, por muy en serio que la tomaron sus personajes principales, había nacido con precarias posibilidades de vida.

Es cierto que la duquesa le había creado un ambiente propicio, por medio de procedimientos sutiles. Tucker, Piper, las señoras americanas que parecían escapadas de un libro de Henry James, todo esto se avenía con Scamnum, o con el aspecto de Scamnum que a la duquesa le interesaba acentuar.

Y en este punto Gott debió confesar que su preocupación no era tanto por las personas como por el lugar.

En su existencia relativamente breve, ya que sólo se remontaba a dos siglos, esta enorme casa había conseguido proveerse de una dosis considerable de tradición. Y esa tradición, a pesar del alarde aristocrático de aceptar sin distinciones todo lo que fuese interesante o divertido, no se concertaba fácilmente con lo excéntrico. Así como el conjunto material de la construcción estaba en pugna con la sala gótica de Peter Crispin, así el espíritu mismo del lugar parecía reprobar la función que iba a realizarse en él. De ahí derivaba el efecto, producido sobre anfitriones y huéspedes por esos pedacitos de papel escritos a máquina. Los mensajes sugerían una presencia hostil en acecho; y esta sensación predisponía a captar la incongruencia del asunto, actualizada vivamente por las asombrosas caracterizaciones de Clay en el saloncito.

La mano de Gott, al buscar su cigarro en el bolsillo del smoking, palpó una

prueba de imprenta del programa que debía repartirse el lunes por la noche.

«Función montada y dirigida por Giles Gott, M. A., F. B. A., Experto de Hammer en Bibliografía Isabelina y Miembro del Colegio St. Anthony».

Los demás figuraban en el anuncio despojados de sus títulos y dignidades. Claudio era simplemente Edward Crispin; y el lord canciller de Inglaterra, en el papel de Polonio, era citado simplemente como Ian Stewart, lo mismo que en Hampstead muchos años atrás.

Pero a su director-empresario, la duquesa, con una certera visión efectista, no le había perdonado un solo título.

Gott recordó la mirada levemente irónica del profesor Malloch en el saloncito.

Estaba metido hasta el cuello y debía seguir adelante.

Meditando ahora sobre cada uno de los pormenores, subió a la terraza superior en el lado este del edificio. La columnata se destacaba en la noche, pálidamente iluminada por una hilera de luces, dispuestas en la cornisa. A su indecisa claridad distinguió al lord canciller. Y comprendió que sus propias preocupaciones y ansiedades de un minuto antes eran cosa de importancia infinitesimal en el mundo.

Lord Auldearn caminaba abstraído, con una extraña actitud de agobio que sugería algo más que un principio de decadencia física. La verdad es que parecía muy viejo; diez años más viejo que unas horas antes, cuando conversaba alegremente con su huésped durante la comida. En la mano tenía algo parecido a un documento oficial. Sobre su rostro se pintaba una terrible gravedad: la gravedad terrible de un sabio eminente o de un gran estadista en una crisis de pensamiento o de acción.

Gott lo observó un largo rato; después se volvió lentamente y se retiró como había llegado.



3

CUANDO RECORDARA más tarde los días inmediatamente anteriores a la función, Gott habría de representárselos, a pesar de la febril actividad de que estuvieron llenos, como una verdadera orgía de conversación.

Seria, seudoseria y frívola; relativa a Hamlet o a otros temas; general y en un *tête à tête*; sostenida y fragmentaria: había habido conversaciones de todas clases. La mayor parte fue charla insulsa, destinada a borrarse de la memoria en veinticuatro horas. Pero pronto las circunstancias obligarían a Gott a salvar del olvido todo resto accesible de esas palabras, y a escudriñarlas e investigarlas como quizá no había escudriñado e investigado nunca.

El sábado por la mañana se encontró con Charles Piper en el baño que ambos compartían.

—Generalmente puedo sacar de quinientas a ochocientas palabras del estímulo de un buen baño caliente —dijo Charles Piper entre el ruido de los grifos abiertos.

Gott asumió despreocupadamente la posición de un colega literario para replicar:

—Para mí el estímulo suele ser una copa de aguardiente con bollos.

—¿De veras? ¿Con bollos? Nunca había oído hablar de esa combinación.

Piper miró a Gott como se mira un objeto de pequeño, pero auténtico interés, recién descubierto en el Museo de Victoria y Alberto.

—¿Y qué le llevó a escribir novelas policíacas? —preguntó luego con un interés más moderado.

—Un impulso espiritual. Un esfuerzo por compensar con unas pocas horas de distracción muchas horas de aburrimiento.

Después de unos instantes de reflexión, Piper clasificó esta respuesta en algún casillero mental (¿correspondería al de «Evasión», al de «Humorismo fracasado» o al de «Psicología académica?»), y siguió con su interrogatorio.

—¿Opina usted —preguntó con solemnidad— que la novela propiamente dicha y el relato melodramático son géneros absolutamente distintos?

—Dudo que exista una clara línea demarcatoria. Dickens escribió una mezcla de

novela y melodrama con resultados bastante satisfactorios —Gott hizo una pausa para darse vuelta bajo la ducha—. Desde luego, la novela supone un trabajo de lima más delicado. Evita las definiciones demasiado precisas, a menos que sean funcionalmente necesarias, como «frío-caliente». El melodrama trabaja con definiciones vulgares: «felpudo de baño», por ejemplo.

Y Gott señaló la tosca superficie de corcho que tenía a los pies.

Piper, tras una nueva pausa destinada al procedimiento de clasificación, pasó de las preguntas a las aseveraciones.

—Por mi parte creo que esos géneros proceden de diferentes zonas espirituales. La ficción pertenece a lo que llamaríamos imaginación creadora. El melodrama, a la simple fantasía. Es una manifestación de lo primitivo superado; el subconsciente en libertad; fantasía, en suma.

—Me parece que ése es un concepto de novela —contestó Gott con una ingenua mirada admirativa.

Pero Piper, que se había interrumpido sólo para apuntar «Ironía», en su anotador mental, prosiguió con su idea.

—Veo la diferencia en mi propia vida de vigilia y de sueño. Consagro mis vigili- as a la literatura imaginativa, una literatura cuyo interés principal son los valores. Pero mis sueños, como el melodrama, están muy poco interesados en los valores. El supremo interés allí está al nivel del diente y de la garra. Ataque y fuga, cacería, emboscadas, tretas. Y durante todo el tiempo, la conciencia de la acción física; de masas materiales dispuestas como para un duelo. Y, por supuesto, el constante sentido de oscuridad y misterio que envuelve los sueños.

—¿Y los dramas de Shakespeare de intriga primitiva como *Hamlet*? ¿No son un ejemplo de trabajo imaginativo y de melodrama a la vez?

Piper reflexionó.

—Tal vez sean el resultado de un error. El material melodramático elegido por Shakespeare puede no haber sido susceptible...

Pero ése era un tema que Gott estaba acostumbrado a tratar doce veces por año, en doce laboriosas discusiones, con otros tantos alumnos más o menos laboriosos.

Por lo tanto, durante una buena parte de las subsiguientes observaciones de Piper, se distrajo pensando en la luna, como solía hacer el eminente lexicógrafo en tales ocasiones.

—... Y me parecería una cosa irresistible —concluyó el escritor.

—¡Irresistible! —asintió Gott con un gesto de comprensión.

Pero Piper no se dejó engañar. Por tercera vez hizo una anotación invisible: «Exclusivismo profesional. No escucha las opiniones ajenas». Y volvió a empezar pacientemente.

—Tal vez yo elimino en mí lo melodramático. En primer lugar, no leo nada de tal carácter. Pero lo melodramático subsiste, de cualquier modo, a la espera de manifestarse. Y como no puede hacerlo en mis escritos, tal vez trate de irrumpir en

mi vida. Si llegara en mi camino a una especie de «Ruritania», con su aventura de capa y espada, me arrojaría a su encuentro. Y, como le decía, si se me presentara en la vida real un episodio de esos que usted fabrica: encontrarse de pronto con un cadáver, o algo por el estilo, me parecería una cosa irresistible.

Piper se caló los gruesos lentes con montura de carey a través de los cuales contemplaba habitualmente el mundo.

—Tan irresistible —agregó concienzudamente— como una mujer encantadora y complaciente.

Abrió de par en par la ventana.

—¿Practica usted ejercicios respiratorios? —prosiguió—. Yo no dejo de hacerlos nunca.

Mientras vacilaba entre los riñones y las chuletas, el duque anunció que su madre vendría probablemente de Horton Ladie's para asistir a la representación.

Diana Sandy, sentada al lado de Ana Merkalova en la mesa del desayuno, comentó que la duquesa viuda era una anciana *muy* rígida.

«Todas las mujeres se hacen chismosas a partir de los veinte años», observó para sí Piper.

Noel dirigió a Diana una mirada de reproche.

Elizabeth miró pensativa a Gott.

Bunney, que hacía los honores a un irreprochable desayuno americano, preguntó al duque con repentino interés:

—¿Qué edad tiene?

—¿Cómo? ¡Oh! Noventa y cuatro años.

Las pupilas de Bunney se dilataron.

—¿Es fuerte?

—Extraordinariamente fuerte.

—¿Y no será sorda, por casualidad?

Mrs. Terborg miró suavemente a su compatriota por encima de su taza de café. El duque respondió que su madre no tenía nada de sorda, pero agregó que vivía ahora en un retiro casi ininterrumpido. Bunney aprobó enigmáticamente:

—Eso es importantísimo. —Y añadió—: ¿Cree usted que querrá cooperar? ¡Noventa y cuatro años y retirada del mundo! ¿No comprende usted lo importante que es eso? —miró al duque con expresión casi suplicante—. Su madre probablemente esté incontaminada en lo esencial.

—¡Incontaminada!

—Incontaminada —corroboró Bunney; y luego, fijando la vista en Timothy Tucker, hizo unos breves cálculos con aire de preocupación—. Es casi seguro que pronuncia «hijjus». Y también «indjin» —prosiguió, mirando a Bose. De pronto, sus ojos se iluminaron—. Puede ser que hasta diga «gould». Sería algo maravilloso

encontrar un «gould». —Se volvió a Gott como a un sabio colega—: ¿Recuerda usted la opinión de Odges de que el «gould» desapareció con la difunta *lady* Lucy Lumpkin en 1883?

El desayuno de Scannum había llegado a su punto culminante. Veinte personas estaban diseminadas alrededor de las amplias mesas. Otras tres o cuatro se servían de las fuentes calientes dispuestas sobre el aparador. Pero Bunney había atraído ahora la atención general. Y lo aprovechó para dar una noticia:

—Su mayordomo es un hombre interesante —informó al duque—, un hombre de lo más interesante. Nació como usted sabrá, en Berkshire, lo mismo que sus padres. Pero casi con seguridad la familia procede de Kent. Hay ciertas vocales débiles...

Y en ese preciso instante, cuando el interés que había logrado despertar iba decayendo, consiguió recuperarlo bruscamente:

—Bagot tuvo la amabilidad de cooperar anoche. Le pedí que recitara la oración dominical.

El duque miró a su huésped, desconcertado:

—¡Le pidió a Bagot, que recitara la oración dominical!

En serio, doctor Bunney, usted tiene que conocer a Macdonald, mi jardinero jefe. Se interesarán ustedes mutuamente.

—La oración dominical —explicó Bunney radiante— ofrece una interesante combinación de elementos lingüísticos. Bagot tuvo la amabilidad de cooperar, y aquí está el resultado.

Se levantó, fue a buscar la caja negra y movió un resorte. Los comensales aguardaban, en silenciosa expectativa. Entonces la caja negra habló en un agudo falsete:

—Yo no gritaré: «¡Hamlet, venganza!» —dijo nítidamente.

Hubo una pausa de sorpresa, y luego, desde el otro extremo de la mesa, llegó una voz severa:

—Es una versión algo extraña de la oración dominical, mi querido señor.

El que había hablado era *sir* Richard Nave.

—¿De Kent o de Berkshire, doctor Bunney?

Esta vez el comentario fue del profesor Malloch. Ambos habían llegado cuando el tema de los mensajes estaba ya fuera del tapete.

Bunney contemplaba su aparato como Balaam debió de contemplar su burra.

Noel tomó sobre sí la tarea de ilustrar a los últimos visitantes:

—Si *miss* Terborg me lo permite, le explicaré. Se trata de la Mano Negra. Ayer estuvo operando aquí, y ahora ha vuelto. Pero parece haber cambiado de opinión; lo cierto es que ha doblado la hoja. No gritará: «Hamlet venganza».

—Lo que me intriga es la causa de ese cambio de actitud —intervino en ese momento la competente Mrs. Terborg. La noche anterior había advertido sin duda, como el mismo Gott, que el asunto de la Mano Negra era desagradable para todos. Ahora entrevía las ventajas de dar al tema un giro juguetón y ligero:

—Creo que las Manos Negras deberían usar una táctica más consistente si quieren impresionarnos... A pesar de que el doctor Bunney parece impresionado.

—Es un alivio saber —continuó agudamente *miss* Terborg Número Uno— que aunque no descubramos la identidad de la Mano Negra, el doctor Bunney podrá localizar la comarca natal de su abuelo y de su abuela...

—Todo esto me parece escalofriante —concluyó *miss* Terborg Número Dos.

Gott, Noel, Nave y Malloch se encaminaban juntos hacia el salón de banquetes.

«Este Malloch es bastante fastidioso», pensaba Noel.

Crisol, el periódico que el joven dirigía, no se ocupaba habitualmente de cuestiones de simple erudición. Se conformaba con ocasionales atisbos a cargo de un supuesto profesor Wubb y de sus colaboradores: un tal doctor Jim-Jim y un tal Mr. Jo-jo. Sin embargo, se había ocupado del profesor Malloch; la verdad es que había criticado el estudio de éste sobre *Hamlet*, titulado «La representación de la violencia», lo que provocó una réplica breve y seca por parte del aludido. Confrontado ahora con Malloch en calidad de huésped de Scamnum, Noel estaba dispuesto a considerar esa réplica casi como una prueba de cortesía. En su momento le había parecido una provocación; y para contestarla había barajado burlescamente los nombres del profesor Malloch y del profesor Wubb en varios párrafos de sus editoriales. Justamente acababa de releerlos en la cama, y aunque todavía le parecían graciosos (los editoriales de Noel eran, por lo general, mucho más alegres que los artículos de sus colaboradores), también le parecían terriblemente pueriles.

Y aquí estaba Malloch en carne y hueso: seco, cortés, increíblemente instruido, y con toda la apariencia de ser un lector asiduo y crítico de *Crisol*, de tapa a tapa.

Realmente era muy fastidioso.

—... Y la historia de esos niños hidrocéfalos —decía en ese momento Malloch— en el funeral de la muchacha torturadora de gatos... Me pregunto si el autor habrá consultado a un médico...

—Quizá sea un poco desequilibrado, en efecto —contestó Noel con fastidio.

—¡Ah, sí! Pero quería decir si lo habrá consultado acerca de la verosimilitud de su historia. Nave, ¿lee usted la revista de Mr. Gylby? Publicó un relato sobre unos niños hidrocéfalos.

Y Malloch se dedicó a comprometer al médico en su tarea demoledora y a destruir, con su colaboración, las bases patológicas de la última obra maestra aparecida en *Crisol*.

Sí. Era increíblemente instruido. Parecía saber más que el mismo Nave sobre la materia. Y siempre era la misma historia, pensó Noel. Esa gente acumulaba una erudición monstruosa, para lanzarle a uno el dato concreto a la cabeza como si fuera un ladrillo.

Mientras tanto, se imponía recurrir a la habitual gentileza de los Crispin.

Respetuosamente atrajo la atención de todos hacia un magnífico Fantin-Latour que colgaba de la pared. En seguida Malloch hizo unas observaciones de entendido

sobre Fantin-Latour.

Gott había iniciado con Nave otro tema semimédico.

—¿Ha visto usted las mellizas americanas? Es imposible identificarlas hasta que empiezan a hablar. Vanessa es netamente inteligente y Stella es casi estúpida. Un caso poco corriente, ¿verdad?

Nave asintió:

—Poquísimas. Son mellizas visiblemente idénticas —buscó la palabra técnica—, *univitelinas*. Eso quiere decir que tienen un caudal hereditario idéntico. Si su inteligencia es señaladamente desigual, se trata de un caso psicológico de extraordinario interés, porque la diferencia tiene que deberse a un accidente de la nutrición o del medio. Voy a ver si converso con ellas.

El psicólogo estaba a todas luces interesado. Pero Gott tenía su problema personal.

—Son físicamente idénticas a simple vista, ¿pero lo serían también al microscopio, por decirlo así? ¿Qué ocurriría con las impresiones digitales, por ejemplo?

Nave, probablemente ignorante de las aficiones de Gott, pareció vagamente sorprendido:

—En realidad no estoy seguro, pero me inclino a creer...

Malloch, que caminaba detrás de ellos con Noel, intervino:

—Galton ha investigado las impresiones digitales de los mellizos univitelinos. Y encontré que, aunque notablemente semejantes, siempre podían distinguirse.

Gott se vio obligado a abandonar una posibilidad interesante. Noel, a la vera del invencible Malloch, suspiró casi sin disimulo y al llegar a la puerta del salón estuvo a punto de caer en los brazos de Mrs. Platt-Hunter-Platt, que revoloteaba por allí.

Había llegado un momento crítico para el sistema nervioso de Gott: su escenario iba a ser sometido al primer examen de los expertos.

—¡Ah! —comentó Malloch—. Una reproducción de la Fortuna.

—Sí. Como el *hall* es rectangular, me pareció mejor tomar la Fortuna como modelo.

Malloch parecía dudar.

—Yo hubiera tomado quizá el Cisne. Por poca confianza que inspire el diseño de De Witt...

Y ambas autoridades se enzarzaron en una amable discusión técnica.

Mientras tanto, la voz de Mrs. Platt-Hunter-Platt se elevó en un chillido de protesta:

—¡Pero no hay telón!

Noel gruñó:

—¡Oh, sí! Hay uno pequeño, detrás.

Y divertido de pronto con la idea de remedar el mejor tono didáctico de su ex preceptor, continuó gravemente:

—Es necesario recordar que las compañías de teatro isabelinas representaban originalmente sus piezas en los patios de las posadas londinenses.

—¿En casas públicas? —exclamó Mrs. Platt-Hunter-Platt—. ¡Qué costumbre indecorosa!

—Así pensó la facción puritana. Y publicaron manifiestos y protestas que usted, sin duda, encontrará técnicamente interesantes. Bueno, como iba diciendo, los actores colocaban una simple tarima en el patio de una posada y representaban encima de ella. La parte adinerada del público se sentaba en las galerías altas o frente a las ventanas...

—O sobre la misma tarima —intervino Nave, que había abandonado a los eruditos.

—O sobre la misma tarima, en banquitos de tres patas, detrás de los actores —convino Noel—. Y los más groseros escupían tabaco y gritaban: «¡Puerco, puerco!».

—¡Qué asco! —exclamó Mrs. Platt-Hunter-Platt.

—La gente del pueblo se quedaba simplemente en el patio alrededor de la tarima. Se les llamaba los «terrestres».

—¿Por qué? —preguntó Mrs. Platt-Hunter-Platt, desconcertada.

—Porque se quedaban en el suelo, supongo. Ocasionalmente se les llamaba también los «entendedores».

—¿Entendedores?

—Tal vez en broma. Bien; la tarima quedaba rodeada por el auditorio en tres de sus lados; y el cuarto, a no dudarlo, daba a unas habitaciones que los actores usaban como camerinos y para las entradas y salidas de escena. Cuando se empezaron a construir teatros propios, esos teatros recordaban la disposición de una tarima en el patio de una posada, como éste.

Y Noel se adelantó y ayudó a Mrs. Platt-Hunter-Platt a subir a la plataforma inferior, que se proyectaba desde la mitad del salón hacia adelante.

—Esta plataforma es la escena anterior o proscenio, donde se desarrolla la mayor parte de la acción. Debería estar a cielo abierto, como el patio de una hostería. Y, como usted ve, trataremos de obtener un efecto similar el lunes, iluminándola directamente desde arriba por medio de reflectores. El público, sentado alrededor del salón, quedará más o menos en la sombra. Gott no estaba seguro de que un público moderno se pudiera sentir cómodo en plena luz.

—El efecto —advirtió Nave— sería casi igual al de un ring de boxeo en un estadio.

—¡Boxeo!, exclamó Mrs. Platt-Hunter-Platt, en un tono que implicaba sentimientos diversos sobre espectáculos degradantes.

Noel asintió:

—Así es. Sólo que en este caso la tarima o arena no forma como una isla en medio del público. Al contrario, está recostada sobre la parte realmente interesante del teatro. Recordarán ustedes que dije que en el patio de la posada un lado de la

tarima daba a ciertas habitaciones. Pues bien, los actores usaban también la galería del primer piso sobre ese lado. Representaban así en dos planos. La galería constituía la llamada *escena superior*. —Y a continuación citó como ejemplo—: *Entra lord Scales en la torre; al mismo tiempo entran dos o tres ciudadanos abajo*.

—¿Lord Scales? —interrogó Mrs. Platt-Hunter-Platt, mirando dudosa a su alrededor, como si buscara a uno de los múltiples pares de Scamnum.

—En la segunda parte de *El Rey Enrique VI* —explicó Noel, y continuó—: Usaban también otra galería más arriba, para el toque de trompetas y cosas por el estilo. Pero lo más curioso es que algunas partes de la representación se realizaban debajo de la escena superior, y al nivel de la misma tarima, o escenario propiamente dicho. Y aquí es donde necesitaban telón. Entonces colgaban de la galería una simple cortina, y el resultado era algo bastante parecido a una escena moderna en pequeña escala. Detrás de la plataforma quedaba formada así una alcoba profunda, con sus propias entradas, sobre la cual podía correrse y descorrerse una cortina. Se la llamaba *escena posterior*. Y así como la superior se usaba para los episodios que llevaban la acotación «desde arriba»: Julieta en el balcón, o las murallas de una ciudad, por ejemplo, así la escena posterior se empleaba en las ocasiones acotadas «desde dentro»: la cueva de Próspero en *La tempestad*, el dormitorio de Desdémona en *Otelo*...

—O el dormitorio de la reina en *Hamlet* —concluyó Mrs. Platt-Hunter-Platt, dando repentinas muestras de una extraordinaria inteligencia.

—No es exacto.

Era Gervase Crispin quien había hablado, adelantándose hacia ellos.

—El dormitorio de la reina debe disponerse en el proscenio, porque se necesita la escena posterior para esconder a Polonio detrás de los tapices. Hamlet hunde su puñal en la cortina, la retira y encuentra el cadáver.

—Me parece —dijo Mrs. Platt-Hunter-Platt— que Shakespeare es a veces espantoso...

Gervase rió secamente:

—No tan espantoso como otros. Informa a Mrs. Platt-Hunter-Platt sobre la puerta de trampa del judío, Noel.

—Hay una puerta de trampa entre la escena superior y la posterior. Sabemos que debía existir, por el *Judío de Malta* de Marlowe. El judío arma una especie de trampa humana en su «galería», o sea en la escena superior. Prepara en el suelo un pozo oculto, con un bonito caldero hirviente en el centro. Luego cae él mismo en su trampa. La cortina de la escena posterior se descorre, y se le ve cocinándose de lo lindo en su propia olla.

Piper se había unido al grupo.

—Pero aquí no habrá puerta de trampa, ¿no es verdad? —preguntó—. No creo que haga falta en *Hamlet*.

—*Hamlet* sólo requiere una trampa en el proscenio. Pero, de todos modos, Gott

construyó también la de la escena superior —agregó Noel en el momento en que Gott y Malloch se acercaban a su vez— para satisfacer la fina sensibilidad de los arqueólogos.

Timothy Tucker se les había unido.

—Esto es muy sugestivo, ¿saben ustedes? —dijo.

Agitó la mano en derredor y se dirigió a Gott:

—Eso me sugiere una cosa. ¿Recuerda usted la idea de Spandrel cuando publicó *La muerte se ríe de los candados*? Era un relato que giraba en su totalidad sobre ganzúas y llaves maestras. Spandrel compró alrededor de tres mil yardas de alambre de cobre y regaló un pequeño trozo con cada ejemplar. Y pronto cada lector trató de fabricar su propia llave maestra para abrir sus propios candados.

—¡Estímulos para la criminalidad! —comentó Mrs. Platt-Hunter-Platt severamente.

—Nada de eso —refutó *sir* Richard Nave con idéntica severidad—. Al contrario, es una saludable desviación de las tendencias criminales reprimidas en la fantasía.

—De todas maneras, las llaves maestras parecen una insensatez —prosiguió Tucker conciliadoramente—. Pero lo que me impresiona es lo siguiente: aquí tenemos una perfecta colección de elementos para un misterio: escena superior, escena posterior, puertas de trampa y todo lo demás. ¿Por qué no se dedica usted a escribirlo, Gott, y lo publicamos con un modelo para recortar y armar el conjunto: sala de banquetes, escena isabelina, cadáver, y todo? Las jugueterías suelen venderlos. Ustedes recordarán las indicaciones: «doblar por la línea de puntos...», etc. Podríamos hacerlo en cartulina de colores vivos, con un pedacito de tela brillante para telón. Cada lector armaría entonces su modelo para estudiar por su cuenta el misterio.

El editor se complacía en el tema.

—¡Dios santo! —exclamó Malloch—. Mr. Tucker parece pensar que tiene usted gran interés por la novela sensacionalista.

Noel, que había sufrido tanto en su propia persona a cuenta de *Crisol*, se mostró implacable.

—Mr. Gott —explicó cortésmente— escribe bajo seudónimo novelas tan conocidas como *Asesinato entre estalactitas*, *Crimen en el Zoo*, *Veneno en el hipódromo* y *El caso del dentista temperamental*.

Malloch se volvió hacia Gott sin manifestar sorpresa:

—¡Qué interesante! Pero a propósito de *Crimen en el Zoo*... Creo enteramente posible que el animal fuera adiestrado para disparar el tiro fatal. Pero en cuanto al adiestramiento con una serie de revólveres de azúcar, para hacerle tragar el revólver verdadero... Consulté el punto con Morthenthaler. ¿Usted conoce, por supuesto, su obra *La inteligencia en los mamíferos*? El parece pensar...

Le tocó a Gott el turno de gemir. Soportar el examen de su escenario por parte de un experto, ya era bastante. Pero que a tal examen sucediera, sin ningún escrúpulo,

otro peritaje igualmente experto, sobre su fantástico *hobby*, era un principio demasiado duro para las pruebas del día. Por fortuna, justamente cuando Malloch presentaba síntomas peligrosos de pasar de la historia natural de *Crimen en el Zoo*, a la toxicología de *Veneno en el hipódromo*, apareció la salvación en la figura de la duquesa, que se acercaba con un telegrama en la mano.

—Giles —dijo vivamente—, Tony Fletcher, el Primer Sepulturero, está con paperas. He hecho llamar a Macdonald, y si usted no se opone, le pediré que se haga cargo del papel. Creo que todo el mundo quedará encantado. Y con un poco de suerte tal vez consiga persuadirlo.

Gott reflexionó:

—No creo que Macdonald tenga el tipo de un gracioso de Shakespeare. Personalmente opino que se parece mucho más a Próspero. Pero su dialecto resultará agradable y una verdadera fiesta para la caja de Bunney. Trate de convencerle por todos los medios. Justamente aquí llega.

—Macdonald —propuso la duquesa—, me pregunto si podría usted hacer el papel del Sepulturero...

Macdonald pareció reflexionar.

—¿Su señoría se refiere al Gracioso Primero?

—Sí. El que cava la sepultura.

—Puedo —contestó Macdonald, con convicción, pero sin entusiasmo.

—¿Y quiere hacerlo?

—Bueno, señora, le diré... No creo estar en condiciones de perder el tiempo así como así... Con dos nuevos peones ignorantes, que no saben desenvolverse ni en las cosas más elementales, y con los invernaderos a punto de ser saqueados...

—Pero es que realmente dependemos de usted, Macdonald... No hay ningún otro que nos pueda sacar del apuro.

Hubo una remota chispa de interés en la mirada de Macdonald.

—No soy Kemp ni Tarlton, señoría, y probablemente desafino en las canciones. Pero sin duda es un papel interesante. Y tiene una buena referencia al arte de la jardinería, aunque bastante confundida con el asunto de las zanjas y de los fosos para tumbas. Además, tendré que consultar con Mr. Gott, aquí presente, acerca de la extraña referencia a Vaughan...

—¡Cómo, Macdonald —exclamó Gott—, ya conoce usted la parte!

—Tengo el conocimiento del texto de un lector corriente —replicó Macdonald con dignidad—. Y aunque queda poco tiempo, no diré a su señoría que no. Iré a estudiar ahora, y para el mediodía me habré aprendido mi papel.

Y Macdonald salió con paso majestuoso.

—Macdonald —glosó Noel— conoce a los graciosos del teatro isabelino y las «cruces shakesperianæ». Un Gott de aldea, eso es lo que es... Un callado Malloch sin gloria; un pedante que no ha manchado sus manos con la sangre de sus discípulos.

—Mr. Gylby —explicó Bunney a lord Auldearn— está parafraseando la célebre

Elegía de Gray.



4

EL DOMINGO A la hora del té, las ansiedades de Gott sobre la representación disminuyeron. Su mente se concentraba ahora en tal o cual punto concreto; sus más legítimas dudas se habían disipado.

Sentía que la tragedia de Hamlet iba a triunfar. El malestar anterior; la incómoda seguridad de que la compañía familiar era demasiado heterogénea; las aprensiones de que alguna emanación o personificación de Scamnum pudiera aparecerse de repente, como un fantasmal *sir* Thomas Bertram, y llevarlo todo a un desenlace precipitado e ignominioso... Todas estas cosas habían dejado de preocuparle.

En su lugar quedaba una comprobación alentadora: unas treinta personas habían conseguido crear una atmósfera de amable antigüedad y estaban disfrutando de ella.

La duquesa había trabajado de firme. Mrs. Terborg había conversado sobre el teatro de aficionados a través de los siglos. Pasaron por su charla el Kenilworth isabelino, el Ferney de Voltaire, el Coppet de Mme. de Staël, Doddington bajo Foote, la corte imperial rusa... En una palabra, había dicho todo lo que sabía, que era mucho.

Por lo demás, la Mano Negra había suspendido sus actividades; o al menos los destinatarios de sus mensajes prefirieron guardar silencio. Y la incorporación tardía de Macdonald al conjunto —calculado golpe de efecto de una hábil dueña de casa— resultó un éxito indescriptible.

Detrás de la escena y durante los ensayos, el jardinero jefe mantenía una especie de corte. Recitaba el catecismo abreviado y *La noche del sábado* de Cotter a beneficio de Bunney y, según averiguó más tarde con cierta indignación, de la caja negra.

Congregados ya todos los actores, el problema práctico de esos últimos días consistió, como era natural, en ajustar el conjunto.

Los personajes principales estaban ya bien aleccionados y las características generales de la producción, satisfactoriamente definidas, en opinión de Gott.

Melville Clay, con infinito tacto, consiguió perfeccionar un excelente *Hamlet* de

aficionados: tranquilo, con un mínimo de movimiento y de mímica, y apoyándose fundamentalmente en la belleza formal del verso y de la prosa. En su despliegue virtuosista del saloncito, se había deslizado imperceptiblemente, a lo largo de dieciséis renglones de verso blanco, desde una enunciación meramente académica, hasta el ámbito pleno del gran actor en la tradición magna. Y en el escenario del salón de banquetes diríase que ese proceso le había indicado de algún modo el punto justo en que debía detenerse para cumplir el propósito del momento.

Bajo la tutela de esta aguda mentalidad teatral, todos aceptaron rápidamente la fórmula dramática simplificada de Clay. No había, por lo demás, intérpretes profesionales, cuya influencia hubiera podido resultar perturbadora, ya que los actores improvisados habrían tratado de imitarlos. Teniendo en cuenta estas cosas, era muy probable que todo saliera bien.

Los personajes principales tenían cierta experiencia como aficionados. El duque había actuado en la Universidad, en alguna pieza del teatro griego, si su memoria no lo engañaba. La duquesa había interpretado el papel de Porcia en presencia de Mr. Gladstone y con su aprobación. Piper había figurado en la O. U. D. S. Y así sucesivamente.

De todas maneras, para conseguir que una numerosa compañía de aficionados se desempeñara sin tropiezos en una pieza larga, hubieran hecho falta muchos más ensayos de los que el tiempo permitía.

Habría fallas, indudablemente. Pero Gott y Clay, en colaboración, trataban de prever y de subsanar el mayor número posible de ellas.

La rapidez y continuidad de acción que la reconstruida escena isabelina permitía iban a constituir, por otra parte, una gran ventaja. La función estaba anunciada para las nueve y, con un solo intervalo al finalizar el segundo acto, terminaría exactamente antes de medianoche. No había decorados que cambiar, y sólo sería necesario mover unos pocos elementos de mobiliario. Alternativamente, en una o en otra de las tres escenas: la frontal, la posterior y la superior, la acción transcurriría sin interrupciones. Cuando el primer episodio: *Las fortificaciones de Elsinor*, terminara en el escenario superior, el Rey Claudio y su corte entrarían en comitiva al proscenio para representar el segundo: *La cámara del Consejo, en el palacio*. Y tan pronto como los últimos personajes hicieran mutis, la cortina del escenario posterior se descorrería, y aparecerían Laertes y Ofelia en la *Habitación en casa de Polonio*. No bien la cortina se corriera de nuevo, Hamlet y sus compañeros volverían a aparecer «arriba» para la cita con el fantasma en la escena IV.

Por estos medios la representación se aseguraba algo del ímpetu que debió de tener trescientos años antes. El público, acostumbrado a la constante caída del telón sobre el arco del proscenio y a una sucesión de complicados cuadros escénicos, probablemente se sentiría desconcertado al principio. Pero, en cambio, asistiría a una representación de *Hamlet* idéntica a aquéllas en las que el mismo Shakespeare participara.

Como Bunney comentaba, no se había ahorrado ningún gasto.

El salón había sido dividido en sección áurea por un tabique tapizado. En medio del tabique, y frente al área mayor de la sala, se construyeron la escena posterior y la superior, coronadas por una especie de torrecilla enana. El proscenio se proyectaba profundamente hacia las filas de asientos preparadas para los espectadores. Detrás del tabique se dispusieron habitaciones adecuadas para todos los menesteres de la compañía, incluso una sala general de actores y cierto número de camarines. El salón quedaba convertido así en una unidad cerrada, en un teatro completo. Iniciada la representación, no sería necesario comunicarse para nada con el edificio principal de Scamnum.

Antes del ensayo del sábado, Gott revisó la utilería. Era sorprendente, pensaba, cuán pocos accesorios, exceptuando los trajes, eran necesarios o deseables para una representación al uso antiguo. Un exceso de accesorios echaría a perder el carácter de la escena, y el efecto resultante sería la incómoda impresión de una cosa incompleta y mal planeada. Por añadidura, era indispensable mantener el proscenio tan despejado como fuera posible. El director escénico de la época isabelina se preocupaba muy poco de proporcionar una impresión visual continua: hubiera hecho retirar del escenario, en mitad de una escena, una colina cubierta de musgo o una dama en su lecho, sin la menor vacilación. Pero no había que desconcertar inútilmente a un público moderno. Por eso era preciso asegurarse un mínimo de accesorios desplazables en el escenario frontal. Gott los había reducido por último a dos tronos, con dos bancos adicionales, para el episodio de la representación, y una mesa para la escena final; mobiliario éste que los lacayos podían traer y llevar con bastante facilidad. En todas las circunstancias se le conservaría al proscenio el carácter de una simple plataforma vacía.

La escena posterior era algo muy diferente; detrás de su cortina podía moverse y transportarse todo lo que se quisiera. Por tanto, se dispondría aquí de mayor número de accesorios: diferentes tapices en los diversos actos y varias piezas del más exquisito mobiliario jacobino de Scamnum.

Gott contemplaba el escenario posterior dispuesto para la escena de la oración del Rey, cuando entró la duquesa.

—Giles, podemos sacar ese armatoste —y señaló un voluminoso reclinatorio que obstruía una buena parte del espacio— y devolverlo a su sitio. He conseguido el banquito más perfecto que pueda imaginarse y un crucifijo mucho mejor también.

Mientras hablaba habían entrado dos lacayos con un canasto enorme.

—Me acordé de un banquito que había visto en Hutton Beechings y le telefoneé a Lucy Hutton que me lo mandara con un crucifijo.

—No es un crucifijo —dijo Gott cuando desempaquetaron los objetos—. Es una simple cruz de hierro, lo cual resulta tal vez mejor. Y el banquillo es delicioso. Servirán tanto para el Rey en la escena de la plegaría, como para que Hamlet los señale cuando dice: «Entra en un convento». A propósito, ¿ha llegado la calavera de

Yorick? He decidido que no emplearemos otros huesos. Nada más que la calavera.

—El viejo doctor Biddle vendrá a comer y la traerá.

El doctor Biddle era el médico local y había prometido suministrar cuantos restos de Yorick se le requiriesen.

—Y ya que hablamos de esto, parece muy ansioso por tomar parte. ¿Cree usted que podría hacerlo?

Gott asintió:

—Sin duda alguna... Hay bastantes trajes disponibles y hará un convincente cortesano o un venerable consejero. Pensé en poner a Mr. Bose en ese papel (Mr. Bose era el hombrecillo moreno), pero temo que parezca un poco fuera de lugar. Como si se hubiera escapado de un cuadro del *Cinquecento*, sobre la adoración de los Reyes Magos. Tal como es, resulta un magnífico apuntador. Conoce el texto de cabo a rabo y tiene un poder de concentración impresionante. No creo que su mente se distraiga un segundo. Justamente, aquí viene.

—Hubiera sido un espectro extraordinario —dijo la duquesa; y al advertir que el hindú había oído su observación, agregó—: Mr. Bose, usted debió hacer el papel del Espectro. Su manera de moverse no es de este mundo.

Mr. Bose sonrió, y su sonrisa hubiera podido dar asunto a Charles Piper, para una larga noche de elaboración literaria. Tenía a la vez la sutileza de Monna Lisa y la espontánea alegría de un rapaz de Murillo. Era una sonrisa lejana y terriblemente íntima, diáfana y superficial... Las contradicciones podrían haber llenado páginas y páginas. Y sobre todo era una especie de sonrisa espectral, así como los movimientos a que la duquesa se había referido, eran movimientos fantasmales. En sus novelas, Gott se permitía de cuando en cuando la presencia de un oriental misterioso, caracterizado por sus movimientos felinos (de acuerdo con el principio técnico del «felpudo para baño» que había expuesto a Charles Piper).

Pero Mr. Bose no se movía en lo más mínimo como un gato, sino estrictamente como un espíritu; un *éfrit* materializado por un conjuro, y obligado a hablar un inglés difícil y gracioso con el propósito de intrigar, encantar y alarmar. Mr. Bose hablaba ahora de esa manera.

—Yo no camino pesadamente. ¿Caminar pesadamente alrededor de usted, duquesa? Es porque no como mucho, creo.

Su tono irradiaba la más quintaesenciada jovialidad.

Podía dar a la simple gracia, reflexionaba Gott, un matiz que hiciera parecer *gauche* la más exquisita ironía occidental. Y cuando se ponía serio de repente, y hablaba con alarmante rectitud y sencillez espiritual, hacía que uno se sintiera frívolo y estúpido, como había observado Noel con toda justeza. De cualquier modo, Mr. Bose era típicamente oriental. Amable y astuto, indudablemente astuto. Si uno viviera rodeado por millones de Mr. Bose, seguramente llegaría a juzgar que sólo la astucia cuenta en la vida.

—Pero en invierno —continuaba Mr. Bose con mayor seriedad ahora— comeré

tal vez un huevo. Tengo permiso de mi padre para comer un huevo si es constitucionalmente necesario.

Mr. Bose miraba con cierta incertidumbre hacia el futuro. Era evidente que la perspectiva lo turbaba: se mantenía de pie sobre una sola pierna, como solía hacerlo cuando se sentía desdichado.

—Estaba diciendo —le explicó Gott— que es usted mejor que el mejor apuntador profesional. Conoce usted el drama línea por línea.

Mr. Bose olvidó la amenazadora dieta y volvió a bromear con deleite:

—En mi país la educación se basa ampliamente en la memoria... Muy ampliamente. Un brahmán de la vieja escuela no enseñaría nunca con libros. Muchas cosas se consideran demasiado sagradas para ser escritas en libro alguno. Forma parte de nuestro adiestramiento el aprender de memoria miles y miles de renglones de los textos sagrados.

Así la memoria se desarrolla. Yo memorizo muy rápidamente un texto inglés. Pero comprender lo que significa ya es más difícil. Esto lo averigüé cuando estudiaba en la Universidad de Calcuta para el grado de bachiller en artes. Ahora lo comprendo casi todo. Comprendo aun a Chaucer y gran parte de Mr. *James-Juice*.

Y Mr. Bose se volvió a la duquesa, radiante de modesto orgullo.

No obstante, Gott temía que a pesar de su eficiencia como apuntador, el hindú pudiera creer que le habían dado de lado en la representación.

—Lamento mucho —se excusó cuando la duquesa se retiraba— que no figure usted en el reparto. Pero no encajaría bien en el esquema de colorido escénico, ¿no es cierto? Dudo que el Gran *Mogol* o alguien por el estilo tuviera un embajador en la corte de Elsinor.

Gott sabía que a Mr. Bose le encantaban las bromas de este género. Y en efecto, el oriental reía ahora de buena gana.

—Algún día interpretaré a Otelo, el moro sombrío, en casa de la duquesa. Mientras tanto, estoy aprendiendo muchas cosas... ¡*Muchísimas!* Con todo, si la reina hubiera tenido un negrito... Pero esto se estiló más tarde, ¿no? Y en esta clase de escenario antiguo los actores no pueden caracterizarse, ¿verdad? Los negros no pueden convertirse en blancos, ni los viejos en jóvenes, ni los vulgares en seductores, ¿no es así?

—No. Esto es una de las cosas que hemos comprobado. Una plataforma escénica permite muy poco maquillaje. Y por eso es importante que los actores se parezcan a los personajes que encarnan.

—Mr. Clay —aseveró Mr. Bose— se parece mucho al melancólico danés.

—Sí. Pero duda que Gervase Crispin se parezca en nada a Osric. Y Bunney, a quien nos hemos visto obligados a admitir, es un caballero de la guardia muy poco convincente. En cuanto al vicario, por desgracia, se parece demasiado poco a un «doctor de la Divinidad», a pesar de serlo. Además, piense en lord Auldearn. ¿Era Polonio esa desconcertante mezcla de Calibán y de Shakespeare?

La comparación resultaba bastante clara. El lord canciller, con su frente abovedada, su mandíbula vigorosa y su aspecto de agobio, sugería con toda exactitud esta comparación. Pero a Mr. Bose pareció desagradable.

—Lord Auldearn —dijo con énfasis— es un hombre *muy* bueno; un príncipe culto e ilustrado. Está un poco achacoso debido a sus muchos años. En mi patria consideramos la ancianidad una cosa *muy* sagrada.

Gott se sintió convicto de un «bárbaro error» y amablemente condenado. Pero Mr. Bose prosiguió cortésmente con el tema, como si no hubiera sufrido ninguna mala impresión:

—Creo que *lady* Elizabeth no se parece a su papel. Es demasiado hermosa, ¿no es cierto?

La observación era sagaz. ¿Podría un occidental, después de cincuenta años en la India, demostrar igual perspicacia acerca de un drama hindú? Tocaba un punto que había hecho cavilar a Gott durante días y días. Ofelia, tan maltratada a lo largo de la obra; debía ser apenas bonita y nada más. El aspecto de Elizabeth no cuadraba a su papel: hablaba demasiado a las claras de un espíritu que era imposible atribuirle a la pobre Ofelia. ¿En qué consistía la belleza de Elizabeth? No era, por cierto, algo que pudiera dissociarse de singulares condiciones intelectuales. Pero tampoco era esa excelsa y siempre trágica especie de belleza, fatal y soberana, perversamente matizada de melancolía o de inteligencia. No era Rosamunda, ni Desdémona, ni Cordelia, ni la duquesa de Malfi. En realidad, no había lugar para Elizabeth en el período de la reina Elizabeth. Representaba un tipo de mujer que nació mucho después, una invención de Fielding o de Meredith. Y esta asombrosa revelación de una falla en el drama que estaban ensayando, indicada tan casualmente por Mr. Bose, fue quizá el mayor golpe intelectual sufrido por Gott durante estos días de Scamnum, que no fueron en ningún sentido apacibles.

Por el momento miró su reloj.

—Es hora de empezar —anunció nerviosamente.

Hamlet tiene un reparto de treinta personajes que hablan, tres o cuatro de los cuales se omiten casi siempre. Con papeles dobles, la representación puede hacerse con diecinueve actores, y algunos extras: el rey y la reina mudos, dos sirvientes y, a ser posible, una pareja adicional de nobles: dama y caballero. No hay multitudes, pero en la escena V del cuarto acto, todos los personajes que no estén en ese momento en escena deben salir a ella gritando para representar a los *Daneses*.

Tal era el caso en Scamnum. Hubiera sido fácil evitar los papeles dobles, pues no faltaban aficionados de talento para desempeñar los menores. Pero en parte porque el plan original había sido el de un entretenimiento íntimo, y principalmente porque Gott quería evitar un conjunto demasiado numeroso, fuente común de desastres en las compañías de aficionados, se mantuvo el reparto en su forma primitiva.

Y ese reparto figuraría definitivamente en el programa del siguiente modo:

Claudio, rey de Dinamarca		Edward Crispin
Hamlet, príncipe de Dinamarca, hijo del difunto rey y sobrino del actual		Melville Clay
Polonio, primer secretario de Estado		Ian Stewart
Horacio, amigo de Hamlet		Charles Piper
Laertes, hijo de Polonio		Noel Gilby
Rosencrantz	Antiguos compañeros de estudios de Hamlet	Tomas Potts
Guildestern		Timothy Tucker
Osric, un petimetre		Gervase Crispin
Un caballero		Rupert Traherne
Un «doctor de la divinidad»		Samuel Crump
Marcelo	Caballeros de la guardia	Richard Nave
Bernardo		Edward Bunney
Francisco		Peter Marryat
Sepulturero primero		Murdo Mcdonald
Sepulturero segundo		Gervase Crispin
Fortinbras, príncipe de Noruega		Andrew Malloch
Un capitán noruego		Peter Marryat
Embajador inglés		Richard Nave
Mensajero		Vanessa Terborg
Marinero		Timothy Tucker
Gertrudis, reina de Dinamarca, madre de Hamlet		Anne Crispin
Ofelia, hija de Polonio		Elizabeth Crispin
Comediantes		Andrew Malloch
		Gervase Crispin
		Ana Merkalova
		Diana Sandys
Rey de la pantomima		Giles Gott
Reina de la pantomima		Stella Terborg
Un caballero		Henry Biddle
Una dama		Lucy Terborg
Servidores		

En opinión de Gott, sería un grupo bastante fácil de manejar en el reducido espacio disponible. Sólo unas treinta personas en total quedarían detrás de la escena: los diecinueve actores hablantes; los siete extras (incluyendo al mismo Gott como rey en la pantomima y a dos lacayos, vestidos con libreas Tudor para el papel de «servidores»); Mr. Bose, como apuntador, y el valet del duque y dos ayudantes profesionales, una mujer y un hombre, traídos expresamente de Londres. Un irritante problema del momento era si habría que admitir al número 31, en la persona de Max Cope. El pintor estaba trabajando en dos esbozos: uno tomado desde la galería del coro, a espaldas del público, y el otro, desde un rincón de la escena superior, donde podría pasar casi inadvertido, y que le daba una perspectiva interesante del escenario principal. No había decidido aún cuál de esos lugares elegiría definitivamente. Gott lo hubiera preferido lejos y a resguardo, en la galería del coro, pero como indudablemente la representación de la tragedia de Hamlet en Scamnum Court pasaría a la posteridad gracias al cuadro de Cope, no se atrevía a insistir.

El reparto, como sucede siempre en una compañía de aficionados, resultaba desigual en algunos papeles principales y flojo en varios papeles menores. Lord Traherne, como gentilhomme, perdía el carácter de tal no bien pisaba las tablas, y se convertía en un escolar torpe aunque cortés. Peter Marryat, uno de los últimos en llegar, y que no había sido probado antes, se revelaba peligrosamente estúpido en sus dos papeles secundarios. Era bastante distraído —había juzgado Clay— como para empezar a decir su parte del Capitán Noruego, en su breve aparición como Francisco de la escena I. Y bastante terco —había añadido— como para continuarla enérgicamente hasta el fin. Stella Terborg, en un papel mudo, no inspiraba mayores preocupaciones, pero como su participación en la pantomima exigía que fuera envenenada por alguien relativamente parecido a la Mano Negra, no podía descartarse la posibilidad de que quebrara la convención con un chillido. Su inteligente hermana Vanessa, como mensajero, y Diana Sandys, como el muchacho comediante que tiene a su cargo el prólogo en la escena de la representación, hacían ambas papeles inferiores a su capacidad. Los de Gervase Crispin, en cambio, sobrepasaban sus aptitudes. Parecía muy dudoso que su fatuidad en la encarnación de Osric y su bufonería como Segundo Sepulturero resultaran tan diferentes como era deseable.

Noel, por su parte, era un Espectro algo novicio. Ese papel se había asignado originariamente al doctor Crump, el vicario de Scamnum Ducis. Pero cuando el vicario se enteró de que implicaba una acrobática desaparición por una puerta de trampa, seguida de un descenso forzado a través de un escenario de tres pies, resolvió conformarse con las actividades, más familiares para él, de oficiante en el funeral de Ofelia. De todos modos, Noel se estaba desarrollando bastante bien. Con los seis

pies de estatura reglamentaria en la familia Crispin y una actuación distinguida en la práctica de los deportes durante sus años estudiantiles, reunía las condiciones indispensables.

Gott trataba de persuadirse de que, considerando una cosa y otra, el asunto marcharía bien.

Y este primer ensayo general del mediodía del sábado se iniciaba auspiciosamente.

Peter Marryat comenzó bien, recitando correctamente en su oportunidad los ocho renglones sueltos de Francisco, gracias a un esfuerzo enorme. Bunney, aunque insistiera en expresarse de acuerdo con su propia teoría de la pronunciación isabelina, resultó un Bernardo asombrosamente marcial. *Sir* Richard Nave, que en la vida real era el individuo más áridamente prosaico del mundo (¿cómo no habría de serlo una persona que quiere perfeccionar la sexualidad?, según opinaba la duquesa), expresó el ímpetu lírico de Marcelo bastante bien.

El espectro, aleccionado por Clay, rondaba y se deslizaba por el escenario superior, como si discurriera por una helada fortaleza de cincuenta yardas.

En cierto sentido, la primera escena augura ya cómo va a desarrollarse la pieza. Es una iniciación impresionante, y el interés que instantáneamente despierta debe ser captado y sostenido en la subsiguiente escena del Consejo.

Una vez asegurado, la representación está en marcha. Y por ahora marchaba como Gott lo había deseado. Se había conseguido crear el clima preciso.

El *Hamlet* de Gott no era el *Hamlet* que Clay estaba acostumbrado a interpretar en la escena profesional. Pertenecía a lo que Malloch llamaba equívocamente «la nueva escuela histórica». En ese *Hamlet*, a través de la elaboración ideológica y poética de la obra, se acentuaba enfáticamente la situación básica de conflicto entre el usurpador y el heredero legítimo. El sentido de un desenlace desesperado y de una lucha a muerte entre dos inteligencias debía estar presente siempre. La batalla entre dos potencias: por un lado, el astuto rey y su ministro Polonio, igualmente astuto; por el otro, la figura solitaria del príncipe, más formidable por más intelectual... Este iba a ser el eje del *Hamlet* de Scamnum.

Mientras el *Hamlet* tradicional que Clay acostumbraba representar se inspiraba en gran parte en las lucubraciones críticas de Goethe y de Coleridge, el de Gott, por el contrario, se inspiraba más bien en los sanguinarios predecesores de Shakespeare. La adaptación había requerido mucho trabajo, pero Clay se lanzó con entusiasmo a esta interpretación más moderna del drama. Y ahora, en la escena II, el resultado empezaba a revelarse. Ahí estaban, en las figuras de Claudio y de Hamlet, dos hombres que iban a pelear hasta morir; era el principio de un duelo que debía ser evidente para cualquier público isabelino.

Y mientras la acción avanzaba, Gott advertía que estaba en presencia no ya de un mero *Hamlet* de aficionados, esmerado e idóneo, sino de un *Hamlet* positivamente notable en la encarnación del conflicto fundamental. Clay era un gran actor; Gott

apenas se había percatado de ello antes de esta aventura de Scamnum, aunque lo sabía brillante y celebrado. Y el duque de Horton también lo era, cosa todavía más extraordinaria. Ya había resultado asombroso anteriormente, en sus escasas y fugaces apariciones de los ensayos, pero ahora estaba despampanante. Y, como consecuencia, la representación iba tomando el sesgo que Gott había planeado. El meditabundo Hamlet se revelaba como una simple faceta del hombre integral; la reina y Ofelia quedaban relegadas a la penumbra; la pieza entera giraba esencialmente, de extremo a extremo, sobre una intriga de Estado. Y justamente eran hombres de Estado los personajes importantes: por una parte, el desposeído Hamlet; por el otro, Claudio y Polonio. Gott observaba el desarrollo de la acción con el placer analítico con que se estudia un tema infinitamente complicado que ha absorbido la atención durante mucho tiempo. ¡Misterioso poder de la ilusión dramática! Ahí estaba Melville Clay, frente al duque de Horton y a lord Auldearn, un escenario isabelino simulado en un extemporáneo salón gótico, y era imposible no creer que el destino de un reino se jugaba allí entre ellos, a la vista de todos.

*... Con su ayuda
la conciencia del rey verá desnuda.*

La voz de Hamlet se elevó en el anticipo triunfal de su designio. La primera parte del ensayo general había terminado.

Nave llegó en el intervalo, reloj en mano.

—¡Qué rápido marcha esto!

—Tan rápido como una película sonora —subrayó Clay.

Gott asintió:

—Las películas sonoras conducen con un mismo ritmo la vista y el oído. ¿Se han fijado ustedes cómo esa velocidad se ha comunicado a todos, aun después de abandonar la escena? Todos se mueven con mayor ligereza. Miren al duque entremetiéndose en todas partes como un empresario de obras.

—Yo me inclinaría a considerar el fenómeno como una especie de rebote —interpuso Nave—. Todos han estado representando y ahora vuelven a lo que llamaríamos sus verdaderas personalidades, con mayor intensidad que la que se permiten habitualmente. La agitación producida por ese excitante saca a relucir lo que solía llamarse «la pasión dominante», o según los escritores isabelinos, el «humor predominante».

La especialidad científica de Nave era joven e impetuosa, y su dueño estaba siempre dispuesto a exponerla, aun en la agitada pausa de un ensayo. Ahora, mientras Clay se escabullía, continuó conversando con Gott:

—Mire usted al joven Gylby. Anda detrás de esa muchacha Sandys. Tiene veintidós años, según creo, y ella es quizá la primera mujer de cuya existencia se ha

dado cuenta ampliamente. ¡Tales son, Mr. Gott, nuestros extraordinarios convencionalismos educativos! ¿Y el resultado? Un alto grado de enamoramiento, un alto grado de ofuscación y una penosa falta de conocimientos técnicos sobre la manera de proceder. Pero al disfrazarse de espectro, encarnando una superstición del siglo XVI, se ha soltado un poco. Ha vuelto de un salto a su impulso dominante y está alcanzando un avanzado grado de eficiencia sexual.

Gott era en cierto modo una persona demasiado chapada a la antigua para saborear la terminología del psicólogo. Pero tenía que admitir la exactitud de la observación. Noel estaba tomando a Diana Sandys muy en serio. Y en ese momento, embutido todavía en la brillante armadura del espectro, y con el casco en la mano, iba derechamente a su asunto, con la franqueza de un guerrero en los poemas heroicos anteriores a Tennyson.

—¿Sabe usted algo de la muchacha? —preguntó Nave.

—¿De *miss* Sandys? Es una compañera de colegio de Elizabeth, tal vez un poco mayor. Y ahora que caigo en ello, también es psicóloga.

Miró a Gott humorísticamente para que no se ofendiera por la estocada que iba a asestarle:

—Mejor dicho, practica la psicología aplicada, y trabaja sobre el subconsciente de las masas en beneficio de los jabones, las medias y los alimentos patentados. Creo que llaman a eso publicidad.

—Bueno, la propaganda es una de las más inofensivas corrupciones de la ciencia, después de todo. Y sea lo que fuere, es dura como el acero.

El tono indicaba que para *sir* Richard Nave ser dura como el acero era una de las mayores virtudes en una doncella.

Luego cambiaron de tema bruscamente:

—A propósito, ¿cuáles son exactamente las relaciones entre el rey y la reina de la pantomima?

Gott pareció no entender por un instante el alcance de la pregunta, tal vez porque se sentía vagamente turbado.

Y Nave, interpretando mal su vacilación, prosiguió:

—Se lo pregunto a un viejo amigo de la familia.

—¿Se refiere usted a Gervase Crispin y a Mme. Merkalova? No soy su confidente.

Pero Nave no admitía el sistema de reticencias de Gott.

—En otras palabras, comparte usted la impresión general de que son amantes... Pero lo curioso es esto: no he visto las reacciones que podrían esperarse. Una mujer rusa en esa situación, y actuando en este medio social, insistiría en ciertos convencionalismos; se mantendría un poco a distancia y exigiría entre ambos un trato sumamente formal. Con todo esto, el asunto sería suficientemente claro para el experto, y dejaría al inexperto en una conveniente ignorancia.

—¡Caramba! —exclamó Gott, admitiendo con toda honestidad que sabía menos

sobre la corrupción de las clases elevadas de lo que debía saber un novelista—. Usted me está ilustrando mucho, *sir* Richard.

—En lugar de eso, se conducen..., bueno, no diré con la confianza de dos inocentes enamorados, sino con la intimidación de dos ladrones.

Gott rió.

—Si Gervase Crispin —dijo— se propusiera dar el golpe criminal más grande en Inglaterra, no podría sino forzar su propia caja fuerte. Y no creo que la dama sea su cómplice en ningún delito.

Las últimas horas de la tarde del sábado vieron llegar otra aluvión de huéspedes. El té en el bosquecillo de cedros, con los actores andando de un lado a otro, todavía con sus ropas de teatro, tuvo el aspecto y las dimensiones de una fiesta de caridad. A Gott le pareció que lord Auldearn no se sentía demasiado encantado ante esa abigarrada concurrencia, y en seguida obtuvo la confirmación de sus impresiones. Auldearn, que había estado conversando gravemente con el duque, se volvió hacia él:

—Mr. Gott, debo irme. Alguien puede leer mi parte en el ensayo de mañana. Estaré de vuelta el lunes a primera hora, Dios mediante.

Y tras este intempestivo discurso, desapareció dentro de la casa.

Veinte minutos después subía a su coche, que se precipitó velozmente hacia la salida.

Gott vio que la duquesa estaba contrariada. En la nerviosa animación de sus movimientos había algo semejante a un deliberado esfuerzo de energía. Y el involuntario dinamismo que advirtió en el duque después del ensayo había desaparecido. El amo de Scamnum parecía más apático que nunca.

Noel había logrado atraer a su Diana al campo de croquet, y ella arremangaba en ese momento la túnica del espectro en la escena del gabinete, una especie de peinador largo, para impedir que estorbara los movimientos del joven. Pamela Hogg, la dama de Armageddon, fascinaba a Tommy Potts con su erudición equina. Mrs. Terborg deambulaba por todas partes. Conocía a la mayoría de los invitados y a cada momento descubría amigos comunes de París, Viena o Roma. Hábilmente insinuaba a Vanessa en un grupo de intelectuales juiciosamente seleccionados. Con idéntica habilidad insinuaba a Stella en un grupo de tontos acaudalados, escogidos con menor esmero.

Y en medio de todas estas cosas, una turbación oscura hacía presa en Gott.

La cena de aquella noche fue muy importante. Bagot, sin rival en su oficio, sostuvo la opinión técnica de que se trataba de un banquete. El anfitrión, que sólo podía divisar a su mujer empequeñecida por la distancia, la consideró simplemente un fastidio.

Al observar la mirada de Gott fija en el duque, Max Cope dirigió la suya significativamente al panel de encima de la estufa. Gott advirtió la seña. Ahí estaba el

retrato del primer duque hecho por Kneller: era un hombre de edad, diestramente pintado y caracterizado como un personaje típico de la Restauración, y cuyas agudas facciones se esfumaban bajo el mismo velo de indiferencia que distinguía en la actualidad al octavo duque, sentado ahora a la cabecera de la mesa. Gott buscó el mismo rasgo hereditario en los otros miembros de la familia. Gervase no lo tenía. Noel, que era un Crispin por la línea colateral, quizá lo adquiriera más tarde. ¿Y Elizabeth? Elizabeth era más Crispin que Dillon, pero carecía de él. Tal vez era un sello de raza latente en los descendientes femeninos. Y durante el resto de la comida, Gott comprobó un hecho muy simple: no estaba y no había estado nunca preocupado por la representación de *Hamlet* en Scamnum Court. No formaba parte de su naturaleza el preocuparse por tales cosas. La ansiedad que había sentido por ella era la resonancia de ansiedades ajenas al asunto. Desasosiego transferido a X, que concernía en realidad a Y.

Es curioso cómo una mente en tensión puede ocuparse de minucias, de las consecuencias meramente prácticas de un hecho, para eludir una preocupación fundamental. El caso es que Gott se encontró pensando en ellas. Un profesor de Saint Anthony no podía casarse con la hija de un duque y salir bien del asunto. Gott no tenía otra alternativa: o abandonaba la plaza, o inevitablemente cuando se jubilara el viejo Empson sería nombrado rector. Elizabeth, que estaría ya entonces en el colegio por culpa de una madre excéntrica, se instalaría en la casa del rector y departiría con las mujeres de los profesores, con los graduados y con los Bunneys trashumantes.

¡Frívolas inquietudes! Sin embargo, cuando más tarde se paseaba con Elizabeth por los jardines bañados de luna, Gott las seguía barajando en su interior. Veintiuno y treinta y cuatro. Treinta y uno y cuarenta y cuatro. Cuarenta y uno y cincuenta y cuatro. Setenta y uno y ochenta y cuatro. Y, lo que todavía era más impresionante, alguna vez habían sido seis y diecinueve. En aquella época, Elizabeth era una chiquilla familiar; ahora, mientras caminaba a su lado por lugares que le recordaban tantas cosas (aquella ocasión, por ejemplo, en que la sostuvo sobre su primer *pony*), le parecía remota como las estrellas y secreta como el más lejano hemisferio de la luna.

Caminaban en silencio por una de las famosas avenidas de Scamnum, entre los altos cercos impenetrables que se extendían interminablemente como en un sueño. A uno y otro lado se erguía una doble fila de estatuas, verdadero Olimpo de deidades marmóreas, escalonadas como fantasmas contra las sombrías paredes de cipreses. Cerrando la perspectiva, y recortado en el resplandor lunar, se erguía un pintoresco establo, una de las excentricidades menores de Peter Crispin. Un establo no suele ser una distracción corriente en un jardín convencional, pero Peter Crispin había querido tener a mano sus curiosidades. Cuando invitaba huéspedes a Scamnum, ordenaba que se instalaran allí varias vacas; y sus amigos, en el primer paseo por la posesión, lanzaban aduladoras exclamaciones de contento cuando descubrían los animales, cómodamente alojados en lo que, por fuera, no era sino una abadía ruinosa.

Ahora el establo seguía siendo pintoresco, pero ya no era establo. Se usaba para guardar abonos químicos. Y exactamente detrás de él se extendía, oculta por una elevada tapia, la carretera principal hasta King's Horton.

Elizabeth se detuvo ante un pedestal vacío.

—Aquí estaba la Venus Pandemia —dijo—. Mi abuela le hizo sacar porque le parecía particularmente impúdica. Como el doctor Folliott, Giles, en Crotchet Castle.

Su ligera ironía era muy Crispin. Después de todo, Giles *podía haber sido su preceptor*.

Faltaban seis estatuas más para llegar al establo y Gott seguía rumiando esas horribles palabras de Nave: «veintidós años, un alto grado de enamoramiento, un alto grado de ofuscación y una penosa falta de conocimientos técnicos sobre la manera de proceder...». Noel, veintidós años; Gott, treinta y cuatro. Treinta y cuatro y veintiuno. Ochenta y cuatro y setenta y uno.

Faltaban tres estatuas para llegar al establo.

—Auldearn se ha retirado súbitamente —dijo Gott, rechazando esos pensamientos.

—Se enteró de algo importante.

Era una respuesta distraída, pero probablemente sugestiva. Dos estatuas... Una estatua... El establo.

—Elizabeth... —empezó Gott.

Ella posó una mano sobre su brazo.

—¡Mire!

La figura de un hombre había surgido detrás de la fingida abadía. Hubo un silbido suave; un pequeño objeto saltó sobre la tapia a la luz de la luna; luego otro silbido contestó al primero, y la figura del hombre desapareció. Un minuto después llegó la crepitación de un motor de gran potencia.

—Alguna intriga del servicio —opinó Gott.

—¿Con un Daimler esperando en el camino?

Un eco lejano de la indolente indiferencia del duque resonaba ahora extrañamente en la voz de Elizabeth.

—No. Es algo que hemos tenido ocasionalmente en Scamnum desde que mi emprendedora madre consiguió hacer de papá un viejo hombre de Estado.

Sonrió con sonrisa un poco perpleja.

—Una especie de emoción que su austera especialidad artística conoce bien, Giles. *Espías*.

Y en las primeras horas de la mañana del lunes, la Mano Negra realizó su exhibición más espectacular. Repentina y espantosamente, todo el edificio de Scamnum vibró en la oscuridad con el tañido imponente de una campana. Se desparramó por los corredores e inundó un centenar de habitaciones magníficas, primero en un solemne

repique y luego en un golpe salvaje, grotescamente estrepitoso. Y cuando todos los habitantes de la casa salían corriendo de sus dormitorios y se precipitaban por los corredores; en tanto que el duque, una figura sorprendentemente autoritaria, en lo alto de la escalera principal, gritaba que no había peligro de incendio, las campanadas se interrumpieron bruscamente y fueron sucedidas, segundos después, por una voz humana atronadora, pero curiosamente familiar:

«... Antes que el murciélago haya cumplido su vuelo claustral; antes que al llamamiento de la negra Hécate los élitros del escarabajo den, con su zumbido soporífero, la señal de los bostezos de la noche, se habrá cumplido aquí una acción de siniestra memoria».

Aun cuando despertara estremecedores ecos en todas direcciones, la voz parecía llegar desde abajo. Fue Gott quien, con un repentino ademán de comprensión, se lanzó por las escaleras. La voz proseguía, cargada de amenazas:

«... ¡Ven, noche ojeadora!... ¡Venda los tiernos ojos del lastimero día, y con tu sangrienta e invisible mano desgarras y reduce a jirones ese último vínculo que sostiene mi palidez!... La luz agoniza...».

Silencio. Gott volvía a subir las escaleras.

—El combinado de radio —explicó—. Dando vuelta un botón se obtiene tanto volumen como se quiera. Y cambia los discos automáticamente. El primero era un disco de carillón... El horror del tañido de la campana. El segundo, una grabación de Clay en el papel de Macbeth. Otra bromita.

Clay, elegantísimo en su bata de brocado, asintió tranquilamente.

—Ya me parecía que la voz me era familiar —dijo—. Hice esa grabación hace mucho tiempo y creo que fue un error. ¿Cómo es esa cita, que ahora sería oportunísima?

Vanessa Terborg, que trataba de calmar a Stella, se volvió en seguida, arrastrada por su afán de destacarse:

—«La estridencia de las trompetas de los ángeles y el horror del tañido de la campana» —respondió; y añadió—: Bueno, no creo que nadie esté asustado.

Su mirada se posó enérgicamente sobre su hermana.

Gott puso en duda esta afirmación, y no sólo en lo referente a Stella. Él mismo estaba asustado. La mente capaz de urdir una impresión tan violenta era una mente que pensaba en términos de violencia.



5

Acto III. Escena Cuarta

EL GABINETE de la reina; colgado de tapices de Flandes, representados por la cortina del escenario posterior.

La REINA y POLONIO

POLONIO: Pronto debe venir. Habladle al alma; sepa que no se sufren sus locuras: qué vuestra majestad ha intervenido y un cúmulo de males ha cortado.

Aquí me oculto. Habladle fuerte.

HAMLET (*adentro*): ¡Madre! ¡Madre! ¡Madre!

REINA: Sí tal, tengo que hacerlo.

No temáis. Ocultaos; aquí llega.

(POLONIO: *se esconde tras la cortina del escenario posterior*).

HAMLET (*entrando*): Y bien, madre, ¿qué ocurre?

REINA: Has ofendido mucho a tu padre, Hamlet.

HAMLET: A mi padre mucho habéis ofendido, madre mía.

REINA: Vamos, vamos, con lengua suelta hablas.

HAMLET: Idos, idos, habláis con lengua torpe.

REINA: ¿Qué es esto, Hamlet?

HAMLET: ¿Qué es lo que ahora ocurre?

REINA: ¿Te olvidas de quién soy?

HAMLET: No, por mi vida, no tal: vos sois la reina, sois la esposa de aquel que hermano fue de vuestro esposo: y, ¡ojalá así no fuera!, sois mi madre.

REINA: Pues te enviaré quienes hablarte sepan. (*Se dispone a irse*).

HAMLET (*la toma de un brazo*): Vamos, vamos, sentaos; quieta, inmóvil mientras en el espejo que os presente vuestro íntimo ser se refleje.

REINA: ¿Qué pretendes? ¿Atentas contra mi vida? ¡Ay, socorro, socorro!

POLONIO (*detrás del tapiz*): ¡Eh, socorro!

HAMLET: ¡Hola! ¿Una rata? ¡Muerta, pardiez, muerta! (*Atraviesa con su espada el tapiz y hiere a POLONIO*).

POLONIO: ¡Ay, muerto soy! (*Cae*).

REINA: ¡Triste de mí! ¿Qué hiciste?

HAMLET: Yo nada sé. Quizás el rey, ¿no es cierto? (*Descorre la cortina y descubre a POLONIO muerto*).

La anciana dama de la familia real que iba a asistir a la función decidió a última hora no hacerlo, quizá con ese instinto de la realeza para mantenerse a distancia de todo lo que sea excéntrico. Así es que se retiraron algunos ornamentos, y las jóvenes señoras que oyeron la noticia a mitad de camino hacia la sala regresaron apresuradamente a sus habitaciones para cambiar su indumentaria por otra más atrevida.

Bagot había tenido una media hora de intenso trabajo al guardar la platería que Scamnum sólo saca a relucir ante algún miembro de la casa reinante. Y ahora, en el salón, la duquesa viuda estaba sentada solitaria en la primera fila, y a su derecha dos asientos vacíos indicaban los lugares destinados a la duquesa de la casa real y a su dama de honor. Con todo, la vieja dama era bastante imponente por sí sola, y Gott recibió con alivio la información de Noel de que la anciana parecía dispuesta a dormir durante la mayor parte de la pieza. Era una versión de *Hamlet* completamente inexpurgada.

Peter Marryat había provocado cierta ansiedad. Después de la cena declaró que se sentía completamente embotado e interrogó lastimeramente a Noel sobre cuál de los dos papeles era primero, si el de Francisco o el del Capitán Noruego. Y como Noel resolviera perversamente que la respuesta debía estar en el fondo de una copa de coñac fuerte, la primera escena dio por momentos la impresión de que los centinelas de Elsinor tenían excesivo trato con la cantina del regimiento. Pero como era perfectamente sabido que la corte de Claudio estaba de fiesta y en un ambiente de borrachera, todo pudo pasar como el toque de un director algo audaz. En la mirada de Malloch, Gott presintió la perspectiva de un comentario humorístico sobre el tema, realizado posteriormente entre sus colegas profesionales. Pero no se produjeron mayores desastres. La primera parte de la representación transcurrió rápidamente y bien, y fue coronada por una tempestad de aplausos.

Y ahora el público, que durante el intervalo había estado rondando por el escenario y por el salón, con la ensordecedora charla que es el rasgo típico de las reuniones numerosas del «gran mundo», se encaminó de nuevo a sus asientos. Bunney había dejado en marcha la caja negra sobre el piso, al lado de la duquesa viuda. Los actores volvieron a su lugar de espera detrás del escenario, y Tommy Potts, que se había revelado como muy eficiente en tales trabajos, sirvió de heraldo

en el acto III, escena primera, con un toque de trompeta que era todo un alarde. Un segundo toque de trompeta, y la cortina del escenario posterior se corrió sobre la antecámara del Salón de la Audiencia. El Rey y la Reina, con Polonio, Rosencrantz y Guildenstern, aparecieron en pequeño grupo, tramando su confabulación. Tras ellos llegó Ofelia. La segunda mitad de la pieza había empezado.

La escena primera del tercer acto está erizada de dificultades técnicas. Gott, de pie al lado del escenario en su disfraz de rey de la pantomima, seguía intensamente su desarrollo. Rosencrantz y Guildenstern se habían retirado ya, en la actitud de estrecha camaradería de dos conspiradores. Y la voz del Rey prosiguió, tensa y sigilosa, aunque perceptible en toda la sala:

Gertrudis mía,
*déjanos tú también; pues he arreglado
que, al llegar aquí Hamlet, cual si fuese
casualidad, se encuentre con Ofelia;
su padre y yo, espías intachables,
dispuestos para ver, mas de él ocultos,
juzgaremos con calma la entrevista.*

La Reina salió de escena; Ofelia se colocó con su libro detrás de un facistol; el Rey dijo su culpa en palabras que anticipan sus remordimientos en la escena de la plegaria. Luego él y Polonio se escondieron. Apareció Hamlet y dio unos pasos hacia el público.

Ser o no ser...

Para todo actor éste es el parlamento más importante del teatro; importante porque ha sido consagrado como el corazón de la poesía inglesa y cada uno de sus vocablos tiene su leyenda. Ahora se elevó, profundo e igual, de labios de Melville Clay.

*¡Quién las contrariedades y el azote
de la fortuna soportar pudiera,
la sinrazón del déspota, del vano
el ceño, de la ley las dilaciones,
de un amor despreciado las angustias,
del poder los insultos!...*

Lentamente, Hamlet caminaba alrededor de la escena, acompasando al ritmo de sus movimientos el ritmo del discurso. Ahora se aproximaba a Ofelia.

*Nuestra conciencia, así nos acobarda
y el natural matiz de nuestro brío,
del pensar con los pálidos reflejos
se marchita, y así grandes empresas
y de inmenso valer su curso tuercen
y el distintivo pierden de su impulso...*

Había advertido a Ofelia. Y surgieron entonces los versos más hermosos del drama:

*Pero, silencio, ¡la gentil Ofelia!
¡Ah Ninfa! En tus plegarias
que todos mis pecados se recuerden.*

Había llegado el momento que exigía el supremo esfuerzo de la técnica de Clay. Sin decir una sola palabra, debía comunicar al público su estado de ánimo: acababa de comprender que la presencia de Ofelia formaba parte de una confabulación. A partir de ese instante, hablaría con ella ásperamente, pero sin dedicarle sino una parte superficial de sus pensamientos. Sus facultades todas estarían concentradas en la idea de sus enemigos emboscados. Esta súbita certidumbre, preparada sólo por un breve episodio en una parte muy anterior de la acción, es extraordinariamente difícil de interpretar. La dificultad podría evitarse haciendo que el Rey o Polonio revelaran accidentalmente su presencia, pero no hay justificación para ello. La oculta presencia de estos dos personajes puede pasar, y a menudo pasa, ignorada. Si así ocurre, la brutalidad de Hamlet resulta intolerable. Para que el hecho tenga eficacia dramática es preciso que sea el mismo Hamlet quien lo revele.

Clay lo reveló. Se puso rígido.

¿Eres honesta?... ¿Eres hermosa?

Parecía un médium en trance hipnótico. Y cada nuevo parlamento, aunque trascendental, fue articulado automáticamente. Una parte superficial del pensamiento se ocupaba del discurso, que terminó al fin en injuria desembozada contra las mujeres y sus afeites. Porque todas las potencias del personaje se concentraban en otra dirección. Ahí estaba un Hamlet para quien un solo hecho tenía realidad: la presencia de sus enemigos escondidos cerca, en alguna parte; confabulados para tenderle la última trampa. Ese era, concretamente, el Hamlet de la escuela histórica, encarnado con terrible realismo.

Se marchó, por fin. Si Gott hubiera tenido tendencia a los ademanes convencionales, se habría enjugado la frente.

Y luego se elevó la voz de Ofelia —la voz de Elizabeth—, clara y dramática en su soliloquio final:

*¡Oh noble inteligencia quebrantada!
Del político, el sabio y el soldado
la voz, la previsión, la valentía,
de este reino la flor y la esperanza,
de la elegancia espejo fiel, modelo
del galán...*

El Rey y Polonio salieron de su escondite, hablando confidencialmente. Dispuesto el segundo a un nuevo acecho.

*... Milord, haced lo que gustéis;
mas si queréis, después de la comedia,
que la reina, su madre, le hable a solas
para inquirir de su aflicción la causa.
Yo, si lo permitís, ocultamente
verlos quiero: si nada se descubre,
a Inglaterra enviadlo, o encerradlo,
según vuestro buen juicio determine.*

Urdido su nuevo plan de escondite en el gabinete de la Reina, Polonio se retiró.

El Rey se volvió al público y levantó la mano con ademán dramático, en la amenaza retórica del dístico final.

*Así lo pienso hacer: que no es cordura
no vigilar del grande la locura.*

Se dirigió al escenario posterior, y se corrió la cortina.

Acto III, Escena Segunda.

Acto III, Escena Tercera.

Acto III, Escena Cuarta.

La cortina de la escena posterior volvió a correrse, esta vez sobre las vanas preces del Rey en el reclinatorio. En seguida, la Reina y Polonio entraron en el proscenio para la escena del gabinete.

Mr. Bose, acurrucado en su rincón cerca del escenario posterior, seguía atentamente el discurso de los invisibles actores, sílaba por sílaba. La exhortación de Polonio para que la Reina hablara a su hijo «al alma»; la llamada de Hamlet; el leve susurro al deslizarse Polonio detrás de la cortina, desde el proscenio, dispuesto a «escuchar en silencio»...

El altercado entre Hamlet y su madre subía de tono.

Se alzó el grito de la Reina:

¡Socorro! ¡Socorro!

Desde el escenario posterior llegó la voz de Polonio como un eco:

¡Socorro! ¡Socorro!

Mr. Bose, con los ojos todavía fijos en el texto, se enderezó bruscamente.

Un disparo resonó en la sala.



2 DESARROLLO

*Pues a sentarse, y dígame quien sepa:
¿por qué a los hijos de esta tierra obligan
a estas nocturnas e incesantes guardias?...
... ¿Qué ocasiona
esta prisa febril que hace a la noche
la compañera de labor del día?
¿Quién me puede informar?*



1

MR. JOHN APPLEBY, de Scotland Yard, estaba en el teatro. Pertenecía a la nueva promoción de policías y era aficionado al ballet. Justamente en esos momentos se disponía a presenciar *Les Présages*, que iba a suceder a *La boutique fantasque*. Pero como cobraba el sueldo antiguo y su fortuna privada era de las más modestas, había tomado una de esas localidades que durante su infancia provinciana se designaban con el nombre de «localidades para familias». Sin embargo, nadie de su familia lo acompañaba: era soltero, y demasiado serio y tímido para permitirse otra clase de distracción femenina.

En consecuencia podía consagrar el intervalo a reflexionar sobre el ballet como «puro estilo muscular». Se propuso leer los últimos libros sobre la materia. Estaba considerando el extraño caso de los acróbatas japoneses (ciertamente no pertenecían al ballet, pero ¿acaso no representaban también un «puro estilo muscular»?), cuando se apagaron las luces, y la música de Chaikovski, grávida de sugerencias sobre el misterio del universo, llenó la sala.

Los abonados regulares, gente de alto copete que dividía su vida entre el salón y la caballeriza, volvían a sus asientos.

La mujer sentada al lado de Appleby cerró su caja de bombones y la guardó bajo la butaca.

Como por arte de magia, se alzó el telón sobre la escenografía dantesca de Masson. Un efecto cabalmente logrado, pensó Appleby, para el espectador impresionable; pero un espectador frío no dejaría de advertir la intención que se oculta cruelmente en ella.

Las mujercillas minúsculas, con un vago aspecto español del cuello para abajo; los caballeros en verde y castaño, con un vago aspecto desvergonzado del cuello para arriba (en opinión del filisteo vergonzoso); la acción, en fin, con sus agradables giros, extrayendo una gracia milagrosa de perspectivas inverosímiles... Todo aparecía de nuevo ante sus ojos, pensó Appleby, que estaba a punto de convertirse en un aficionado empedernido. Era una cosa realmente impresionante. Llamarlo «Puro

Estilo Muscular», con majestuosas letras mayúsculas, sería poco. El problema era que esas galvánicas figuras tramaban oscuramente algo, insinuaban algo, procuraban hacerse entender a través de una complicada paráfrasis de gestos, como los sordomudos, y la metáfora resultaba inevitable.

Ahora los caballeros saltaban contra el telón de fondo de plano en plano, en tres brincos increíbles.

Ahora cruzaban en parejas el césped, y enfrente de ellos las damas mantenían las cabezas erguidas como arietes.

Todo esto tenía, evidentemente, una vasta intención cósmica... Orgánica, como la música de la *Naturaleza de las Cosas*.

Pero cuantas más veces presenciaba Appleby este ballet, menos captaba el sentido general y más placer encontraba en los movimientos fragmentarios; en la precisión exquisita, por ejemplo, del *pas de deux* que el programa llamaba *Pasión*. Sin embargo, lo que personalmente le deleitaba más en *Les Présages* era algo de carácter esencialmente dramático: la entrada del Hado. ¡Lástima que lo representasen como un desagradable etíope, todo de negro! ¡Lástima que tuviera que hacer ese mutis de pantomima, sobre los talones!

Su entrada, en cambio, combinaba perfectamente el elemento dramático y el coreográfico.

Un tío de Appleby solía recitar fragmentos de un poema que empezaba así:

Un capitán de los Highlands saltó...

Y al llegar a la palabra «saltó», saltaba efectivamente al medio de la pieza. El Hado no entraba así.

Sobre el enorme escenario, el movimiento común de la vida proseguía con ritmo regular y sereno... Y he aquí que, de pronto, ya el Hado estaba en medio de él; inadvertida su entrada; pendiente su amenaza para descargarse certera, en el momento oportuno.

La función estaba a punto de terminar.

Los caballeros aparecían ahora en nuevo y más grandioso apresto: eran máquinas, eran infantería que cruzaba la tierra agrietada por el fuego. El Diablo en figura de hombre, anunciado por el programa, había desatado la violenta pasión de la guerra, y las diminutas mujeres, metamorfoseadas también, se sometían igualmente al hechizo marcial.

Era un espectáculo impresionante aunque sólo fuera como mímica: el simbolismo tocaba la sensibilidad contemporánea.

Y luego el final: una victoria equívoca. El héroe trepaba sobre los hombros de otro bailarín, y extendía los brazos, tal vez hacia el futuro, pero sin probabilidad de escape, como colgado de un trapecio invisible.

El cuadro sugería una vez más el recuerdo de los acróbatas y casi se esperaba que el cuerpo de baile prorrumpiera en exclamaciones y palmoteos a la japonesa.

La mujer del asiento contiguo se inclinó para buscar su caja de bombones.

Appleby salió del teatro y se internó eufóricamente en la noche londinense, discurriendo consigo mismo en su carácter de filisteo converso. Trabajaba rudamente como policía; a menudo su trabajo era su única diversión, y era agradable haber dedicado tres horas a una cosa que no tenía nada que ver con sus ocupaciones cotidianas: la monótona persecución de los criminales y de los «filántropos» sin escrúpulos de la *city*, hasta llevarlos ante el tribunal.

Mientras bajaba la escalinata del duque de York, su mirada se posó sobre el palacio del Almirantazgo y siguió la línea irregular de los edificios del gobierno. Había que agradecerle a Palmerston que la casa del Tesoro —¿o era acaso el Ministerio de Relaciones Exteriores?— no fuera un monumento del gótico Victoriano. Hacia arriba, inmediatamente al lado de Downing Street, brillaba una luz solitaria. ¿También estaban hundidos en una pesada rutina esos contemporáneos suyos de más jerarquía que se habían abierto camino hasta aquí? ¿Qué podrían estar haciendo a aquellas horas?

Appleby tenía alquilado uno de los apartamentos más modestos en uno de los edificios más grandes de Westminster. Sus tres cuartitos habían servido en su origen, según sospechaba, como cuarto de baño, cocinita y botinera para algún inquilino más rumboso. Pero su situación próxima a St.-James Park le era cómoda para ir y venir de su trabajo; la ventana de su salita se abría sobre una admirable escenografía nocturna al estilo de Epstein, e ignoraba una perspectiva diurna mucho menos admirable; y, por último, sentado en la cama podía distinguir la mitad superior de la enseña que flameaba sobre Buckingham Palace.

Al acercarse ahora a la entrada del edificio, Appleby apresuró el paso. Un automóvil estaba estacionado en la puerta. Y ese automóvil significaba trabajo. Un instante después advirtió otro automóvil, y silbó. Pero cuando descubrió un tercero, que cualquier policía debe reconocer, echó a correr.

El portero nocturno, habitualmente inaccesible para los inquilinos de los departamentos baratos, se escurrió de su caseta para murmurar algo que Appleby no se detuvo a escuchar. El ascensorista, hasta entonces cordial y conversador, le miró en esta oportunidad con cierto respeto.

Cruzó velozmente el corredor y se precipitó casi sin aliento en su habitación. Un espectáculo imponente se ofreció a su vista.

El jefe de policía iba y venía nerviosamente por la minúscula sala. El superintendente Billups, superior inmediato de Appleby en el Departamento de Investigaciones Criminales, permanecía de pie en un rincón, visiblemente confundido y un poco mortificado. En la única silla disponible estaba sentado el primer ministro, sosteniendo a tres pulgadas de su nariz un enorme reloj de acero.

—Buenas noches, caballeros —dijo Appleby, y esas palabras representaron, en su sentir, el mayor esfuerzo de su carrera.

El primer ministro estalló:

—¿Es éste el hombre? Haddon, si tiene usted un empleado número uno, no lo pierda de vista otra vez. Los teatros tienen nombre, ¿sabe usted?, y los asientos de los teatros son numerados. Si no, pregúnteselo a su médico.

Cuando un primer ministro habla así al jefe de policía, un detective inspector debe mirar disimuladamente a otra parte. Appleby lo intentó. Pero ya el primer ministro guardaba su reloj y se arrellanaba cómodamente en su asiento como si hubieran venido sólo a charlar un rato.

—¿Por dónde andaba usted, señor..., hum..., Appleby? —preguntó amablemente.

—En *Les Présages*, señor.

El primer ministro meneó la cabeza.

—El ballet se ha modernizado mucho desde mis tiempos, cuando Degas pintaba... Pero ése no es el asunto. El caso es que al lord canciller le han pegado un tiro. En Scamnum Court, mientras representaban *Hamlet*, según parece. Extraña representación, señor Appleby, y en un extraño ambiente. Asesinado hace treinta y cinco minutos por Dios sabe quién... Pero sea como fuere, el asunto no tiene significación política alguna. Me comprende usted, ¿no?...

—Ninguna significación política —repitió Appleby.

El primer ministro se levantó.

—Pero ¿sabe usted? Yo prefiero *Sílfides*... Y ahora, Mr. Appleby, venga y no se quede aquí conversando. En el automóvil seguiré hablándole del asunto.

Appleby abrió la puerta, y al hacerlo sintió hormiguar la sangre en las yemas de los dedos, quizá con la agudizada sensibilidad física que provoca el ballet.

—¿De *Sílfides*, señor? —murmuró tímidamente.

—Sí... ¡No, diablos, de Auldearn!

El primer ministro se volvió conciliadoramente hacia el jefe.

—Ha sido una excelente idea venir aquí, Haddon. Encontramos al hombre en seguida. De todos modos, procure que no se le pierda otra vez.

Su mirada se dirigió al superintendente Billups.

—Se ocupará usted de que Mr... Dollups realice aquí la investigación, o haga una redada, o lo que sea, si es necesario. Bueno, supongo que recibirá instrucciones directamente de Mr. Appleby desde Scamnum.

El primer ministro parecía olvidar con la mayor inocencia las jerarquías policiales. Y habiendo distraído en estos procedimientos alrededor de cuarenta minutos de las deliberadas extravagancias que le hicieron grato al electorado, empujó a Appleby hacia el ascensor y tronó: «¡Abajo!», con tal fiereza, que el ya trastornado ascensorista perdió el tino del todo y los llevó vertiginosamente a la planta baja.

«Un excelente prelude de aventura», pensó Appleby.

El coche de incendios completó el efecto.

Billups no hubiera pensado en procurarse un coche de incendios. El primer ministro sí.

Su sirena, explicó, inspiraba más respeto que una sirena policial, y por añadidura, el sonido era menos desagradable. El coche de incendios le abrió camino en medio del tránsito nocturno, cada vez más escaso, hacia Vauxhall Bridge. Lo seguía el automóvil del primer ministro, y el gran Bentley amarillo de la policía, que causaba siempre en Appleby un escalofrío infantil, cerraba la marcha.

Appleby miraba disimuladamente la silenciosa figura del primer ministro, agazapado en un rincón. No estaba seguro de que no formara parte de un sueño. No hacía más de quince minutos que había estado mirando los guardias a caballo, murmurando contra la rutina, y contemplando, como a una inmensa distancia, una enigmática luz en el Ministerio de Relaciones Exteriores, que se le había aparecido como el verdadero vórtice del Imperio.

Ahora, asaltantes y estafadores se alejaban, hundiéndose en la oscuridad, en una marcha de setenta kilómetros por hora. Una vuelta más por Oval y la velocidad llegó a ochenta en el camino de Chapham.

Era un brillante y fantástico cortejo y Appleby pensó en el otro automóvil que marchaba en dirección opuesta, llevando a un taciturno jefe de policía, y a un Billups que se iba a la cama sombríamente. Miró otra vez de soslayo al gran hombre sentado a su lado. Sí. No estaba soñando. Era realmente el primer ministro, y al final del camino le aguardaba una de las más famosas mansiones de Inglaterra.

«La muerte en Scamnum Court». ¡Qué título para una novela de Giles Gott!

El primer ministro sacó de nuevo su reloj, ostentosamente rural, y cuando la ruta se estrechó en New Wimbledon y disminuyó la velocidad, lanzó un juramento. Fue su primera expresión desde que, dos kilómetros antes, el coche de incendios enderezó hacia Putney y desapareció. Ahora, mientras los coches hacían un alto, empezó a charlar.

—Lord Auldearn se dirigió a Scamnum en automóvil el viernes por la tarde. Se proponía quedarse allí cinco o seis días, e intervenir en la representación de *Hamlet*... ¿Conoce usted a la duquesa?

Mr. Appleby confesó que no la conocía.

—Una mujer notable, aficionada a esas cosas. Hija de Lionel Dillon, pintor capaz de representar a unos comerciantes prósperos como santos del Greco. Bueno. Auldearn llegó allí el viernes y esa misma tarde... —el primer ministro vaciló— recibimos algo importante y se lo mandamos directamente.

—Al lord canciller... —comentó Appleby en tono aseverativo, pero tratando de indagar discretamente. El primer ministro captó la insinuación al vuelo y frunció los labios preparando su respuesta.

—La muerte de Auldearn —dijo al fin cautelosamente— es un golpe terrible. No sólo personalmente para algunos de nosotros, sino desde el punto de vista nacional. Tenía más experiencia y talento político que ninguno. Y un cerebro maravilloso. Había hecho una carrera curiosa para un abogado. Como usted recordará, fue secretario de Asuntos Extranjeros en una época muy difícil.

—Por supuesto —contestó Appleby.

Hubo un largo silencio. Iban dejando atrás una zona comunal del sur de Londres imposible de identificar y a la vez vulgar y misteriosa, bajo el cielo deslumbrante. En algún lejano punto del este silbó una locomotora, con el silbido profundamente inquietante de cualquier tren en la noche.

—El sábado por la tarde —continuó el primer ministro serenamente— Auldearn decidió volver a la ciudad. El domingo hubo algunas... discusiones. Pero hizo cuestión de honor el volver a Scamnum para la función de hoy. Como es natural, comprenderá usted que al hacerlo no sacrificaba un deber público. Sólo que... se llevó consigo otro documento para estudiarlo allí. Mr. Appleby, desearía fervientemente que no lo hubiera hecho.

El primer ministro, que pocos minutos antes practicaba aún su pertinaz excentricidad de palabra y de modales, hablaba ahora en un tono directo y contrariado.

—A las doce y cinco de esta noche me llevaron el teléfono al cuarto de vestir, por una llamada urgente. Era el duque de Horton. Me contó que Auldearn había sido muerto de un tiro, estando en escena, en circunstancias que aparentemente no arrojaban ninguna luz sobre su atacante. Esto es realmente extraordinario, pero supongo que posible. Horton sabía o sospechaba que el asunto podría traer complicaciones políticas. Dijo que había reducido a la inmovilidad a todo el mundo y me pidió que procediera con rapidez. Recomendó en especial que se hiciera cargo del caso una persona que no se asustara de una reunión de gente elevada y poderosa. Sin duda, se refería a la reunión que se celebraba allí. Cuando conseguí a Haddon, él nos recomendó a usted.

Hubo una pausa.

—De usted va a depender mucho.

Appleby no dijo nada. No le hubiera gustado jurar, por lo menos en ese momento, que no estaba asustado lo más mínimo. Pero cuando el primer ministro sacó de pronto su cigarrera, su mano se movió con absoluta firmeza bajo la mirada del otro. Era una especie de prueba ritual; eficientemente, Appleby proveyó los fósforos.

El primer ministro se acomodó una manta alrededor del cuerpo y habló de nuevo.

—No hay razones para suponer que este terrible asunto sea otra cosa que el acto fortuito de un loco o una venganza personal. Todos los hombres públicos están expuestos a tales cosas. Y por esa razón no puedo permitirme acudir directamente al Intelligence Service. Uno no puede saber nunca quién es allí conocido y señalado, y la noticia de que hemos recurrido a él puede resultar peligrosa. Así que solicitamos un simple policía.

Y el primer ministro sonrió levemente.

Appleby formuló su primera pregunta:

—¿Tenía guardaespaldas?

—Jamás quiso oír hablar de eso. Estoy seguro de que a mí no me hubieran

permitido nunca esa actitud. Pero Auldearn podía asumirla.

El primer ministro miró a su propio detective sentado al lado del chófer y suspiró:

—Era un hombre poderoso.

El coche dobló hacia Esher.

—Quiera la Providencia, Mr. Appleby, que el documento esté ahora sano y salvo en la cartera de Auldearn. Pero aunque no lo estuviera, podrá usted trabajar por un tiempo sin desventaja alguna con respecto a los especialistas en esta clase de pesquisas. Si tienen alguna sospecha sobre Scamnum, la información nos estará esperando en Guildford, donde nos separaremos. ¿Ha intervenido usted alguna vez en un asunto relacionado con el espionaje?

—Sí, señor —contestó Appleby lacónicamente.

—Tanto mejor. Es una cosa extraña y asombrosa, un juego complicado que cada país juega en gran escala y que ocasionalmente puede causar un perjuicio enorme. Pero lo que hay que recordar, en mi opinión, es su falta de lógica, su permanente antagonismo con las leyes de la verosimilitud, que lo asemeja a las malas novelas. Uno nunca puede saber quién entra en el juego, especialmente cuando se trata de mujeres, según me han dicho. Para decirlo en términos absurdos, Mr. Appleby, no confíe usted en nadie, ni siquiera en el arzobispo de Canterbury si llega a estar allí. No confíe en nada sino en su olfato.

Appleby sopesó estas sagaces observaciones durante unos pocos segundos, antes de aventurar otra pregunta.

—¿Podría proporcionarme alguna información más sobre la naturaleza e importancia del documento, señor?

El primer ministro respondió vivamente:

—El documento se refiere a la organización de vastos intereses industriales sobre una base internacional con miras a cierta situación también internacional. El proyecto general del asunto que encierra el documento no puede permanecer secreto, como usted comprenderá. Nada grande puede permanecer secreto. Pero los detalles, sí. Y ese documento puede ser útil en dos sentidos: la información minuciosa podría servir a uno u otro de los poderosos intereses que están en juego; y utilizados hábilmente, esos pormenores podrían servir a un gobierno hostil como evidencia circunstancial de algo ya conocido en términos generales. De ahí mi profundo interés en el caso: el documento puede ser empleado como una palanca, y es una palanca lo que se está necesitando. O tal vez un resorte, Mr. Appleby. Un resorte que puede hacer saltar la chispa.

Hubo otro silencio. El primer ministro contemplaba la punta brillante de su cigarro. Appleby evocaba en la oscuridad —con una nueva sensación— la violenta escenografía de Masson y las personificaciones del conflicto ideadas por Massine, esas figuras de color pardo que marcaban su ritmo marcial en el caos ascendente de la música.

—¿Guerra? —murmuró Appleby, obligado a generalizar a despecho de sí mismo

—. ¿El estallido de la guerra dependería de las maniobras del espionaje y de unos papeles insignificantes?

—¡Guerra! No, no... Esto es algo de menor tamaño que la mano de un hombre, y debe seguir siéndolo.

Golpeó la ventanilla de su lado.

—¿Conoce usted esta parte del país? Algo más lejos a tres kilómetros escasos del río, existe un lugarejo llamado Mud Town^[1]. La guerra significaría una Europa convertida en ciudad de barro, Mr. Appleby. ¿Y sabe usted qué punto queda frente a nosotros, justamente al norte de Bisley, y muy oportunamente? Donkey Town^[2]. La guerra significaría también eso. ¡Por cierto que su estallido no depende de unos minúsculos papeles! Su estallido nace del profundo instinto de destrucción oculto en cada uno de nosotros, de esa misma locura que ha asesinado a Auldearn. Sí, por muy calculado que resulte al fin ese asesinato. Pero estas cosas: planos, documentos... — volvió obstinadamente a su anterior metáfora— pueden ser palancas; y las palancas son máquinas peligrosas.

Dejó caer la ceniza de su cigarro.

—Bueno, Mr. Appleby, esto es lo que debe usted saber si ha de enfrentarse con lo inesperado. Y debe saber también cómo identificar el documento. Está rotulado «Ministerio de Agricultura y pesca: Lucio y Perca proponen el adjunto proyecto»^[3].

Sonrió del asombro pintado en la cara de Appleby ante la revelación de este secreto de Estado.

—La última broma de Auldearn —dijo—. No le falta sal.

Al pasar los alrededores de Guilford, el coche hizo un alto nuevamente, y casi en el mismo instante una silueta oscura se recortó contra la ventanilla y abrió la portezuela. El primer ministro descendió, seguido por Appleby.

—¿El capitán Hilfers?

—Sí, señor. Me he adelantado a usted en cinco minutos. No hay información, sin embargo. He puesto tras ella a la gente de Scotland Yard y a la nuestra. En los últimos cinco años se han producido dos incidentes en Scamnum. Uno, cuando usted mismo estaba allí, y se descubrió un huésped indeseable, al que se obligó a salir discretamente; y otra vez cuando se averiguó que uno de los sirvientes estaba recibiendo dinero de un agente muy conocido. Pero ahora no tenemos noticia de nada semejante.

—Usted es un experto. ¿Cuál es exactamente la significación de esa carencia de noticias?

—Bastante escasa, señor. Pero puesto que ha habido tiros, parece increíble. Por otra parte, no sería la primera vez que tengo que vérmelas con lo *increíble*.

El primer ministro aprobó en silencio desde la obscuridad.

—Sí. Sí. Ningún gobierno, ninguna oficina se arriesgaría a semejante cosa. Pero,

sin duda, son aficionados... irregulares.

Rió secamente.

—Bueno, también nosotros haremos una investigación irregular. Hilfers, ¿conoce usted al inspector Appleby? Venga, Mr. Appleby.

Hacia el norte, el cielo conservaba todavía la rubicunda coloración de Londres; hacia el sur había aún estrellas y una luna que descendía lentamente. Se dirigieron en silencio hacia el coche policial. En la parte trasera estaban los dos mejores empleados de Scotland Yard, hombre y mujer, especialistas en registros. Era un testimonio evidente de que el primer ministro pensaba en todo. Appleby saltó sin demora a la parte delantera. El primer ministro cerró la portezuela y le tendió su cigarrera por la ventanilla.

—Tendrá usted tiempo para otro. Y allá encontrará el número de teléfono al cual puede llamarme durante las próximas doce horas... ¿Ha visto usted a Woizikowsky?

—¿En *Les Présages*, señor? Sí. En el papel del Hado.

—¿El Hado? Bueno. Buena suerte.

El primer ministro giró sobre sus talones y con el capitán Hilfers, ese Mercurio misterioso, se hundió en la oscuridad.

—Vamos, Thomas —dijo Appleby; y el Bentley se lanzó rumbo al sur.

Exactamente a las doce y cuarenta, cuando les faltaban todavía trece kilómetros de camino, se encontraron con el primer automóvil. Era una amplia *limousine* levemente iluminada en el interior, con un lacayo sentado al lado del chófer.

—Personajes —dijo Thomas, cuando les enfocaron los faros.

—El ministro del Brasil —explicó Appleby distraídamente.

Había apagado la luz roja y un momento después Thomas tuvo que desviarse violentamente para evitar el choque con un automóvil de carreras en un recodo peligroso en la oscuridad. Transportaba a un caballero de frac, que tenía una mano en el volante y la otra abandonada en el regazo de una señora hundida en pieles blancas. Un enorme sedán escarlata lo seguía muy de cerca.

—El conde Luppit —dijo Thomas, bien informado sobre el tren de uno de los nobles deportistas de Inglaterra—. Vendrá de alguna fiesta de por acá cerca.

—Thomas, ¿qué otra posesión hay por aquí?

Thomas reflexionó.

—Ninguna importante, salvo Scamnum, señor.

Pasó otro coche y luego otro. Algo lejos, hacia la derecha, a lo largo de un pliegue del terreno, una columna de luces se movía hacia el oeste en dirección a Hampshire.

—Adelántese —dijo Appleby con calma.

Thomas se adelantó para detenerse bruscamente en la cima de un puentecillo, evitando chocar con la parte delantera de un coqueto cupé detenido en medio del camino. Su único ocupante era un hombre que tenía una capa de gala sobre los

hombros y el inmortal invento de M. Gibus sobre la cabeza. Se advertía en su rostro una expresión de singular ansiedad. Y estaba manipulando con violencia la palanca de su coche.

—¡Hola, Happy!

El caballero del sombrero de copa se sobresaltó al oír esa voz en la oscuridad.

—Thomas, este es Mr. Happy Hutton. Recuérdelo como complemento de su educación.

Appleby se inclinó sobre el Bentley y encendió los faros. La ansiedad de Mr. Happy Hutton se convirtió a las claras en un abyecto temor. El motor volvió a la vida; el hombre alzó una mano, se quitó nerviosamente el sombrero de copa y se precipitó en la noche.

Appleby bromeó:

—Happy es siempre cortés. Aun cuando esté loco de miedo. Una información útil, Thomas, pero que no nos concierne. Adelante.

Esta vez Thomas prosiguió la marcha sin obstáculos. Quedaron atrás los últimos kilómetros y el Bentley se internó en la calzada sur de Scamnum Court.



2

LLEVE USTED UN REVÓLVER al extremo de su jardín para una pequeña práctica de tiro, y sus vecinos (si no se trata de gente medrosa) se quejarán simplemente de su «inoportunidad». Dispare en plena calle contra una persona que le desagrada y nueve de cada diez transeúntes supondrán que el disturbio resultante ha sido causado por una motocicleta. Pero dispare usted su revólver en una sala construida sobre pilares y producirá el equivalente del estallido de un trueno.

Lo desconocido —que ahora se revelaba como la presencia de la muerte— había irrumpido en medio de las actividades teatrales de Scamnum con aterradora violencia. Y quizá a causa de esto le pareció al auditorio que todos los acontecimientos posteriores tenían un ritmo extremadamente lento. El disparo arrancó gritos a algunas personas e hizo que otras se pusieran en pie de un salto. Pero el público se serenó pronto, y se quedó observando, a la expectativa. Vieron vacilar a Melville Clay frente a la cortina hacia la cual se adelantaba con su estoque; vacilar con la reacción instintiva del actor, tratando de ganar tiempo cuando algo anda mal. Luego dio un rápido paso hacia adelante y desapareció detrás de la cortina. Una voz agitada gritó: «¡Milord!», y un momento después la duquesa se levantó y se deslizó silenciosamente fuera de la escena. Pasó un minuto, y el duque de Horton, sosteniendo en la mano floja la peluca del Rey Claudio, salió del escenario posterior y dijo:

—Ha ocurrido una grave desgracia. Que nadie se mueva de su sitio, por favor.

Un murmullo de aquiescencia, comprensión e interés, le respondió cuando desaparecía. Algunas personas empezaron a cuchichear como en la iglesia. La mayoría quedaron silenciosas. Pero todas las cabezas se volvieron como movidas por un resorte cuando Giles Gott, todavía con su traje de rey de la pantomima, atravesó la sala rápidamente, habló al bombero de la puerta más lejana y volvió en silencio a su puesto detrás del escenario. Cinco minutos después salió nuevamente el duque. Con una lentitud de mal agüero cruzó el proscenio, y se vio que se proponía hablar con su madre. Bajó del proscenio y tomando una mano de la anciana le dijo en voz baja unas

palabras. Luego saltó otra vez al escenario y se volvió al público. En la sala reinaba un silencio absoluto.

—Tengo malas noticias —dijo—. El disparo que todos han oído alcanzó a lord Auldearn. Ha muerto.

El duque hizo una pausa para que la ola de horror levantada por el escueto anuncio se calmara. Y agregó:

—Por el momento nadie debe salir de la sala. Y será mejor que ninguno de ustedes suba al escenario o trate de pasar al otro lado. Les pido que permanezcan en su sitio hasta que llegue la policía.

Nuevamente hubo un dócil murmullo, pero esta vez no poco angustiado. Un huésped de importancia, un embajador, confundido al principio, y ahora recobrado, gritó:

—Queremos hacer exactamente lo que usted disponga.

El duque agradeció con la cabeza y volvió a retirarse.

En ese momento la multitud de la sala tuvo conciencia de estar actuando correctamente en circunstancias difíciles; de estar ayudando eficientemente a resolver una situación espantosa. La iluminación no había sido cambiada, y la escena vacía, intensamente iluminada por los reflectores, creaba una sugestión hipnótica sobre las filas de personas sentadas en la oscuridad.

Todos permanecían inmóviles mientras pasaban los minutos... Era como si ese poder de atención concentrado en un público que asiste a la representación de un drama se hubiera profundizado, en lugar de atenuarse, en presencia de una catástrofe verdadera. Durante una larga media hora, el público se comportó como un solo espectador impasible. Sólo un prudente murmullo aquí y allí disminuía la tensión ambiente. Pero no había mucho que observar. El duque volvió a conversar con su madre unos pocos minutos, seguido por Gervase y algo después por el doctor Biddle, que había conseguido un papel de señor de la corte, y ahora llevaba una bebida a la duquesa viuda, en su condición de médico de la casa. Después, el viejo Max Cope hizo su aparición ligeramente desconcertante en la escena superior, para observar plácidamente la sala, paleta en mano, como si nada hubiera sucedido. Al poco rato se le reunió Melville Clay, envuelto en una bata oscura, como si tuviera una provisión a mano para cada caso, y salieron. Un minuto después, Clay apareció abajo, cruzó el proscenio y se dejó caer al lado de la duquesa viuda. Se sentó y empezó a hablar suavemente. El aterciopelado murmullo de su voz musical era audible por momentos, para las personas más cercanas. Luego se retiró de nuevo, para volver instantes después remolcando a Max Cope. Dejó al viejo a resguardo, sentado al lado de la anciana dama, y desapareció una vez más. En dos oportunidades pudo escucharse el timbre de un teléfono detrás de la escena. El murmullo de las voces se elevó ocasionalmente en alguna frase a medias perceptible.

Luego a las once y treinta y cinco, la puerta del fondo de la sala se abrió y entró un sargento de policía con tres agentes conducidos por Bagot. Un agente quedó en la

puerta y los demás cruzaron rápidamente la sala y desaparecieron detrás de la escena.

Y eso fue todo. *Eso* —como muchas personas observarán al día siguiente, ya tranquilizadas por el reposo de la noche— fue todo lo que supo el público sobre la muerte violenta de un lord canciller. Eso y una taza extra de café, porque a las once y cuarenta y cinco los lacayos llevaron una abundante provisión del decoroso refrigerio. Durante quince minutos se ofrecieron y aceptaron tazas. Se llevaron también sándwiches, que eran rechazados como cosa frívola, o consumidos como una especie de alimento fúnebre, según el temperamento de cada cual.

A los tres minutos de la madrugada el duque apareció por última vez. Fue conciso y se mostró sereno como antes, pero en su voz se observó un cambio sutil que podía significar alivio.

—No es necesario que permanezcan ustedes más tiempo. ¿Quieren hacer el favor de volver a la casa los que se hospedan con nosotros? No necesitarán quedarse más tiempo del que deseen. Para los demás, ya se han llamado a los coches. Será mejor que los que estamos de este lado de la escena permanezcamos aquí algún tiempo.

Por tercera vez el duque bajó a hablar con su madre; encomendó a dos señoras para que se ocuparan de ella y luego se llevó a Max Cope detrás del escenario.

Los huéspedes se retiraron. Era el fin de la tragedia de Hamlet representada en Scamnum Court.

Cuando el último frac hubo desaparecido y las puertas se cerraron nuevamente, los actores comenzaron a deambular, solos o en parejas, por toda la sala y a buscar alimentos. Una de las grandes cafeteras estaba vacía; pero quedaba una llena. Cayeron sobre ella. Se comieron los sándwiches sin escrúpulos. Habían sufrido la impresión más fuerte y estaban más allá de toda convención de urbanidad. Los dos lacayos, con sus libreas estilo Tudor, y el *valet* del duque, pasaban bandejas, con aire imperturbable.

Los ayudantes de vestuario londinenses se sentaron en un rincón, sorbiendo y picoteando, medrosos y un poco indignados. El sargento de policía se había retirado en compañía de un agente, con el propósito, según dijeron, de interrogar a la servidumbre. Quedaba un segundo agente, invisible, en la escena posterior, custodiando el cadáver. Macdonald, todavía más parecido a Próspero que a un Primer Sepulturero, servía a la duquesa.

La mayoría de los actores habían tratado de despojarse en lo posible de su apariencia teatral, pero no todos habían logrado igual éxito. Las mujeres se habían limpiado de la cara el ligero maquillaje, y se habían echado unas capas sobre los hombros. Gervase había abandonado el grotesco gorro de Osric, pero no su fantástica casaca. Noel había arrojado la capa de Laertes sobre el camisón del fantasma. El doctor Crump se había quitado precipitadamente las ropas escénicas, olvidando su tonsura. Las calzas blancas del doctor Biddle estaban manchadas de sangre. En suma, eran evidentes las ruinas de la corte del rey Claudio en Elsinor. Ruinas causadas por una catástrofe más siniestra de lo que ningún Hamlet pudiera maquinar nunca, que se

había instalado allí o rondaba en torno de la «locura de Peter». Era un espectáculo extraño...

El reloj del patio principal estaba dando la una, cuando se abrió la puerta y un joven entró rápidamente en la sala. Trepó al escenario en un abrir y cerrar de ojos y solicitó en seguida:

—El duque de Horton, por favor. Soy de Scotland Yard.

Sin ser agresivo, su tono significaba el enérgico dominio de la situación que había estado en manos del duque durante las dos últimas horas.

—Ahora podremos aclarar todo esto, sin duda.

Algo pareció desprenderse, efectivamente, de la persona del duque. Miró a sus huéspedes, indeciso.

—Bueno, vamos, vamos...

La duquesa suspiró.

Y todo el mundo tuvo la sensación irracional de que la normalidad quedaba restablecida después de una noche de locura.

Pero ahora el duque, al salir del escenario posterior con Appleby, a quien condujo a la desierta sala de actores, pensó que era conveniente resumir los hechos una vez más.

—Lord Auldearn ha sido asesinado durante el transcurso de la representación y exactamente donde usted ha visto su cuerpo, en el recinto encortinado que llaman la escena posterior. Hacía el papel de Polonio y en un momento dado...

El duque miró a Appleby como reflexionando: quizá podía esperarse que la policía superior conociera algo de Shakespeare.

—Recordará usted que llega un momento en que Polonio se esconde detrás de una cortina en el gabinete de la reina. Pide socorro cuando supone que Hamlet está atacando a la reina, y entonces Hamlet lo apuñala a través de la cortina, la descorre y descubre que ha dado muerte a Polonio. En ese preciso instante ocurrió el hecho. Auldearn acababa de gritar, cuando su voz fue ahogada por el estampido de un revólver.

—¿Qué interés podía tener alguien en asesinar a lord Auldearn? —preguntó Appleby.

Hacía sólo treinta minutos que el duque había escuchado la identificación del joven hecha con cierto entusiasmo por el primer ministro desde un teléfono público de Guildford. A pesar de ello, le observó ahora cautelosamente.

—Y o creí que alguien andaba en busca de una cosa que debía estar en su poder —contestó—; por eso incomunicué la sala y mantuve reunida a toda la concurrencia.

—Pero después ¿dejó usted salir al público?

La cautela del duque iba transformándose imperceptiblemente en fastidio.

—En el aspecto particular que yo había imaginado, era una falsa alarma.

—¿Pensó usted en espías que trataban de apoderarse de un documento?

—Sí. Pero lo encontramos.

—¿Lo encontraron?

—Justamente a medianoche. Sobre su persona.

Y el duque extrajo un delgado rollo de papel de entre sus vestiduras de rey Claudio. Lo sacó lo volvió a guardar.

Pero Appleby, a su vez, sacó una pluma estilográfica.

—Le extenderé a usted un recibo —dijo brevemente.

—¿Cómo?

—Un recibo, con el permiso de su señoría.

Había en esto algo demasiado parecido a la técnica de Macdonald para que el duque pudiera pestañear. Un recibo y el portentoso documento. (Proyecto adjunto de «Lucio y Perca») cambiaron de manos.

—Por favor, siga adelante, señor —invitó Appleby cortésmente.

—No adelante, atrás —replicó el duque con alguna aspereza, y se quedó reflexionando unos instantes—. Auldearn estaba gritando justamente cuando se hizo el disparo. Salí en dirección del estampido y llegué a la escena posterior por detrás. Mi pariente Gervase Crispin se hallaba de rodillas en el suelo, sosteniendo la cabeza de lord Auldearn. Clay, es decir, Melville Clay, que encarnaba el papel de Hamlet, estaba de pie a su lado, con su estoque en la mano. Creo que acababa de llegar del proscenio. Y un tal Mr. Bose, permanecía también de pie, un poco apartado. Gervase dijo: «Creo que está muerto». Y en ese momento volví a salir por detrás de la escena para detener a otros actores que se acercaban corriendo. Entonces llamé al doctor Biddle, nuestro médico, que no intervenía en la pieza, y a *sir* Richard Nave. Este también es médico, aunque se dedica a una especialidad algo rara, según creo. Luego crucé otra vez la escena posterior, pasé por la cortina, hablé al público de un serio accidente, y lo invité a permanecer tranquilo. Cuando volví a la escena posterior, Nave y Biddle estaban al lado del cadáver, y ambos dijeron: «Muerto». Auldearn, como usted ha podido observar, había recibido un tiro en el corazón, disparado desde muy cerca. Era uno de nuestros amigos más antiguos.

El duque se detuvo y Appleby no hizo ningún comentario. El primer ministro y su carro de incendios, el misterioso capitán Hilfers, la sombría alusión a documentos que se pueden utilizar como palancas y motores de guerra..., todo esto se había alejado ya, y en su lugar sólo quedaba un simple trabajo policial. Appleby se sintió aliviado. En un simple trabajo policial se puede buscar derechamente la verdad, aunque a veces, cuando el asunto tiene derivaciones políticas, se impone misteriosamente la necesidad de hacer un alto en el momento preciso en que empieza a vislumbrarse la verdad.

Pero ya el duque proseguía, desviándose del sesgo personal de la catástrofe por medio de una generalización oportuna.

—Cuando alguien muere así, asesinado de un tiro, la primera sensación que uno tiene no es de misterio, sino de alarma. Y entonces mira alrededor en busca de un

maníaco que empuña un revólver y amenaza otras vidas. Arriba hay un joven que deberá tener esto en cuenta cuando vuelva a escribir sobre estas cosas.

El duque no se detuvo a aclarar esta alusión.

—Pero aquí no había ningún maníaco. Mi segunda sospecha fue que se tratara de un robo. Un robo de carácter inusitado. Me dirigí a la persona de más confianza que tenía a la mano y la envié a asegurar la puerta que queda detrás del público. Sólo hay otra puerta, detrás de la sala de espera de los actores, y fui directamente a clausurarla yo mismo. Habíamos hecho instalar un teléfono, así que podíamos comunicarnos fácilmente con el resto de la casa. Me comuniqué por medio de él con el primer ministro a las once de la noche, en los cinco minutos que siguieron al disparo. Después llamé a la policía local de Horton. Luego alguien sugirió que el dormitorio de Auldearn debía ser custodiado y yo estuve de acuerdo. Me pareció conveniente tomar las mayores precauciones. Hice salir a mi primo Gervase y a la persona que había mandado a la otra puerta (un pariente de mi mujer), y eché el candado cuando salieron. La segunda cosa importante que quedaba por hacer era evitar que el público y los actores se mezclaran. Detrás del escenario tenía un grupo bastante manejable, con el cual podría tomar medidas drásticas llegado el caso. Pero el público ya era otra cosa. Incluía a uno o dos diplomáticos y no es posible registrarle los bolsillos a un embajador, ¿no le parece?

Appleby asintió con un monosílabo. Estaba igualmente fascinado por la eficiencia de los procedimientos descritos y por cierta indefinible sensación de lejanía que emanaba del narrador. Se sentía casi inclinado a suponer que el duque no tenía interés en el asunto.

—Si algo se hubiera extraviado, ¿sabe usted?, y hubiese existido una posibilidad de que ese algo hubiera pasado a poder de un cómplice mezclado en la concurrencia, yo habría tenido la responsabilidad de decidir en pro o en contra del escándalo ocasionado por un registro general. No es difícil imaginarse al gabinete discutiendo un día entero sobre el asunto...

Appleby no se permitió la distracción de imaginarse a los ministros de Su Majestad reunidos en Consejo. En lugar de ello tomó una nota taquigráfica.

—Fuera como fuese —continuó el duque—, todavía era posible impedir una complicación de esa clase. Estábamos aislados del público y podíamos seguir estándolo. Crucé una vez más el proscenio y bajé a fin de preparar a mi madre para esa mala noticia. Es una dama muy anciana y estaba sola en la primera fila. Luego volví a subir y anuncié escuetamente que Auldearn había sido asesinado, y que nadie debía salir de la sala ni tratar de pasar por detrás de la escena.

—¿Qué seguridad podía tener usted en lo que respecta al cumplimiento de esta última orden?

—Dadas las circunstancias, una completa seguridad. No hay más que tres vías de comunicación: por el escenario abierto y a la vista de todo el mundo, o por las entradas laterales encortinadas, a uno y otro lado de la escena. Había un bombero en

cada una de ellas. Los actores y el público estaban tan incomunicados como es posible estarlo. A las once y cuarto mi primo Gervase volvió de la habitación de Auldearn y le hice entrar en la sala. Traía noticias sorprendentes. La habitación había sido saqueada, al parecer profesionalmente, porque habían forzado la caja fuerte.

—Y a veo —dijo Appleby.

—¿Cómo?

—Prosiga, por favor. Y a propósito, ¿es una caja fuerte una pieza habitual en el mobiliario de sus dormitorios?

—A veces viene gente con una extravagante cantidad de joyas. Hemos hecho colocar pequeñas cajas fuertes en algunos dormitorios, por ser la manera menos incómoda de arreglarnos con ellos. Bueno, las noticias eran, como he dicho, asombrosas, si algo puede resultar asombroso después de un asesinato. Yo sabía perfectamente bien que Auldearn poseía ese delicado papel.

—¿Se lo había mostrado?

—No. Pero lo había mencionado. Y mencionó también una broma relacionada con él. Estaba endosado como «negocio conciliatorio de Lucio y Perca o algo por el estilo». Bueno, allí en la habitación de Auldearn había pruebas por lo menos de un intento de robo. Y ese intento difícilmente podía haber sido hecho por el asesino *después* del disparo, porque nadie pudo haber salido de la sala, ni hubiera tenido tiempo de forzar una caja fuerte en los siete u ocho minutos transcurridos entre el disparo y el momento en que Gervase llegó al dormitorio. Por consiguiente, deduje que, a menos de tratarse de una banda, el asesinato se produjo porque el asalto y la factura de la caja habían fracasado. Lo que se buscó en vano en el dormitorio fue buscado después sobre una persona; una persona asesinada para facilitar el registro. Claro que pueden hacerse objeciones a esta teoría; pero fue mi primera idea.

Si el duque parecía casi aburrido, se mostraba también muy lúcido. Y la lucidez es algo que no suele encontrarse a menudo en el lugar donde ha ocurrido una muerte violenta. Ahora le estaba ahorrando a Appleby mucho tiempo.

—Había un paso obvio que dar: registré el cadáver con el doctor Biddle, pero no encontramos nada.

—Creí que usted había dicho...

—Espere. No encontramos nada en él... Entonces me pareció que la situación era grave y comprendí que debía ganar tiempo; seguir ganando tiempo no sólo hasta la llegada de la policía local, sino hasta que viniera alguien que hubiera estado en contacto con Londres. Me preocupaba qué otra cosa podía hacerse mientras tanto. Pensé en el arma.

El duque que se paseaba incansablemente alrededor de la salita de espera, se detuvo frente a una larga mesa cubierta de despojos teatrales: pelucas, espadas, una corona, y el yelmo del Espectro... Distraídamente tomó un objeto de encima de la mesa y Appleby vio, no sin sobresalto, que era una calavera, la calavera de Yorick.

—Parecía improbable que alguien se hubiera arriesgado a conservar un revólver,

y tampoco podía haberse desembarazado de él. Así que organicé la búsqueda. Pero no encontré huellas... ¡Caramba!

La exclamación fue suave. Porque con un leve ruido, un diminuto revólver cayó a la mesa desde el interior de la calavera.

—¡Caramba! —repitió el duque—. ¡Esto le hubiera gustado a Giles!... Bueno. Ya tenemos el arma. ¿Cree usted que puede tener impresiones digitales?

Appleby se quedó mirando perplejo (no el arma, sino al hombre que tenía enfrente). Y en ese momento descubrió lo que Scamnum había ignorado tanto tiempo: que el duque de Horton era un actor nato. Cualquiera otra persona se hubiera mostrado trastornada ante tan absurda coincidencia de hechos y palabras. Pero el duque hizo un alarde de impasibilidad, sin más motivo concebible que el placer de la escena misma. E inmediatamente continuó con su relato. Hubiera sido fácil, decidió Appleby, sentirse demasiado interesado en la persona del duque: era un hombre con algún instinto reprimido de situarse siempre como centro de la atención.

—No ocurrió nada más, salvo alguna que otra atenuada y molesta discusión sobre el tema y algún que otro movimiento de este lado, amén de unos desplazamientos de sillas del otro, hasta las once y media exactamente. A esa hora llegaron sus colegas locales. Tengo cierta fe en los especialistas; por eso los reduje a la inmovilidad.

Impedir la acción de la policía provinciana debía ser, sin duda, uno de los privilegios del amo de Scamnum. Pero Appleby, que hasta ese momento no había visto más que a un impasible agente custodiando el cadáver, y a otro agente nervioso que le recibió en la puerta cochera de Scamnum, creyó necesario pedir más detalles.

—Los redujo a la inmovilidad... —hizo eco cortésmente.

—Para ser exacto, les hablé de la tentativa de robo y se pusieron a investigar en esa dirección. Un sargento habló de interrogar a la servidumbre, y como es endiabladamente numerosa, como usted sabe...

Appleby pensó si sus colegas locales serían tan simples como todo eso. La descripción que de ellos se hacía tenía el sello de un gusto aristocrático por los aspectos semihumorísticos. Pero no dijo nada.

—Otra vez tratamos de ganar tiempo. Aunque en esta ocasión pude tomar nota de los movimientos de todas las personas que estaban detrás de la escena en el período de tiempo que nos interesaba.

El duque sonrió levemente al poner frente a Appleby este nuevo testimonio de la eficiencia de los Crispin.

—Después pensé en nuestro desventurado público. Consulté a mi mujer, que me aconsejó: «Dales de comer». Y telefoneé a la casa para que mandaran café y sándwiches. Tenemos una organización doméstica notable: en menos de diez minutos se pasaron las provisiones por entre las rejas, por decirlo así. Y entonces Mr. Bose descubrió el documento.

—Usted dijo que Bose estaba en la escena posterior cuando entró en ella por primera vez. ¿Era uno de los actores?

—El apuntador. Es un hindú muy inteligente. Un hallazgo de mi mujer, ¿sabe usted?... y él encontró el documento.

Evidentemente el duque trataba de sugerir que los hindúes inteligentes, aun tan inteligentes como para encontrar el documento, pertenecían más al estilo de su mujer que al suyo propio. Pero en el tono de la última afirmación, Appleby discernió algo más. Las palabras fueron dichas con una extraña decisión. Establecida la seguridad del documento —parecían decir—, la responsabilidad de Scamnum termina; la cacería humana es ocupación para otros.

—Mr. Bose encontró el documento por casualidad. Hacia medianoche lo vi de repente a mi lado; nunca se le oye llegar. Parecía consternado. Se me ocurrió que trataba de hacerse útil. Es una persona bastante cordial. Así que le pedí que buscara a mi hija Elizabeth. Me proponía enviarla al lado de mi madre, que me tenía un poco ansioso. Cruzó esa especie de corredor encortinado que encontrará usted detrás del escenario posterior, y al hacerlo casi tropezó con un objeto que aparentemente había caído de esa parte del escenario. Era un pequeño rollo de pergamino que Polonio debía llevar en la pieza. Su papel exigía que se refiriera a él de tiempo en tiempo de una manera ligeramente inquieta. Bueno, Mr. Bose lo recogió y notó en su interior un papel de color diferente. Es una persona previsora y sagaz, y me lo llevó en seguida. Eso es lo que quise significar al decir que, en cierto modo, había estado sobre la persona de Auldearn todo el tiempo. Cuando me enteré de eso, dejé salir al público. Si se ha hecho una intentona para apoderarse del documento, Auldearn consiguió desbaratarla. Tal vez sabía que iba a hacerse. Tal vez los inexplicables mensajes le habían puesto en guardia.

—¿Mensajes?

—«¡Hamlet, venganza!» —dijo el duque suavemente, y procedió a explicar el asunto.

Eran las dos menos veinte y la sala continuaba siendo todavía una especie de prisión discreta. Los prisioneros tenían quizá en ese momento cierto derecho a protestar, pero Appleby no les permitiría moverse hasta adquirir un dominio más amplio del caso. La historia de espionaje parecía desvanecerse rápidamente en el reino de la fantasía. Los emisarios de las potencias extranjeras no suelen anunciarse con clamores de venganza; y sobre el asalto al dormitorio de lord Auldearn, Appleby tenía formada una opinión propia. Pero parecía existir aún otro elemento subsidiario, de vital importancia: el elemento «tiempo», que el duque había esbozado como una dificultad en la teoría de espionaje. En un crimen premeditado con el objeto de robar, el asesino no hubiera hecho fuego a menos de contar con un tiempo razonable para el robo. ¿Había sido éste el caso? Casi seguramente, no. El mismo disparo había sido una acción extraordinariamente peligrosa, y sólo la peculiar disposición del escenario pudo dar al criminal un cincuenta por ciento de posibilidades de escapar.

La escena posterior era simplemente un ancho prisma rectangular cerrado por cortinas, entre las cuales era posible deslizarse por cualquiera de los lados. Pero como un cortinaje simple habría resultado insuficiente para amortiguar los ruidos de la sala de actores, se había agregado otro sobre los tres lados que no daban al público, formando una especie de corredor con dos alas laterales. Esta multiplicidad de espesas colgaduras, dobles en ciertos lugares, podía ofrecer a un hombre audaz la posibilidad de introducirse sin ser visto en un momento desfavorable; y una posibilidad algo menor de maniobrar después del disparo, sin ser descubierto. Y esto parecía ser lo sucedido. Quizá la policía recibiera aún la confianza de algunas sospechas, pero de haberse observado algo grave, ya se habría hecho la denuncia correspondiente. Las diligentes indagaciones iniciadas por el duque establecían, con bastante seguridad, los movimientos y actitudes de unas treinta personas, en los fatales minutos que antecedieron y sucedieron a las diez y cincuenta y cinco.

Pero el problema preliminar de Appleby era más simple. ¿Quién llegó primero a la escena posterior después del disparo, y cuánto tiempo después? ¿Con cuántos segundos pudo contar el asaltante para su tentativa de robo y para la fuga? Appleby tomó el arma, tan dramáticamente aparecida, la envolvió en un pañuelo y se la metió en el bolsillo. Después se encaminó con el duque al otro lado de la sala. Iba a enfrentarse más ampliamente con el grupo de actores, a los que había echado una ojeada al llegar.

El espectáculo que se presentó a su vista le recordó una de esas violentas orgías que le eran profesionalmente familiares. Una de esas deplorables ocasiones en las cuales, en medio de la locura general, ciertos bravos caballeros, hasta ese momento de los más escandalosos del grupo, se despojan de sus narices postizas, de sus gorros de papel y de sus globos y banderines; clausuran las salidas y hacen entrar a un grupo de colegas que cuentan las botellas, olfatean los vasos y apuntan los nombres y las direcciones.

Tres agentes más habían sido enviados a la sala por el mismo sargento, tan obstinadamente ocupado en otra parte. Uno de ellos permanecía en un rincón con aspecto tímido, al parecer inspeccionando cuidadosamente las vigas, en busca de armas ocultas; otro le estaba dando a Bagot una gruñona autorización para reemplazar una cafetera vacía por una llena; y un tercero, afortunado poseedor de una cinta métrica, tomaba solemnemente las medidas del proscenio. La compañía, distribuida en pequeños grupos, consumía más café, ya con menos ganas, y, según observó Appleby, empezaba a mirarse con cierto recelo. A algunos los reconoció en seguida. Gervase Crispin, ese alto prelado del becerro de oro, jugaba disimuladamente a ceros y cruces con un joven que tenía un vago parecido con los Crispin. Melville Clay, todavía de negro en su personificación de Hamlet y envuelto en una de sus batas, resultaba inconfundible. La duquesa de Horton, muy pálida, se ocupaba de los jóvenes. Y una de las jóvenes, evidentemente su hija, se ocupaba de ella. Lord Traherne iba de aquí para allá con una bandeja de sándwiches, como en

una de sus fiestas coloniales, pero olvidando ofrecerlos a cada cual. El hombre moreno se había retirado a un rincón y parecía sumido en una profunda meditación o quizá en un acto de purificación o penitencia.

Todos levantaron los ojos cuando Appleby apareció.

—Deseo saber, si me hacen el favor, quién llegó primero a la escena del crimen y cuánto tiempo después del disparo.

A esto, el hombre de color exclamó muy suavemente, pero con bastante claridad para hacerse oír desde el rincón que en aquel momento abandonaba.

—Fui yo.

—Un momento antes que yo entrara por la cortina delantera de la escena posterior —añadió Clay.

—¿Es usted Mr. Bose? ¿Quiere hacer el favor de acompañarme?

Appleby se volvió hacia la escena posterior y después de dar unos pocos pasos se detuvo bajo la impresión de que Bose no había comprendido su indicación. Y Mr. Bose, que le seguía muy de cerca, chocó con él y se cruzaron disculpas. Fue el primer encuentro de Appleby con ese movimiento que la duquesa había descrito como «no de este mundo».

—¿Está... completamente muerto? —preguntó Mr. Bose con dulzura.

—Murió instantáneamente.

Mr. Bose hizo un gesto de resignación —un extraño gesto expresivo que Appleby no conseguiría identificar después— y dijo:

—Y ahora... ¿debo contarle a usted?...

—Hágame el favor.

—Mi lugar era éste —y Mr. Bose hizo de guía hasta uno de los corredores con cortinas que flanqueaban el escenario posterior; en el fondo había un banquito—. Este era mi lugar, porque desde aquí podía ver el escenario anterior y posterior.

—¿Podía usted ver el escenario posterior?

Por alguna razón misteriosa, Mr. Bose pareció turbado, pero contestó rápidamente:

—Sí, por cierto. Es muy necesario a veces. Aquí hay una hendidura por la cual podía ver el proscenio, y aquí hay otra por la que también podía ver el escenario posterior.

Appleby reflexionó algunos instantes, perplejo.

—¿Pero no vio nada extraño?

—Por favor, recuerde que yo era el apuntador. Debía tener la vista fija en el texto, aunque lo conozco *muy* bien. Ocasionalmente miraba a través de la cortina, pero al lugar del *padecimiento*.

—¿Del *padecimiento*?

—Del drama. De la acción. Y en esa oportunidad sólo podría haber mirado al proscenio, donde estaban Hamlet y la reina, y donde había mucha acción. Pero en el escenario posterior estaba Polonio solo, esperando.

La expresión de Mr. Bose parecía algo equívoca, pero su sentido era evidente. Y constituía una información notable. Cualquiera que se hubiera deslizado al escenario posterior con la intención de matar y de robar, lo hizo bajo el riesgo previsto y positivo de ser observado por el apuntador a través del orificio. Appleby pensó que esa posibilidad aumentaba el peligro de la acción, ya grande de por sí.

—Y después del disparo, Mr. Bose, ¿no miró usted en seguida?

—Me puse en pie, alarmado. Por un momento me quedé rígido. Luego así la cortina para recorrerla y entrar. Pero estaba confundido y me enredé en los pliegues. Cuando llegué al escenario posterior, estaba vacío, con excepción del cuerpo y de humo de la pólvora. Pero un momento después llegó del proscenio Mr. Clay.

—¿Y entonces?

—Corrí, lleno de miedo por la vida de lord Auldearn, y llamé al duque. Mr. Gervase llegó primero y en seguida el duque. Después llegaron los médicos.

Appleby tenía la curiosa sensación de que Mr. Bose le esquivaba. Advertía la existencia de procesos subterráneos detrás de estas respuestas; procesos quizá profundamente tortuosos, quizá sólo, profundamente extraños.

Pero esto podía ser un prejuicio. Tal vez se estuviera enfrentando con la mentalidad oriental sin abandonar los convencionalismos habituales.

—Mr. Bose, la cuestión más importante ahora es ésta: ¿cuántos minutos transcurrieron entre el disparo y su llegada al escenario posterior?

El hombrecillo moreno reflexionó.

—¿Con *toda* precisión?

—Por favor.

Mr. Bose sacó su reloj y se quedó pensando. Luego volvió a mirar el reloj y al mismo tiempo empezó a murmurar un texto fragmentario. Después miró el reloj de nuevo.

—Cinco segundos.

Appleby se sintió inclinado a creer que el procedimiento empleado era inteligente y digno de confianza: el sentido que Mr. Bose tenía del tiempo estaba sin duda vinculado a la recitación ritual.

—¿Y entonces Mr. Clay...?

Esta vez el hindú estudió simplemente el segundero de su reloj con aspecto de concentración.

—Dos segundos.

—Gracias. ¿Podría usted suministrarme alguna otra información?

Mr. Bose miró a Appleby, visiblemente turbado, e hizo un ademán igualmente perturbado.

—Es una cosa *muy* diabólica —dijo.

Tal vez el mundo occidental le parecía todavía a Mr. Bose, a despecho de su creciente familiaridad con las obras de Mr. *James Juice*, un lugar moralmente incomprensible. Tal vez creyó estar dando una verdadera información a Mr. Appleby.

O tal vez la curiosa respuesta significaba una evasiva. En ese momento el detective se sintió menos atraído por las palabras que por la mirada que las acompañó. Es fácil, mirando una cara oscura, hablar de miradas relampagueantes. Pero en ese momento los ojos de Mr. Bose estaban encendidos con un fuego peculiar. Parecía, en realidad, un ser que no es de este mundo; la descarnada envoltura material de un carácter íntegramente contemplativo, totalmente espiritual. Pero si Appleby vio en él al santo, sospechó también al tigre. Comprendió que sería útil conocer algo del modo y las normas de vida de Mr. Bose.

—¿Es usted brahmán, Mr. Bose?

—¡Soy guerrero!

Irguió súbitamente la cabeza al contestar, y su respuesta fue algo más que una mera declaración de casta. Indicaba que había captado las derivaciones de la pregunta. Era quizá una amenaza... o una promesa... O un desafío. Y un segundo después podía no haber sido ninguna de estas cosas, y sólo quedaba un simple oriental expatriado y lleno de terror.

Appleby resolvió que sus preguntas subsiguientes debían ser públicas; de modo que se dirigió al proscenio, se adelantó por él como un actor a punto de iniciar un monólogo, y miró a toda la compañía.

—Mr. Clay —preguntó—, ¿qué intervalo transcurrió entre el momento en que usted oyó el disparo y su entrada en la escena posterior?

Clay respondió rápidamente:

—Siete segundos.

Esto estaba perfectamente de acuerdo con la apreciación de Mr. Bose. Pero Mr. Appleby demostró sorpresa.

—¿Está usted seguro de que no fue menos? Parece mucho tiempo.

—Un segundo de pausa, después del disparo. Algo menos de cuatro segundos en las evoluciones alrededor de la escena. Estaba haciendo tiempo hasta tener la seguridad de que la representación iba a interrumpirse. Algo menos de dos segundos frente a la cortina, haciendo tiempo aún. Luego una fracción de segundo para entrar.

—Mr. Clay —explicó la duquesa, como si estuviera ansiosa por acreditar la veracidad de su huésped— tiene un agudo sentido del tiempo en escena. Creo que el intervalo debe haber sido exactamente el que dice.

La impresión de la duquesa, tuviera o no algún valor, fue la única observación concreta que pudo obtenerse de los actores. Los demás habían estado detrás del escenario. Pero ahora un austero personaje, sentado con la mano en la frente al lado de la duquesa, hizo una sugestión:

—¿Y qué hay del doctor Bunney? ¿No estaba tomando una grabación?

—*Sir* Richard Nave, Mr. Appleby —dijo el duque, pensando que era necesario una presentación.

Appleby se aferró a la idea:

—¿El aparato que transmitió uno de los mensajes? ¿Estaba aquí en marcha?

A estas palabras, Bunney, con una incongruente mezcla de orgullo y alarma, sacó su caja negra.

—La ciencia —empezó a decir gravemente— nunca sabe a qué usos...

Nave interrumpió con brusquedad:

—Lo que puede ser útil es el intervalo registrado entre el disparo y las siguientes palabras audibles: el grito de Mr. Bose: «¡Milord!». Sin duda estaba llamando al duque.

Mr. Bose asintió enérgicamente. Había estado llamando al duque. Appleby se incautó sin demora de la caja negra, aunque no tenía mucha fe en sus aptitudes policiales.

Luego recapituló mentalmente.

Cualquiera que hubiese entrado al escenario posterior para asesinar a Auldearn, habría dispuesto de cinco segundos para terminar con éxito la primera parte de su fuga, entre las cortinas. Pero todo el tiempo «pudo» haber estado bajo la peligrosa vigilancia de Mr. Bose. ¿Hubiera adoptado semejante método una persona que quisiera robar un documento? Le parecía que no, por lo menos tratándose de un documento de la clase que era. Podía concebirse otra clase: una carta sin abrir, por ejemplo, que denunciaba un grave crimen, o que valdría la pena poner a resguardo, incluso en tan sangrientas y peligrosas circunstancias. Pero un documento de Estado no se roba por pasión ni como un último acto desesperado en defensa propia. Se roba, casi sin lugar a dudas, por lucro, y quizá un poco por la excitación de la aventura. Y como el primer ministro había observado, el tipo de persona complicada en tales cosas, no mata; por lo menos, no mata cuando todas las posibilidades están en favor de una detención inmediata. Appleby estaba convencido de que el asesinato de Auldearn, con sus preliminares advertencias «locales» y dramáticas, representaba una especie de asunto completamente distinto. Y la historia de espionaje era pura fantasía, una fantasía evocada por el mero hecho conocido de que el muerto estaba en posesión de un importante documento y lo había salvaguardado de una manera algo excéntrica, aunque razonable.

Mirando a toda aquella gente del salón, conmovida, Appleby se preguntaba si tendría alguna utilidad seguir los interrogatorios de tantas personas en horas de la madrugada. El sentido común y el punto a que había llegado en la investigación de los hechos le aconsejaban mandarlas a la cama sin más dilación. Subsistía, sin embargo, una duda. La sospecha de que no hubiera uno, sino varios hilos en la intriga. Se daba perfecta cuenta de que su reputación se mantendría o caería según manejara un asunto que, dentro de muy pocas horas, iba a resonar en toda Inglaterra. Y se propuso ser en extremo prudente, lo que significaba ser desusadamente audaz.

Habló brevemente con el duque y luego se volvió a toda la compañía.

—Voy a pedirles algo que algunos de ustedes pueden considerar innecesario. Les ruego que recuerden que la muerte de lord Auldearn va a causar, inevitablemente, tremenda sensación. Todo lo que ha ocurrido esta noche, todo lo concerniente a las

disposiciones preliminares tomadas por el duque de Horton y por mí, puede ser discutido y criticado mañana por miles de personas que no tendrán en cuenta la complejidad de los hechos. Formularán ciertas preguntas habituales; hay periódicos que se encargan de ello ruidosamente. Por eso y por otras razones, creo que está en el interés de cada uno de ustedes someterse a un registro antes de abandonar la sala por esta noche, y espero que lo harán sin objeciones. Hay aquí varios magistrados, a los que podría acudir solicitando una orden en tal sentido, pero creo que ustedes no tendrán ningún inconveniente.

Fue un discurso afortunado. Algunos miembros de la compañía pensaron que sometiéndose a una formalidad desagradable evitarían en cierto modo el escándalo. Los más agudos se pusieron de buen humor, con la conciencia de ser más agudos que los otros y apreciar por ello el ardid del joven policía.

Sólo Bunney protestó; pero Malloch le aseguró, confidencialmente y de colega a colega, que en la buena sociedad inglesa no se estilaba oponerse a ser registrado por la policía.

Peter Marryat, que había estado matando el tiempo, ensayando —*sotto voce* y con ayuda de Tommy Potts— el abandonado papel del Capitán Noruego, lanzó un grito, más de intriga que de indignación.

—¡Caramba!

El duque expresó su lacónico asentimiento, casi distraído. La duquesa, sabiendo que el siguiente paso tendría que ver con ella, y aparentando encontrarse demasiado conmovida aún para prestar una ayuda eficaz, acudió a Mrs. Terborg. Y Mrs. Terborg se hizo inmediatamente cargo del asunto: si la policía contaba con una mujer respetable, no habría dificultades.

Ganada esta victoria, Appleby se apresuró a tocar otro punto.

—Después de dejar la sala, espero que nadie volverá a ser molestado durante la noche. Pero habrá un agente en la sala de actores y les ruego a medida que salgan vayan dejando sus nombres uno por uno, para tener así una lista de todos. Y otra cosa: puede ser que alguno de ustedes tenga alguna información que dar, y crea que esa información debe ser dada pronto, aunque le parezca demasiado indefinida para ser algo más que una estricta confidencia a la policía. Deben comprenderme todos. Mientras la muerte de lord Auldearn siga siendo un misterio, tendrá que haber sospechas; se pasarán circunstancias dudosas; recuerdos quizá significativos. Y es el deber de ustedes comunicar cualquier dato de esta clase, por insignificante que lo juzguen. Una indicación al agente y me tendrán a su disposición en cualquier momento.

Y armada con estas palabras una trampa tradicional, pero a menudo eficaz, Appleby dio algunas instrucciones suplementarias a los agentes y se volvió al duque.

—Y ahora, señor, debo encontrarme con el sargento y con el huésped que falta, el que se quedó custodiando el dormitorio de lord Auldearn.

—¡Ah, sí! —dijo el duque—. Sí, Giles Gott.

La respuesta de Appleby tuvo exactamente el tono de vehemencia que hacía saltar a Stella Terborg.

—¡Giles Gott!



3

—¡HOLA! —SALUDÓ GOTT, a quien nada podía sorprender cuando estaba excitado.

—Hola —contestó Appleby.

Los dos hombres se miraron en silencio con profunda satisfacción, procedimiento que el sargento Trumpet, versado en literatura criminal, interpretó como el violento cruce de espadas característico del primer encuentro entre antagonistas que se odian.

—No le he perdido de vista ni un instante —dijo el sargento Trumpet pesadamente.

Appleby asintió con toda seriedad:

—Bien hecho, sargento. Este individuo Gott ha planeado más de un crimen antes de ahora.

—¿Ah, sí? —dijo el sargento Trumpet, profundamente conmovido y acercándose un poco más a su sospechoso.

Gott se acomodó más confortablemente en el sillón de lord Auldearn.

—El sargento cree que yo debo ser la figura central porque sólo yo me he separado del rebaño. Ha tratado de disimularlo, pero me ha estado vigilando con aire siniestro —miró a Appleby socarronamente—. ¿Y qué puede significar que vos, querido difunto, visitéis así otra vez, completamente armado, los resplandores de la luna? ¿De dónde venís, oh sombra?

El sargento Trumpet arrugó el entrecejo. Appleby suspiró; conocía este estilo.

—De *Les Présages* —contestó distraído—. Permítame una palabra, sargento.

Condujo a su colega fuera de la habitación y volvió solo.

—Es mejor así ¿no? —preguntó.

—El inspector Buxton —contestó Gott— está con viruela boba y el inspector Lucas ha salido de vacaciones a Bridlington, donde la hermana de su difunta esposa mantiene una casa de pensión. Supe todas estas cosas por el sargento, mientras no me quitaba la vista de encima, pero durante la última media hora cambió de actitud... Bueno... Estamos en un lío. ¿Qué sucede abajo?

—Hay un registro. Que ha tenido, por lo menos, la ventaja de sacarle de encima

al sargento. Bueno, ahora hable. Mejor que el duque, si puede. Y conste que el duque no ha estado mal.

—Por sugestión del duque vine aquí con Gervase Crispin. La habitación, por supuesto, no tenía echado el cerrojo. Nada parecía en desorden. Pero Gervase conocía la existencia de una caja fuerte, detrás de aquella punta seca de Walcot. La inspeccionamos y vimos que había sido forzada. Gervase se volvió y yo me quedé de guardia, con la intención de reflexionar... Si podía. Luego llegó el sargento y se sentó a vigilar al guardián. En los intervalos de una tensa conversación, continué tratando de pensar...

—Bueno —interrumpió Appleby—, los resultados, por favor.

—El disparo está vinculado a la representación. Ha sido planeado dentro del contexto de la pieza. ¿Le han hablado a usted de los mensajes? En este asunto hay alguien que tiene un sentido real del efecto. ¿Motivo? Quizá solamente un efecto bien logrado.

—Por lo menos, ¿no hay en juego documentos de Estado?

—No lo sé.

Appleby había estado inspeccionando la caja fuerte. Ahora algo en la voz de su amigo le hizo volverse en redondo.

—Giles...

Fue interrumpido por una pregunta, y por la súbita comprensión de que Gott, a despecho de sus modales indolentes, estaba tan preocupado como él.

—¿Han encontrado ese condenado objeto, John? Olvida usted que yo no sé lo que ha ocurrido allá abajo. Sólo sé que había algo y que la caja fuerte ha sido forzada.

—Sí. Lo han encontrado. Auldearn lo estaba custodiando, aunque de una manera absurda. Lo había metido en una especie de rollo que debía llevar, según parece, en la representación.

—Comprendo. ¿Y ha decidido usted que los espías son un cuento de hadas?

—Parece muy probable que lo sean.

—¿Elementos de novela sensacionalista que no tienen nada que ver con los señores Appleby y Gott?

—Por razones más sólidas que ésas, según espero. Todo parece apuntar a una clase de asunto muy diferente.

—Todo. Salvo lo que Elizabeth, la hija (a propósito, John, quiero casarme con ella...), salvo, decía, lo que Elizabeth y yo vimos en el jardín.

—Buena suerte. ¿Qué vieron?

Gott le informó sobre la fugaz figura percibida en el claro de luna, y el objeto misterioso arrojado por encima del muro. Appleby meneó la cabeza.

—Creo que *lady* Elizabeth precipitó las conclusiones, aunque sé que ha habido aquí anteriormente actividades de espionaje. Creo conocer algo respecto a esa caja fuerte forzada, que puede explicar lo que ustedes vieron. En resumen: hay pruebas circunstanciales de que cierto ladrón de joyas, un tal Happy Hutton, ha estado

operando en los alrededores. Y lo que ustedes vieron no es improbable que fuera Happy que se ponía en contacto con un cómplice de adentro. No me sorprendería encontrar otras cajas fuertes forzadas, y eso no tiene nada que ver con el sucio asunto de abajo. ¿Y por qué podríamos suponer que en caso de espionaje fuera planeado en el contexto de *Hamlet*, como usted dice?

—Por qué, efectivamente... Pero usted cree en esos sutiles procesos psíquicos que definimos al decir que se siente algo en el aire, ¿no es verdad?

—Sí. Y su sargento también, sin duda. Pero primero hágale de la gente. De ese asombroso grupo de personas.

Por un momento pareció que Gott iba a protestar.

—¡Pero todavía estoy tratando de pensar! ¿Por qué no está usted dirigiendo el registro?

—Porque espero que dejando esa tarea a los simples e inofensivos policías rímales, alguien puede sentirse tentado a insinuar oscuras y perturbadoras sugerencias. Casi he dejado una invitación en ese sentido. Y en cuanto a pensar, piense en voz alta.

—Muy bien. Charlaré. Conversaré con Marlow en *Lord Jim*, que tenía el hábito de decir diez millares de palabras particularmente bien dichas, ante un auditorio casual, después de la comida, mientras se fumaba una serie de cigarros.

Durante ese hueco exordio, Gott se sacó las zapatillas de rey de la pantomima y deshizo el lazo de su lechuguilla. Luego se lanzó un poco excéntricamente al tema:

—Hablando de Conrad, espero que usted haya leído a Wodehouse. Si es así, habrá comprobado que el duque cultiva el carácter de lord Emsworth, ¿recuerda? Obsérvelo y le parecerá observar a aquel inmortal marrano, y pensará que la emperatriz de Blandings no está lejos. El hombre cultiva la inocuidad y es moderadamente divertido. Se advierte de sobra su eficiencia, y esa manía de ocultar su verdadera personalidad es lo primero que le da a uno la sensación de que en Scamnum hay mucho más de lo que aparece en la superficie.

»La duquesa, que es una especie de parienta mía, es inteligente, encantadora, y está curiosamente decidida a tenerme por yerno. Sospecho que en esa determinación puede encontrarse la génesis de la representación de *Hamlet* en Scamnum Court, y, por consiguiente, de la muerte de ese anciano.

Gott hizo una pausa.

—Auldearn era, sobre todo, amigo de ella y, según creo, parte de su pasado, aunque en un sentido respetable. En realidad, Auldearn era para la duquesa lo que yo, si tengo mala suerte, puedo llegar a ser para la hija de ésta. Pero éstas son divagaciones.

»En la generación actual, Gervase, como usted probablemente sabe, es el centro de los negocios Crispin. Administra una buena porción del planeta; demasiado grande, creo, para tener tiempo de ocuparse de otra cosa e intervenir en un delito. Scamnum, con el ducado y todo lo demás, es ahora, como ha sido siempre, sólo el

escaparate de los Crispin, y el duque tiene una función de escaparate. Es un antiguo hombre de Estado. Cuando el público da señales de estar excitado por algo, el primer ministro, con otros personajes de su especie, viene a consultarlo. Scamnum figura en todas las páginas ilustradas, con un suplemento en que se ve al duque en *knickerbockers* (ligeramente evocador de la obra de Wodehouse) o en su escritorio, escribiendo una monografía sobre la pesca de truchas. El efecto es sedante, e Inglaterra se sostiene. Hay que tener cierto respeto por esa técnica. Pero ignoro si el duque interviene actualmente en los asuntos de nuestros conductores. Gervase, desde luego, es un ministro más joven de tiempo en tiempo, pero no se ocupa mucho de esas cosas. Kinrae, es decir, el heredero, es un excéntrico y se ha ido a gobernar una colonia de la Corona. Escribe monografías sobre peces, en las cuales refuta a su padre. Luego queda Elizabeth. Elizabeth tiene veintiún años; es seria, romántica, práctica, infantil, madura, apasionada, indiferente, irónica y esquivada.

—Completamente de acuerdo —dijo Appleby. Mientras Gott hablaba había estado examinando sistemáticamente la habitación de la víctima—. Ahora ocúpese de los demás —sugirió.

—Es un tema muy amplio. ¿Debo empezar por orden alfabético? A: Auldearn, el hombre asesinado. B: Bunney, el hombre no asesinado. Hay muy poco que decir respecto a Bunney. Es casi parecido a usted. Una figura algo policíaca, con una mentalidad un tanto detectivesca. C: Clay...

—Sería mejor —interrumpió Appleby— que no siguiera usted por ese camino, sino que escogiera simplemente un tipo con las características que debe tener ese criminal asombrosamente temerario.

—¿Piensa usted que él, o ella, lo ha sido?

Appleby asintió:

—Subió a la escena posterior. Disparó contra Auldearn a quemarropa, exponiéndose a ser visto con toda claridad por el apuntador. Tuvo suerte en disponer de cinco segundos para escapar, y más suerte aún en colocarse en una posición que no pudiera comprometerle después ante los demás, al atraer la atención de alguno. Yo llamo a eso temeridad.

—Pero yo creo —replicó Gott, repentinamente serio de nuevo— que ninguna de las circunstancias que usted ha enumerado es inevitable.

Appleby interrumpió su examen del dormitorio y se sentó.

—Explíquese —dijo.

—Bueno. Empecemos por esto: debe usted investigar cuidadosamente una suposición verosímil, antes de pasar a otra menos verosímil. Ahora bien, una suposición verosímil es que el asesino debió exponerse al menor riesgo posible. No es temerario. Admita esto, y sobre esta base pregúntese: ¿Por qué el asesino, resuelto a correr un riesgo mínimo, eligió para su acción ese lugar y ese momento?

—En realidad, ¿por qué había de hacerlo?

—Porque podía prever, John, que su mente trabajaría en el plano en que ha

empezado a trabajar ahora. Quiero decir *literalmente* «en el *plano*». ¿Miró usted para arriba cuando estuvo en el escenario posterior?

—Sí —contestó Appleby—. Veo lo que usted quiere sugerirme, aunque no se me había ocurrido. Y espero que la razón por la cual no se me había ocurrido es la de que no puede ser.

—Inmediatamente encima del escenario posterior, está la llamada escena superior. Tiene una puerta trampa. Y en un rincón sombrío de la escena superior estaba un viejo caballero, pintando un cuadro. Cualquiera que se hubiese tirado boca abajo sobre la escena superior habría sido invisible para el público.

—No importa —contestó Appleby—. La verdad es que Auldearn recibió un tiro disparado desde el nivel del suelo. Estoy casi seguro de esto ahora y creo que el informe médico lo comprobará. Y dudo que la distancia fuera mayor de seis pies, aunque esto es también materia para expertos.

Miró a Gott y agregó: —Giles, ¿tiene usted otra bala en la cartuchera?

—Creo que sí; por el hecho de haber dirigido la representación. Sugiero que Auldearn pudo haber sido asesinado donde lo fue porque uno empezaría a pensar inmediatamente en alguien que hubiera entrado por las cortinas del escenario posterior. Habría que sospechar de un asesino «asombrosamente temerario», como usted dice, que hubiera anunciado a medias su intención en mensajes siniestros y cosas por el estilo. Pero creo que hay otro *porqué*. ¿Por qué fue asesinado Auldearn en ese momento? Verosímilmente, porque acababa de tenderse, preparándose para ser encontrado «muerto» después que Hamlet apuñalase la cortina. Un disparo desde arriba, mientras estaba inclinado, induciría a pensar que se le había disparado desde el mismo nivel, mientras estaba de pie. Y la distancia habría sido poco más o menos de ocho pies.

Hubo un breve silencio, y luego Appleby sonrió.

—El primer *round* es suyo —dijo, levantándose. Y prosiguió la inspección de la pieza.

—Así que tiene usted un sospechoso —continuó Gott— «arriba». Y un máximo posible de... ¿A ver?... Veintisiete sospechosos «adentro».

—Veintisiete —repitió Appleby—. ¡Excelente!

Estaba examinando en ese momento un sombrero hongo.

—A propósito: ¿sabe usted si lord Auldearn trajo un *valet*?

—No. Y según mis noticias tampoco lo tenía en la ciudad. Vivía muy sencillamente en un apartamento amueblado. Sólo era dueño de una posesión en algún lugar de Escocia. Pero ya que me ha invitado expresamente a hacerlo, le daré a usted las biografías de los veintisiete sospechosos.

Appleby se había vuelto para inspeccionar el contenido del guardarropa. Parecía considerar que ese trabajo tenía cierta importancia, porque interrumpió el anunciado relato de Gott con una broma distraída.

—Estoy pensando, Gott... No podrían estar complicados todos ustedes en el

asunto. Veintisiete conspiradores planeando toda esa trama de *Hamlet*. Pero ¿qué razón podrían tener veintisiete personas para desear eliminar a un lord canciller?

—Quizá —repuso Gott sombríamente— porque el lord canciller era un chantajista en gran escala y tenía veintisiete microfotografías de documentos comprometedores permanentemente escondidas bajo una peluca y un cráneo postizo... ¿Está usted listo?

—¿Y dónde estaban los originales? —preguntó Appleby, muy serio; estaba registrando el interior de un sombrero gastado y viejo—. Bueno. No se preocupe. Estoy listo.

—Había treinta y una personas al otro lado de la escena. Excluyendo a Auldearn, treinta. Eliminando también a la duquesa y a Clay, que estaban a la vista de todos, en el proscenio, veintiocho. Si quiere dejar aparte también al viejo Cope, el sospechoso de «arriba», quedan veintisiete. Veintisiete sospechosos «dentro». Hay que ver cuáles de ellos pueden asegurar la coartada de otros. Elizabeth, Noel Gylby, una muchacha llamada Stella Terborg y yo, podemos jurar que estábamos juntos. Y yo puedo asegurar que tenía a la vista a uno de los lacayos, cuando sonó el disparo. Probablemente, encontrará usted algunas otras coartadas más o menos auténticas. Pero también comprobará, sin duda, una gran confusión. Eliminada la idea de un miembro de la Academia Real que hubiera intervenido «desde arriba», ninguna otra temeridad me parece convincente. El asesino conocía bien su juego. En ocasiones como éstas (porque representar, como usted sabrá, es algo extrañamente absorbente aun para el aficionado más sereno), es notable hasta qué punto cada individuo que está circunstancialmente fuera de escena sigue concentrado en sí mismo. Casi se podría aventurar que el criminal tiene un sentido muy desarrollado de la psicología de las multitudes, como podría tenerlo ese tal Nave o esa muchacha Sandys que se ocupa de propaganda.

—Las sospechas —observó Appleby— llueven sobre nosotros. Ya me he fijado en Nave. En la muchacha de la propaganda todavía no.

—No veo la utilidad de hablarle minuciosamente de cada persona mientras usted no las conozca. Pero iba a decirle algo sobre la reunión en general y los presentimientos que cargaban la atmósfera. A propósito de la reunión, advierto que tengo sobre ella dos impresiones contradictorias. En primer lugar, era un conjunto especialmente agradable y bien concertado, una de esas mezclas de intelectualidad y de «gran mundo» en las que cada uno de los elementos encuentra al otro encantador. En segundo lugar, y contradictoriamente, temo que algo se presagiaba desde el principio. Y los mensajes... Bueno... Los mensajes concretaban ese algo. Si continúo por ese camino, tendré que ocuparme de cosas tan sutiles que pueden parecer fantásticas. Es quizá mejor volver a la afirmación de que el planteamiento estuvo vinculado con la función, lo primero que se me ocurrió decirle. El asesinato ha sido tramado de alguna manera «dentro» de la representación, y la representación era el centro de la fiesta. No por el mero hecho de estar representando, aunque ello

engendra a veces un curioso fenómeno de conciencia. Me refiero a la atmósfera particular creada por mí, ¡Dios me perdone!, para esta curiosa reposición de *Hamlet*. Los conflictos tratados en la pieza estaban presentes ante nosotros cuando nos sentamos a comer... Eso es lo que quiero decir.

—Comprendo —dijo Appleby; y Gott pudo temer que estuviera tomando a la ligera esta difícil exploración, aun cuando agregó rápidamente—: Bueno. Para detenernos sobre algo más concreto, creo que no cabe duda de que el amigo Happy también estuvo presente aquí. En síntesis, sospecho que este sombrero le pertenece.

Y Appleby empujó el sombrero que había despertado su interés.

—¿Es de Happy? ¿Y por qué no de Auldearn? Es un sombrero de caballero, al parecer.

—¡Oh! En ese aspecto, Happy es un perfecto caballero. Se comportó de la manera más caballeresca, y con sombrero, la última vez que lo vi. Pero no era de Auldearn, porque no es de la medida de Auldearn: he visto su guardarropa. Y probablemente pertenece a Happy, porque Happy acababa de realizar un escalamiento. Cuando lo vi hace unas horas, haciendo mutis, llevaba sombrero, pero plegadizo. ¿Comprende, Giles?

Giles no comprendió en seguida.

—Se especializa en desvalijar las casas en las que hay grandes fiestas. Y para introducirse en los dormitorios, lo mejor que podía hacer era pasar por criado. Probablemente, media docena de huéspedes habrán traído criados, algunos completamente extraños a la servidumbre de Scamnum. Un sobretodo oscuro, una bufanda apropiada, un sombrero hongo discretamente en la mano, modales de sirviente distinguido... Y Happy pudo entrar en este o en aquel dormitorio sin dificultades: Concluida su tarea, abandona el sombrero hongo, saca su sombrero de gala (un objeto que puede esconderse fácilmente), se pone la bufanda en el bolsillo, abre su sobretodo oscuro, sobre un frac impecable..., y tiene una excelente perspectiva de dar varias vueltas entre los señores, antes que se le ponga cortésmente en la puerta.

Gott suspiró.

—Seguramente conoce usted los hábitos de sus amigos. El segundo *round* es suyo. Pero ¿no está usted forzando las conclusiones más que de costumbre?

—Quizá porque se pueden sacar demasiadas conclusiones juntas. Pero la verosimilitud de la teoría de Happy forma parte de mi línea de ataque actual, descartada definitivamente la teoría del espionaje. El caso es que esta caja de caudales ha sido forzada por un profesional que actuó del modo ordinario y sin la idea de documentos secretos.

—Sí. Creo que la aprensión de los espías debe quedar descartada. —Y Gott hizo una pausa, repentinamente perplejo—. Pero hubo alguna otra referencia a espías, si mal no recuerdo... Es decir, antes del episodio de Elizabeth en el jardín —desarrugó el entrecejo—. ¡Oh, ya recuerdo! Fue una broma anterior de ella o tal vez de Noel.

Dijeron que Bunney era el espía vestido de negro; tal vez la caja negra les sugirió la frase. ¡Qué cantidad de negruras estamos barajando! Espía vestido de negro, caja negra, mano negra, hombre negro...

—¿Se refiere usted al hindú que encontró el documento?

—Me refiero a Mr. Bose. ¿Fue él quien encontró el documento? Fue también el primero que se acercó al cadáver... —Y los ojos de Gott se entrecerraron repentinamente—. John, ¿cuándo, cuándo lo encontró?

—A medianoche —contestó Appleby serenamente—. Recuerde que todos han sido registrados.

—¡Una hora después del asesinato! Bueno. Yo debí haberle esperado a usted en la entrada para decirle algo que ahora se me ocurre. ¡Registrados! ¿Encargó usted a Nave o a Biddle que hicieran una pequeña trepanación para mirar dentro de los cráneos?

—Diga lo que tenga que decir, Giles.

—¡La memoria de ese hombre de color! Es como una placa fotográfica. Si consiguiera leer una vez un documento bastante largo, aun a hurtadillas, creo que lo conservaría en la mente, listo para ser reproducido *verbatim*.

—Así que, hipotéticamente, volvemos a admitir a los espías.

Si el tono de Appleby fue escéptico, su acción, en cambio, fue decidida. Se dirigió al teléfono colocado a la cabecera de la cama. Y justamente cuando iba a alcanzarlo, el teléfono sonó. Descolgó el auricular.

—¿*Les Présages*? —dijo Appleby, con gran asombro de Gott.

Y luego de un largo intervalo, agregó serena y gravemente:

—Me he enterado de una probable pista y existen excelentes perspectivas de dominar la situación.

Un instante después colgaba el auricular y se volvía a Gott.

—Giles, ¿es posible aislar la casa?

—Sin duda. Ha sido planeada por una mentalidad rectangular. Consta de una planta cuadrada con dos alas, y tiene anchas terrazas en los cuatro costados, incluso sobre las dependencias, que puede usted iluminar abundantemente.

Appleby tomó de nuevo el auricular.

—La sala de espera de los actores, por favor... ¿Sargento?... Ya terminaron el registro... ¿Se han ido todos?... ¿Cuántos hombres tiene?... Bueno... Mándelos a las terrazas inmediatamente. Hágalas iluminar y que las custodien por patrullas. Y si alguien trata de escaparse, pueden pegar fuerte... Sí, naturalmente.

Rápidamente agregó algunas instrucciones suplementarias y concluyó:

—¡Pronto!

Colgó de nuevo el auricular.

—¿*Les Présages*...? —inquirió Gott, volviendo a su primer motivo de asombro.

—Una especie de contraseña... Como las que se usan en las novelas sensacionales cuando se trata de espías. Y *hay espías*. Exactamente en el centro del

cuadro. El que hablaba era un tal Hilfers, un aficionado a los espías. Alguien, entre los miembros de *su* respetable público, celebró su relevo enviando un telegrama desde una oficina local: el negocio se había hecho y las mercancías serían despachadas rápidamente. Un mensaje algo oscuro, pero aclarado, dice Hilfers, por la calidad del destinatario, que no deja lugar a dudas. Es indiscutible que se ha andado detrás de ese documento. Pero si su «elenco» es tan limitado como parece, todavía tenemos la posibilidad de arreglar el asunto. Y ahora vamos a buscar al hombrecillo negro.

Se dirigió a la puerta y la abrió.

Entonces Gott escuchó una blasfemia que jamás había oído en labios de Appleby. En un segundo comprendió la razón. No había que buscar muy lejos al hombrecillo negro. Su cadáver yacía en el umbral.



4

CUANDO EVOCARA retrospectivamente esta etapa del caso de Scamnum, Appleby discurriría de una manera no profesional sobre los caprichos de la emoción humana. Lord Auldearn había muerto lleno de años, dignidad y cultura: casi el último eslabón de una cadena de hombres de Estado eruditos, por quienes sentía profundo respeto. Los libros que representaban las incursiones del difunto en el campo de la literatura y de la teología figuraban en su pequeña biblioteca del apartamento de Westminster; y en medio de un mundo que se precipitaba en el caos, el nombre de Auldearn había sido, para él como para muchos otros, una garantía de seguridad y de cordura. Si el duque de Horton era un estadista de escarapate, lord Auldearn había sido uno de verdad.

Pero lo habían asesinado; y en el lapso de una hora, Appleby había oído hablar de la confusión y la locura que serían resultado de su muerte. Diríase que el *Hamlet* de Scamnum había colmado la medida de la ironía: sobre el reconstruido escenario isabelino, lord Auldearn había muerto en el centro de una tragedia profunda y actual...

Había muerto custodiando un miserable papel que, filósofo como era, únicamente debió representar para él la organización de la locura contra la locura.

Y todas estas cosas, un asesinato brutal seguido de remotos rumores sobre una calamidad inconcebible (infundados, quizá, como suelen serlo, y, sin embargo, tal vez no del todo infundados), apenas habían rozado la sensibilidad de Appleby.

Había sido excitado en su calidad de policía, y en calidad de tal había reaccionado automáticamente. Había discutido con Gott, luego de su imprevisto encuentro, con el tono de indiferencia deliberada que era una actitud convencional en sus relaciones desde hacía tiempo.

Pero ahora un hombrecillo negro desconocido, un vagabundo oriental, tal vez un asesino, o por lo menos una fuente de error y confusiones, era arrojado sin vida ante la puerta del otro muerto, y Appleby, que había visto una buena cantidad de muertes violentas, se sentía profundamente impresionado por ésta. Se quedó inmóvil, pálido

hasta los labios, y dijo con voz no muy segura: «Otro muerto».

La voz de Gott, en cambio, fue bastante firme, al responder con una simple palabra: *Pesadilla*. Y Appleby comprendió que por lo menos Gott, contenido como era, había estado durante horas afrontando una pesadilla. Él tenía su propia angustia en medio del horror general. Todas estas cosas habían ocurrido en la misma casa y quizás en la misma noche en que se proponía hablar de matrimonio a *lady* Elizabeth Crispin.

Un instante después Appleby había recobrado su decisión.

—El sargento está en el escenario posterior. Se quedará allí hasta que llegue la ambulancia. Y los otros están afuera. Quiero que venga usted conmigo. Vaya a buscar a alguien de confianza para que se quede aquí y traiga a uno de los médicos.

Gott pasó con cuidado por encima del cadáver. Caminó como un guardián somnoliento ante la cámara de un monarca oriental, y se alejó en silencio por el corredor tenuemente iluminado. Una vez más, Appleby se puso de rodillas. No había duda de que Mr. Bose estaba muerto. Los finos labios descubrían los dientes en una mueca de repentina y espantosa agonía; el tinte de la oscura piel se había puesto lívido en manchas irregulares, como el de un actor que ha empezado a quitarse de prisa el maquillaje. La muerte había entrado en su cuerpo por medio de una daga hundida profundamente bajo el omóplato izquierdo. Y el arma permanecía aún en la herida, con aspecto siniestro. Appleby observó todas estas cosas con cierta frialdad, y registró rápidamente el cadáver. Luego se puso en pie y murmuró asombrado:

—Podía haber estado casi seguro... —y meneó la cabeza—. Demasiado... Demasiado remoto...

Un minuto después llegaba Gott conduciendo a Noel y a Nave. Aun cuando los psiquiatras de moda de Harley Street no suelen ser llamados a certificar dos muertes violentas en una misma noche, la emoción de Nave no parecía más que un tributo convencional rendido a dos semejantes muertos. Estuvo arrodillado un rato; tal vez un minuto entero. Luego se levantó:

—Está muerto —dijo—. Y murió instantáneamente. Una puñalada por la espalda.

—¿Un golpe hábil?

La mirada de Nave volvió a la daga.

—Podría haber sido asestado por un anatomista —contestó gravemente—, o podría tratarse de una diabólica casualidad.

Reinó silencio durante algunos segundos, y lo rompió para añadir:

—¿Debo quedarme aquí... o llevar algún mensaje?

Appleby sacudió la cabeza.

—No se ganaría nada con que usted se quedara. Mr. Gylby estará de guardia un rato.

Nave miró dubitativamente, tal vez con una especie de velada cordialidad, a Noel, que parecía agotado y más joven que de costumbre. Luego hizo un ademán de asentimiento y se retiró. Noel miró resueltamente el cadáver. Sentía pena por Mr.

Bose y hubiera querido decir algo discretamente dolorido. Pero al ensayar su voz, comprobó que sería aventurado intentarlo y buscó la salvación en su sentido práctico.

—Mr. Appleby, ¿debe quedar *esto* aquí? ¿No podemos entrarlo en la habitación? Esas otras están ocupadas... Cualquiera de las mujeres podría venir y...

Appleby asintió.

—Podemos transportar el cadáver. No ha sido asesinado aquí.

Con ayuda de Gott procedió a cargarlo; era extrañamente liviano, y lo llevaron a lo que había sido el dormitorio de lord Auldearn. Parecieron vacilar un instante...

—Sobre la cama —indicó Noel, con la súbita autoridad de Scamnum.

Corrió la colcha, y pusieron el cuerpo boca abajo. Noel tomó un extremo de la colcha.

—¿No... alterará la posición del cuchillo?

Appleby hizo un gesto negativo y cubrieron el cadáver. Durante un momento miraron la deforme pirámide que formaba el puño de la daga. Luego Noel ofreció otra sugestión práctica.

—Esa daga..., no sé si ustedes saben, estaba colgada con algunas otras armas en la pared exterior del... dormitorio del negro. Es medieval, francesa, creo.

—¿Estaba su cuarto al lado de éste? —preguntó Appleby.

—¡Dios mío, no! Queda a cierta distancia. A la vuelta de dos corredores.

—¿Esas habitaciones están casi todas ocupadas?

—Sí. La mayoría de las personas se fueron directamente a la cama, o por lo menos a su dormitorio, después del registro. Fue un episodio extrañamente vergonzoso. Pero unos pocos se han quedado dando vueltas y charlando.

Appleby movió la cabeza, visiblemente desconcertado. Era una costumbre, pensó Noel, que jamás se hubieran permitido los sabuesos de las novelas de Gott. Y en seguida, como si hubiera leído estos pensamientos en la mirada de Noel, sonrió.

—Decididamente, he aquí un asunto sin pies ni cabeza —y continuó con súbita energía—: No podemos perder el tiempo sentados y pensando, Giles. La lógica absurda de los acontecimientos está actuando ahora en torno de nosotros. Vamos.

Al llegar a la puerta se volvió hacia Noel:

—Mr. Gylby, ¿tiene usted inconveniente en quedarse aquí tal vez cerca de una hora?

—No me dormiré —contestó Noel secamente—. Y no dé un portazo al salir.

En el corredor, Appleby se detuvo.

—No lo han asesinado donde lo encontramos. Tendríamos que haber oído algún ruido.

Caminó unos pasos por el corredor y exclamó en voz baja:

—Ha sido asesinado en un lugar que vamos a descubrir ahora... Aquí hay sangre y podremos seguir sus rastros... Aquí terminan; por lo que deduzco que levantaron el cuerpo, lo llevaron a cuestras unos cinco metros y lo depositaron silenciosamente en nuestro umbral... y el de Auldearn. Ahora siguen las huellas, probablemente hasta su

propio dormitorio.

¡Qué perspectiva impresionante ofrece este lugar de la casa! —comentó Gott, distraído.

Caminaban por un corredor de unos dieciséis pies de ancho, con piso de *parquet* oscuro y un camino liso de color de crema a lo largo de la línea central.

—Hay por lo menos una persona que no se ha sentido impresionada, ni trató de evitar una tragedia.

La mirada de Appleby seguía fija en el suelo: en las dos huellas profundas, claramente visibles, dejadas por los tacones del muerto sobre la blanda superficie de la alfombra y en la serie de manchas de sangre coagulada.

—Vea usted, Giles, cómo la evidencia nos señala distintos caminos. La representación de la violencia...

Gott se detuvo asombrado e hizo un ademán de saludo al pasado de Scamnum, que parecía acechar en la penumbra del corredor. Era una perspectiva de oscuros maderajes y finos esmaltes. El diseño básico siempre elegante, aunque un poco austero, se aligeraba aquí y allí con el esplendor de las telas preciosas y el lustre de los exquisitos trabajos de ebanistería. Todo ello hablaba de reposo y de una amplia seguridad: la Paz de los Augustos:

*Hacemos mal en oponer violencias
a tanta majestad...*

—El drama está sugestionándole a usted también, John... Este es el cuarto de Mr. Bose.

El dormitorio de Mr. Bose estaba presidido, extraña y adecuadamente, por un cuadro de Gauguin. Representaba un grupo de figuras morenas, inclinadas en una atmósfera de tonos vibrantes, que parecían arrojar un resplandor tropical sobre las grises y las verdes tonalidades frías de la suntuosa habitación.

La alfombra, de un color verde manzana, estaba manchada de sangre. Era como si los mangos, que fulguraban como puntos de fuego en el cuadro, hubieran sido derribados y exprimidos sobre el piso. Gott se dejó caer violentamente sobre una silla con la sensación de un golpe en el estómago.

—Es el dormitorio de Elizabeth —explicó—. Ella se mudó a otro, cuando llegó el gentío. Para todo hay un límite, hasta para los recursos de Scamnum.

Y agregó con amargura un comentario que Appleby se había hecho ya en el automóvil del primer ministro.

—¡La muerte en Scamnum Court!

Appleby, que casi había iniciado una rápida exploración del lugar, hizo una pausa.

—¿Y qué?

—Podría hacerse un erudito juego de palabras. Alguien se lo ha hecho, quizás... a propósito de Scamnum.

—¿Scamnum? —y Appleby arrugó la frente perplejo—. ¿Escaño?... ¿banco?

—Sí. Así fue llamado arrogantemente, aludiendo al mostrador de usurero del viejo Roger Crippen. Pero la palabra significa algo más.

Appleby meneó la cabeza.

Carnicería, John... ¡Por amor de Dios, hagamos algo!

Appleby estuvo a punto de decir «¡Calma!», pero en lugar de hacerlo, invitó tranquilamente:

—Venga y mire este escritorio.

El escritorio estaba a un costado de la pared que daba al corredor, al lado de una puerta con cortina; era un esbelto mueblecito Chippendale. Cerca de él, y derribada en el suelo, se veía una silla de caoba, de respaldo bajo. Appleby miró la puerta por la cual habían entrado y luego otra puerta lateral, bastante cercana. Gott siguió la dirección de su mirada.

—Creo que es un cuarto de baño, que antes fue cuarto de vestir. Tiene una segunda puerta, que da directamente al corredor.

Se dirigió rápidamente hacia allí, desapareció y volvió al instante.

—Así es.

—Por consiguiente, es así como entró. Viniendo por la puerta del baño, no tenía que dar sino dos pasos y hundir el puñal. Y golpeó mientras el negro estaba...

—Escribiendo —concluyó Gott suavemente.

Ambos miraron la breve superficie del escritorio. En un rincón había una pluma estilográfica, abandonada sobre una mancha de tinta, como si hubiera caído de una mano sorprendida. El papel de cartas de Scannum estaba intacto en su lugar. Mr. Bose había estado escribiendo en un block corriente. Y algunas hojas habían sido precipitadamente arrancadas de este block. La primera de las restantes estaba en blanco; sin embargo, Appleby tomó el block con cuidado y lo examinó con infinitas precauciones.

—Si las cosas son lo que parecen ser —dijo—, ambos hemos sido derrotados. Se han burlado de mí como policía y a usted le han dejado lejos como inventor de intrigas policiales. Inspeccione el suelo, Giles, a ver si encuentra una colilla de cigarrillo, o un escarabajo sagrado, accidentalmente perdido.

Pero mientras hablaba, él mismo inspeccionaba el piso con toda seriedad. Gott, en vez de hacerlo, inspeccionaba el aire.

—El pequeño Bose, emisario A, asesina a Auldearn; echa mano de ese condenado papel, consigue aprendérselo de memoria y luego lo *descubre*. No bien termina el registro, viene a su habitación y lo escribe. Entonces el desconocido B, espía rival, lo apuñala...

Escondió la cabeza entre las manos.

—John, eso no es imposible, no es ni siquiera inverosímil, por el mero hecho de ser grotesco. El documento es también intrínsecamente grotesco, y sin embargo, ahí está, y en Londres varias cabezas bien puestas se están volviendo locas por culpa de él. Supongo que hay bribones y bribones en juego; y si Bose era uno de ellos, es

bastante verosímil que haya sido asesinado y robado por otro.

—Sin embargo —opinó Appleby—, se percibe en el aire la sensación de que la muerte de Auldearn es fundamentalmente una pieza de efecto teatral, misteriosamente vinculada con *Hamlet*. En resumidas cuentas, ¿qué opinión tenía usted de Bose? Ahora está en el centro del cuadro. Descríbalo.

Gott, evitando el área entre el escritorio y las puertas, se paseaba de arriba abajo por el cuarto.

—Como la mayoría de los hallazgos de la duquesa, era encantador. Pero supongo que no hay nada más fácil que encontrar un negro encantador que no parece de este mundo, y tal vez éste fuera el caso. Si me viera obligado a pronunciar sobre él un juicio final de emergencia, lo enviaría directamente al lado de los santos, aunque él encontrara absurdos sus creencias y proceder. Pero uno sólo puede tener confianza en los juicios que le merecen sus semejantes. El hombrecillo era demasiado remoto...

—Exactamente —aprobó Appleby.

Corrió la cortina de la ventana; abrió ésta ante la noche de verano y se inclinó sobre el alféizar. Abajo se veía una terraza brillantemente iluminada y dos policías patrullándola. Volvió a la habitación, echó la llave a la puerta del baño, tomó una vez más el block, y se dirigió a la puerta por la que habían entrado. En ese momento se detuvo para descargar una vez más su conciencia:

—Si el contenido del documento ha pasado realmente de Bose a manos desconocidas, estoy a punto de ser derrotado; ¡y todos los policías locales de los condados no podrían ayudarme!

Abrió la puerta y pasó la llave a la parte exterior:

—Vamos, Giles. Todavía queda alguna esperanza. No hay que olvidar la forma en que encontramos el cadáver. Tendremos que recurrir también a la duquesa. Prometí no volver a molestar a nadie esta noche, pero de todos modos debe usted conducirme a ella ahora mismo.

A pesar de su prisa, Appleby se detuvo unos momentos para observar tranquilamente la pared opuesta. Gott comprobó sobresaltado que en esta verdadera crisis de su carrera, su amigo, con muy poco sentido de la oportunidad, se retrasaba para prestar una atención más adecuada a un noble cuadro. Y por alguna misteriosa razón se sintió reanimado.

Appleby echó cuidadosamente la llave a lo que había sido el dormitorio de *lady* Elizabeth Crispin. Ahora quedaba encerrado allí un fantasma. Una presencia morena qué rondaría bajo el reparo incierto de ese follaje tropical; y reconocería a medias esos ojos chispeantes y el dudoso parentesco de esos miembros oscuros y lustrosos.



5

ANDAR POR EL PALACIO de Scamnum de noche, pensaba Appleby, era como moverse en una edición monstruosamente ampliada de *Country Life*. Inmensos cubos de espacio, de función desconcertantemente indeterminada —¿eran habitaciones o corredores?—, desfilaban en la penumbra, con la intermitente coherencia de una música lejana, ya compuesta con orden y proporción, ya simple material indeciso para la arquitectura de la fantasía. Aquí y allí brillaba todavía una luz encima de un cuadro, sobre las copias al pastel de retratos familiares diseminados por todas partes: caballeros exageradamente robustos para el delicado ambiente al que habían sido trasladados; damas arbitrariamente dotadas con las toscas facciones de Anne, vestidas con trajes de volantes y poseedores de bustos vagamente definidos. La perspectiva de las cosas se confundía como en un trance hipnótico. Una silla baja, a distancia, se precipitaba sobre un gran piano colocado al azar cerca de uno. Si se extendía la mano hacia un picaporte, la mano caía en el aire; y la puerta resultaba de un tamaño gigantesco y estaba diez pasos más allá. Appleby trató de imaginarse a sí mismo como en su casa en esta grandiosidad, y fracasó decididamente. Sentía la invencible impresión burguesa de estar en una galería de cuadros o en un museo... En un museo bien organizado, en el que cada pieza tenía aire y espacio para afirmar su propia integridad y su carácter único.

Recordaba los grandes palacios —ahora en su mayoría deshabitados— que el siglo XVIII había visto elevarse sobrenaturalmente por toda Europa. Sabía que Scamnum tenía un carácter distinto; que a la mañana siguiente, a pesar de su majestad, se le revelaría como el hogar de un caballero inglés; como una presencia familiar, en fin.

Pero ahora era menos una habitación humana que un símbolo soñado de siglos de dominación; una fantasía creada con el tributo de diez mil vasallos, ha tiempo desaparecidos de su tierra.

Así reflexionaba Appleby mientras Gott le guiaba por Scamnum en busca de la duquesa de Horton. Y la expedición nocturna coloreaba de tal modo su conciencia,

que no le hubiera sorprendido encontrar en la duquesa de Horton —a pesar de haberla observado en la sala con cierta atención— a una dama que se había sentado en la tienda de Marlborough o había tomado chocolate con Bolingbroke en el retiro de Chanteloup en Turena.

La duquesa no se había acostado aún. Estaba escribiendo cartas en un rinconcito de la casa que le pertenecía: una especie de pequeño vestíbulo retirado, al estilo de Vanbrugh y tan lleno de fotografías, que la más refinada clase media, según pensaba Gott, lo juzgaría pasado de moda. La duquesa les señaló dos asientos no muy confortables; miró a Appleby con reconcentrada atención, y dejó la pluma sobre el escritorio.

—He escrito ya doce de las veinte que debo mandar —dijo, contando rápidamente—. Interrumpiremos las distracciones hasta que Escocia y la gente se enteren. He usado la misma fórmula doce veces, y tal vez cuando llegue a la vigésima me haga llorar. Si uno consiguiera ser de esas personas que lloran, todo sería más fácil. Pero de cualquier modo, es un alivio tener algo que hacer.

—¿Y Elizabeth? —preguntó Gott.

—Espero que esté dormida. Cuando llegué a su dormitorio, su doncella había decidido ponerse histérica. Ella la tranquilizó, la llevó a la cama, y luego se fue a la suya.

Se volvió hacia Appleby:

—¿Ha visto de nuevo al duque?

—No, señora.

La duquesa sonrió, con una sonrisa que hubiera sido exacto, aunque trivial, calificar de dulce.

—Temo que no participará demasiado en la cacería. Y tratándose del asesino de Ian, menos aún que si la víctima hubiera sido una relación superficial. Mientras pensó que se trataba de un secreto del papel, la cosa era diferente. No puedo explicarlo, pero así funciona su particular criterio del bien y del mal. Supongo que será porque hay personas que cuando el espectáculo de la infamia se abre a sus pies, se quedan inmóviles y aisladas frente al negro abismo. Es una especie de fatalismo frente a la calamidad personal.

La duquesa suspiró.

—Teddy es Hamlet —dijo—; por eso hizo un Claudio formidable en la escena: máscara y rostro.

Esto era una muestra de ese espíritu que en días ya pasados había hecho apreciar a Anne Dillon algo más que como a una simple belleza en los salones eduardianos. Era un rasgo fascinador y penetrante. Pero ¿cuál era su objeto? Appleby no se detuvo a averiguarlo, pero la respuesta estaba sin duda en ese genio que tenía la duquesa para entablar relaciones personales. Había advertido en Appleby cierto tipo de mentalidad y lo había reconocido como una de esas personas ante quienes la mejor táctica es mostrar el propio espíritu en su ritmo y color auténticos.

—Por mi parte, tengo grandes esperanzas —dijo— de poder ayudar. Yo no soy el príncipe Hamlet.

Y se estremeció. Gott pensó que su última insinuación era un ardid para evidenciar su larga amistad con lord Auldearn.

Appleby captó la insinuación, pero no la causa del estremecimiento, y fue directamente al asunto. Esta actitud comprobó que la duquesa se había colocado frente a él en el terreno deseado.

—Puede usted ayudarnos en seguida diciéndonos todo lo que sepa sobre Mr. Bose. Tenemos muy malas noticias para usted. También él ha sido asesinado.

Durante un largo rato la duquesa permaneció inmóvil y en silencio. Y luego resultó evidente que si carecía de lágrimas, no carecía de pasión.

Sus ojos relampaguearon.

—¡Que infamia! —exclamó—. ¡Oh, qué infamia!...

Después, dominándose, preguntó quedamente:

—Pero, Mr. Appleby, ¿esto significa que hay... un loco? ¿Hay todavía peligro?... ¿Cuenta usted con los hombres que necesita? ¿Y dónde ha ocurrido eso? ¿Cuándo?

Appleby contestó lentamente:

—No creo que Mr. Bose haya sido asesinado por un loco y sin razón alguna. Lo han asesinado de una puñalada, no hace más de media hora, en su mismo dormitorio.

La duquesa tuvo el mismo pensamiento que Gott había tenido:

—¡En el dormitorio de Elizabeth!

—Es muy necesario, urgentemente necesario, y ésa es la razón de que yo la haya molestado, que yo conozca todo lo referente a sus relaciones con Bose, en detalle y desde el principio. ¿Sería mucho pedirle que tratara de decírmelo ahora? Dejaré para después las explicaciones ulteriores, si puedo.

—Me pide usted toda una historia.

Quizá a despecho de su verdadera angustia, hubo un leve matiz de vivacidad en la voz de la duquesa, porque era muy aficionada a las historias.

—Pero seré tan breve como pueda. Debe usted interrumpirme si me detengo en cosas sin importancia... Me crucé con él por primera vez en el Museo Británico. Verá usted, Nevil... es decir, mi hijo, que está en el extranjero, es aficionado a la pesca — la duquesa hizo una pausa casi desafiante, como para asegurar que la pesca es un objeto de interés perfectamente racional—, y bastante a menudo consulto para él algunas obras de la biblioteca. Pero hace un par de años se vio envuelto en una controversia sobre un libro llamado *Zeitschrift für Ichthyologic und tropische Tiefseekunde*... Usted debe conocerlo, Giles —la duquesa tenía una fe sin límites en la erudición universal de su círculo—. Así que cuando estábamos en la ciudad yo solía ir al Museo Británico a tomar notas para él. Me fijé en Mr. Bose desde el primer momento. Hay tanta gente exótica en la sala de lectura, de ésa con sandalias, ¿sabe usted?, y sabios barbudos con trajes semirreligiosos, y mujeres absortas, dedicadas sin duda al Pensamiento Supremo, que cualquiera que sea más notable que exótico

atrae la atención en seguida. Y, por supuesto, Mr. Bose era notable. Solía andar por allí con gran timidez y la apariencia de sentirse perdido. No sé cuál era exactamente su trabajo; pero supongo que le resultaba un poco misterioso: un ritual que le revelaría al fin el secreto del Occidente asombroso y alarmante. Al verle allí, la sala de lectura le parecía a una un templo, y él mismo la consideraba así, como le podrá informar cualquiera.

La duquesa se detuvo un poco vacilante, como si sintiera la incongruencia de estos recuerdos a las tres de la madrugada.

—Pero no es esto sin duda lo que usted querría saber...

—Por favor, siga contando las cosas tal como se le vayan ocurriendo. Sin omitir nada.

—Él trabajaba la mayor parte del tiempo en la habitación contigua a la sala de lectura, donde se pueden consultar los libros más antiguos. Es un lugar muy reducido, no mayor que una biblioteca corriente; como la nuestra de aquí, por ejemplo.

Gott, que era un asiduo de esas dos extensiones gemelas: la de la habitación contigua a la sala de lectura y la biblioteca de Scannum, sonrió del paralelo. Pero la duquesa prosiguió sin notarlo:

—Algunas veces yo iba también allí a hojear esas monografías, tan voluminosas que necesitaban una mesa grande para ser manejadas. Había una obra de un tal Bloch, enorme y encantadora, con grabados deliciosos de los seres más increíbles; y un día, como una tonta, traté de quitarla yo misma de la mesa, para devolverla al mostrador. Por supuesto, los dos grandes volúmenes se fueron al suelo. ¡Fue algo bastante horrible! Un empleado que se sienta en una especie de púlpito, dejó de escribir, se puso un par de gafas extra, y *me miró*. Y un caballero anciano con una de esas cintitas francesas en el ojal, se puso de pie y empezó a caminar majestuosamente de arriba abajo, agitando las manos, aunque con moderación, sobre su cabeza; supongo que le interrumpí en una importante serie de pensamientos. No me había sentido tan confusa desde que cometí un error perfectamente escandaloso, una vez, visitando a Elizabeth en Cheltenham.

La duquesa dominó visiblemente un impulso a divagar sobre el tema, y continuó:

—El profesor Malloch estaba allí y se aproximó con una especie de trotecito cortés. Pero el hombrecillo moreno se le adelantó y recogió la obra de Bloch (aunque tengo la seguridad de que era demasiado pesada para él) y la llevó al mostrador. Después de este episodio me consideré autorizada a trabar relaciones con él si podía. Pensé que quizá fuera interesante.

La duquesa sonrió al referirse a esta debilidad suya.

—Por desgracia otras personas habían tenido la misma idea. Una de las mujeres del Pensamiento Supremo, según averigüé después, le había invitado a tomar el té, le había preparado un salón tapizado en púrpura (creo que con palillos de incienso también) e invitó a todas sus amigas a participar de los misterios. Así que él se condujo conmigo con cierta timidez. Luego, una vez, se me ocurrió llevar unos

sándwiches, pensando que sería agradable comerlos en la escalinata, como solía hacerlo cuando iba con mi padre a pasar un día entre los mármoles. Sabe usted que muchas personas acostumbran sentarse sobre la escalinata o bajo el pórtico entre las columnas, para dar de comer a las palomas. Bueno, ese día me encontré con Mr. Bose, que me pareció deseoso de alimentar a los animalitos. Había llevado también sándwiches, un paquete muy pequeño, y varias veces pareció a punto de arrojarles unas migas aunque luego se arrepentía. Me reuní con él y comprobé que mi interpretación de sus actos había sido primitiva, casi grosera. Pensé que en realidad no había llevado bastante alimento y vacilaba entre su alimentación y la de las palomas. Así que dije, como una tonta: «Tengo demasiados sándwiches; vamos a dar de comer a las palomas». Él parecía terriblemente preocupado con sus dudas, y tuvo gran trabajo para explicarse. Consideraba al museo un lugar sagrado, y seguramente las palomas eran también para él pájaros sagrados. Creyó que esas mujeres del Pensamiento Supremo sentadas por ahí, desmigando sus panes, tendrían la función de cuidar de ellas. Y como no eran éstos sus propios ritos, dudaba de que le fuera lícito inmiscuirse en ellos, aunque le habría gustado dar de comer a las palomas. Tendría que consultar a su padre, declaró, quien, de tiempo en tiempo, le permitía ciertas licencias, indispensables para actuar en la sociedad occidental.

—¡Como el huevo! —exclamó Gott—. ¿Recuerda usted? Cuando llegase el invierno tendría usted permiso de su padre para comer un huevo si resultaba orgánicamente necesario.

La duquesa asintió.

—Y entonces conversó conmigo con toda sencillez sobre castas y sobre su familia, antiguos terratenientes, según parece. Por último, me dijo que yo me parecía a su madre. Ante esto sentí el horrible triunfo del coleccionista afortunado: exactamente como Mr. Leo Hunter, sin duda, cuando consiguió apropiarse del exótico conde Smorltork. Pero estaba equivocada. Mr. Bose me dio bastante trabajo aun después de eso.

—¿Quiere usted decir —interrogó Appleby— que tuvo grandes dificultades para... llevar la relación más lejos?

La duquesa arqueó caprichosamente las cejas:

—No era cuestión de importunarlo; no, Mr. Appleby. ¡En verdad, nunca lo hubiera hecho! Yo le gustaba, me parece, y siempre que nos encontrábamos se sentía complacido y conversaba mucho, como si hubiera sido en realidad su madre. Pero posteriormente se retrajo un poco y tuve que volver a empezar. Se había enterado de que yo era lo que llamaba *rani* y quizá pensara que debía dejar a mi cargo todas las iniciativas. De modo que resultó lento y difícil. Comprenderá usted que yo no quería atraparlo en una sala con cortinajes de púrpura y con zalamerías... Pero finalmente sellamos nuestra amistad una tarde en Rumpelmayer's. Me pareció casi trágico, por aquel entonces, que su talón de Aquiles fuera precisamente el estómago. Sólo después de introducirle en ese paraíso de dulces y melosas delicias, y particularmente

después de hacerle conocer esas golosinas de almendras (a las que Elizabeth se aficionó tanto en Viena), Giles terminó por abrirme su corazón —la duquesa se contuvo—. Pero su corazón no forma parte de la historia. Bueno, aun después de eso, fue extraordinariamente difícil convencerle para que viniera y se quedara aquí una temporada. Y cuando vino fue para encontrar la muerte. Ahora parece horriblemente cruel haberle apremiado tanto. Creo que se divertía, y porque sabía que iba a divertirse le traje. Pero ahora...

A despecho de la animación de su relato, la duquesa estaba a todas luces exhausta, y sólo gracias a un esfuerzo conseguía permanecer lúcida. Appleby se levantó.

—Me ha dicho usted todo lo que deseaba saber. ¿Querría excusarme ahora? Los minutos pueden ser preciosos en este momento.

—Entonces vaya en seguida. Habrá sirvientes levantados toda la noche. Les darán café o cualquier cosa que puedan necesitar. Y constantemente habrá una persona a cargo del teléfono interior. Podrá despertar al instante a cualquiera de la casa que desee, interrumpiendo el sueño que cada uno haya podido conseguir. Y ahora, quiero acabar mis cartas.

Viendo que Appleby no deseaba perder más tiempo con ella, la duquesa no perdió más tiempo con él.

—Ahora... a la terraza —Appleby parecía perdido en sus pensamientos mientras descendía con Gott la gran escalera, pero trató de reanimarse—. No mejora en nada la situación. ¿Qué opina usted, Giles?

—Opino, una vez más, que los espías son una fábula. Bose no era espía. No es así como un espía se introduce en una casa.

—Efectivamente. Era el primer hecho que me interesaba poner en claro: que fue la duquesa la que anduvo detrás de Bose y no Bose tras la duquesa. Y, como usted sabe, tuvimos la impresión de que Bose era una buena persona mientras estábamos disponiendo decentemente su cuerpo sobre la cama de Auldearn.

Gott exhaló una especie de suspiro de alivio.

—No era el oriental típico de la novela sensacionalista —y sin detenerse a explicar, concluyó—: Me alegro.

—Además, ya sabemos por qué le han matado.

—Sí —Gott no tenía aptitudes de Doctor Watson—. Le estaba contando la historia completa a su padre, a miles de kilómetros de distancia, para pedirle directivas. Pero parece una locura.

Appleby negó con un ademán:

—Una locura no. Sólo que, como ya dijimos, era un hombre remoto. Yo pensé que eludía una pregunta mía, pero creo que no hubiera dicho una mentira directa. Temo que todos nosotros le resultáramos gente muy rara a pesar de sus trabajos en el Museo Británico. Él no estaba seguro de que yo consideraba como el hecho fundamental de todo el asunto que se había cometido una acción infame. Imagínese

usted a sí mismo en el palacio de un rajá, Giles; en el palacio de un rajá, en un mundo regido por un rajá. Atisba usted a través de una cortina en medio de extravagantes procedimientos, y ve que A. elimina a B. Me imagino que hubiera vacilado. Bose pudo haber tenido dificultades filosóficas fundamentales; quizá semejantes a las que la duquesa le atribuye al duque, pero más graves aún. ¿Cómo debe uno enfrentarse con una especie particular de infamia, en el carácter particular de huésped? Y cosas por el estilo. Si su código le obligaba a consultar la autoridad paterna antes de dar de comer a una paloma o de comer un huevo, es fácil presumir que con más razón lo obligaría frente a un derramamiento de sangre. De modo que el asesino, que sabía que Bose sabía, tuvo su oportunidad.

—Bose no se aprendió el documento de memoria. Eso fue una de mis fantasías de novelista. Y los espías son una fábula.

Habían salido a la terraza, donde fueron detenidos por un policía, que reconoció y saludó a Appleby.

—Sus fotografías están en el teatro, señor; en el pequeño escenario, con el sargento. Y la ambulancia ha llegado y la mandamos al palacio. Fuera de eso, todo ha estado tranquilo, señor.

Recorrieron la terraza superior y se volvieron para mirar hacia la casa. Ante ellos se erguía una gran mole de piedra, todavía recamada con la mitad de las luces, colosal y misteriosa como un transatlántico emergiendo en la noche. La suave línea circular de luces bañaba la terraza, como en una espuma brillante. Pero Gott, que observaba el paso tranquilo de la patrulla de la policía, tenía otra imagen en la mente.

—«La explanada delante del castillo» —dijo—. «Centinelas inmóviles... No se mueve ni un ratón...». El drama nos obsesiona todavía.

Appleby rió ásperamente.

—¿*Hamlet*? ¡Un asunto de espionaje mezclado con un asunto literario! Y engendrado sabe Dios con qué ingenio.

Dieron la vuelta a Scamnum, verificando la eficacia del cordón de policías, antes de que hablara de nuevo.

—Tal vez he tardado mucho en poner esta guardia —dijo—. Y ahora todo puede haber terminado. O quizás estoy perdiendo la partida en este mismo momento por falta de elasticidad mental. Giles, ¿sabe usted algo de señales telegráficas?

—¡No hace al caso!... ¡Esto es un absurdo! —exclamó Gott—. Estamos frente a un asunto personal, de carácter privado.

Appleby volvió a negar con un ademán.

—Olvida usted... —se detuvo para mirar alternativamente, en la sombra, los dos bultos gemelos de Scamnum, y la colina de Horton—. ¿Ve usted alguna luz, alguna señal de luz, sobre esa colina?

Llamó al sargento en voz alta (el lugar no parecía muy lleno de policías) y le habló rápidamente.

—Ya pensamos en eso, señor —dijo el hombre, impasible, pero con orgullo—.

Hemos enviado fuera a varios hombres para que vigilen la casa desde cada ángulo, y a otros al techo, para que miren hacia fuera. Si ven algo más que luces quietas, informarán.

Appleby se alejó unos pasos en compañía de Gott y suspiró satisfecho.

—¡Y el duque creyó que podía inmovilizar a la policía local! Quizá no son adecuadamente enérgicos con los cazadores furtivos... Pero de todos modos, puede ser ya tarde para todo esto. Volvamos ahora a su teatrillo.

—¿No está usted prestando excesivo crédito a su amigo telefónico? Su informe es ahora lo único que queda contra todas las apariencias. Y creo que esa clase de personas se equivocan mucho más a menudo de lo que aciertan.

—Sin duda. Lea usted simples informes sobre trabajos de espionaje y verá que la confusión es uno de sus aspectos esenciales. No dudo que si los espías hubieran andado detrás de Auldearn con el objeto de robarlo, alguno de ellos, disimulado entre el público al ocurrir el asesinato, pudo llegar a la conclusión de que sus cómplices habían actuado con más violencia de lo habitual. Y también pudo enviar una promesa precipitada desde la primera oficina telegráfica. Por supuesto, la muerte de Auldearn pudo haber sido, como usted dice, un asunto privado, y quizás el documento haya estado a salvo en todo momento. Pero no puedo arriesgarme. De modo que volvamos a su teatro —miró su reloj—. Las tres de la mañana.



6

LA PUERTA DEL SALÓN, abierta por un policía discretamente impasible, se convirtió en una desconcertante válvula de escape por donde salieron unas voces de extremada violencia.

—Hamlet y Laertes —comentó Gott— riñendo junto a la tumba de Ofelia.

Y en verdad la escena que se presentó a su vista parecía una riña en una representación. El doctor Biddle y *sir* Richard Nave, sin intimidarse por las miradas de sospecha que les lanzaba otro agente de guardia en un rincón lejano, estaban de pie en el centro del proscenio, muy disgustados entre sí, bajo la plena luz de los reflectores todavía encendidos.

—Es claramente la forma localizada —vociferaba Nave; tan sereno como se había mostrado hacía poco frente a los cadáveres, temblaba ahora como una hoja—. *Leontiasis Ossium...*

—*Leontiasis...* ¡*Cuernos!* —gritaba el doctor Middle, un caballero viejo, menudo y amable, que con la apariencia más normal del mundo estaba «bailando» de rabia, como en un grotesco recurso de comedia inferior, para representar indignación—. Es simplemente una enfermedad de Paget generalizada. ¡Está claro como el agua! Si los ideólogos de *Harley Street...*

—Señor —tronó Nave—, se pone usted impertinente.

Appleby dio a Gott un rápido codazo.

—Esto es lo que ellos llaman una consulta, sin duda —murmuró—. Pero ¿a qué viene este honroso interés en las minucias del diagnóstico?

Cuando Appleby caía en el sarcasmo era señal de que estaba enojado; y en verdad la escena parecía más indecorosa que divertida.

Pocos pasos más lejos, detrás de la cortina del escenario posterior, desde donde se alzaba un vago murmullo de voces, yacía el cadáver de lord Auldearn, con una bala en el corazón, rodeado de fotografías policiales. Que alguien pudiera hablar a gritos en tal presencia, era claro ejemplo de un fenómeno que Appleby conocía bien; ante el choque de una muerte violenta, las reacciones sociales quedaban anuladas o

transformadas de un modo notable. Pero ahora ambos hombres hacían un esfuerzo por dominarse, y Nave se dirigió a Appleby con sus modales normales.

—El doctor Biddle, que es médico de la policía, me ha hecho el honor de incluir mi firma en el informe preliminar que debe ser elevado, según parece, antes de que se mueva el cadáver. Por eso estamos aquí. Pero el doctor Biddle se propone, según entiendo, ofrecer también una contribución a la ciencia.

El tono insinuaba que los médicos rurales, aun aquellos que atienden a duques, no suelen hacer contribuciones a la ciencia, y casi sacó otra vez a Biddle de sus casillas. Se contentó con arrugar el entrecejo, pero estaba lleno de ira y aparentemente iba a descargarla sobre la policía.

—Desea manifestar —dijo Biddle belicosamente— que hubiera sido más correcto en ustedes consultarme en seguida sobre la causa de la muerte.

—¡La causa de la muerte! —exclamó Appleby con sincero asombro.

—¡Psch!... O la manera de la muerte, si así lo prefiere. Estoy convencido de que Lord Auldearn se suicidó, y que esta investigación policíaca intensiva es innecesaria... y altamente indecorosa.

—Suicidio... Innecesaria... Indecorosa...

Era Nave quien hablaba ahora, y por un momento pareció aún más irritado que antes. ¿Era ésta, se preguntaba Appleby, la irritación corriente de un profesional capaz ante un colega ignorante? ¿Y era Biddle, en realidad, un ignorante?

Biddle continuó resueltamente:

—Afirmo que se trata de un suicidio. Lord Auldearn era un hombre enfermo. Casi moribundo. Sufría una enfermedad poco común, pero evidente —lanzó a Nave una mirada venenosa—; *evidente*, y que sólo tiene un desenlace. Y resolvió adelantarle.

Appleby miró a Nave.

—¿No está usted de acuerdo en que estaba enfermo de muerte?

—Desde luego que sí. Pero es claro...

Appleby le interrumpió suavemente:

—Ya veo. Estaban ustedes discutiendo detalles técnicos cuando llegamos. Pero ¿puede sugerir usted alguna razón, doctor Biddle, para que lord Auldearn eligiera una ocasión tan... espectacular para eliminarse?

—Tenía un temperamento condenadamente excéntrico —replicó Biddle. Y Appleby creyó ver por un momento en el viejo médico competente y humano, aunque trastornado por las circunstancias, al simple hombre de ciencia para quien las actitudes sofisticadas resultan inexplicables.

Nave intervino secamente.

—Y si efectivamente se tratase de un suicidio, muchas otras personas debieron tener un temperamento «condenadamente excéntrico». Alguien, por ejemplo, tomó el revólver, y, humorísticamente, lo escondió en la calavera de Yorick.

Appleby se volvió hacia él:

—¿Cómo sabe usted eso?

Nave pareció un poco sorprendido.

—El duque me lo dijo, mi querido señor —y dirigiéndose de nuevo a Biddle—: Me refiero a la calavera que usted trajo, doctor Biddle. Y luego, otra persona cualquiera se sintió invadida por el espíritu de la noche y apuñaló al infortunado hindú —su mirada se desplazó suavemente del asombrado doctor Biddle al detective—. El doctor Biddle y yo estábamos tan absortos en nuestra conversación científica, que me olvidé de contárselo. Alguien hundió una daga en el corazón de Mr. Bose. Y he llegado a la conclusión, como simple estudioso que soy del cerebro, de que el resultado ha sido la muerte.

Biddle, al parecer impresionado por la noticia, y hostigado nuevamente por la ironía de Nave, volvió a estallar contra la policía.

—Si ha ocurrido otra muerte, debieron llamarme en seguida. Hablaré con el jefe. Deseo saber si me retendrán aquí toda la noche. Me han avisado que se me ha preparado un dormitorio. ¡No quiero un dormitorio! ¡Quiero irme a casa! En resumen, pido que se me deje salir de aquí. Tengo que atender a mi clientela. ¡Ni siquiera sé qué llamadas urgentes habré tenido!

«El primer estallido», pensó Gott, y continuó en voz alta:

—¿No sería mejor que se quedara? De esa manera podrá usted certificar las muertes a medida que ocurran.

Biddle se sobresaltó.

—¿Las muertes?

—Hay una persona desconocida, sin miramientos por la vida humana, y, a lo que parece, espantosamente temeraria, suelta en esta casa. No sé lo que puede ocurrir, pero me consta que en esta situación es..., bueno, es *altamente indecoroso* molestar a la policía. Desgraciadamente, a esta altura de la noche estamos todos cansados y excitados.

—Mr. Gott tiene razón —intervino Nave—. Hemos estado un poco vivos de genio, doctor Biddle. Discúlpeme.

Appleby aprovechó esta favorable coyuntura.

—Temo, doctor Biddle, que será necesario retenerlos a todos algún tiempo. Lo siento mucho. Cualquier mensaje urgente será recibido por teléfono, y se le comunicará en seguida, y si usted quisiera enviar también alguno, puede hacerlo por intermedio de la policía.

No era una concesión muy generosa, pero era lo más que Appleby podía hacer. Biddle pareció inclinarse a una actitud más cordial, pero reiteró su certidumbre de que se trataba de un suicidio. Era extraño que Auldearn hubiera elegido para pegarse un tiro el momento culminante de la representación de Scamnum. Pero los enfermos hacen cosas raras. Por lo demás, un asesinato es algo sensacional y espantoso. Y lo espantoso y lo sensacional están proscritos de Scamnum. En cuanto a la muerte violenta de Mr. Bose, Biddle no estaba por lo visto dispuesto a creer en ella sin el testimonio directo de sus propios sentidos. Y para proporcionarle ese testimonio y

para que redactara un adecuado informe oficial, fue despachado, por fin, bajo la guía de Nave, ahora cortés y condescendentemente divertido.

Appleby se dirigió al escenario posterior, ligeramente perplejo.

—Supongo —dijo— que los teóricos de *Harley Street* y los médicos prácticos de Sussex son algo así como perros y gatos. Pero parece haber sido un altercado innecesario.

»Sospecho que Nave ha olvidado una buena parte de la ciencia médica que no tiene relación con la psiquiatría, con la que hace su fortuna. Y si se ha mostrado al mismo tiempo arrogante y confundido, eso puede haber enfurecido a Biddle. A propósito, ¿qué papel hacía Biddle en la pieza?

—Pidió intervenir a última hora. Le dimos un papel de caballero de la corte.

—Parece, en efecto, una figura secundaria, aunque quizá no muy capaz de paciencia cortesana y autodominio. Y ahora, Giles, ocupémonos del trabajo policial científico.

Pero temo que lo encontrará desprovisto de emoción novelesca.

El escenario posterior presentaba, por cierto, un aspecto muy convencional. Un joven apático que permanecía en un rincón entre los despojos de esas ampollas de vidrio llenas de brillantes láminas de plata usadas por los fotógrafos de la prensa, las disponía, con aire aburrido, para dos personas provistas de grandes cámaras que rezongaban y protestaban. Mirando hacia arriba, Gott descubrió una tercera cámara que emergía por la trampilla del escenario superior, y la cabeza de una tercera persona que protestaba y murmuraba manipulándola. Un hombrecillo austero, calvo y con gafas, muy parecido a uno de esos hombres de ciencia que disertaban sobre el jabón de afeitar en los anuncios de Diana Sandys, trabajaba laboriosa e impasiblemente alrededor del cadáver con un aspirador de polvo. En el fondo, otro «hombre de ciencia» gemelo, esparcía con un aparato una especie de polvo sobre el reclinatorio. A un lado estaba el sargento Trumpet con dos agentes locales, impresionados y respetuosos, pero virtualmente antagónicos. Era una escena de mucho colorido. Gott se pasó agitadamente la mano por el cabello y señaló con el meñique al hombre que trabajaba con el aspirador.

—John, ¿es ése el doctor Thorndyke?

—Puede ser —contestó Appleby.

El doctor Thorndyke paró la máquina y se dirigió a Gott con una confusa mezcla de camaradería americana y acento londinense.

—Una vez, una mujer pensó que su marido estaba un poco sucio de polvo. Lo tendió sobre el felpudo como está tendido éste —el doctor Thorndyke apuntó al cadáver con un pulgar inocente de toda irreverencia— y le aplicó el aspirador muy lindamente. Con lo cual le revolvió toda la sangre y tuvo que llevarlo al hospital. Casi lo mandó al otro mundo. Así es, señor.

Probablemente, ésta era la anécdota profesional favorita del doctor Thorndyke y resultaba claro que todos sus colegas la habían oído antes.

—Verá usted —explicó Appleby, como si pidiera disculpas—, todos ellos van a estudiar estas cosas a Nueva York.

Pero Gott se había vuelto ya hacia el hombre que espolvoreaba el reclinatorio.

—Supongo —dijo— que esta máquina es... lo que podría llamarse un insuflador.

Appleby miró a su amigo con ironía contenida.

—Todo esto parece un poco macabro, ¿no? La literatura de Gott hecha realidad, por decirlo así.

—Es como meterse en el mundo del espejo —contestó Gott de mala gana. Nunca hasta entonces había visto a Appleby en medio del instrumental de su profesión.

Appleby elevó la voz:

—¿Terminan?

Hubo murmullos afirmativos. El joven del magnesio hizo una reverencia y se marchó. El reclinatorio fue llevado a otra parte para ser fotografiado. La legión criminológica se dispersó.

—¿Y es útil todo esto? —preguntó Gott.

—Su *insuflador* por lo menos lo es. Las impresiones digitales todavía sirven para cazar asesinos. Y un perito balístico también es útil, así como unas buenas fotografías pueden retener la atención de un jurado cuando empieza a cansarse. Todo lo demás son pamplinas, en mayor o menor grado. Pero tengo que pensar en el barullo que va a armarse si este asunto dura mucho. Debates en el Parlamento... ¿Se intentó esto o aquello? ¿Conoce el ministro del Interior los adelantados métodos de la policía de Kamchatka? Ya en una oportunidad me pescaron por saltarme estas formalidades. Bueno, ahora voy a decirles una palabra y después podemos dar una vuelta.

Cuando Appleby volvió, llevaba la pesada cruz de hierro que la duquesa había conseguido en Hutton Beechings junto con el reclinatorio.

—La encontraron en el suelo —dijo—. ¿Formaba parte de la escenografía en el escenario, posterior?

—Sí. Estaba sobre el pequeño anaquel del reclinatorio —confirmó Gott.

—Entonces probablemente sugiere una breve lucha. O quizá fue derribada por el asesino al escapar. Ellos creían que Auldearn pudo haberla cogido para defenderse. Pero no presenta huellas digitales.

Appleby hizo una pausa para considerar las dimensiones del escenario posterior.

—Están de acuerdo conmigo acerca del disparo. Fue hecho desde muy cerca, pero no lo bastante para pensar en un suicidio. No hay nada que sostenga la teoría de Biddle. La distancia es menor que la que separa los cortinajes del fondo, y probablemente igual a la que hay hasta la puerta de la trampa.

Ambos miraron hacia esa puerta, que había quedado abierta.

—El lugar, entonces, desde el cual un venerable miembro de la Academia Real podría haber cometido el primero de los dos estúpidos y salvajes crímenes —concluyó Gott—. ¿Nos vamos?

Salieron por detrás del escenario y subieron a la escena superior. El caballete y la

tela de Cope estaban todavía en su rincón, y en el suelo su paleta y una caja de madera con doce grandes tubos de pintura.

Appleby se colocó detrás del caballete y miró hacia la sala, por encima del cadáver.

—¿La iluminación era esta misma? Porque si es así, indudablemente podía haber sido visto desde la sala.

—Sí, era exactamente la misma. Una media luz que envolvía las fortalezas del palacio en la noche. La verdadera escena superior de la época isabelina debe de haber sido, según creo, bastante sombría. Pero, aun así, podía ser visto, como usted dice. Se empeñó en pintar desde aquí, y yo creí que su presencia, apenas perceptible en la penumbra, no estropearía el espectáculo.

—Entonces el problema sería saber si ha podido llegar hasta esa puerta, que queda en el centro, sin ser visto. Llamaré a ese muchacho que está en el fondo de la sala. Allí es desde donde hubieran podido observarlo. Póngase detrás del caballete, Giles, muévase un poco, y diríjase hacia la trampilla tan disimuladamente como pueda.

Appleby se dirigió a la barandilla de la escena superior y llamó a un policía apostado en el extremo opuesto de la sala.

—Mire hacia acá, ¿quiere?, y dígame lo que vea en los próximos dos minutos.

El policía miró boquiabierto, pero con ojos penetrantes. Gott seguía detrás del caballete. Después se movió hacia la derecha y hacia la izquierda, una o dos veces. Se agachó a un lado. Se puso de rodillas sigilosamente y luego se tendió de boca sobre el piso y se arrastró hacia la trampa. Cuando llegó a ella se detuvo un momento, se volvió, regresó como había llegado e inmediatamente reapareció moviéndose a derecha e izquierda del caballete, como si estudiara la composición que tenía delante.

—¿Qué tal? —preguntó Appleby.

El policía atravesó la sala y trepó al proscenio.

—He visto a este caballero moviéndose detrás del cuadro —dijo—. Después ha desaparecido un momento, y luego se mostró de nuevo, moviéndose como antes.

—¿Qué quiere usted decir con que «ha desaparecido un momento»?

—Bien, señor, el caso es que pudo quedarse de pie al lado del cuadro. Es difícil decir lo que hacía en ese lugar tan oscuro.

Appleby asintió:

—Bueno. Está bien. Es perfectamente posible. Ahora, hábleme de Cope.

Gott vaciló.

—Está imbécil o algo por el estilo. Con lo cual no pretendo sugerir que haya perpetrado un crimen imbécil. Lo que pasa es, simplemente, que la vejez ha llegado y la inteligencia se ha ido. Y hasta cierto punto uno se inclinaría a pensar que podría cometer cualquier locura. No se puede ser un formidable artista sin una gran dosis de energía interior; y cuando la inteligencia y el dominio de uno mismo empiezan a quebrantarse, es posible que esa energía se proyecte en una dirección descabellada.

Appleby parecía desalentado.

—¡Esa tendencia actual a poner tanta psicología en sus novelas, Giles!... Suenan bien... Pero no tengo noticia de muchos artistas formidables que se hayan hecho acreedores al chaleco de fuerza por medio del homicidio múltiple.

—No, pero hay noticias de una gran cantidad de suicidas entre ellos —prosiguió argumentando Gott brillantemente—. Y no hay mucha distancia entre esos dos mecanismos. Sea como fuere, es el factor Bose el que parece de importancia vital.

—Así es. Cope pudo haber hecho el disparo contra lord Auldearn, cuando éste se inclinaba, desde aquí y no desde más cerca. Pero ¿podría Bose haberlo advertido? Haga de nuevo esa reconstrucción cuando yo le diga «ya», Giles.

Appleby descendió de la escena superior y ocupó el lugar de Bose en el banquito del apuntador, entre los pliegues de las dos espesas cortinas. Aplicó el ojo al agujero que dominaba la escena posterior y gritó «ya». Y en el lapso de pocos segundos, ocurrió algo significativo: notó un leve sonido como de roce, que llegaba de arriba. Era Gott que se deslizaba cautelosamente sobre las tablas. Hasta ahí todo iba bien. Bose, que como apuntador debía tener la atención concentrada en todos los sonidos, pudo mirar hacia allí al oírlo, a través del agujero. De manera que Appleby miró también en esa dirección. Y en seguida vio que algo se movía en la sombra: era la puerta de la trampa, al correrse. Al momento advirtió con toda precisión una mano que apuntaba: era la de Gott, con un dedo extendido, en ademán de disparar un arma. Por consiguiente, Bose pudo haberlo visto todo. Y, lo que era más importante, porque explicaba su presunta repugnancia a declarar, pudo haber sospechado, sin estar positivamente seguro. Si vio aparecer un revólver por el hueco de la trampa, debió tener la certeza casi absoluta de que ese revólver estaba en manos de Cope. Pero ¿cómo pudo haber sabido Cope que Bose lo sabía?

—¿Cómo? —dijo Gott, que bajaba en ese momento—. ¿Cómo pudo Cope haber sabido que Bose lo sabía, suponiendo, por supuesto, que las cosas hayan pasado así?

—Exactamente. Pero la respuesta es bastante simple si quiere usted hacer psicología. Una simple mirada que se cruzara entre los dos después del hecho pudo haberle informado.

—Sí, una mirada puede, sin duda, decirlo todo. Pero la teoría Cope, no lo olvide usted, es un paso más hacia la eliminación de la teoría de espionaje. No conozco los movimientos subsiguientes de Cope: si tuvo acceso al cadáver de Auldearn y todo lo demás. Pero si uno mata para robar, difícilmente dispararía desde otro piso.

—Tal vez el robo es otro asunto escasamente vinculado con el disparo. Y aunque la teoría de Cope es seductora, es del robo de lo que debo ocuparme en este momento. A ese respecto lo fundamental es sellar esto herméticamente.

Y Appleby puso manos a la obra.

La estructura de la sala, el piso, las puertas, las ventanas; la posibilidad de deslizarse algo por una ventana o por un respiradero; la posibilidad de arrojar algo desde la oscuridad de los pilares al más lejano extremo del salón, todo fue

considerado. Era evidente, para empezar, que nadie pudo escaparse. Sólo había dos salidas: la que quedaba detrás de la sala de actores había estado, de hecho, bajo la observación de Gott, Noel, Elizabeth y Stella Terborg en el momento en que se oyó el disparo. Gott se había quedado después guardándola, hasta que llegó el duque, la cerró con llave y lo mandó a vigilar la otra, que quedaba a espaldas del público. En cuanto a esta segunda puerta, un bombero que había estado de guardia en ella podía jurar que por allí no había entrado ni salido nadie. Por otra parte, hasta que el duque despidió al público, nadie había dejado la sala, excepto Gott y Gervase Crispin cuando fueron al dormitorio de Auldearn.

—Casi podría apostarse ciento contra uno —comentó Appleby, que parecía muy agitado— a que es como usted dice. O ese Hilfers se ha equivocado simplemente, o había aquí en realidad alguien que andaba detrás de ese documento. Y un espía mezclado entre el público, sacó conclusiones precipitadas al ver lo que ocurrió y mandó a sus cómplices un mensaje excesivamente confiado... Sin embargo...

—Pero cualquier *peligro* ha desaparecido ya, seguramente. El documento está en su bolsillo. Se ha demostrado que Bose era la persona menos parecida a un espía que pueda darse, y por consiguiente no tiene la menor importancia que poseyera una memoria idéntica a una placa fotográfica...

—Retrocedamos, entonces, a uno de los puntos iniciales —prosiguió Appleby—: el instinto del sargento Trumpet era certero.

Gott frunció el entrecejo.

—Al pegarse a uno de los que salieron de la sala... ¡John!, ¿sospecha usted de mí?

—No, pero hubo otros...

Se detuvo ante la expresión consternada que apareció en el rostro de Gott, y viró en redondo para enfrentarse con la figura del duque, que se acercaba.

El duque, tan impasible antes en la contemplación del crimen, parecía ahora entre ofuscado y absorto. Se dirigió a Appleby directamente y habló como en trance:

—Mr. Appleby, acabo de estar en la habitación de mi primo Gervase Crispin. He entrado sin hacer ruido por el cuarto de vestir y él no se ha dado cuenta. He venido a buscarle en seguida. No se ha dado cuenta porque estaba ante su escritorio manipulando un... instrumento.

Por un minuto sintió que las rodillas se le doblaban.

—Era una pequeña cámara —dijo por fin.

Sólo podían detenerse a formular una pregunta, y la respuesta no admitía réplica: la inspección y custodia del aposento de lord Auldearn había sido sugestión de Gervase. Al saberlo, Appleby se precipitó a dar órdenes en la parte de atrás del escenario. Medio minuto después, él y Gott corrían escaleras arriba. Ninguno de los dos dijo una palabra, pero Appleby advirtió que Gott estaba casi tan trastornado como el duque.

En una noche que había incluido dos asesinatos y la perspectiva de una calamidad nacional, no había ocurrido nada tan simplemente siniestro como esto último. Que un enigmático hindú tuviera una memoria semejante a una placa fotográfica y la empleara en el mal, era una cosa; que Gervase Crispin, con el mismo objeto, empleara una máquina fotográfica moderna, era otra cosa muy distinta. Perteneían a zonas de sombra diferentes. Y para la vivaz imaginación de Appleby, las sombrías imágenes de Scamnum, que desfilaban una vez más ante su vista, estaban impregnadas de una extraña inquietud, como si los cimientos del edificio hubieran sido echados sobre una mina subterránea próxima a estallar.

Pero Gott, mientras trepaba apresuradamente la enorme escalera, escuchaba de nuevo la campana frenética que había resonado allí mismo sólo veinticuatro horas antes y la voz que sucedió a su tañido:

“...Será cometida aquí
una acción horrible”.

Las palabras eran de *Macbeth*. Y el hecho con que amenazaban, una traición.

—Es mejor llamar —dijo Appleby, deteniéndose tranquilamente ante la puerta de Gervase.

Llamó, pero no hubo respuesta. Dio la vuelta al picaporte y entró. Tinieblas. Encendió la luz. No había señales de Gervase Crispin en el dormitorio; el cuarto de vestir y el baño estaban también desiertos. Sin perder un instante y de una manera perfectamente metódica, empezó a registrar la habitación.

—Tal vez el duque se ha vuelto chiflado —dijo; pero su registro fue implacable, y la observación, quizá sólo a medias humorística, parecía una excusa, y sonó áspera y destemplada; luego expuso el caso sencillamente—: Gervase Crispin asesina a Auldearn, consigue el documento, sugiere un registro de la habitación de Auldearn, le deja a usted allí y se dirige a toda prisa a la suya. Toma la fotografía, tal vez entrega la película a un cómplice, y luego vuelve a la sala y se las arregla para poner el documento en el rollo. Todo parece coincidir.

Gott analizó la hipótesis rápidamente:

—No lo creo. Si tenía un cómplice que esperaba en alguna parte aquí arriba, le hubiera entregado seguramente la película con máquina y todo. Le urgía ganar tiempo. No tenía razón alguna para andar después a vueltas con la máquina, cuando Scamnum hormigueara de policías. Y si no tenía un cómplice para sacar el objeto del edificio, estaba corriendo un riesgo espantoso. Si al registro de la sala hubiera sucedido un registro de su habitación, y no faltaban posibilidades en ese sentido puesto que había salido de la sala, le habrían atrapado con toda facilidad.

—Un registro era más que posible, Giles, y... ¡Dios me asista!, casi lo olvidaba. En cuanto a riesgos horribles, bastantes se han corrido en Scamnum esta noche. Piense en el hecho de arrastrar el cuerpo de Bose frente a las puertas de todos estos dormitorios. Pero hábleme directamente de Gervase mientras acabo este saqueo.

Luego, si no vuelve, le buscaremos.

—Si hay algo de cierto en todo esto, cuando hablé de pesadillas me adelanté a los hechos. Gervase es un Crispin. De hecho, es el Crispin por excelencia. Y los Crispin están en el corazón de Inglaterra. Es fantástico.

Repentinamente, y mientras continuaba la búsqueda como un autómatas, Appleby habló con pasión contenida:

—York es quizá el corazón de Inglaterra, y Stratford y Preston. ¡Pero Scamnum! ... ¿No dijo usted mismo que era una especie de escaparate, y que el duque con sus peces y sus cerdos no eran sino material de escaparate? ¿Qué es el auténtico Crispin, por ejemplo? Hemos estado hablando de robo. ¿No es eso lo que él personifica? ¡La honorable historia del robo! Los primeros cien años, robo en Inglaterra y Holanda; el segundo siglo, en Europa, la India y Levante; el tercero, ¡robo alrededor del mundo! Es evidente que Gervase conoce bien su juego y sobresale en él. Por eso esta falla parece increíble. Pero el corazón de Inglaterra es una denominación sentimental. Gervase significa dinero: la raíz y el corazón del dinero. Y de acuerdo con todo lo que sé, su hogar y su fe pueden estar en cualquier parte donde el dinero produzca ocasionalmente intereses mayores y más rápidos. No tengo razones para confiar más en él que en cualquiera de los labradores de sus campos. Quizás tenga menos.

—No sabía que era usted jacobino, John.

—No lo soy. Creo ser violentamente reaccionario. En los tiempos en que se estaba escribiendo *Hamlet*, los Crispin eran todavía los Crippen y vivían de un oficio que los hombres honestos no practican. Pero nada de esto tiene importancia. De todos modos, mi idea es la siguiente: no sé casi nada sobre ese documento que está ahora en mi bolsillo, y no sabría mucho más si me sentara a estudiarlo directamente. Se refiere a una organización industrial internacional, según he podido colegir, mucho más parecida tal vez a un simple robo que a algo de la Unión Jack. Sólo se me hicieron vagas alusiones a este o aquel país y se me habló de que había rumores de conflicto subterráneo. Pero sé que cuando uno tiene que habérselas con un asunto así, se ve obligado a trabajar casi a oscuras. De acuerdo con los datos que tengo, podría tratarse de una revuelta que va a estropear los negocios de Gervase en Alemania o en África del Sur. Y no me podrá negar que el duque, que se mostró bastante agudo para comprender la significación de una cámara fotográfica, estaba bastante impresionado también cuando nos contó, casi con heroísmo, toda la historia. Tal vez sepa que el documento está vinculado de cierta manera con los intereses de los Crispin, y eso puede haber sido la causa de su repentina y desmedida excitación. Creo que hasta me insinuaron que no confiara..., bueno, en nadie de la familia.

Appleby estaba pensando en la advertencia del primer ministro de desconfiar hasta del arzobispo de Canterbury.

—Pero ¿no podía Gervase estar enterado del asunto del documento de alguna manera?

—No es probable. No forma parte del gabinete. Pero hábleme de él, de su persona

privada quiero decir, mientras registro este colchón de sibarita.

Gott reflexionaba sombríamente:

—Gervase tiene el instinto teatral de toda la familia —dijo—. En la representación eligió los papeles de Osric y del Sepulturero Segundo, y esta elección representa, más o menos, lo que la señorita Terborg llamaría su «persona»: algo intermedio entre la fantasía y la bufonada. Sus bromas carecen deliberadamente de sentido. ¿Conoce usted esa clase de persona? Pero uno advierte constantemente que es un competente hombre de negocios y todo lo demás. Es posible darse cuenta de esto desde el primer encuentro y sin saber nada de él. En cuanto a lo demás, la rusa es su amante...

—Otra vez el corazón de Inglaterra. Continúe...

Gott sonrió.

—Por cierto que añade un toque definido al cuadro del villano cosmopolita. Es un asunto reciente y, según creo, bastante honorable, o, de lo contrario, ella no estaría aquí. La duquesa se muestra irónica, pero en realidad lo aprueba. Entiendo que ella tiene a su marido en el manicomio, y por eso no pueden casarse.

—Tal vez tenga que mandar a su amante a otro. Dígame algo más sobre ellos, si puede.

—Hay algo singular en sus relaciones. Nave hablaba de eso el otro día. Tiene olfato para las psicopatías, aunque haría mejor en guardarlo para su consultorio. A pesar de que yo conocía la historia, no quise discutirla con él. Entiendo que el hecho es que Gervase no mantiene en ningún sentido a la Merkalova. Ella es una criatura independiente que consigue sus medios de vida del periodismo elegante.

Por temperamento es también una mujer virginal, de modo que éste es uno de esos asuntos sentimentales que permanecen durante mucho tiempo en términos platónicos. Tal vez eso es lo que intrigaba a Nave.

Por un momento Appleby pareció perplejo.

—Es bastante probable —se detuvo como si se hallara ante una idea brumosa—. Pero resulta interesante en Nave. Después de todo es un observador profesional. ¿Qué era exactamente lo que pensaba de ellos?

Gott vaciló:

—Su idea parece haber sido que tenían más aspecto de colegas que de amantes. Pero...

—Pero usted piensa, atiborrado también de prejuicios reaccionarios, que Nave se habría sentido perplejo ante cualquier cosa distinta de las relaciones más plebeyas. Tal vez tenga razón. Y aquí está, seguramente, el amigo Gervase que vuelve.

Appleby golpeó el colchón y miró serenamente la habitación saqueada.

—Temo que, como el viajero de Wilkie Collins, va a encontrar una «cama terriblemente extraña».

Se oyeron pasos en el corredor. Luego cesaron y llegó un indeciso, casi distraído golpeteo en la puerta. Appleby arrugó la nariz, contrariado. En seguida se abrió la

puerta y dio paso a Max Cope.

—Busco a Gervase —dijo plácidamente y con un leve acento del norte que siempre se había complacido en cultivar—. Es a Gervase a quien busco. ¿Le ha visto usted, Gott? ¿Está por aquí?

Entró en la pieza y se detuvo a contemplar el revoltijo de sábanas y mantas arrugadas que se levantaban en el centro de la habitación.

—¡Qué bonito, qué precioso! —dijo, y se sentó moviendo su encantadora y alborotada barba blanca.

Por un momento pareció como si esta interrupción y esta nueva muestra de Scamnum fuera más de lo que Appleby podía soportar. Luego habló bruscamente:

—Me alegro de que le guste; sin duda es la iluminación la que produce ese efecto. ¿Sabe usted que Mr. Bose ha muerto?

Cope pareció terriblemente impresionado.

—¿Bose?, ¿ese hombrecito polvoriento que se movía con tanta gracia? ¡Dios mío! ¡Qué cosa horriblemente repentina!

—Bose ha sido asesinado también.

—Peor que peor —dijo Max Cope, y repitió—: Peor que peor. Eso es mucho más espantoso. Uno se pregunta si una mujer podría... Podría una mujer, se pregunta uno... —hizo una pausa, dudando, y miró a Appleby con toda seriedad—: Vea usted, antes de decir nada a la policía creo que debo consultar con Gervase. Debo consultar a Gervase, creo, antes de hablar con la policía. ¿No le parece a usted, señor...?

—Appleby —contestó éste.

—Señor Appleby —terminó Cope.

—Appleby, eso es —sus ojos se volvieron hacia Gott y se iluminaron; hizo con el dedo un ademán sagaz—: La «vendedora de ostras», ¿sabe? La conservé en la memoria... y allí estaba la vendedora de ostras.

Miró de soslayo, pero de cierta manera agradable, porque la elegancia era todavía, anacrónicamente, una extraña característica en todos los gestos de Max Cope, y luego rió con una risa estúpida. De pronto, se detuvo y fijó en Appleby una mirada de asombro.

—¿Este registro lo ha dispuesto usted?... El registro... ¿Ha sido usted quien...?

—Sí —contestó Appleby.

—Ya veo —Cope se volvió a Gott—. Gott, este hombre es un policía. Y el pequeño Bose está muerto... ¿Dónde está Gervase?

—Se ha perdido, pero esperamos que no muy lejos.

Gott se sentía tan perplejo ante Cope como Nave ante sus problemáticos amantes. Se preguntaba si esta conversación extravagante provocaba en Appleby la cólera irracional que provocaba en él mismo. Sin embargo, prosiguió cortésmente.

—¿Le necesitaba usted mucho?

—Parecía la persona adecuada. Gervase parecía adecuado. Hay que ser muy prudente en esta época. Quiero decir que uno puede tener una sospecha, y después ve

a alguien que escribe sobre el asunto. La simple sospecha puede arruinar a la muchacha. La muchacha puede quedar arruinada...

—¿Qué muchacha? —preguntó Gott con severidad.

Cope lo miró extrañado:

—Diana Sandys, por supuesto. Gervase parecía...

Appleby hizo un gran esfuerzo para dominar el interrogatorio.

—¿Diana Sandys, una de las actrices? Mr. Cope, dígame, por favor, qué pasa con Diana Sandys. ¿Qué sabe usted de ella?

Por un momento Cope pareció asustado por la concentrada intención de la pregunta. Asustado, o quizá simplemente perdido o confundido.

—¿Diana Sandys? ¡Oh! Le falta hueso, ¿no le parece? No tiene estructura ósea interesante. Es pequeña y sugestiva. Expresa determinación o algo por el estilo. Un pliegue al lado de la boca.

Y cuando Appleby estaba a punto de darse por vencido, Cope pareció volver súbitamente a la cordura.

—Esa muchacha ha quemado algo —dijo con toda sencillez.

En el breve silencio que sucedió a estas palabras, Appleby advirtió que ese anciano delirante le había estado mirando intensamente mientras hacía su declaración. Y como para evitar una inspección semejante, Cope cruzó la pieza y se sentó en la sombra, frente al saqueado escritorio de Gervase.

—Ha quemado algo —repitió con una especie de amable y estúpida malicia—. La niña ha quemado algo... y me pregunto: ¿Qué es lo que ha quemado la niña?

«¿Cuántas de las personas agradables reunidas en Scamnum iban a dejar de mostrarse agradables?», pensó Gott. Doce horas antes, Max Cope parecía algo loco y perfectamente divertido; ahora seguía pareciendo algo loco y un poco maligno. Quizá la malignidad no estaba en Cope; quizá era un veneno que había en el aire, una atmósfera descompuesta que poblaría pronto de víboras esas soberbias habitaciones; un elemento destructor que iba a aniquilar toda confianza humana normal... y conseguiría que personas decentes se miraran entre sí con recelo y con miedo. Ya asomaba a sus labios una exclamación de impaciencia, cuando fue detenido por Appleby con su frase favorita:

—Hábleme de eso, ¿quiere?

Y machacona, incoherentemente, Cope contó su historia. Mientras los actores estaban esperando en el salón, poco antes de la llegada de Appleby, una de las mellizas Terborg —no podía recordar cuál, a pesar de que no eran tan idénticas como la gente sostenía—, una de las mellizas, pues, había observado que seguramente se llevaría a cabo un riguroso registro policial. A lo cual Diana Sandys había dicho: «Sencillamente me muero por un cigarrillo», y como nadie estaba fumando, se había dirigido a uno de los camarines a buscar su pitillera. Cope la había seguido, dijo, sólo porque le pareció demasiado amable la atención de pensar en el humo. Pero al asomar la cabeza por una abertura de la cortina la había visto aplicando un fósforo, no a un

cigarrillo, sino a varias hojitas de papel. Y ante esa revelación Cope pensó, por lo visto, que *miss Sandys* era la «vendedora de ostras», la persona responsable del «¡Hamlet, venganza!» y de los otros mensajes. Al plantearse la posibilidad de un registro policial, se apresuraba —suponía Cope— a deshacerse de una pequeña reserva de mensajes análogos. Si esto tenía algo que ver con la muerte de Auldearn, él no lo sabía. Pero tales eran los hechos.

—¿Pensó usted que eran los mensajes? —preguntó Appleby; y continuó como casualmente—: ¿No se le ocurrió que podía estar quemando notas sacadas del documento?

Appleby sintió la mirada de Cope fija de nuevo en él. Pero su voz salió de la oscuridad con un tono de absoluto desconcierto:

—¿Documento, señor?...

Appleby suspiró:

—¿Y pensó usted que debía conversar con Mr. Gervase Crispin sobre el caso? ¿No tenía usted, por casualidad, una cita con él?

—¿Una cita con Gervase? No, ¡caramba! Pensé que sería prudente hablar con él. Si la pobre muchacha había estado haciendo ese juegucito... Y luego si eso hubiera ocurrido...

Cope, todavía sentado ante el escritorio, dejó que su voz se perdiera, primero en la indecisión y después en el silencio.

—Ya veo. Pero parece que Mr. Crispin no vuelve. Creo, Mr. Cope, que no debe preocuparse más y que podría ir a su habitación a dormir un poco. Podrá usted consultarle por la mañana.

Y sacó al viejo pintor de la habitación como a un niño cansado. Pero al volver exclamó:

—No sé qué pensar... —dio una vuelta por la pieza—. ¿Una nueva pista? ¿Un ardid? ¿Una maniobra oscura de alguna clase? Giles, ¿está el viejo pícaro tan chocho como aparenta?

—Creo que está completamente chocho, lo cual no le impediría una maniobra. Pero ¿qué? ¿Ha estado diciendo mentiras acerca de esa muchacha?

—¿Qué tenía que hacer con Gervase? Sabrá usted que mientras divagaba creo que me estaba mirando con rara insistencia.

Gott empezó:

—Casi imaginaría...

Cruzó hasta el escritorio y volvió blandiendo una hoja de papel.

—Una costumbre de Cope —comentó—, que explica su mirada observadora. Y puede valer unas treinta guineas; así que consérvelo.

Appleby miró, mudo de asombro, el vigoroso esbozo a lápiz de John Appleby. Leyó la dedicatoria:

«Con los mejores deseos de una buena caza, M. C.»

Appleby lanzó un juramento por segunda vez en su vida, según todo lo que Gott

sabía de él.

—Entre todas las noches...

Gott se acercó a la ventana y descorrió la cortina.

—Va a amanecer —anunció—. La aurora. ¡Oh Dios! ¡La aurora! Llega demasiado temprano.



7

APPLEBY RECIBIÓ una inspiración con el alba.

—Ya me imagino dónde está Gervase —dijo—. Con la dama.

—Quizá. Pero como le decía...

—De acuerdo. Es probable que no sean sino amigos, pero, en cualquier caso, debemos tratar de encontrarlo. Sigue siendo el centro del asunto, a pesar de esa historia de Cope. La cuestión es quién irá a buscarle...

Gott reflexionó.

—Podría usar el teléfono: «¿La señora Merkalova? ¿Puedo hablar con Mr. Gervase Crispin?», pero parece una falta de delicadeza. La persona indicada sería el duque, pero creo que el duque debe estar evitando todo contacto con Gervase en este momento. Al fin y al cabo ha sugerido prácticamente que debería estar en la cárcel. Una persona también indicada sería el otro miembro de la familia: Noel. Hay que salvaguardar las convenciones aun en una pesadilla.

—Entonces —rogó Appleby—, ¿quiere usted ir a buscarle una vez más? Hace tiempo que deben haberle relevado en su velatorio.

Gott volvió con Noel, cuyos ojos soñolientos se abrieron de estupefacción cuando observó la devastada habitación de Gervase.

—¡Caramba! —dijo—. ¿Es que este asunto no admite tregua, Mr. Appleby? ¿Es una especie de Maratón policíaco? ¿Tendremos que alimentarlo por un tubo mientras corre?

Era un muchacho encantador, alto, delgado, obstinadamente sonrosado y blanco, y ahora envuelto en una hermosa bata de seda negra. Un asesinato parecía hacerle aproximadamente el mismo efecto que una tableta de aspirina: una acción ligeramente depresiva que duraba alrededor de una hora.

—Hay algo un poco difícil que deseo encargarle —dijo Appleby—. Que traiga aquí a Mr. Gervase Crispin en seguida.

—Perfectamente, y supongo que no será para verlo acostarse. ¿Sospecha usted del viejo Gervase con respecto al disparo y la puñalada?

—Él mismo se ha hecho sospechoso —dijo Appleby bruscamente— de entrometerse con un documento de Estado.

—¡Mi buen señor! —la exclamación de Noel fue tan inmediata como un acto reflejo.

—Y la persona que sospechó de él fue el duque.

Las cejas de Noel se alzaron.

—Giles, ¿no será que Mr. Appleby está... sintiendo la tensión?

—No.

Noel se sentó sobre la cama.

—Amigos —dijo secamente—, pueden ustedes darme instrucciones.

Appleby meditó unos instantes.

—Pensamos que Mr. Crispin puede estar conversando con la señorita Merkalova. Yaya a su habitación...

—¡Oh Dios!

—Vaya a su habitación, llame y pregunte por él. Si revela su presencia, o si no lo hace, de todos modos diga esto... —Appleby se detuvo, tratando de evocar el estilo verbal de Noel—. Diga: *Gervase, ¿quiere usted venir a entenderse con ese policía? Ha puesto su habitación patas arriba y ahora quiere acusarlo de haber robado el tratado secreto con Ruritania. Y...*

Suavemente, Gott insinuó una protesta:

—¿No es un poco peligroso revelar...?

—Y asegúrese —prosiguió Appleby— de que la mujer oiga cada palabra. Después vuelva. Un miembro de la familia no estará de más. Y ahora apresúrese. La noche ha terminado y todavía no dominamos este asunto.

Noel partió. Appleby husmeaba aún en la habitación. Gott se sentó ante la espaciosa chimenea de Gervase y miró pensativo el hollín que había sido el único resultado de las exploraciones de Appleby en ese lugar. Su mirada interna se mantenía fija en el escenario posterior, y lo veía de nuevo con su equipo de policías de novela, fotografiando y extrayendo el polvo alrededor del cadáver de un lord canciller de Inglaterra. Eran un símbolo del hecho evidente: un disparo todavía terriblemente misterioso había precipitado a Scamnum en un mundo tan fantástico como podía serlo cualquiera de los mundos del drama isabelino. Volvió a recordar la alfombra ensangrentada en el dormitorio de Elizabeth, y comprendió que eso había significado menos un símbolo que una amenaza; un oscuro peligro emboscado no se sabía dónde. Y con una sensación remota, pero convincente, se descubrió frente a una posibilidad de reacción a la experiencia que nunca había imaginado conocer: la reacción de pánico.

—John —dijo—, creo que voy a conocer el pánico.

—Quiere usted decir que siente ansiedad por *lady* Elizabeth. Espero que dentro de un rato tendremos demasiado trabajo para afrontar peligros inverosímiles.

Tal vez no era un discurso muy comprensivo, acaso porque había sido dicho

distraídamente. La mente de Appleby estaba también fija en el escenario posterior, un escenario posterior que se confundía de una manera desconcertante con aquel otro, mucho más amplio, sobre el que había presenciado la oscura lucha de los destinos de Massine. Una extraña superposición cinematográfica de *Hamlet* y *Les Présages*... Rechazó esa idea como la confusión de un cerebro que empieza a cansarse.

Noel volvió en aquel momento.

—Aquí estoy —dijo—. No se ha sobresaltado como el culpable ante terribles llamadas. No se ha sobresaltado.

Se detuvo a saborear el vulgarismo y agregó:

—Si me lo preguntaran, diría que está fastidiado.

Y Noel se sentó sobre la cama como un ansioso *habitué* del National Sporting Club.

Pasó medio minuto. Se oyó en el corredor un paso rápido y decidido. La puerta se abrió y entró Gervase. Miró lentamente en torno de la habitación y dijo:

—¿Puedo pedir una explicación sobre este extravagante procedimiento?

Era verdad que no parecía culpable. Pero tampoco parecía enojado, hasta que agregó con absoluta serenidad:

—... Con usted hablo, mono imbécil.

Noel se estiró voluptuosamente sobre la cama. Gott lanzó una exclamación suplicante que inmediatamente le pareció demasiado universitaria e ineficaz en grado sumo.

Appleby dijo únicamente:

—Siéntese.

Gervase alzó las cejas, como Noel había hecho un poco antes. Pero se acomodó parsimoniosamente en la silla más confortable.

—Señor inspector —empezó—, no me opongo a que haga usted cabriolas entre mis cosas un ratito. Es una ocupación relativamente inofensiva hasta que consigamos hacerle salir de aquí. Pero me opongo terminantemente a ser perseguido por toda la casa como acaba de ocurrir. Y mi resentimiento es menos con usted que con mi primo, que se ha portado como un botones aunque pregone su condición de caballero. Y ahora le pregunto: ¿qué quiere usted?

—La cámara —respondió Appleby.

Los ojos de Gervase se achicaron.

—Buen hombre —dijo—, pierde usted el tiempo.

«Mono imbécil» o «buen hombre» eran calificativos indiferentes para Appleby.

—Como usted sabrá —continuó—, la casa está ahora muy eficazmente aislada. Vuelva, por favor, y traiga la máquina.

«¿Y qué pasaría —pensó Gott— si el duque hubiera cometido un error?». No era posible manosear así a los Gervase Crispin de este mundo y escapar a las consecuencias si el suelo empezaba a conmovearse bajo los pies. Pero Appleby parecía perfectamente seguro.

—Le advertí que estaba usted perdiendo el tiempo. —Gervase hizo una pausa y cedió un poco de terreno—. ¿Quiere usted explicar qué se le ha metido en la cabeza?

—Que sacó usted un documento de la sala; hizo una reproducción fotográfica de él después de dejar a Mr. Gott en el cuarto de lord Auldearn, y luego lo depositó en el escenario, donde fue encontrado casualmente.

Hubiera sido difícil afirmar que Gervase no se quedó mudo de asombro. En realidad, estaba enojado. Appleby no conseguía imaginar un hombre más enojado. Se volvió a Noel:

—¡Así que esto era lo que querías decir con eso de los «tratados de Ruritania»! —y nuevamente se dirigió a Appleby—. Además de esa fantasía sobre mi persona, ¿tiene usted alguna razón para pensar que he andado con el documento?

—Sí.

—¿Y no cuenta usted con más pista que la que está siguiendo conmigo?

—Hasta ahora, nada tan concluyente.

—¿Ha estado usted aquí alrededor de... cuatro horas?

—Más o menos.

El resentimiento de Appleby ante este método inquisitorial estuvo bien fingido. Si se deja tomar la delantera al adversario es posible que se oriente en una dirección significativa.

—Más o menos —repitió como si aprobara de mala gana.

—Y se ha andado con un documento, según parece, importante, y su único adelanto ha consistido en poner este cuarto patas arriba y hacerme preguntas tontas sobre..., ¿sobre una cámara, dice usted?

—Sí —contestó Appleby—, sobre la cámara. ¿Quiere usted ir a traerla, por favor?

Noel carraspeó perceptiblemente. Gervase se llevó las manos a la cabeza con una especie de desesperación.

—¿No se le ha ocurrido a usted que está haciendo un mundo de nada? ¿Qué contra esa historia de una cámara, a la cual se aferra, está la absoluta inverosimilitud de que yo haya disparado contra un huésped, contra un viejo amigo de la casa, a fin de registrar sus bolsillos? ¿No sería mejor, por lo menos, empezar con algo menos improbable y volver a mí si todo lo demás falla?

—Tengo que empezar con el primer dato de importancia que se presenta. Por lo demás, usted acumula inverosimilitudes. El asesinato de lord Auldearn y la manipulación real o supuesta del documento pueden ser asuntos esencialmente independientes.

Gervase se puso rígido.

—Sin duda. ¿Y me ha elegido a mí para lo que se refiere al documento?

—Quiero esa cámara. Y si usted no la trae, deberé cogerla yo mismo.

Gervase se puso de pie de un salto, con tan visible violencia, que Appleby apretó involuntariamente los puños. Pero no hubo ataque. Con un quejido que Noel comparó al de un lobo de mar, Gervase recobró el dominio de sí mismo. Dio unos pasos hasta

el extremo opuesto del dormitorio, se volvió y sólo habló al dar el primer paso para regresar.

—Mr. Appleby, al llegar le he hablado en tono ofensivo. No es usted un tonto — el tono de Gervase hizo de estas palabras una excusa bastante adecuada por su apostrofe al «mono imbécil»—. Sin duda conoce usted su oficio y sabe lo que tiene que hacer. Probablemente, advertirá en seguida que el asunto que desea discutir carece de importancia. ¿Quiere usted aceptar mi palabra de caballero de que así es?

—Mr. Crispin, me está haciendo perder el tiempo. Advierto la probabilidad de lo que usted dice, pero no puedo aceptarlo. Si estuviera investigando la pérdida de mi libreta de cheques, aceptaría su palabra inmediatamente. Pero en este caso...

La sentencia quedó inconclusa. La puerta se abrió sin anuncio previo, y Ana Merkalova irrumpió en la habitación.

—Gervase —inquirió trágicamente—, ¿lo han descubierto ya?

Y arrojó un pequeño objeto metálico sobre la cama.

Gott se preguntó si la excesiva atención dispensada al *Hamlet* de Scamnum no le estaba predisponiendo fatalmente a consignar los hechos en términos de efecto escénico. La entrada de la Merkalova había sido puro teatro.

Noel, que a estas alturas de las cosas se había resuelto, al parecer, a contemplar los hechos angustiosos y sombríos de la noche con todo el desinterés estético que corresponde a un editor de *Crisol*, estaba evidentemente complacido por el giro que tomaban los acontecimientos. Dobló el cuello para contemplar la prueba que la Merkalova había arrojado sobre la cama y luego se enderezó para observar la más llamativa exhibición personal que estaba haciendo. La indumentaria de la dama no era muy apropiada para el caso. Quizá se conformaba con el atavío de virginidad psíquica que Gott le había atribuido piadosamente. Pero su aspecto no era, en absoluto, el de una Artemisa complicada de Afrodita: era sólo una mujer madura e inequívocamente atractiva. Su mirada rusa (pensó Noel, citando al poeta) estaba acentuada por el énfasis, e iluminada, en ese momento, por los más vivos fuegos de la pasión. «Esta señora —se dijo— está a punto de revelar su temperamento», y añadió plácidamente en voz alta, en medio del silencio que se había hecho de súbito en la habitación.

—Es una especie de cámara.

Lo que sucedió después no careció de ciertas complejidades. El lenguaje de la Merkalova, al dirigirse a Appleby, era afortunadamente oscuro; o por lo menos oscuro para todos, excepto para el mismo Appleby, que por casualidad conocía algo de ruso. Y todo el asunto de la cámara era bastante oscuro también. El detective dio un paso hacia la cama, miró la máquina y sonrió con una sonrisa torcida.

Se volvió a Gervase:

—Mr. Crispin, sospechaba algo de esto; pero no podía concebir que un hombre fuera tan obstinado como para ocultar algo tan trivial. Si he perdido el tiempo ha sido por culpa suya. Ha hecho usted el papel de asno, señor.

Noel suspiró aliviado. Gott observó un poco sorprendido la actitud cortés de Appleby, que según todas las apariencias estaba en el secreto de algo que a él se le escapaba. Pero un instante después comprendió que esa actitud suponía un fino conocimiento psicológico. Gervase, después de un bufido indignado, depuso su enojo, lanzó una carcajada ronca y cayó en una vena de humor extravagante.

—En verdad, es la fábula del asno, el mono y... —su mirada se posó en la voluble dama— y el colibrí... ¡Ana, por amor de Dios, quédese quieta!

Quizá Gervase se mostraba brusco porque había sido sorprendido en lo que era esencialmente una acción caballeresca; o quizá trataba de crear una sugestión precisa, en medio de sus expresiones de humorismo extravagante. Gott, consignando estas posibilidades para un análisis ulterior, y preguntándose si Appleby estaría haciendo lo mismo, miró la minúscula cámara y escuchó la caballeresca historia. Ambas cosas coincidían. Era presumible que la cámara pudiera fotografiar documentos, pero no era ése ciertamente el propósito para lo que fue concebida. El duque había dicho que era pequeña; en ese momento, aunque se veía a todas luces que era un instrumento de precisión, parecía apenas más grande que una caja de fósforos. De hecho era una máquina de espías en un sentido muy especial: la clase de cámara con la cual algunas personas audaces obtienen, para beneficio del público, fotografías de situaciones demasiado íntimas, terribles o entusiastas para ser tomadas abiertamente. Gott recordó una reciente hornada de tales instantáneas en una revista; asombrosos atisbos de lo que se llamaba «una alegre fiesta para debutantes».

Y la Merkalova, dedicada al periodismo del «gran mundo», deseando con laudable espíritu de independencia ganar su propio dinero, había tramado, por lo visto, el poco laudable plan de introducir subrepticamente esa máquina, para profanar los misterios del *Hamlet* de Scamnum, absolutamente decorosos, pero intrigantes. Un elegante cheque la esperaría después y no habría habido daño grave, fuera de un grave abuso de hospitalidad. Era una historia bastante verosímil, y el mismo carácter tuvieron las informaciones de Gervase sobre los acontecimientos subsiguientes. La Merkalova, seriamente asustada después del disparo, le había entregado el comprometedor aparato, rogándole que se deshiciera de él. Gervase comprendió lo que ella había estado haciendo, previo la posibilidad de un registro y aprovechó la oportunidad que se le presentaba al visitar, por sugestión suya, el dormitorio de Auldearn, para deslizar el objeto acusador en su propio dormitorio. Después —y en ese momento debió sorprenderlo el infortunado duque— había pensado que sería discreto sacar el rollo de películas de la cámara, destruirlo y arrojar los fragmentos en un desagüe. Tal fue el relato de Gervase, que concluyó con el vigoroso ademán simbólico de destapar una tapadera imaginaria. Evidentemente había que aceptar la historia, como Appleby la había aceptado sagazmente antes de oírla. Incluía todos los hechos. Y, como Gervase continuó explicando en su propio y peculiar estilo, los incluía de una manera probable y casi prosaica.

—Temo, Mr. Appleby —dijo con una expresión grotesca en el semblante—, que

queda eliminada la presunción de las patillas falsas y la mirada siniestra del magnate sin escrúpulos. Supongo que «magnate sin escrúpulos» era la frase que usted me adjudicaba mentalmente, ¿no? Bueno, bueno... El melodrama se convierte en comedia insulsa. Es una lástima. ¡Qué historia condenadamente buena pudo sacarse de él!, ¿no es cierto, Giles? Pero los banqueros maduros, desprendidos del fondo pardo de la City, no sirven para esa clase de papeles. Las patillas sientan mal a una cara tosca y honrada, y la mirada de soslayo resulta, al cabo, sólo una cosa imaginaria. Y aunque Ana es absolutamente la rusa siniestra...

—Es también, de todos modos —concluyó Appleby con una cortés inclinación de cabeza hacia la dama—, tan inglesa como usted, ¿no es eso?

No era eso, evidentemente. La exclamación de Gervase fue breve, la de la Merkalova, prolongada; pero extrema la indignación de ambos. Appleby murmuró sus excusas. Se había equivocado en esto, como en lo otro, pero, de cualquier manera, el asunto carecía de importancia, ya que todo había sido explicado.

Esbozó un movimiento de retirada, como si intentara reunirse con Gott y Noel y salir con ellos de la habitación. Pero la dama había sido herida en su punto vulnerable (sin mayor esfuerzo, pensó Gott) y ahora, decididamente, tenía mucho que decir al respecto. Y lo dijo en una mezcla de idiomas europeos. Sin embargo, no fue un interés filológico por este despliegue erudito de cosmopolitismo lo que hizo que Appleby prestara cierta atención a la arenga a medida que progresaba, sino el tema. ¡Era una infamia —tal era la sustancia del discurso— que la policía gastara sus fuerzas inventando una historia sobre Gervase, y suponiendo que éste hubiera sustraído y fotografiado un documento, cuando una pequeña investigación les descubriría al verdadero culpable! ¿Quién era? Pero, por supuesto, esa tal Sandys... *cette saligaude!... Búrlak!*

El exabrupto provocó reacciones muy diversas.

En Gervase había incomodidad e impaciencia, como si se hubiera colocado mal una pieza en un rompecabezas hasta ese momento bien construido. Noel manifestó una rabia tan extremada como la de Gervase unos minutos antes. Gott se sintió suavemente disgustado, y lo atribuyó a sus prejuicios románticos sobre lo que Bunney hubiera designado como el *más alto nivel moral de la mujer* (según pensó con manifiesta arbitrariedad).

Pero la reacción de Appleby consistió en hacer nuevas preguntas particularmente cuidadosas.

—¡Ah, sí! —animó—. Ahora llegamos a algo importante. ¿Puede usted recordar exactamente, por favor, lo que dijo Mr. Cope?

La Merkalova se puso en guardia:

—¿Cope?... *Ce radoteur-là*. No sé nada de Cope, *Isprávk-Mudr'yónui*.

—¿Entonces usted misma la vio quemando eso?

—*Akh! Bozhe moi!* ¿Quemando? *Aber geh... n'en sais rien*. Estaba escribiendo. Eso es lo que hacía. Garabateando, ¿no? *De prisa, ligera, heimlich, in piccolo...*

¿No? Escritura secreta... *bátiushki moi!*... *Voilà la conduite qu'elle tient*, ¡esa insolente *salope!*

La Merkalova se volvió apasionadamente a Gervase:

—*Golubchik-próshol!*... *Proshtchai!*

Y desahogada ya con este alarde lingüístico, salió corriendo de la habitación con un *ukh!* final, seguida por un Gervase vacilante y por un Noel resuelto. Gott y Appleby fueron abandonados en las mismas condiciones en que habían sido encontrados: señores absolutos de la sagrada habitación de Gervase:

Gott miró su reloj.

—Un granito de consuelo —dijo— reposa en la ineludible aproximación del desayuno de Scamnum. Pero ¿qué se saca en limpio de todo esto? ¿Por qué se enojó tanto esa señora cuando usted dudó de su verdadera sangre azul hiperbórea?

Appleby se puso de pie.

—El desayuno, como usted dice. Y ahora me pregunto... —desapareció en el cuarto de baño y volvió un minuto después, enjabonándose la cara con dos dedos y esgrimiendo una de las navajas de Gervase—. Tengo que ponerme hermoso para sus amigos, Giles. Bueno, como íbamos diciendo, ¿observó usted las piernas de esa dama?

Gott levantó austeramente las cejas.

—Por cierto, estaban bien a la vista —contestó.

—¿No las encontró sugestivas?

—¡Mi querido John!

—Piense en Degas, Giles. Y en claros de luna, y muselinas.

—¡Ballet!

—Sí. El pasado de la Merkalova está en el ballet. ¿Recuerda usted aquel único miembro del jurado que se rió de la broma del sargento Buzfuz cuando habló de «engrasar las ruedas de la defensa» en el juicio Bardell contra Pickwick? —Appleby solía ponerse así cuando estaba excitado o aturdido—. Se rió porque había engrasado su propio cochecito esa mañana. Yo localicé en seguida a la Merkalova en esa exhibición que nos brindó, porque venía justamente del ballet. Y conozco bastante ruso para saber que el que ella habla no está más de dos grados por encima del mío. Me imagino que habrá asistido un tiempo a la escuela imperial antes de la guerra. Y, como una nota de curiosidad psicológica menor, espero que su profesión explique la intriga de ese *sir* Richard no-sé-cuántos sobre la feliz vida sentimental de la pareja. La gente de ballet forma una especie aparte que toma las relaciones más comunes de la vida de un modo un tanto excéntrico.

Cuidadosamente, porque las navajas ajenas son objetos peligrosos, Appleby terminó de afeitarse.

—Pero ¿adónde hemos llegado, Giles? ¿Adónde hemos llegado hasta ahora?

Gott miró nuevamente su reloj.

—Por un lado hemos llegado a las cinco y cuarto de la mañana; las otras

precisiones le corresponden a usted. Por el momento yo diría que hemos andado de la Ceca a la Meca. La verdad es que hay que preguntarse adonde hemos llegado, con Gervase, y la Sandys, y Cope, y Happy Hutton, y Timothy Tucker...

—¿Quién es Timothy Tucker?

—Uno de los doce actores que todavía no han salido a escena.

Appleby dejó a un lado a Mr. Timothy Tucker.

—Orden —indicó—, método; las pequeñas células grises. O, en otras palabras, aquí estamos y tenemos que empezar desde aquí. En cuanto a Gervase...

—¿No nos estábamos desplazando, o nos estaban desplazando, hacia la Sandys? ¿No se apresurará usted de una vez a correr tras de ella?

—Creo que eso es lo que su Noel está haciendo; puede esperarnos un poco. Mantenga su mente fija en Gervase un momento y présteme atención. Imagínese editando un texto según su peculiar manera erudita. Es un texto discutido. Una variante reza: «La historia de Gervase sobre la Merkalova y sus fotografías furtivas de las celebridades de Scamnum para el periodismo chismoso, es verdadera». Y la otra variante dice: «Gervase andaba detrás del documento, con esta cámara o con otra cualquiera, y su historia representa, o bien una coartada planeada de antemano, o bien una brillante improvisación». Ahora eche mano de toda su ciencia para ensayar una apreciación numérica de las probabilidades.

Aun cuando planteara el asunto de esta manera extravagante, era evidente que Appleby hablaba con absoluta seriedad.

Gott se quedó pensativo.

—Podemos atribuir una importancia extraordinaria a todas las apariencias que condenan a Gervase... Ese aire de falsedad en el aspecto de la Merkalova, por ejemplo, que en conclusión pudo haber sido fortuito. Pero aun así, considerando una cosa y otra, diría que hay cuarenta probabilidades contra una de que la versión auténtica es la que asegura la veracidad de la historia de Gervase.

—Yo iba a decir quince contra una. Pero en uno y otro caso la apreciación sería subjetiva, sobre todo si tiene usted en cuenta el primer efecto que nos hizo la revelación del duque sobre la cámara. De cualquier manera, en cuanto vi ese juguete para sacar instantáneas en secreto, comprendí la inutilidad de seguir esa pista; su explicación es bastante consistente. Queda una remota posibilidad, sin embargo, y todo lo que podemos hacer es tomar nota de ella y seguir investigando en otras direcciones. Pero aun enviando otra vez al limbo a los espías, ¿qué le parece si estudiamos a Gervase simplemente como un posible asesino?

—Es una pregunta imposible de contestar. Casi todas las personas podrían matar en un momento dado. Diez contra uno, sería una expresión más o menos aproximada de mi opinión en ese sentido. Pero si, como usted sugiere, retenemos la posibilidad remota de que Gervase haya intervenido en el asunto del espionaje y seguimos buscando espías en alguna otra parte, la Sandys se nos presenta como la última posibilidad. Tampoco en ese caso habría peligro. Quizá pudo escribir un extracto del

documento (aunque me parece un trabajo desesperadamente difícil), pero después se vio obligada a destruirlo ante la amenaza de un registro.

—Esa es la historia. Pero, sin conocer a la Sandys, me inclino a considerarla menos como una figura de primer plano que como una posible inspiración.

—¿Una posible qué?

—Inspiración —repitió Appleby ingenuamente—. Y esto, por supuesto, nos llevaría a considerar de nuevo las posibilidades.

Gott suspiró.

—Creo que me voy a dar un baño —dijo.

—Es lo mejor que puede hacer —le animó Appleby cordialmente.



8

RESUELTO, PERO LLENO de aprensiones, Noel se detuvo a tomar aliento en el primer rellano de la escalera. Abrió una ventana y miró hacia el mundo. Era, sin duda, un mundo familiar. Sobre ese mismo paisaje había abierto su ventana, sólo veinticuatro horas antes, pues el día anterior había madrugado para galopar hacia Horton Down.

Dos largas manchas grises se movían a lo lejos en el parque. Una era la niebla, arrastrándose, arremolinándose y dispersándose en la atmósfera; la otra, el rebaño, que empezaba a pastar en la pradera cubierta de rocío.

El día anunciaba ya su reino. El aroma de las lilas, denso como el de los azahares, se escapaba de los jardines. El coro en sordina de la aurora se aguzaba en notas ya distintas. Eran las currucas con su monótono canto descendente, y los pinzones con el suyo jubiloso. Eran los efectos de suspenso a cargo sólo de los reyezuelos, indecisos entre callar o responder. Y dominador e insistente, como si temiera ser condenado al silencio por una quincena o por una semana, la llamada del cuclillo desde los montes de robles. Para Noel, que salvo algunas pocas variedades conocidas de los brezales sólo consideraba a los pájaros como ingenuos poetas de la naturaleza y emisarios de las doncellas, estos sonos llegaban confundidos. Pero esa simple sensación integral resultábale perturbadora, y miró casi con ansiedad alrededor buscando un signo cualquiera, indicador de que todo había cambiado.

Y el signo estaba allí. Estaba allí bajo la forma de un rizo de humo que se elevaba, una hora antes de lo habitual, en medio del panorama. Era Mrs. Manley, en la verja sur, sabedora de que el cielo se había desplomado, y dispuesta a afrontar lo desconocido adelantando la rutina del día. Estaba allí, más evidente aún, en la figura de los policías de guardia. Y estaba también encarnado en ese pequeño grupo que subía a la cumbre de la colina de Horton, precedido por una silueta gesticulante, y seguido por otro grupo cargado con cámaras, esta vez al parecer de tipo cinematográfico y telescópico.

Y también estaba, aunque Noel no lo supiera, en el par de automóviles que volaba por la pendiente de la carretera de Horton: era la prensa, que se bebía los vientos por

llegar a Scamnum Court.

Y estaba igualmente allí, aunque lo ignorara también, en esa lejana pincelada blanca sobre el horizonte. Porque ése era el humo del expreso que llevaba las noticias de Londres hacia el sur y el oeste; y la historia de Scamnum figuraba impresa en dos pulgadas de tinta roja en todos los periódicos. Es decir, en todos excepto en el *Despatch Record*, cuyo redactor había contado con algunos minutos suplementarios para dedicarle una columna entera en letras llameantes, que fue el comentario de Fleet Street durante varios días.

Noel se inclinó un poco más sobre el alféizar de la ventana, calculó automáticamente la posibilidad de escupir sobre el casco de un policía apostado debajo, y luego volvió rápidamente la vista a la fachada este. En la más remota lejanía se divisaba una fugitiva línea azul.

—«El mar —cantó— yace risueño a lo lejos...».

Saludó con la mano al policía, estupefacto.

—«Y en las praderas y en los campos bajos
queda toda la dulzura de todas las auroras...».

Y luego de haberse reanimado con procedimiento tan peculiar, cerró de golpe la ventana, trepó los escalones que le faltaban y golpeó enérgicamente la puerta de Diana Sandys.

—¡Hola! —saludó Diana, que estaba sentada en la cama, con un lápiz de oro detrás de la oreja, y comiendo bombones de chocolate—. Entre.

Miró con cierta vacilación a su visitante.

—Puede usted sentarse en la cama —invitó, por último, con decisión.

Noel se sentó a los pies de la cama. Hubo una pausa que pudo resultar incómoda si tanto Noel como Diana no hubieran sabido que por lo menos uno de los dos no se sentía incómodo.

—A esto le llamo yo una nohecita —dijo Noel al cabo de un momento.

—Una noche de todos los diablos.

El lenguaje de Diana era a veces un poco efectista y las Terborgs, sin duda, lo desaprobaban.

—Sin embargo, no la ha dejado anémica —prosiguió Noel galantemente.

—¿No me ha dejado qué? Tome un bombón.

—No le ha dado un tinte enfermizo —Noel tomó un bombón grande y empezó a atacarlo—. Quería decirle, Diana... —cambió de opinión y volvió al tema de los bombones—. Siempre creía que las mujeres devoraban estas cosas en secreto, particularmente ese tipo especial de mujeres etéreas que se estremecen de horror ante la triple comida diaria de la mayoría. Pero como las muchachas tienden por naturaleza a engordar...

—Son nauseabundos —interrumpió Diana, malhumorada; buscó otro con la mano derecha y dio una palmada con la izquierda en las suelas de las elegantes zapatillas verdes de Noel—. Los como sólo porque tengo que venderlos...

—¿Venderlos?

—Saldrán al mercado en agosto y yo tendré que venderlos. Traje tres cajas, y antes de la catástrofe pensaba llevar a una de esas chicas de Terborg a un lugar bien iluminado y comerlos todos en su compañía, para ver el efecto...

Noel la miró desconcertado.

—Para ver el efecto... ¿No le serviría yo lo mismo?

—No. Usted no serviría —dijo Diana, animándose—. Por lo menos para el análisis que quiero hacer. ¿Conoce usted la diferencia esencial entre el chocolate y el tabaco?

—Si es una adivinanza, me doy por vencido. Pero mire usted, Diana, algo terrible...

—Es la siguiente: el tabaco, salvo los cigarrillos perfumados, se vende casi siempre «homosexualmente». Cada sexo compra el suyo, ¿comprende usted? Sólo en contadas ocasiones planeamos el anuncio basándonos en un complejo de Edipo compensando: «el papá advierte a su hijita...», etc. El chocolate, en cambio, se vende siempre «heterosexualmente»: «el joven lleva una caja a la niña»... Pero con éstos voy a ensayar la venta entre las mismas mujeres. Trataré de que se atiborren con ellos después de los tés en *tête à tête*; y que los lleven en paquetes de media onza a las *matinéas* «para mujeres solas». Haré que los llamen «Surtido Safo». Creo que es un buen nombre: turbio y rico en sugerencias; exótico y fácil de pronunciar.

—¡Es una idea de primer orden!... —dijo Noel, con dudoso entusiasmo.

Opinaba que Diana era maravillosa. Con una parte de su ser atribuía su encanto al hecho de que perteneciera al tipo de femineidad más moderno; pero la otra parte, tal vez la que representaba la tutela de Mr. Gott, se inclinaba a considerar que ése era precisamente el fallo. Al notar que su actitud comercial le resultaba inquietante, resolvió canalizar sus perplejidades en un plano más intrascendente, y dijo:

—Pero en cuanto a la pronunciación, no estoy seguro. Sospecho que habrá mujeres eruditas, que se dirigirán del brazo, como usted desea, a su confitería predilecta, y pedirán bombones «Sap-foh».

Diana tomó nota.

—Voy a ocuparme de eso. Además también habrá que tener en cuenta otros pedidos de gente novelera. El negocio de los bombones que los muchachos compran para las chicas deja muchas más ganancias que el de las mujeres solas. Habrá que pensar en esa clientela de copete. Y eso significa que deberán venderlos a un precio mucho más alto de lo que habían pensado. Pruebe uno de éstos en espiral.

—¿Si suben el precio mejorarán la calidad?

A su pesar, Noel se sentía interesado en este insignificante asunto del «Surtido Safo».

—Probablemente la empeoren.

—¡Oh! —exclamó Noel—. No parece muy honesto.

—Lo contrario sería una mala táctica, y muy contraproducente. La mitad de nuestros inconvenientes proviene de esos piadosos fabricantes de mentalidad victoriana, que consideran la calidad de un producto antes de hacerle propaganda. Pero esa clase de personas se elimina por sí misma. No es eficiente.

—Bueno —aprobó Noel, y su tono indicaba cierto vago fervor moral.

Hubo una pausa molesta durante la cual Diana dejó de jugar con las zapatillas.

—¿Durmió bien después de la matanza? —preguntó, por fin, Noel.

—No he pegado ojo. He estado tratando de recordar algo para fijarlo en el papel... ¿Qué sospecha usted?

—¿Sospechar? Nada, por cierto. La pieza tuvo un desenlace bastante terrible. ¿No le parece?

—¡Sangriento! No quiero ni pensar en ello. Y no puedo concentrarme ni siquiera para proyectar la propaganda de estos condenados bombones.

Noel pensó que en aquel momento Diana era la mujer de una idea fija. Y repentinamente creyó vislumbrar una luz muy lejana. Cuidadosamente localizó el dedo gordo del pie de Diana bajo la manta y lo apretó con fuerza entre el índice y el pulgar.

—Me pregunto —prosiguió— si esto le gusta realmente.

—Nones. Es mazapán. Y todos son repugnantes, como ya le he dicho. Pero tengo que averiguar lo que se siente cuando uno está atiborrado del «Surtido Safo».

—No me refería a eso, sino a esta manera de ganarse la vida. La carrera de una muchacha sola.

—¡Oh! —Diana alzó la barbilla con un gesto infantil, pero resuelto—. No es un asunto de novela rosa. Ni resulta tan agradable como ser duque, o intelectual o zángano. La iniciación no es fácil ni cómoda. Y el estilo que hay que cultivar no serviría de ejemplo en un tratado sobre la verdad y la belleza. Lo cierto es que sería una vida miserable si no tuviera un ritmo tan rápido. Eso es lo único divertido. Es una riña de perros, y una sólo consigue mantenerse a flote mientras maquina los mejores anuncios seis veces por semana. No hay lugar para la ineptitud amable en la propaganda; cuesta demasiado dinero por pulgada. Cuando una empieza a decaer y sus anuncios se vuelven flojos, queda eliminada. —Diana escudriñó el rostro de Noel y se apresuró a añadir—: A mí no me han eliminado todavía. Y no olvide que me tienen desde que gastaba pañales, haciéndome asistir a escuelas costosas hasta que cumplí veinte años. Ahora tengo veintidós y gano doce libras por semana, mientras usted sigue siendo una larva de veintitrés años, que todavía vive de la comunidad. En eso estamos.

Después de ciertos tanteos, Noel encontró el dedo gordo del otro pie.

—¿No tiene usted ninguna anormalidad? —preguntó cautamente—. ¿Una pasión

dominante, una idea fija o algo por el estilo?

Diana lo miró con aprensión.

—Por favor, deje de jugar al cangrejo... o a los dos cangrejos —ordenó—. Sospecho que ésta es una forma morbosa del estilo de alcoba. Y a fin de cuentas, ¿cuál es el motivo de esta indecorosa visita?

Noel dejó su presa tristemente.

—Bueno, verá usted, pensé que era mejor que se lo dijera. ¿Sabe usted que se ha perdido algo, o se pensó que se había perdido, y que por eso fue el registro? Bueno, pues le han ido a la policía con el cuento de que usted...

—Noel —cortó Diana bruscamente—, descorra las cortinas y deje entrar el sol.

Noel hizo lo que se le pedía y regresó canturreando con fingida despreocupación:

*Viejo loco atareado
¡Oh Sol desenfrenado!
¿Por qué de esta manera,
a través de cortinas
y a través de ventanas,
nos llamas?
¿Es que la Primavera,
la estación del amor, a tu carrera...*

—¡Oh, Diana!

Diana estaba llorando. Y Noel se sintió tan alarmado como si tuviera enfrente a una mujer en trance de degollarse, o que empieza a sentir de repente los dolores del parto.

—¡Oh, caramba! —musitó.

Diana murmuraba entre sollozos:

—Una representación tan infernal... ¡Tan infernal de cabo a rabo!... ¡Quisiera estar muerta!

—Diana... Diana querida...

Pero la absurda desesperación de Diana se disipó por sí sola. Cesó de llorar, y sin detenerse a buscar un pañuelo o a empolvarse la nariz, preguntó:

—Noel, ¿saben esos espantosos policías cuál es mi oficio?... ¿Lo saben?

—Bueno... espero que sí. Verá usted... Appleby, el que vino de Londres, ha estado juntando declaraciones sobre el caso, y algunos esbozos garabateados por el abuelo Gott.

—¿Y querrán saber de qué se trataba?

—Probablemente, en términos generales. Parece sospechoso haber estado escribiendo algo y luego quemar los papeles ante la amenaza del registro. Parece completamente *à la manière de la main noire*... Y la mentalidad policial... —se detuvo angustiado—. Déjeme que le seque los ojos. Tal vez si usted me contara todo... aunque fuera vagamente, yo podría transmitírselo con toda discreción a ese Appleby. Es un hombre decente, un caballero, y parece íntimo de Gott. Por lo demás, es muy probable que lo haya adivinado ya. Tiene un cerebro de primera.

Para Diana no era un consuelo la calidad de la educación o del cerebro de Appleby. Pero dijo:

—Sí, me confiaré a usted, Noel... Es un proceso emético... muy eficaz probablemente en mi tipo de trabajo. Traiga una hoja de papel de encima de la mesa.

Diana empezó a garabatear, y a medida que avanzaba, Noel avanzaba con los dedos de los pies.

—Y a comprendo —dijo, por fin—. Ingeniosísimo. Diana, es usted terriblemente inteligente. Pero claro que no era muy cómodo que le encontraran eso después, en medio de los afligidos deudos... No importa.

—Ya ve usted —dijo Diana tristemente—; uno aprende a sacar ideas de todas las situaciones. Es una regla que todo lo que ocurra debe servir para eso... Por supuesto, no hice intervenir para nada al pobre viejo. Sólo la idea general de la muerte violenta me sugirió... Hay una nueva clase de corbatas... Con revistas policíacas, novelas de acción y todo lo demás, conseguiríamos el público preciso para el producto. Y pensé que forzosamente debía consignar esas ideas. ¡Pero ser sorprendida con esas muestras de inspiración estúpida!... —se detuvo al oír unos pasos en el corredor—. Noel, ¿son éstos los policías?

—Supongo que sí.

—Eche la llave.

Noel obedeció. Un momento después llamaban a la puerta y Diana gritó:

—¿Es el inspector?

—Sí, señorita.

—No puede entrar. Sería indecoroso. Por lo demás... —sintió el brazo de Noel en torno a su cintura y se reanimó vivamente—. Por lo demás, ya me acompaña un caballero.

—Señorita, nunca lo hubiera creído. Una pregunta, nada más: ¿por casualidad se entregó usted anoche a una tarea profesional interrumpida luego?

Diana apretó las mandíbulas.

—Sí —contestó—. Sí, es verdad.

—Gracias.

Los pasos se alejaron.

—Se ha ido —dijo Diana.

Noel saltó de la cama. Hizo pedazos la hoja de papel.

—Podría resultar embarazosa también —explicó, y continuó—: Temo que el día de hoy sea igual. Es como estar prisioneros en una granja rodeada de fosos... Bueno, de cualquier modo tendremos vituallas.

En la galería exterior del salón había estado sentado Murdo Macdonald, inmóvil y vigilante, por espacio de varias horas. La puerta fue abierta desde dentro. El policía de guardia permanecía de pie en el interior. Salió una pequeña comitiva,

transportando unas angarillas con el cadáver de lord Auldearn, bajo las órdenes de un sargento. Macdonald se levantó, sacudió lo que quedaba en él de somnolencia y se inclinó a mirar cuando los hombres y la carga pasaron a su lado lentamente. Sus ojos entreabiertos miraban penetrantes bajo las espesas cejas. Luego de algunos pasos por el corredor, el sargento hizo un alto y llamó al policía de guardia al lado de la puerta, que se dirigió a su encuentro como para recibir un mensaje. Macdonald se puso en movimiento rápida y silenciosamente. A pesar de su edad era esbelto y ágil; en pocos segundos pasó de una penumbra a otra y penetró en el salón. Miró brevemente a su alrededor. No había nadie a la vista; sólo el policía, que volvía ahora a la puerta, podía mirar hacia adentro mientras la cerraba. Macdonald corrió al proscenio, saltó a la tarima y antes de oír el ruido de la puerta al cerrarse sobre el salón aparentemente vacío, desapareció por la puertecilla oculta por donde debía desaparecer el espectro. Hasta ahí todo iba bien.

Durante un minuto largo permaneció agazapado en la oscuridad bajo el escenario. Luego empezó a moverse penosamente, con el esfuerzo que el doctor Crump había encontrado excesivo para sus años. Reapareció cerca de la cortina del fondo de la escena posterior sin ser tampoco molestado, y se deslizó entre el doble cortinaje.

—Vamos, rápido —murmuró para sí—. Un poco más de suerte y podremos escapar con él en secreto.

Caminó de puntillas hasta una abertura de las cortinas, y atisbo hacia la escena posterior. Un policía estaba allí de guardia, amodorrado, pero alerta. La mirada de Macdonald recorrió el reducido escenario. Luego se alejó y miró hacia el otro lado. Parecía haber vía libre hasta la sala de actores, construcción rectangular, a unos doce pasos de distancia. Se aventuró, caminó hacia ella y observó el interior desde el precario escondrijo de una puerta encortinada. La sala de espera estaba también custodiada por un policía. Macdonald lo miró despreocupado, e inspeccionó el estante de la utilería y los otros efectos diseminados por la habitación. Su mirada se fijó en un rincón y se volvió en seguida al policía con una expresión desesperada.

—No tengo escapatoria. Esto o el Tribunal —murmuró perplejo. Y sintió que le palmeaban el hombro.

—Vamos, ¿qué busca usted y cómo ha entrado aquí?

Macdonald se enfrentó con el sargento Trumpet, que le miraba con grave desconfianza.

Pero no se intimidó.

—¿Cómo he entrado? Por la puerta opuesta.

—¿Por la puerta opuesta? ¡Mentira! Está custodiada.

Macdonald meneó su imponente cabeza.

—Uno de sus muchachos estaba conversando con su sargento en el corredor. Pero la puerta estaba abierta y entré. Busco un cuerno.

—¿Un qué?

—Mi cuerno de caza. Alguien me ofreció una taza de café cuando lo tenía en la

mano, y entonces lo dejé a un lado para tomar la taza y después me olvidé de él.

El sargento Trumpet estaba furioso.

—¿Y usted cree que puede andar husmeando por aquí en busca de un cuerno como si no se hubiera cometido un asesinato? ¿No sabe usted que el crimen...?

—Muchacho —interrumpió Macdonald—, Murdo Macdonald no necesita que usted le dé un sermón sobre la importancia del sexto mandamiento. Pero un cuerno de caza escocés de dos onzas vale lo que pesa, y perteneció a mi abuelo, además. Bueno, vamos a buscar juntos.

Buscaron juntos. Pero no encontraron ningún cuerno de caza.

Charles Piper, que se estaba secando después de una temprana ducha, salió apresuradamente del cuarto de baño al oír acercarse los pasos de Giles Gott. Ahora se dedicaba a sus ejercicios en la seguridad de su propio dormitorio, mientras pensaba, como cualquier joven novelista dinámico debe pensar a menudo, que sería necesario tener varios cerebros para perseguir simultáneamente la multiplicidad de ideas que se disputaban el dominio del único que poseía. Cuando se persigue intensamente una idea, se pierden con toda facilidad muchas otras y para siempre; cientos de palabras en potencia, perfectamente aptas para encarnar en los elegantes tipos de imprenta predilectos de Timothy Tucker, volaban al limbo.

En primer lugar, tenía un juicio hecho, ya crónico, sobre el pensamiento que convenía durante el ejercicio. Si no se concentraba uno en el ejercicio mismo, no resultaba eficaz. Los labradores, a pesar de ejercitar sus músculos todo el día, no tienen cuerpos hermosamente desarrollados, porque no concentran su mente en la idea del desarrollo muscular armónico. Por consiguiente, se exhortó Piper, nada de pensar mientras se hacen inspiraciones profundas. Concentrarse en la respiración como tal. Evocar quizás las misteriosas cavidades de los pulmones: esponjosas; estriadas de hollín; llenándose lentamente; vaciándose despacio. Quizá podría llegar uno a verlas si tratara de hacerlo intensamente. Las personas histéricas pueden ver su interior... Y los surrealistas... Pero hay que dejar descansar la mente. Entregarse a la simple contemplación del paisaje que se ofrece por la ventana abierta: esa nítida línea de la colina de Horton, rítmica de por sí como un buen ejercicio, y contar: uno... dos... tres...

Había allí una verdadera muchedumbre. Una muchedumbre que recordaba violentamente el horrible desenlace que había tenido el *Hamlet* de Scamnum... El *Hamlet* de Gott. Y Gott sugería otra línea de pensamientos. ¿Qué razón podía aducir ante sí mismo para haber esquivado a Gott en el cuarto de baño? Quizá ahora le resultaba incómoda la discusión de la otra mañana, sobre el absurdo *hobby* de aquél. Y ahora que pensaba en ello, debía ser una situación bastante incómoda encontrarse envuelto de pronto en una absurda materialización de las propias fantasías. Casi como un asombrado Pigmalión ante las no deseadas insinuaciones de su Galatea... La

imagen no estaba mal. ¿O quizá había evitado encontrarse con él porque se sentía algo molesto por su propia cuenta?

¿Acaso no había hecho observaciones bastante ingenuas sobre su deseo personal de introducirse en una existencia tempestuosa, si se le presentara la oportunidad de hacerlo en la vida real, lo que valía tanto como aceptar el intenso abrazo de la Galatea del otro? Había dicho algo sobre cargarle a otro el mochuelo si se encontrara con un cadáver, y algo también sobre intervenir en una pintoresca intriga internacional. Todo eso había sido bastante indiscreto. La conversación aparecía fastidiosamente indiscreta ante un análisis retrospectivo. Como lo serían sin duda los comentarios vagamente siniestros que cada uno podría hacer sobre el comienzo de *Crimen en el Zoo*.

Piper empezó a hacer flexiones, tocándose la punta de los pies, o tocando el suelo con la palma de la mano, y la colina de Horton aparecía y desaparecía ante su vista, como un mar verde a través de un ojo de buey.

Se oyó un golpe en la puerta.

Era costumbre de Melville Clay atravesar el corredor a medio vestir y consumir, en medio de una charla inconexa, el té matinal aún tibio descuidado por Piper. Pero esa mañana era demasiado temprano para el té y Clay, como Piper, estaba recién bañado. Apareció en una elegante combinación de blanco y negro: zapatillas blancas, pijama negro, bata negra con un cordón blanco, exageradamente grande, como un cinturón, y la cara casi escondida detrás de una nube de espuma blanca.

—«¡Cómo, Horacio!» —articuló con sorprendente claridad a través del jabón—. «Tiemblas y palideces. Di, ¿no juzgas que hay algo más que una ilusión en esto?».

—¿Que estoy pálido? —preguntó Piper, irritado, pero aprensivo; su cara estaba congestionada por el ejercicio de tocarse las puntas de los pies—. ¡Qué disparate! A pesar de que he pasado una noche imposible.

—No se preocupe. Ahí tiene buenos temas. La literatura de Gott ha irrumpido en la vida real. «Algo más que una ilusión», como estaba diciendo...

Esta opinión, expresada a la manera de Mr. Jingle, el difunto colega de Clay, coincidía en forma inquietante con una de las ideas de Piper. Las reacciones de esas personas ante un asesinato misterioso y sensacional podían suministrar un excelente material de observación en un futuro inmediato. Pero Piper creyó que debía rechazar la insinuación como inverosímil. Continuó obstinadamente sus flexiones al lado de la ventana, y dejó pasar un minuto antes de comentar lacónicamente:

—Es un asunto horrible.

—Horrible.

Clay se había acercado a la otra ventana y empezaba a afeitarse. Era una hermosa criatura —pensaba Piper—, con esa soberbia belleza corporal que proviene de la Providencia y no de un sistema de ejercicios. Quizá tenía un leve enfoque femenino: el pequeño espejo de plata que había sacado de un bolsillo era demasiado elegante; los diestros ademanes con que dirigió el reflejo a su nariz y a su barbilla eran

visiblemente los de una belleza consciente de sí misma.

Piper reflexionaba, casi con celos, que él no tenía ningún toque femenino, elemento perfectamente valioso en sí mismo.

—¿Sabe usted que es casi demasiado buen mozo? —preguntó a manera de experimento deliberado.

Como experimento era bastante inoportuno. Clay podía haberse ruborizado o no como una colegiala; de cualquier modo, la espuma todavía le tapaba el rostro.

—¡Ah, sí! —contestó con indiferencia—. Hay que tratar de serlo cuando el pan y la manteca de uno dependen de eso. Y hay que serlo de una manera espectacular. El público lo exige. Por otra parte, es algo que se pierde rápidamente.

Piper le dirigió una mirada curiosa.

—No hace mucho que está usted en esto. Su ascensión fue como la de un cohete.

—Tal vez la caída sea más rápida. Como la de una estrella fugaz. También en mí puede usted hallar tema.

Piper ignoró la reiterada broma.

—Pero ¿qué piensa usted de todo esto? —preguntó.

Clay había terminado de afeitarse y se volvía a mirar por la ventana.

—Pienso que es una sensación de primera clase —dijo—, a juzgar por esa multitud que hay en la colina.

—Una curiosidad un poco morbosa, ¿no le parece? Han venido con una rapidez impresionante.

—¡Oh, no! Esos a que usted se refiere no han llegado todavía. Los que están ahí son gente de prensa, que dirigen hacia nosotros toda clase de objetivos ingeniosos. Es una buena publicidad: «Mr. Charles Piper practicando ejercicios higiénicos al lado de su ventana, poco después de la catástrofe».

Piper se echó atrás rápidamente.

—¡Intolerable! —exclamó con una vaga reminiscencia de Mrs. Platt-Hunter-Platt.

—Pero apenas puedo darme cuenta de lo que ha pasado. ¿Cuál era el objeto del registro? ¿Se suponía que alguno de nosotros escondía un revólver?

—Creo que robaron algo del cadáver.

—¡Un robo!

—Me lo imagino por algo que se le escapó al duque: una clase peculiar de robo. Un documento secreto o algo por el estilo.

—¡Espías!

—Exactamente —Clay miró a Piper con displicencia—: Otro tema ajeno también a su repertorio, ¿no?... *El tratado perdido*: una especie de versión contemporánea de las aventuras de capa y espada.

Piper estuvo a punto de saltar. Era exactamente la estúpida frase que había usado él con Gott. Con cierto desasosiego empezó a sacar sus propios útiles de afeitarse.

—¿Quién será el culpable? —preguntó vagamente.

—Yo no —contestó Clay.

David Malloch bajó las piernas que tenía estiradas sobre un banquito cuando el criado le presentó la pequeña bandeja de plata. El criado miró con curiosidad la cama sin deshacer; no había nada de extraño en el hecho de que alguien no hubiera podido dormir aquella noche. Cruzó hacia la ventana, descorrió las cortinas y abrió los postigos. Después entró en la habitación contigua y a los pocos instantes se oyó el ruido del agua al correr. Un vaho de vapor llenó la pieza. Pero Malloch siguió inmóvil. Sus brazos, con los dedos extendidos, descansaban, rígidos como los de un faraón, sobre los brazos de su sillón. Su boca parecía tallada en basalto. Sus ojos estaban fijos y sin vida, como aquellos ojos abiertos sobre Menfis o Karnak.

El sirviente salió del cuarto de baño y se encaminó hacia la puerta.

—No habrá cambio en la hora del desayuno, señor.

Malloch aprobó con un gesto y el hombre desapareció. Por unos instantes no hubo en la habitación ni movimiento ni sonido. Pared por medio, el agua seguía corriendo ininterrumpidamente. La mirada de Malloch, perdida en el hueco de la ventana abierta, como sobre un desierto, se desvió ahora y cambió de dirección.

Se puso de pie con esfuerzo, deshaciendo la postura en que había permanecido durante horas enteras, y empezó a andar con movimientos tardos y pesados. Del centro del visillo blanco y recortado a contraluz colgaba un delgado cordón de seda con una borla. Malloch tomó el cordón, hizo un nudo corredizo y colocó la cabeza de la borla en el nudo. Parecía un títere minúsculo, suspendido, en ángulo macabro, de un lazo de seda. Por un momento, sus labios se contrajeron en una mueca. Luego arrojó el cordón al aire suavemente, y éste volvió a caer en su posición normal, vertical y libre. Se volvió y entró apresuradamente en el baño.



3

DESENLACE

*Ahora lo ves; con cebo de mentiras,
la carpa así de la verdad se pesca;
los que estamos dotados de talento
y penetramos, con sutiles trazas,
con artimañas, indirectamente
a lo directo vamos...*



1

APPLEBY ESTABA UNA vez más en la escena posterior. Ahí, lo sabía, se escondía el corazón del misterio; cada vez que se alejaba de allí, corría el riesgo de perderse en un cúmulo de detalles intrascendentes o secundarios. Ahí había muerto lord Auldearn en la escena cuarta del tercer acto de un *Hamlet* representado por una compañía de aficionados. Este era el hecho principal. Hasta ahora, todo lo demás habían sido conjeturas. Y ese hecho tenía una fascinación extraordinaria. Para empezar, era algo extraño; tan extraño como el más extraño de los crímenes que pudiera recordar. Por lo demás, el lugar y la víctima: Scamnum y un lord canciller de Inglaterra, le daban un matiz ajeno a la investigación policial ordinaria; lo envolvían en un resplandor histórico atrayente para cualquier espíritu imaginativo.

Pero lo absorbente era el problema técnico. ¿Qué podía deducirse de las circunstancias específicas en que había ocurrido el hecho? La rareza del lugar, el momento dramático... ¿Formaban parte estas cosas de la estructura misma del asesinato, por decirlo así, o eran elementos meramente decorativos? Gott había dicho que presentía, en el centro de la catástrofe, el trabajo de una mentalidad obsesionada por el teatro; de una mentalidad extrañamente absorta, al margen y por encima de todo motivo práctico para el crimen, por el logro de un efecto teatral. Y en verdad era innegable la existencia de un factor escénico, por lo menos en las circunstancias que rodeaban el acontecimiento. Los mensajes amenazadores de los días precedentes sólo podían ser interpretados como un alarde melodramático preliminar, un prólogo tramado dentro del marco escénico del *Hamlet* de Scamnum. Y ese mismo marco había sido más espectacular de lo que suelen ser las modernas representaciones de *Hamlet*. La representación de la violencia... Y un acto de violencia dentro de la representación. «¡La representación de la violencia!»... En horas de la madrugada, Gott había citado el texto: el discurso de Marcelo cuando el centinela trata de detener al fantasma:

*Hacemos mal en oponer violencias
a tanta majestad, que invulnerable
es como el aire. Nuestros vanos golpes
son burla vil...*

Shakespeare es insuperable, pensó Appleby sin que viniera al caso, y durante un minuto su mente se detuvo sobre todo lo que podía recordar de la tremenda escena inicial: la escena en que Horacio, el joven estudiante escéptico, se encara con la misteriosa presencia que se pasea de noche por las fortificaciones de Scamnum.

*¿Cómo, Horacio,
tiemblos y palideces? Di, ¿no juzgas
que hay algo más que una ilusión en esto?*

«Algo más que una ilusión»... He ahí el segundo elemento. ¿Habrá algo más que la simple intención de lograr un efecto fantástico en el modo en que lord Auldearn había muerto? ¿Había ocurrido todo así porque, debido a alguna causa secreta, todo debía ocurrir exactamente así? Según cualquier teoría, salvo la que destacaba la situación de Cope *arriba*, todo había sido tremendamente casual. Ahora bien, ¿esta casualidad había sido fortuita, y aceptada caprichosamente, o se había considerado necesaria para un desenlace previsto? En tal sentido, el asesinato de Bose constituía una evidencia. Porque el asesino de Bose había arrastrado el cadáver de su víctima por un largo corredor al que daban las puertas de muchas habitaciones ocupadas, para despostarlo jactanciosamente ante el umbral de Auldearn y de Appleby. Bose había sido asesinado, casi con seguridad, porque sabía algo o podía saberlo. Su muerte fue una prueba de cálculo y de prudencia. Pero a la acción rápida y eficiente se había agregado esta nota suplementaria de puro sensacionalismo: el cuerpo había sido transportado con grave riesgo, por el exclusivo placer de un efecto momentáneo. ¿Existiría la misma combinación de motivos en el asesinato de Auldearn? ¿No podía el hecho en sí haber sido racional y enderezado a un fin práctico, y todas las circunstancias casuales aceptadas para conseguir una sensación melodramática accesoria? ¿O, por el contrario, el melodrama había sido el eje y el fin intrínseco; y el efecto el motivo exclusivo, buscado por una siniestra perversión del sentido estético?

¿O —tercera y última posibilidad— el asesinato de Auldearn había sido, de extremo a extremo, algo racional planeado por una mentalidad lúcida que saca partido de cada contingencia? Tales eran las preguntas que, según Appleby, surgían del fondo mismo del caso. ¿Y qué tenía que ver el documento con todo esto?

Era muy difícil vincular los hechos que había estado examinando con cualquier tentativa de apoderarse del documento. Los espías, había debido convenir con Gott, no suelen matizar su trabajo con mensajes amenazadores. Muy raramente matan, y casi nunca a eminentes estadistas; sobre todo, no matan de un tiro en condiciones que disminuyen hasta el mínimo sus probabilidades de efectuar un robo ulterior. Aun cuando hubieran sido espías los que forzaron la caja fuerte del dormitorio y aunque el resultado negativo los hubiera convencido de que el documento estaba sobre la

persona de Auldearn; aun entonces, y suponiéndolos dispuestos a cualquier medida desesperada, difícilmente hubieran elegido el lugar y el momento en que Auldearn había sido muerto, con riesgo considerable para su asesino, en una sala que podía clausurarse inmediatamente y convertirse en una especie de habitación blindada.

Por otra parte, no había razones para suponer que fueran espías los que forzaron la caja fuerte de lord Auldearn. Se había descubierto que las cajas forzadas eran tres, y según todas las perspectivas, Happy Hutton debía ser el responsable. Y Appleby tenía que volver a una de sus primeras conclusiones: el único motivo para suponer la presencia de espías era el mensaje interceptado por Hilfers. Fuera de él, la alarma no tenía otro origen que la llamada del duque, y esta llamada no se basaba en más evidencia concreta que una caja de seguridad forzada y el registro infructuoso del cadáver, en busca del documento. Al encontrarse el documento en un escondite bastante ingenioso, la alarma se había atenuado; pero Gott la reanimó de nuevo con su asombrosa declaración sobre la mentalidad fotográfica de Bose y su probable trascendencia. Más tarde, la duquesa disipó también esa posibilidad: Bose no era un espía; no pertenecía a la clase de hombres que se dedican al espionaje. Después de eso, surgieron dos alarmas más en el mismo sentido: la del duque respecto a Gervase, y la de Cope y la Merkalova respecto a Diana Sandys. Pero si *miss* Sandys, cosa que parecía imposible, hubiera conseguido copiar el documento antes de que Bose lo descubriera, posteriormente se había visto obligada a quemar sus notas, y por ese lado no había peligro. Sin contar con que existía una explicación perfectamente razonable de su conducta: una explicación en la que Appleby había pensado en seguida, porque algo sabía sobre la gente dedicada a la propaganda. De igual manera, Gervase y la Merkalova disponían también de una explicación perfectamente razonable, aunque molesta. Una sola cosa daba que pensar a Appleby, y se la había mencionado a Gott indirectamente y con suspicacia.

Había una coincidencia levemente incómoda en ambas historias: las dos damas se habían entregado a una actividad profesional inocente en el fondo, pero difícil de confesar. La Merkalova, tomando fotografías en secreto; Diana, consignando una sugestión que podía ser comercialmente provechosa, inspirada quizá en algún aspecto del crimen. No era una coincidencia impresionante; pero merecía atención. Suponiendo que Gervase o la Merkalova hubieran sorprendido a Diana haciendo su agosto, por decirlo así, en el lóbrego espectáculo del asesinato, ¿no podría ello haberles sugerido su propia historia, previendo que habían de necesitarla? Pero esto equivalía a decir que todavía quedaba un resto de sospecha sobre Gervase y la Merkalova. Después de todo, podía haberse sacado una copia fotográfica del documento, con ésa o con cualquier otra cámara. Y Appleby pensaba que mientras subsistiera la posibilidad de tal pista, debía mantener el bloqueo de Scamnum; por lo menos hasta recibir órdenes concretas del primer ministro para levantarlo. Le era forzoso reconocer una vez más que no tenía pruebas; sólo tenía sospechas. Y sus sospechas sobre Gervase Crispin como espía eran frágiles. Si por momentos había

parecido que la Merkalova estaba representando una farsa, y que era el único dato significativo con que contaba, ello pudo deberse a que esa mujer, como Melville Clay mismo, era una persona de teatro. Y ninguno de estos argumentos descartaba tampoco definitivamente la presencia de espías. Appleby estaba más dispuesto que Gott a dar crédito al informe de Hilfers. Sin duda algunos espías habrían andado rondando la plaza, y uno de ellos despachó un mensaje prematuro. Pero era un elemento ajeno al asesinato mismo, así como Happy Hutton era un tercer elemento. Estos tres asuntos podían ser absolutamente independientes; y era probable que no tuvieran conexiones significativas. Happy Hutton, por lo menos, aparecía como un simple aspecto secundario. Se había introducido en Scamnum, había forzado tres cajas fuertes, y se había escabullido sin dejar más rastro que un sombrero hongo.

Pero en cuanto a la actuación de los espías, aun cuando resultara a la postre ineficaz, lo cierto es que había embrollado todo el caso, y había dado un giro peculiar a la investigación.

Appleby sabía, sin lugar a dudas, que para el primer ministro la seguridad del documento era un asunto de tal importancia que, comparado con él, la propia captura del asesino de lord Auldearn era cosa secundaria. Por eso le había concedido una atención preferente, y estaba dispuesto a tomar las precauciones necesarias. Pero en relación con el asesinato mismo, había resultado un elemento perturbador, una fuente de confusiones. Y ahora los espías de Scamnum parecían desvanecerse en el aire, y habían pasado seis horas desde la entrada de Appleby en escena. Había andado de la Ceca a la Meca en esa cuestión del documento (como había sugerido Gott) y ahora era difícil saber qué aspectos podían habersele escapado en el asesinato mismo. Aspectos que no hubiera descuidado nunca si su atención hubiese estado fija desde el principio en ese solo problema. Por el momento, manteniendo el bloqueo y vigilando de cerca a Gervase y a la Merkalova, podía concentrarse en él sin ningún peligro. Y el primer paso para encontrar al asesino de Auldearn y de Bose debía ser un examen minucioso de los movimientos de la compañía. Ahora tenía que vérselas con una multitud difícil de manejar: con los veintisiete sospechosos señalados por Gott «entre bastidores», y con el viejo Max Cope, «arriba».

De modo que recorrió de nuevo el pequeño escenario y volvió a revisar la discreta confusión del instrumental escénico, mientras proyectaba el ataque matutino que debía emprender contra ellos. Fue interrumpido por el sargento Trumpet, portador de informes sobre las dificultades que se estaban presentando con la servidumbre de Scamnum.

Es posible aislar sin mayores inconvenientes a unas doscientas personas durante las horas nocturnas; pero ¿cómo evitar por la mañana la entrada de los repartidores con la manteca, los huevos y la leche? ¿Qué hacer con los sirvientes de fuera que entran en la cocina para las comidas? ¿Qué con la tropa de chóferes que acuden a desayunarse en la antecocina? ¿Y qué medidas tomar con los huéspedes que no habían intervenido en la representación y que sin duda estarían haciendo ya su

equipaje? Este último problema le concernía al duque en cuanto pudiera ocuparse de él. En cuanto a los otros, Appleby resolvió solucionarlos por su cuenta. Mantendría rígidamente el bloqueo, a ser posible hasta mediodía, y para entonces ya estaría en condiciones de enviar a Londres un informe competente y de recibir de allí instrucciones precisas. Mientras tanto, todo era cuestión de organizar bien las cosas: la manteca, los huevos y los chóferes podrían entrar, pero no debería salir nadie. Appleby fue en busca de Bagot, a quien suponía la autoridad máxima de la servidumbre de Scamnum.

Bagot estaba ya entregado a su primera obligación diaria: el arreglo de un pequeño océano de plata sobre la mesa del desayuno. Era un viejo canoso y poco activo, con aspecto más de capellán que de mayordomo, y estaba terriblemente consternado. En medio de su consternación se consagraba a un ansioso mantenimiento de las costumbres y del ceremonial de Scamnum. Por supuesto, podía disponer que Appleby estableciera una supervisión policial de todas las entradas y salidas de la servidumbre. Pero se atrevía a decir que eso era más bien atribución de Mr. Rauth. ¿No querría el inspector hablar con Mr. Rauth? Ya se había levantado, por cierto; Bagot acababa de verlo en su habitación. Mr. Rauth nunca salía de su habitación, por supuesto, y estaba muy impresionado. El inspector haría bien en tenerlo en cuenta: Mr. Rauth estaba terriblemente impresionado.

—Naturalmente —asintió Appleby, y solicitó ser llevado a presencia de Mr. Rauth, a quien suponía en la elevada posición de mayordomo o intendente.

Un lacayo le condujo.

Nada más fácil, dijo, que encontrar a Mr. Rauth; porque Mr. Rauth no sale nunca de su cuarto; no se sabía que hubiera salido nunca. Pero suponía que cada uno tiene el derecho de vivir su vida como le plazca... Y llamó respetuosamente a la puerta.

Evidentemente, Mr. Rauth tenía todo el aspecto de un pintoresco recluso. Era flaco, descolorido, polvoriento y encorvado, y hablaba con esa voz apagada de los que durante mucho tiempo han vivido entre abstracciones. Pero había distinción en su persona y parecía un bibliotecario o un eminente comerciante en ediciones antiguas. Y de todos modos, era fácil advertir que ahí estaba el eje de Scamnum y que la pulcritud extrema del ambiente clerical que le rodeaba era el símbolo de esa infalible eficiencia que hacía de Scamnum, entre otras cosas, una gran máquina de funcionamiento perfecto.

Detrás de Mr. Rauth, alrededor de Mr. Rauth, se palpaba la acumulada experiencia de generaciones enteras consagradas al oficio.

—¿Sí? —invitó Mr. Rauth, y se inclinó para observar a su visitante; luego movió la cabeza—: No, señor, no. Le aseguro que no puedo hacerlo. La ciencia es la ciencia y la cooperación la cooperación, pero esta mañana no. Estoy demasiado deprimido.

Como poseía una mente ágil, Appleby comprendió que le estaba confundiendo con el concienzudo filólogo doctor Bunney, indudablemente notorio en las dependencias de servicio desde su episodio con Bagot. Se explicó detalladamente y

Mr. Rauth acabó por comprender. Pero el único resultado inmediato fue que se sacara las gafas, empezara a limpiarlas cuidadosamente y repitiera después:

—Estoy muy deprimido.

El tono era amable, pero de gran efecto. Por alguna misteriosa razón, cada sentencia de Mr. Rauth tenía una resonancia solemne y augusta.

—Ha sido un gran golpe —dijo Appleby rindiendo un tributo momentáneo a las conveniencias, antes de proseguir.

Mr. Rauth miró por fin a su visitante con aire de aprobación.

—Un gran golpe, como usted dice. Una cosa parecida no ha ocurrido aquí, si mi memoria no me engaña, durante años.

Volvió a ponerse los lentes en la nariz, o más bien la nariz en los lentes, con un desconcertante movimiento de pato.

—Por supuesto —dijo—, sé que esto pasa a menudo. Que esta clase de cosas ocurre. Como hecho general es innegable.

Appleby miró a Mr. Rauth inexpresivamente. Era difícil imaginarlo como un aliado útil. Incluso era posible suponer que el capricho de no salir nunca de su habitación había alterado sus facultades mentales.

—Por supuesto —repitió Mr. Rauth—, son las generaciones más jóvenes las que hacen estas cosas. Uno oye muchas historias. En Hutton Beechings ocurrió con el pastel de venado. En casa del pobre *sir* Hubert Tiplady, con el budín de manteca. Hay que aceptar el hecho.

—¿El hecho? —interrogó Appleby.

En Scamnum todo el mundo se traía siempre algo bajo la capa, como para desconcertar a cualquiera. Esto era todavía más irritante que la conversación con Max Cope.

—Pero —prosiguió Mr. Rauth, bajando el volumen de su voz a medida que sus palabras adquirían énfasis— aquí hay siempre a mano una provisión muy completa. Dos galletitas saladas, dos digestivas y dos dulces en cada habitación. Se completan diariamente y se cambian tres veces por semana. Las saladas se entregan a Mr. Bagot, que tiene debilidad por ellas, y las otras van a la cocina. Estoy consternado. Y eso en el mismo momento en que ocurre una muerte casi en la familia. Estoy más que consternado... Estoy anonadado.

Appleby comprendió ahora claramente.

—Y a pesar de que se había servido una abundante variedad de sándwiches muy poco después de la muerte... del fallecimiento del difunto lord Auldearn —corroboró.

Mr. Rauth miró a Appleby como si por fin hubiera encontrado en un hombre la comprensión perfecta. Que un réprobo desconocido, indudablemente un huésped, hubiera mancillado la hospitalidad de Scamnum escalando una despensa en plena noche y robado media lata de galletitas, era un acontecimiento terrible para Mr. Rauth. Pero había algo consolador, algo sedante en verdad, en la rápida comprensión

de este extraño que simpatizaba con sus sentimientos.

—En fin, dejemos esto —dijo con una amistosa inclinación de cabeza hacia Appleby, y volviendo a su manera interrogativa—. ¿Y qué?...

Y en un par de minutos se convirtió, con todo, en el más eficaz de los colaboradores. Sacó un plano de Scamnum, telefoneó a las entradas, al mayordomo, a la granja, a las cocinas, a la posada del pueblo; dirigió la clausura y apertura de puertas. En el espacio de diez minutos, todo el complicado movimiento de Scamnum se reorganizó sobre la base de una adecuada supervisión policial. Quizá Mr. Rauth tenía la esperanza de que todo eso conduciría a desenmascarar al violador de la despensa; realmente trabajó con empeño. Y Appleby se separó de él después de veinte minutos de entrevista, para sacrificar el último resto de la mañana a la fantástica sospecha de espionaje que pesaba todavía sobre Gervase y la Merkalova.

Muy pronto la rebelde población de la casa empezaría a reunirse para el desayuno. Appleby hubiera deseado observar sus reacciones recíprocas, pero no sabía cómo podría hacerlo cómodamente; sin duda, Giles le informaría. De modo que se fue a la sala de actores y la dispuso como una especie de cuartel general. Tomó algunas disposiciones de rutina con los policías locales. Envió varios telegramas: casi sintió placer al entregar uno de ellos al sargento Trumpet, porque decía, con un fino sentido del misterio: «Avisé H. Huttons medida de sombrero». Si podía probarse que Happy, ese pez chico, había estado nadando ilícitamente en las aguas de Scamnum, también debería ser apresado. Luego Appleby volvió obstinadamente al escenario posterior. «Aquí —se repetía perseverantemente— está la clave del enigma». Debía concentrar su mente sobre este lugar y todas sus implicaciones como escena del crimen. Y de pronto, se sintió enormemente hambriento. No había probado alimento sustancioso desde hacía trece horas. Desde entonces había sufrido la acción de diversos excitantes: *ballet*, carrera detrás de un camión de bomberos con el primer ministro, asesinato, caza de espías, y cierto número de entrevistas a cual más agotadora y agitada.

Durante todo ese tiempo no había comido sándwiches, ni asaltado una despensa en busca de galletitas; y en aquel momento dejaba que su pensamiento se detuviera, con cierta ansiedad, en el problema de cómo tratarían en Scamnum a los inspectores de policía que trasponen sus verjas, cuando oyó un ligero, pero inconfundible murmullo en la sala de actores. Se precipitó hacia allí. Justamente estaba llegando un desayuno espléndido, transportado en una serie de mesitas rodantes, bajo la dirección, no de Bagot, sino de un feo y cordial personaje, vestido de franela. El sargento Trumpet miraba con desconfianza al personaje feo y cordial y con mucha menos desconfianza al desayuno. Y el personaje feo y cordial saludó amistosamente con la mano a Appleby, que se adelantaba.

—Soy Timothy Tucker, ex Guildenstern, de la firma «Rosencrantz y Guildenstern, canallas» —dijo amablemente—. Le hice una pequeña sugerencia a Bagot y aquí nos tiene. Por mi parte estoy extraordinariamente muerto de hambre

también. ¿No podrían convidarme? Gott hubiera querido venir, pero los vínculos de familia le retienen, aunque estén sólo en proyecto, ¿sabe usted?... Evidentemente, éstos son riñones.

Gott, como tal vez quedaba insinuado, iba a desayunarse con su *lady* Elizabeth. Y Appleby no encontró la manera de rechazar al bien llamado Mr. Tucker^[4].

—Encantado —contestó—. Mi nombre es Appleby; estoy espantosamente hambriento.

Las largas mesas, ya libres del aparato escénico que la policía había retirado, registrado e inventariado, estaban cubiertas de magníficos manjares. Había una mesa para un pequeño ejército de policías que iban llegando; otra para los hombres de Appleby que volvían de sus tareas realizadas en el dormitorio de Auldearn; una que era una especie de reunión de sargentos y otra para el mismo Appleby, Tucker y Gott, si aparecía. Appleby vigilaba la escena de soslayo: daba la impresión de tratarse de un motín más que de una investigación criminal. Cuando se desembarazara de esta muchedumbre, empezaría a sentir la posibilidad de adelantar algo.

Timothy Tucker bebió mucho jugo de tomate, enterró mucha mantequilla en el corazón caliente de un bollo, y detuvo a mitad del camino una porción de pescado, para señalar con el tenedor al grupo de agentes turbulentos.

—¿Son éstos —preguntó ingenuamente— lo que ustedes llaman la patrulla volante?

—Son de la policía del condado, Mr. Tucker. Tengo una cantidad de hombres en este momento patrullando el exterior de la casa. Comprenderá usted que cuando se ha cometido un asesinato, siempre es posible que alguno intente escabullirse sin ser visto.

—Vamos, vamos —Tucker sonrió, imitando al duque, inofensivamente.

Appleby sonrió también.

—¿Ha venido usted a sonsacar a la policía?

Tucker meneó la cabeza.

—¡Oh, no! —contestó—. Nada de eso. ¿Huevo? —y agitó la mano señalando a los sargentos—. Me detuvieron mientras telefoneaba un telegrama, o mejor dicho, lo pasaron por la censura. *Ultra vires*, estoy seguro, Mr. Appleby. No es que me queje, ni que sienta curiosidad por esos rumores sobre los papeles perdidos y cosas por el estilo. Pero me imagino que usted ha estado también mandando telegramas o mensajes telefónicos por su cuenta, ¿no?

—Sí —contestó Appleby, preguntándose adonde iría a parar todo esto.

—¿Sobre las ocupaciones de toda esta gente, vinculaciones, peculiaridades y esas cosas?

—Justamente —respondió Appleby, advirtiendo que Tucker ya no irradiaba jovialidad fácil. Había concluido su pescado y se dedicaba, medio distraído, al celebrado queso de cerdo de Scamnum, como si una carga considerable pesara sobre su mente.

—Anoche —prosiguió Tucker— usted dijo algo sobre los que quisieran declarar. Interpreté sus palabras como una trampa para el asesino.

—Probablemente lo eran —contestó Appleby.

—Pero, por supuesto, uno puede declarar con todo. No es que haya visto nada particular anoche. No es eso. ¿Conoce usted a Spandrel?

—¿El editor?

Appleby sacudió la cabeza.

—Sí, el editor. Yo también lo soy. Tanto Spandrel como yo hemos hecho buenas ganancias con la sección memorias. Memorias escandalosas en su mayoría, pero que están en boga en estos tiempos: *Recuerdos de un tramoyista político*, *Mi larga vida de amor* y cosas por el estilo.

Mr. Tucker movió lúgubrementemente la cabeza, sin duda ante los gustos depravados del público lector.

—Bueno, hace alrededor de un año, un viejo caballero llamado Anderson me envió un manuscrito titulado *Un naufrago de Auld Reekie*^[5], excelente título porque se trataba a todas luces de un libro de sabor muy picante. No vi nada ilegal en él cuando me llegó, pero como estaba literalmente lleno de mentiras, lo devolví.

Tras este testimonio de virtud, modestamente insinuado, Tucker hizo una pausa para añadir después, con cierta complacencia:

—Después de eso, naturalmente, Anderson ensayó con Spandrel.

Hizo otra pausa, pero esta vez para servirse un trozo de carne e investigar la salsa del diablo. Una vez lanzado en su declaración, pareció recobrar el ánimo.

—Spandrel, como usted debe saber, es un joven impulsivo. Accedió a publicar la obra. Poco después, el viejo Mr. Anderson murió, dejó a Edimburgo, sin duda alguna, por la más negra variedad del infierno. Y Spandrel no quedó en una situación muy cómoda. Tenía compromisos con los herederos de Anderson, administradores, albaceas y compañía, y debía hacer frente solo a todas las reclamaciones que la obra provocara. Así que la recortó un poco y la atenuó otro tanto, y el resultado es un libro que aparecerá la semana próxima. En otras palabras, hay una cantidad de volúmenes flotando por toda Inglaterra en este momento.

Tucker se sirvió más café.

—Debe usted comprender mi actitud. Si yo hubiera rechazado el libro y éste hubiera quedado en la oscuridad, sería poseedor de una información confidencial de tal carácter, que mi posición sería difícil. Pero dadas las circunstancias, le contaré simplemente lo que usted mismo podrá leer dentro de uno o dos días. Porque sea lo que sea lo que Spandrel ha recortado, creo muy improbable que haya eliminado todo el asunto de Auldearn y nuestro buen profesor Malloch.

—¡Ah! —exclamó Appleby con expresión inescrutable, estirando la mano para tomar la mermelada, un hermoso dulce de color oscuro con grandes trozos de corteza.

—Puede suponerse —prosiguió Tucker— que Malloch no conoce el libro todavía. Y si es así, va a sufrir una buena impresión, como la hubiera sufrido lord

Auldearn. Ese Anderson tenía el sentido del ridículo y consiguió un efecto casi divertido con las relaciones de esa gente hace cincuenta años.

Appleby miró a Tucker con curiosidad.

—¿Un asunto de hace cincuenta años? ¿Y ridículo o meramente divertido?

—En líneas generales, ridículo y meramente divertido; pero, a la postre, algo más sombrío. Una riña que podría permanecer toda una vida en estado latente. Eso es lo que no me gustaba del amigo Anderson: sus insinuaciones. A los tribunales tampoco les gustan, como usted sabe.

—Así es. Pero careciendo de un ejemplar de *Un naufrago de Auld Reekie*, ¿no querría usted darme algunos detalles?

—Desde luego. Auldearn (Ian Stewart, como lo llamaban entonces) y Malloch eran condiscípulos en la Universidad de Edimburgo. Auldearn era algunos años mayor porque había estado tres o cuatro empleado en la oficina de un abogado rural. De todos modos, ambos estaban en la misma clase, el antiguo y robustecedor *curriculum* clásico. Uno no se imagina —prosiguió Tucker, con la amable superioridad del hombre de Cambridge— cómo se manejan esas academias caledónicas. Pero sospecho que hay gran cantidad de «alumnos brillantes» desde el principio. No esperan tres o cuatro años para ver cuáles son los mejores, sino que dan gran importancia a los resultados de las pruebas quincenales del profesor Macgonigal.

—¡Caramba! —exclamó Appleby.

—Bueno, Ian Stewart y David Malloch fueron alumnos igualmente brillantes desde el principio y lo siguieron siendo durante todo el curso. Y a pesar de que ello no era algo inevitable, fueron rivales y enemigos. No verdaderos enemigos en un comienzo, supongo; porque entonces se hubieran ignorado mutuamente. Empezaron por ser rivales amistosos, pero con un antagonismo real creciente que encubrieron por un tiempo de varias tempestuosas maneras. Ambos se distinguieron en los deportes primitivos de la época, y también en ellos rivalizaron. Esto contribuyó a hacer de su rivalidad un asunto común a todo el cuerpo estudiantil. Había dos partidos: los jacobitas, que sostenían a Stewart, y los Mallets.

—¿Los Mallets?

—Así es. Parece que era una broma tramada por Stewart. En el siglo XVIII hubo una persona llamada David Malloch, que ocupaba una posición oscura en la Escuela Superior de Edimburgo; se marchó a Londres y se estableció como literato cambiando su nombre por el de Mallet. Y, según parece, el doctor Johnson, que condenaba a los escoceses «enmascarados», se burló de él y de su nombre en las *Vidas de los poetas* y en otras obras. Esa era justamente la clase de broma literaria que más podía mortificar a David Malloch el joven. De cualquier modo, los jacobitas y los Mallets fueron famosos en su tiempo. Hubo acciones salvajes entre ambos bandos y entre sus jefes. Malloch capturó a Stewart y le colgó con cadenas, aunque no por el cuello, afortunadamente, en un lugar llamado Dean Bridge. Más tarde,

Stewart capturó a Malloch y lo condujo atado a un burro durante un buen trecho de la Princess Street. Todavía después corrieron rumores de un duelo. Luego terminaron sus estudios y Stewart se vino directamente para ingresar en el foro de Inglaterra; ése fue el fin de todo.

Tucker llenaba su pipa. Appleby le miraba con curiosidad.

—¿Y me presenta usted estos acontecimientos que ocurrieron hace cerca de medio siglo como un posible motivo de asesinato?

—Se los presento —respondió Tucker plácidamente— como un objeto de loable curiosidad para la policía. Pero cuando digo que eso fue el fin de todo, me refiero al relato del amigo Anderson. Anderson cuenta estas cosas y termina con una insinuación: «Esto en cuanto a los divertidos hechos de dos impetuosos jóvenes; ¡qué triste sería que tales historias tomaran un giro más sombrío!...», y cosas por el estilo. Bueno, a mi vez me procuré una pequeña información suplementaria, y fue en parte por los resultados que obtuve por lo que decidí rechazar el libro de Anderson. Toda esta charla sobre estudiantes impulsivos que han llegado a ser hombres eminentes, podía pasar. Pero si hubiera habido algo serio, algo que estos chismes y estas insinuaciones tendieran a remover, el asunto se convertiría en una cosa sucia y peligrosa. Así que busqué un *Moderno ateniense* viejísimo, que conocía los acontecimientos de aquella época, y me dio una gran cantidad de datos, aunque sin garantizar la verdad de lo que me estaba contando. Los cuentos de Anderson eran más o menos ciertos, aunque algo cargados de tono. Pero fuera de eso, había rumores de cosas que se habían mantenido en un estricto secreto. Una muchacha había entrado en el asunto, complicándolo todavía más. O más bien, lo había simplificado, convirtiendo la hostilidad implícita y un poco ficticia en un odio mortal. Ambos hombres se batieron en duelo a la luz de la luna sobre las arenas de Cramond (hay que recordar que era el período de R. L. Stevenson) y Malloch se quedó con la bala y Stewart con la muchacha. Después del episodio, Stewart se vino al sur a toda prisa, y ésta fue la razón de que terminara sus días como lord canciller y no como Lord Justice General^[6]. Tales fueron los hechos. Y si Spandrel supiera que existía esa sombría leyenda al margen del libro que está a punto de salir, no se sentiría nada contento.

Tucker sonrió plácidamente.

Appleby se quedó un minuto silencioso, contemplando el extraordinario motivo de asesinato que Tucker, sin pérdida de tiempo, había ofrecido a la curiosidad policial. Una venganza demorada durante el lapso de casi una existencia, era algo fantástico y, sin embargo, no del todo desconocido para la ciencia criminológica. Pero cuando la venganza se aplaza mucho tiempo, se aplaza generalmente porque existe un obstáculo material, o algún impedimento práctico permanente. Había hombres que saldaban cuentas viejas después de diez años de cárcel; emigrantes que, luego de períodos todavía más largos, volvían a la patria, y volvían a encender en su interior la sed de la sangre de algún rival semiolvidado. Pero en un caso como el actual, la

supuesta demora hubiera sido inmotivada e inexplicable.

—Mr. Tucker —Tucker casi se sobresaltó ante el cambio sutil que se había operado en el joven policía—, Mr. Tucker, ¿qué puede decirme usted de las relaciones entre esas dos personas, de acuerdo con su propia observación? Supongo que han debido encontrarse en los ensayos... Y si no tiene usted inconveniente en darme su opinión, ¿qué clase de persona es Malloch?

Tucker se dispuso a contestar primero a la última pregunta con toda precisión.

—Malloch es lo que se dice un erudito sistemático, extraordinariamente eminente en su especialidad, según tengo entendido. Una mentalidad clara y retentiva, muy retentiva. Ha trabajado fuerte durante sesenta años. Se ha sumergido en los textos, coma por coma, y ha conseguido en ese proceso resultados muy interesantes.

—Más o menos, la especialidad de Gott.

—Eso es. Pero Malloch es positivamente un super-Gott. Tiene mejor cabeza.

—Y a veo.

Appleby lo dudaba. Sabía de lo que era capaz la cabeza de Gott.

—Pero eso no es todo en lo que se refiere a Malloch. Se supone que esa clase de personas compensa en estrechez lo que gana en concentración. Son perfectamente ignorantes de todo lo que ha ocurrido a partir de 1870; jamás compran un libro nuevo —Tucker meneó la cabeza tristemente—. Pero Malloch tiene una información general muy completa y vive en el mundo. No quiero decir que su instrucción sea tan notable como su carácter, del cual, por otra parte, no conozco mucho. Es una persona correcta, severamente cortés, pero que muestra a veces un resto ocasional de ímpetu salvaje, que recuerda los viejos días de Edimburgo. Ese rasgo pasa a veces a su literatura, que puede ser muy buena, sobre todo por su estilo corrosivo. Me gustaría ser su editor.

Este era obviamente el más elevado elogio que Tucker pudiera hacer de un intelectual.

—¿Y sus relaciones con lord Auldearn?

—No sé mucho de ello. Malloch no llegó hasta el viernes por la noche y no les he visto juntos, aunque tampoco tuve la impresión de que se evitaran... Y anteriormente nunca me he encontrado con los dos en ninguna parte, aunque creo recordar que les gustaba asistir a reuniones frívolas. La duquesa debe saber más sobre ese tema.

—Sí —dijo Appleby—. Sí...

Se puso de pie, y con la misma cortés concisión del primer ministro, cuando despedía brevemente a una delegación, concluyó:

—Muchas gracias. Ahora debo tomar posesión del texto. —¿Del libro de Anderson?

Appleby abrió unos ojos inocentes.

—No, por Dios; de la pieza de Shakespeare.



2

—SE ME HA METIDO en la cabeza —dijo Piper a Gott, hablando por encima de Elizabeth y no muy amablemente (porque, como la mayoría de las personas reunidas en torno a la mesa del desayuno, empezaba a experimentar cierto malestar y excitación)—, se me ha metido en la cabeza que en este asunto usted debe sentirse casi como Pigmalión cuando su estatua cobró vida. Se imagina usted las cosas e inmediatamente ocurren.

—Es una idea muy feliz. ¿Y qué me dice de la historia de Frankenstein? También podría aplicarse al caso. Piense en ella y tal vez elabore algo bueno.

Elizabeth, que ofrecía un modelo de buenas maneras ingiriendo con toda tranquilidad un desayuno adecuado, frunció el entrecejo sobre su plato ante este cruce de espadas.

Y Mrs. Platt-Hunter-Platt, que le explicaba al duque en ese momento la importancia de que se le permitiera salir de Scannum cuando le pareciese, no mejoró la situación al insinuar el tema de la peligrosa influencia del cine sobre las clases inferiores. ¡Tantas películas eran una permanente incitación al crimen!

Nave se burló imprudentemente:

—¿Y qué me dice usted, mi querida señora, de la pieza que vino a ver? ¿No nos invita acaso, de acuerdo con el argumento que usted sostiene, al adulterio, al incesto, al parricidio, al fratricidio, al crimen y a la sedición, para no hablar de la locura? No, no. Todas estas cosas, películas de la vida criminal y relatos de homicidios ingeniosos, son válvulas de seguridad, señora; válvulas de seguridad.

Gott partió un huevo en un sombrío mutismo.

—Pero Shakespeare —arguyó Mrs. Platt-Hunter-Platt, como si siguiera la línea de su argumentación— era un poeta —y como no hubiera comentarios añadió—: Y en mi opinión, el duque debería hacer venir a un detective.

—¿A un detective? —interrogó Noel amablemente desde el otro extremo de la mesa—. ¿Quiere usted decir a un verdadero detective, y no a uno de la policía?

—Exactamente. Un detective verdadero. Hay uno muy bueno, cuyo nombre no

recuerdo; un extranjero bastante presuntuoso, pero, según dicen, absolutamente digno de confianza.

Gott se alisó el cabello, además que sacaba a relucir cuando le parecía que todo el mundo se había vuelto loco. E inesperadamente Elizabeth murmuró:

—Giles, ¿no podría usted aclarar todo esto, resolverlo?

Gott la miró con una especie de alarma.

—Quiero decir que en cierto sentido tienen razón en lo que insinúan. Es casi su especialidad.

—¿Quiere decir que esto le parece inspirado en las novelas de misterio?

Elizabeth reflexionó.

—No. El crimen evidentemente necesita una inspiración más sólida. Pero el modo de cometerlo, el planteamiento, la técnica, parecen el producto del mismo tipo de mentalidad que escribe una historia de intriga complicada. Usted podría tener una visión interna del asunto.

—No la visión que tendrá Appleby, sin embargo. No creo que yo pudiera ser un buen detective en la vida real. No soy extranjero y... Pero vamos a buscar a Appleby.

Ya habían llegado a la puerta, cuando fueron detenidos por Clay, quien hizo chascar los dedos impulsivamente y se dirigió al duque y a la compañía en general.

—Se me ha ocurrido algo que debe ser puesto en conocimiento de la policía. A propósito de su aparato, doctor Bunney. ¿Le ha explicado alguien a la policía su extraordinaria fidelidad? Me refiero a la posibilidad de identificar la voz que lo empleó para uno de los mensajes... «Yo no gritaré: ¡Hamlet, venganza!». ¿No era eso? ¿Cree usted que podría hacerlo en realidad? Recuerdo que *miss Terborg* lo sugirió en un momento dado.

Bunney, que durante el desayuno había sido una de las figuras más opacas, se puso radiante en seguida.

—Estoy seguro de que podría —dijo vivamente—. Verá usted, es imposible disimular la voz humana con las modernas pruebas fonométricas; con *mis* pruebas fonométricas. Ni siquiera usted, Mr. Clay, podría vencerlas. Sólo necesitaría unos registros de control.

En Scamnum se había convenido en considerar al doctor Bunney y a su caja negra como una broma amable, y ésa era la razón sin duda de que nadie hubiera pensado antes en tal posibilidad. Pero la confianza de Bunney tenía ahora algo intrínsecamente convincente. Hasta el duque estaba interesado.

—¿Ha conservado usted el cilindro, o el disco, o lo que sea, de ese mensaje?

—Está ahora en mi habitación.

—¿Y el aparato? —preguntó Malloch.

—Lo tienen los oficiales.

Gott intervino; el problema le concernía más a Appleby que al grupo.

—Entonces, ¿quieren ustedes acompañarme? Creo que esto debe ser puesto en conocimiento de Mr. Appleby sin demora.

Bunney no había estado en primer plano desde la notable ocasión en que se propuso registrar la oración dominical. Se reunió a Gott y a Elizabeth con entusiasmo. En la puerta se encontraron con la duquesa, que siempre llegaba tarde al desayuno.

—¿Se ha descubierto algo, Giles? ¿Qué planes tienen?

Gott era ya el acreditado intermediario entre Scamnum y ese nuevo poder que de un modo tan desconcertante se había impuesto en el centro mismo de sus dominios.

—Nada trascendente, según creo. Todos los que estábamos entre bastidores seremos interrogados esta mañana. Mientras tanto, nosotros y todos los demás somos una especie de prisioneros. Ignoro lo que pasaría si alguien se rebelara, pero hasta ahora sólo ha habido una leve protesta por parte de Mrs. Platt-Hunter-Platt.

—Y de mi parte —Nave se había adelantado—. Pero si Mr. Appleby tiene la gentileza de despachar un telegrama en mi nombre a un paciente excitable que debe ser tratado con tacto, me quedará bastante tranquilo. Voy a verle ahora, si puedo.

Evidentemente, a Nave le complacía enterar a todos de que tenía «pacientes excitables».

Encontraron a Appleby, que había abandonado ya la superpoblada sala de actores, sentado en el proscenio, con las piernas colgantes, y absorto en la lectura de la copia de *Hamlet* para uso del apuntador.

Elizabeth dudaba que Mrs. Platt-Hunter-Platt se hubiera sentido impresionada por su aspecto; era bastante diferente del que podía atribuirse al «extranjero digno de confianza».

Pero Gott interrumpió bruscamente estos estudios, ansioso por adelantarse a Nave y al engorro del telegrama.

—El doctor Bunney cree que puede identificar la voz que usó su dictáfono para uno de los mensajes de venganza.

Appleby miró sorprendido a Bunney.

—Tenía la esperanza de poder localizar a todos los que tuvieron acceso a su instrumento, y a los otros medios de que se echó mano para hacer llegar esos mensajes. Pero me pareció oír decir al duque que se trataba de una voz alterada, cuidadosamente fingida, con toda seguridad, y transmitida por un dictáfono...

Bunney interrumpió impaciente:

—No comprende usted. Este no es un dictáfono comercial. Es un instrumento de precisión para el estudio científico de los pormenores del lenguaje. Me gustaría explicarle sus características si lo hiciera traer aquí. Les he mostrado a muchas personas su funcionamiento. Es muy fácil de entender. Sirve para *medir*, ¿comprende usted? Puede medir los intervalos relativos y la intensidad, cosas que no podría alterar nadie. Desde luego, no sería posible hacer una demostración con él ante un tribunal: parecería ridículo. Pero para nosotros, para usted, puede ser útil. Todo lo que necesito son registros de la voz de todos los sospechosos. Y ahora que caigo en la cuenta, ya los tengo. Lo único que hay que hacer es compararlos minuciosamente con

el cilindro del mensaje, y asunto concluido. ¿Comprende? Al fin, no es un trabajo rápido... Más bien es bastante largo. Pero los cilindros están en mi habitación. ¿Puedo ir a buscarlos? ¿Tiene usted el aparato?

La mirada de Bunney resplandecía. Dentro de su especialidad era también un detective, y el instinto del oficio se revelaba ahora en él. Su solemnidad ligeramente cómica había desaparecido; sus palabras sonaban con un intenso poder de convicción.

Y Appleby estaba dispuesto a posponer su incredulidad.

—Tráigalos, por favor —dijo—. Esto es algo completamente nuevo en criminología, por lo menos en Inglaterra.

Y al oír este amable discurso, Bunney se escabulló como un escolar.

—Es mejor que el doctor Bunney colabore —explicó Appleby ingenuamente a los otros— mientras se cumple la tarea realmente laboriosa de fijar los movimientos de todo el mundo en relación con los mensajes y con los crímenes. Porque estamos frente a un trabajo muy largo y hay que tratar de que la gente tenga paciencia.

Gott miró con curiosidad a su amigo mientras daba esta explicación y durante las negociaciones subsiguientes sobre el telegrama. Le había dicho a la duquesa que no se había descubierto nada importante, pero ahora no estaba tan seguro. Sospechaba que Appleby tenía la imaginación puesta en algo bastante extraño como para merecer su atención. Y las palabras que el inspector iba a pronunciar en seguida tenían muy poco que ver con la minuciosa investigación prometida.

—Giles, ¿cuál diría usted que es el problema central de *Hamlet*; lo primero que impresiona cuando se comienza a analizar la pieza?

—Supongo que uno se siente intrigado primero por la demora de Hamlet en vengarse del Rey Claudio. No parece haber razón para ella. Ese fue casi el primer problema discutido por los más antiguos críticos. Y hasta ahora se discute.

—Venganza diferida.

Appleby se volvió a Nave bruscamente.

—¿Qué diría usted si lord Auldearn hubiera sido asesinado, como lo fue, en el corazón mismo de la representación de *Hamlet*, con el propósito de sentar una declaración como ésta: «Así muere lord Auldearn, víctima de una venganza largamente diferida»?

Los párpados de Nave se agitaron sobre sus pupilas inquietas.

—¿Es una consulta profesional? ¿Quiere usted que Mr. Gott y yo pongamos a contribución nuestras respectivas especialidades en una obra común?

—Tal vez algo por el estilo. Presiento que la muerte de lord Auldearn y la representación de *Hamlet* deben vincularse de algún modo, y que el carácter de esa muerte constituye una declaración; una declaración inteligible y satisfactoria para el asesino, aunque necesariamente enigmática para nosotros. Y es probable que la declaración sea ésta justamente: «¡Por fin, la venganza largamente diferida!».

—Esto es mucho mejor que hacernos dar la vuelta a los bolsillos y todo lo demás de anoche. Puede conducir mucho más lejos.

Nave estaba visiblemente interesado. Se recostó contra el escenario, con las manos profundamente hundidas en los bolsillos, y miró al suelo con las cejas fruncidas.

—Una declaración, sí... Casi no hay homicidio que no adquiera un aspecto de declaración... de manifiesto. Y aquí parece evidente. A un mismo tiempo evidente y enigmático. La verdad es que hay material para un tanteo psicológico.

Miró agudamente a Appleby, como si pesara la capacidad del policía para dirigir una investigación de tal naturaleza.

—Un acertijo cuya solución está profundamente enterrada en una mente desconocida... Es una idea interesante. Pero es algo un poco diferente de sus historias, Gott: aquí no hay huellas de pasos, ni restos de esa arcilla que únicamente se encuentra al este de Loamshire.

Appleby sonrió.

—Está usted atrasado en esa clase de literatura, señor. Esos relatos tienen siempre un giro psicológico en la actualidad.

Miró con malicia a Gott y agregó hipócritamente:

—Por ejemplo, el complicado análisis de la mentalidad del gorila en *Crimen en el Zoo...*

Nave se volvió hacia Gott.

—¡Caramba! No lo hubiera pensado... Otra aplicación de la psicología, a lo que parece. Exactamente como en la propaganda.

Era una réplica evidente a una broma que tenía ya varios días, y pareció poner a Nave de buen humor.

—Pero ¿cual es en rigor el problema psicológico en este caso? Presumo que la verosimilitud de la declaración que usted ha sugerido, Mr. Appleby: «¡Por fin, la venganza largamente diferida!». Ignoro si tiene usted una sospecha concreta, pero la idea, en líneas generales, me parece bastante probable. Supongamos a alguien con inclinación al crimen; supongámoslo concentrando esa inclinación sobre una víctima particular, y acreditándose a sí mismo un motivo que llama venganza. Su cabeza está llena de ideas de venganza, y las fomenta. Se va aplazando su venganza, y encuentra placer en ese pensamiento. Está jugando al gato con el ratón...

—Todo lo cual —intervino Elizabeth— es una interpretación peculiar de la conducta de Hamlet.

—Muy cierto, mi querida *lady* Elizabeth. Quizá es un punto de vista importante. De cualquier modo, la demora habría constituido parte del placer. Su sentido de dominio interviene en ella. Puede golpear, pero demora el golpe. Y recordemos también que, como les he dicho, casi todos los asesinatos implican una manifestación, por decirlo así, del yo: una pieza de exhibicionismo. El criminal prevé su presencia en el banquillo, como mira el mártir su martirio, y por la misma razón. A la luz del magnesio, la suprema manifestación del yo; nada más.

Por un momento hubo un brillo fanático en la mirada de Nave, pero volvió a su

razonamiento con bastante rapidez.

—Está orgulloso de su dominio; del control que ha ejercido sobre su demora. Así que la demora misma debe formar parte de su declaración. Puede gloriarse de ella ante el tribunal, o lo que es todavía mejor, puede declararla doblemente, en el procedimiento mismo del crimen «¡Hamlet, venganza!». Y Hamlet se retrasa, y luego, por fin, mata.

—Pero aquí ha sido Polonio el asesino —objetó Gott—, mientras que en la pieza, Hamlet está sediento de la sangre del Rey. Este es el objetivo de su venganza, y la muerte de Polonio no es sino un mero accidente.

—Sí —corroboró Nave con energía—. Así es, en efecto. Pero recuerde que en actos como éste, no es sólo la mentalidad normal la que está en juego. El hombre primitivo interviene también. Y el hombre primitivo emplea símbolos toscos, groseros, como los de los sueños, y los usa sin lógica. En este caso sería suficiente para el objeto de la declaración o manifestación que el asesinato hubiera ocurrido en un marco que sugiere demora, en medio de una representación cuyo problema principal es la demora de una venganza.

Nave hizo un ademán agitado y nervioso; evidentemente disfrutaba una placentera sensación de dominio mientras hacía este análisis.

—Sí. Creo que debe usted estar en lo cierto, Appleby.

Appleby tamborileaba con un dedo sobre su copia de la pieza.

—Pero ¿no podría volver al estudio de los caracteres, *sir* Richard? ¿Qué clase de personas alimentan ideas de venganza, y por cuánto tiempo? ¿Y por qué motivos? Lord Auldearn ha sido asesinado por alguien de quien sólo sabemos que es un hombre o una mujer de los que la gente llama normales. No había nadie en la sala que no pudiera considerarse un ser humano responsable. Bien...

—¿Y qué diríamos —preguntó Nave secamente— del eminente Mr. Cope?

—Un viejo excéntrico, sin duda. Pero lo que trataba de sentar es esto: aquí hay muchas personas de quienes podríamos sospechar, y todas ellas son gente normal, aun dentro de límites un poco elásticos, con vidas normales que las respaldan. ¿Cómo podríamos compaginar nuestra idea de la oscura declaración de una venganza acariciada, con esta precisa imitación de caracteres tan fácil de establecer? ¿No sería posible encontrar el mismo fenómeno sino en sujetos claramente desequilibrados?

—No, por cierto. Creo que podría tratarse de una persona de apariencia completamente normal. Extrañas cosas se esconden aun en los virtuosos... cosas extraordinariamente extrañas.

—Sin duda. ¿Pero es concebible que una persona de apariencia normal, una persona intelectualmente distinguida, acaricie durante un período muy largo la idea de venganza por un asunto pasional cualquiera, planee un asesinato y luego lo realice sacando a relucir esa vieja historia, después de más de cuarenta años?

Nave pareció perplejo, lo mismo que Gott y Elizabeth. Con toda seguridad Appleby no estaba usando un simple ejemplo imaginario. Y buscar un motivo para la

muerte de Auldearn más de cuarenta años antes, era reducir el campo de una manera drástica. Nave se irguió.

—Tiene usted algo en la cabeza —dijo—. Y de nada serviría dar una opinión científica precipitada. No lo sé; pero me arriesgaría a conjeturar que un asesinato retardado deliberadamente durante cuarenta años, por un sujeto como usted describe, sería desconcertante incluso para un psicopatólogo y créame que nosotros no nos desconcertamos con frecuencia. Pero no me entienda mal. Le estoy hablando de un crimen cuyo motivo se hundiera íntegramente en un pasado remoto. Es posible imaginar un motivo viejo, pero todavía presente: algún objeto robado del que se hace aún alarde, algún conflicto ideológico mortal e irreconciliable, que puede haber durado muchos años. Pero tales reflexiones carecen de valor; no tenemos nada bastante preciso delante de nosotros. Aquí llega Bunney.

Los pasos que se acercaban pertenecían, sin embargo, al sargento Trumpet. El primer ministro llamaba por teléfono.

Appleby había despachado ya un mensaje en el cual anunciaba que el documento estaba en lugar seguro; y ahora, luego de excusarse, se dirigió sin entusiasmo, pero de prisa, a la sala de actores. Durante toda la última hora había estado sintiendo que la caza había comenzado; y que esa caza no tenía nada que ver con documentos de Estado ni con primeros ministros. A despecho del bloqueo permanente, el asunto del espionaje se hacía cada vez más irreal.

—Bueno —dijo la voz del primer ministro—, lo tiene usted en su poder, y hasta aquí todo va bien. Hilfers irá a buscarlo directamente. ¿Podemos quedarnos tranquilos? A partir del segundo mensaje interceptado, creo que sí.

—Yo no he interceptado un segundo mensaje —contestó Appleby.

—¿No? Entonces supongo que Hilfers se lo llevará. Dice poco más o menos lo siguiente: «Lamento anuncio prematuro, debiendo informar fracaso, y ninguna posibilidad ulterior». Algún tonto, como usted se imaginará, habrá pensado que porque había habido un disparo, su cómplice debió de apoderarse, sin duda, de lo que andaban buscando. Algunos de ellos son asombrosamente estúpidos. No se parecen a la policía, Mr. Appleby.

—Gracias, señor —dijo Appleby con toda gravedad.

—Pero eso prueba que había peligro; esa clase de peligro. Algún pillo permanece por ahí todavía. No deje que le pegue en la cabeza antes de comunicarse con Hilfers.

—No, señor —Appleby podría haber sido Trumpet.

—¿Todavía tiene usted detenido a todo el mundo? ¿No queda ninguna posibilidad de que hayan andado con el papel, después de todo, durante el alboroto?

Appleby comprobó que el primer ministro era un hombre concienzudo, y replicó:

—Ha habido una o dos pistas falsas en ese sentido, señor, que nos han hecho perder tiempo. Pero ahora sólo puedo entrever una ligera posibilidad; fuera de ella estamos a salvo.

—¿Una posibilidad?

—Sí, señor. Una persona ha tenido la oportunidad de esconder algo.

—Comprendo —la voz del primer ministro volvía a demostrar ansiedad—.
¿Quién?

Appleby vacilaba, pero al fin pensó que la línea estaría bien custodiada.

—Mr. Gervase Crispin.

Un sonido desconcertante, parecido a un carcajada, corrió por los hilos telegráficos desde Downing Street.

—Si eso es todo, Mr. Appleby, puede usted dejar en libertad a todo el mundo. ¡Gervase! Bueno, bueno. Sospeche usted del duque si quiere, nunca he podido conocerle a fondo. Pero a pesar de ser un gran secreto le diré... Bueno, él me hizo el borrador del documento...

—¡Oh! —exclamó Appleby.

—En fin, y pensándolo bien, ¿quién hubiera podido...? Bueno. Detenga al canalla que asesinó a Auldearn. Adiós.

Y el primer ministro colgó el auricular.

Appleby maldijo al primer ministro, maldijo a los oscuros espías de Scamnum, y maldijo en particular a Gervase Crispin. La imagen que se había hecho de él como «un magnate sin escrúpulos» (tal era la burlona denominación del mismo Gervase) no había sido sino una pérdida de tiempo. Una pérdida de tiempo consentida por el mismo interesado, con la irresponsabilidad más grande del mundo, por mero afán de fantasía, ya que había negado tanto implícita como explícitamente cualquier conocimiento íntimo del documento. Pero quizá se hubiera comprometido al hacerlo; la verdad es que ni siquiera el duque sabía que su pariente estaba enterado de él. Todo el asunto había tenido un carácter especialmente incómodo. Era fundamentalmente incómodo que el mundo tramara y persiguiera proyectos como el de «Lucio y Perca», y temblara por ellos. Tal vez ninguna de las personas complicadas lo sabía siquiera; pero ése era el hecho, y para un hombre de la mentalidad de Appleby, era igualmente incómodo que ninguno de los posibles espías hubiera sido del todo eficiente: todos habían contribuido a embrollar las cosas.

Por lo menos ahora quedaba libre el terreno para la investigación de los asesinatos. Appleby dio orden de retirar a los policías de las terrazas y luego volvió al frente de la sala. Tres caminos se abrían ante él. Tenía por delante un estudio detallado de los movimientos de muchas personas en relación, al mismo tiempo, con los crímenes y con los mensajes. Había la extraña perspectiva indicada por Tucker con respecto a Malloch, a la que se había referido en su reciente conversación con Nave. Y por último quedaba Bunney. Una idea se ofreció a la atención de Appleby: el invento de Bunney, aun mirado con cierto sentido humorístico, había sido considerado en Scamnum como un instrumento científico preciso, si bien no muy útil. Bunney había hecho con él una demostración; clara e inteligentemente había mostrado a todo el mundo su funcionamiento. Podía grabar registros extraordinariamente precisos de la voz humana. Los inocentes, con excepción de la

perspicaz *miss* Terborg, habían tardado en comprender las posibilidades que esto implicaba; pero esas posibilidades no pudieron escapar al astuto autor de los siniestros mensajes. Por bien que uno pudiera disimular su voz, registrarla en el aparato de Bunney era peligroso. Por consiguiente, también en este caso había que pensar en el tema, ya familiar, del riesgo corrido por el asesino. Lo mismo que al disparar contra Auldearn y al arrastrar el cadáver de Bose por toda la casa, también esta vez parecía haberse expuesto deliberadamente al peligro. En las dos ocasiones anteriores el criminal había salido indemne. Era posible que en esta tercera (la primera en realidad) hubiera fracasado. Por lo menos no era imposible. Bunney debía ponerse a trabajar al momento. Appleby volvió a la sala para buscar a Nave, Gott y Elizabeth en el lugar en que los había dejado, y encontró a los dos primeros trabados en una especie de duelo verbal, mientras Elizabeth los miraba con expresión divertida. Pero Bunney no había regresado aún. Appleby miró sorprendido su reloj.

—Me sorprende...

La puerta del fondo se abrió bruscamente y Noel entró jadeante en la sala.

—Mr. Appleby, Nave, ¿quieren ustedes venir? Bunney ha sido atacado al salir de su habitación. Me parece que está muerto.

Bunney había sido golpeado en la cabeza, por detrás, cuando pasaba por un tramo oscuro del corredor. No estaba muerto, pero sí en peligro de muerte. Nave y Biddle opinaban que podía salvarse, pero que su estado sería crítico durante algunas horas. La nómina de los asesinatos de Scamnum, como Nave comentó lúgubrememente, era por el momento incierta. Y era difícil creer que no se hubiera hecho una tentativa audaz de asesinato, porque un golpe mucho más leve hubiera logrado igualmente lo que parecía ser el objetivo racional del asesino: dejar expedito el camino para un robo. El robo se había realizado, sin duda. En un rincón del dormitorio de Bunney había una voluminosa maleta cuyo interior estaba dividido en varias secciones. Y en cada sección había un cilindro de metal hueco cubierto de una sustancia crasa, con una pequeña tarjeta descriptiva. Sólo uno faltaba, pero la tarjeta correspondiente estaba allí con una simple fecha y estas significativas palabras: «El mensaje curioso».

Habían trasladado a Bunney a otra habitación. Appleby estaba solo con Gott, paseándose de arriba abajo con las mandíbulas apretadas. Se detuvo.

—¡Con qué velocidad trabaja ese demonio sanguinario! Dígame, Giles, ¿cómo ha sucedido esto? ¿Antes que usted llegara con Bunney a la sala se discutió en público la posibilidad de identificar la voz?

Gott asintió:

—Efectivamente. Clay lo insinuó en el desayuno. Fue una idea que se le ocurrió de pronto y vino a comunicárnosla. Y Bunney contestó que sí, que creía poder identificar al criminal comparando el cilindro del mensaje con los otros registros de nuestras voces. Y cuando lo dijo, lo conduje a usted directamente.

Appleby esbozó un ligero ademán de impotencia, imposible de dominar.

—¡Y de ese modo dio la alarma y el asesino decidió actuar inmeditamente! Debí haber pensado en eso. Debí haber sabido que desde ese momento Bunney estaba en peligro. ¡Pobre diablo! ¿Quiénes estaban presentes, Giles? ¿Quiénes asistieron al desayuno?

—Creo que en ese momento estaba más o menos la mitad de los huéspedes. Podría darle a usted varios nombres, pero no una lista completa. Será otro caso de investigación laboriosa.

—Sí, pero por lo menos eliminará a unos cuantos. Oportunidad para enviar los mensajes, para disparar contra Auldearn, para apuñalar a Bose, para enterarse del plan de Bunney y atacarle... Cuando averigüe las coartadas de todo el mundo para estas ocasiones, habré adelantado algo quizá; parece el camino más rápido, ahora que la esperanza de Bunney se ha desvanecido.

Appleby se dirigió a la puerta violentamente y Gott comprendió que estaba furioso.



3

LOS HUÉSPEDES INDESEADOS, los que se habían alojado en Scamnum sólo para asistir a la representación, habían partido ya.

En silencio, o murmurando discretas palabras premeditadas, o tartamudeando todo lo que se les ocurría, habían estrechado las manos del duque y de la duquesa. Después se habían precipitado hacia la libertad, y hacia la importancia que sin duda tendrían de regreso en la ciudad, donde serían muy solicitados durante varias semanas.

Pamela Hogg se despidió hecha un mar de lágrimas, porque el correo de la mañana la había informado de que Armageddon estaba realmente mal. Mrs. Platt-Hunter-Platt se ofreció para entrevistar al ministro de Relaciones Exteriores o al detective extranjero digno de crédito, según el duque prefiriese. Y la duquesa viuda volvió a Horton Ladie's sin sospechar que un filólogo americano, que volvía ahora lentamente a la vida desde el mismo umbral de la muerte, había querido comparar sus hábitos lingüísticos con los atribuidos a *lady* Lucy Lumpkin por el erudito Odger. Todos habían partido ya. Scamnum, con menos de la mitad de sus huéspedes habituales, pareció por un tiempo una gran escuela habitada sólo por los escasos pensionistas de las vacaciones.

En la sala de actores, descartada la intervención de Bunney, Appleby se entregaba a una lenta y pesada rutina. Carecía por el momento de pruebas circunstanciales. En lo referente a los asesinatos, nadie había visto nada siniestro. Y fuera de un revólver de tipo común, no tenía indicio material alguno; no había rastros de pisadas, ni restos de la variedad de arcilla que sólo se encuentra en Loamshire. Todo lo que poseía era un motivo aislado, revelado repentinamente por Tucker, y cierto número de datos significativos de tiempo y de lugar. Basado en ellos, como le sugirió a Gott, sería posible establecer una tabla de eliminaciones, probando que esta o aquella persona no podían haber hecho todo lo que el criminal había hecho. Por supuesto, era teóricamente posible que varias manos hubieran intervenido en el asunto, además de una actividad paralela del o de los espías. Los dos crímenes podían ser

independientes. La persona responsable de los mensajes podía no ser responsable de los asesinatos. E incluso, cada uno de los cinco mensajes conocidos podía tener distinta fuente. Pero todas éstas eran hipótesis fantásticas que debían ser abandonadas hasta que la única hipótesis verosímil fuera investigada convenientemente. Y la hipótesis verosímil era que tanto los mensajes como los crímenes eran obra de una sola mano. Una sola mano había disparado contra Auldearn, apuñalado a Bose, golpeado a Bunney y escrito los cinco mensajes.

Dadas estas circunstancias, Appleby creía estar frente a un asunto familiar, perversamente audaz. El asesino había multiplicado atrevidamente los peligros que podía correr; y lo había hecho siempre para conseguir un efecto dramático.

- 1) Había disparado contra Auldearn exponiéndose a ser visto por Bose, aun cuando pudiera probarse que el viejo Max Cope fuera el culpable. Porque Bose, como un simple experimento lo había puesto en evidencia, no tenía más que mirar hacia arriba en el momento crítico, para ver bastante de lo que ocurría por el hueco de la trampa, y saber que el disparo había partido del escenario superior, ocupado por Cope.
- 2) Se había arriesgado al llevarse el arma del escenario posterior, y éste era un riesgo muy grande. Si no lo hubiera hecho, aun cuando lo hubiesen visto salir por entre las cortinas después del disparo, podría haber estado relativamente seguro, por la falta de evidencia positiva. Pero en posesión del revólver, habría bastado que un observador decidido se encarara con él, lo detuviera y lo registrara, para que su destino quedara resuelto. Y este riesgo lo había corrido también para lograr un efecto pequeño, pero impresionante; para esconder el arma en el lugar más lóbrego posible: la calavera de Yorick.
- 3) Había arrastrado el cuerpo de Bose, frente a una docena de habitaciones habitadas, y otra vez para lograr un efecto: una especie de desafío.
- 4) Había enviado, de una manera u otra, cinco mensajes amenazadores o espeluznantes, y aquí aparecía un nuevo factor, en opinión de Appleby. También en esto había habido riesgo: cinco riesgos, acumulados. Probablemente, se podía rastrear cada mensaje; y hasta una asociación dudosa o incompleta con una persona dada se haría digna de consideración si se pudiera establecer para tres, o por lo menos para dos de los mensajes. Era un riesgo acumulativo. También el efecto lo era. Porque el asesino poseía un sentido efectista excelente a su modo; era un maestro de lo macabro y de lo terrible el que estaba trabajando en la sombra. ¿No había habido algo superfluo en la maquinación de los mensajes? El encontrado en el automóvil de Auldearn, en el momento mismo de su llegada a Scamnum —aquellos versos sobre la entrada fatal de Duncan en las fortificaciones del

castillo de Macbeth—, resultaba perfectamente adecuado, a la luz de los acontecimientos ulteriores. Y también lo era el otro pasaje de Macbeth cuando clamaba en la casa dormida su anuncio de un hecho inminente de carácter horrible. E igualmente efectivo, aunque sólo por la rareza e ingenio del procedimiento empleado, el mensaje transmitido por lo que Scamnum llamaba con ligereza «la caja negra de Bunney».

Sin embargo, con excepción de ellos, los demás eran relativamente intrascendentes.

Noel había recibido un mensaje por correo y Gervase un telegrama, y ninguno de los dos parecían ahora adecuados o enérgicos. Desde el punto de vista artístico (el asesino debía ser considerado como un artista, por muy extraño que pareciera), ambos mensajes significaban una agradable economía en materia de sensacionalismo.

—Pero miremos las cosas de otra manera —se exhortó Appleby—. Observemos el método empleado para cada comunicación.

Y se puso a hacer una lista: a) personalmente; b) por un combinado de radio-ortofónica; c) por un dictáfono; d) por correo; e) por telégrafo.

¿No era esto lo que Nave habría llamado una «manifestación»? ¿No era acaso la actitud de un boxeador que, seguro de su invulnerabilidad, se entretiene golpeando sistemáticamente tan pronto en uno como en otro lado? Podía decirse que no faltaba sino la radio; era muy difícil que la Mano Negra pudiera secuestrar el aire. La radio propiamente dicha y el teléfono. Appleby se preguntaba si no habría habido un sexto mensaje telefónico dirigido a alguien que hubiera preferido pasarlo en silencio. O si no estaría por llegar. Así, pues, los mensajes cumplían dos propósitos: causaban sensación y significaban un desafío: «Observen», parecía decir la Mano Negra, «la cantidad de medios que puedo usar airosamente». Una hoja de papel escrita a máquina y enviada por correo, puede ser una pista difícil de seguir. Pero ¿qué decir de un telegrama, de una nota depositada en el automóvil de un eminente hombre de Estado y de meterse con ortofonías y cajas negras ajenas?

Appleby pensó que aun cuando la investigación sobre las fuentes de los mensajes no condujera a ninguna parte, el mero hecho de significar tan claramente un desafío no dejaba de ser ilustrativo.

Y decidió consagrarse primordialmente a esta investigación. Su ayudante, el sargento Mason, había llegado de Londres con el capitán Hilfers algo después del atentado contra Bunney. Él empezaría, mientras tanto, a averiguar los movimientos de cada uno en el momento de los dos asesinatos: un trabajo de vital importancia del que el mismo Appleby podía despreocuparse en cuanto se hubieran reunido los datos preliminares.

De este modo esperaba ganar tiempo, evitándose esos callejones sin salida de los interrogatorios a personas que disponen de coartadas sólidas.

El primer punto de importancia en lo referente a los mensajes —reflexionaba— era que sólo quedaba el vehículo material de dos de ellos. La nota deslizada en el

automóvil de Auldearn, la nota enviada a Noel por correo y el telegrama recibido por Gervase, habían sido destruidos.

En el momento de su recepción no fueron considerados sino como estúpidas misivas anónimas, que habían pasado al limbo por intermedio del cesto de los papeles. El cilindro del dictáfono, que tan espectacularmente iba a ofrecer la audición de la oración dominical, había sido substraído con éxito ante las propias narices de la policía, por dura que esta idea resultara.

Todo lo que quedaba eran dos discos de ortofónica, y probablemente el original del telegrama remitido a Gervase. Aun cuando el mensaje telegráfico hubiera sido telefonado desde Scamnum Ducis, de modo que no existiera un original escrito, quedarían de todas maneras la fecha y la hora de transmisión en los archivos del correo.

Pero convenía empezar por el mensaje de Auldearn. Appleby se apoderó de Gott, uno de los testigos disponibles, y se encaminó con él en busca del otro: el chófer de lord Auldearn. El hombre estaba lavando tristemente el automóvil de su difunto patrón; parecía trastornado, indignado y ansioso por ayudar.

El mensaje, declaró Gott, había sido escrito a máquina en una página *in quarto* de papel común. Él mismo lo había descubierto: una bolita de papel arrugado en un rincón del coche, pocos minutos después que éste hubiera entrado en la propiedad y unos segundos antes de detenerse ante el edificio. El chófer, Williams, que al llegar había mirado el reloj del coche para calcular el tiempo del viaje, podía decir la hora exacta: las cuatro y veintidós. Por lo tanto, el mensaje había estado en el coche alrededor de las cuatro y veinte del viernes. Pero ¿cómo fijar un límite anterior? ¿Cuándo *no había podido estar* en el automóvil? Williams podía jurar que no estaba cuando lord Auldearn subió a él, en la puerta de su casa de Londres. Si hubiera estado entonces, Williams lo habría sacado al arreglar las alfombrillas. Y eso había ocurrido a las dos y cinco. Pero podía haber sido arrojado allí en los cinco minutos siguientes, cuando él ocupó su puesto frente al volante, y estaban esperando que llevaran de la casa una maleta de viaje. ¿Podía no haberlo advertido lord Auldearn, si hubiera estado en el coche durante todo el trayecto? ¿Y era posible que no se hubiera dado cuenta de que habían arrojado algo al interior?

—Sin duda —contestó Williams—. Su señoría era muy miope, y a menudo no veía cosas mucho más voluminosas que una bolita de papel.

Si no hubieran recogido a Mr. Gott, él, Williams, la habría encontrado tarde o temprano, quizá al entregar el coche a los lacayos, a la llegada. Y, por supuesto, se la hubiera entregado a su señoría; no hubiera asumido la responsabilidad de romper algo que podía ser importante. Cuando uno estaba al servicio de un lord canciller...

—Completamente de acuerdo —interrumpió Appleby, y pasó al punto siguiente—. Después de salir de la ciudad, ¿qué oportunidad pudo haber habido?

Williams parecía dudar. Hasta salir de Londres, tal vez varias: al disminuir la marcha, o cuando estaban detenidos en medio del tránsito; pero ¿cómo pudo saber el

sujeto el momento preciso para hacerlo? Desde otro coche hubiera sido posible... con habilidad. Pero una vez pasado Londres, dudaba de que hubiera podido hacerse.

—¿Y cuando llegaron a Scamnum?

—Bueno, conduje muy lentamente por la calzada, como Mr. Gott sabe. Los caballeros que poseen parques con ciervos suelen incomodarse si uno no tiene cuidado.

—Ya lo sé. Pero ¿estaba alguien en la calzada?

—Estaba Macdonald, el jardinero jefe —intervino Gott—. Lo recuerdo tocándose el sombrero para saludarnos cuando pasábamos.

—¿Macdonald? —Appleby estuvo a punto de mencionar la curiosa conducta de Macdonald que le había contado Trumpet, pero se contuvo delante del chófer.

—¿Se habría dado cuenta si alguien hubiese arrojado el mensaje mientras estaba usted en el automóvil, Giles?

—Es probable, pero no seguro —dijo Gott cautamente; luego se le ocurrió una idea—: ¿Entró por la puerta sur? —preguntó a Williams.

—Sí, señor.

—Es una posibilidad —Gott se volvió a Appleby—. Allí hay dos pabellones gemelos, unidos por una especie de puente fortificado bajo el cual se pasa para entrar. Y hay una escalera exterior por la que se sube al puente, y a la que tiene acceso cualquiera. Es una perspectiva.

—Entró muy despacio por ahí —añadió Williams.

Esto fue todo lo que se pudo descubrir.

De dos y cinco a dos y diez, era el tiempo más verosímil en la ciudad; de dos y diez a cuatro y diez, era posible, pero no probable; a las cuatro y diez, en la puerta sur, era otra vez verosímil. Cualquier sospechoso tendría que probar el empleo de su tiempo en relación con este esquema. De vuelta a la casa, Appleby ensayó otro rumbo. ¿No recordaba Gott nada especial sobre el texto del mensaje, algún signo, por ejemplo, que revelara haber sido tomado de una edición determinada?

Gott sonrió del ingenio evidenciado por la pregunta, pero no recordaba nada de esa especie. El mensaje estaba redactado en lengua moderna, como lo están, por desgracia, la mayor parte de las ediciones de Shakespeare, y podía provenir quizá del viejo texto de Cambridge, del cual se poseía un ejemplar en una de cada cinco casas de Inglaterra.

Y eso fue todo. Se habían fijado valiosos períodos de tiempo, y, sin embargo, Appleby sentía que, en general, éste era un tanto más a favor de la Mano Negra. Había habido oportunidad en Londres y cerca de Scamnum: todo apuntaba en dirección a lo desconocido.

Después venía la carta de Noel. No era necesario perder tiempo con ella. Ni posible. Nada podía hacerse por ese lado. Había sido despachada en el West End el viernes por la mañana; Noel lo recordaba. Pero no requiere sino un mínimo de ingenio despachar una carta desde el lugar que uno desee. No había perspectivas en

esa dirección.

Appleby se volvió a las grabaciones ortofónicas y a las oportunidades de acceso al aparato de radio, hacia las dos y media de la madrugada anterior. Si los discos eran nuevos, habría alguna posibilidad de obtener información sobre su procedencia. Ni el Carillón ni el recitado de Macbeth por Clay debían ser grabaciones muy solicitadas, y los archivos de la casa productora indicarían qué revendedores podrían ser consultados con provecho.

Appleby mandó buscar los discos: ambos eran muy usados y viejos. Si la Mano Negra los había comprado nuevos, la transacción estaría profundamente hundida en el pasado, y sería imposible encontrar una pista. Y si los había adquirido recientemente de segunda mano, se necesitaría una red demasiado fina para tener la más remota posibilidad de éxito. De todos modos, Appleby se comunicó con Londres en seguida. Luego consideró la cuestión del acceso al aparato y no adelantó nada. El aparato estaba en una pequeña antesala, cerca de una puerta de servicio. Cualquiera pudo bajar en plena noche, poner la máquina en funcionamiento y, deslizándose por la puerta de servicio, trepar un par de escaleras laterales hasta estar de regreso en uno de los corredores altos. Scamnum era un edificio especial para tales trucos. Y en la alarma ocasionada por el tañido de la campana, nadie había estado en condiciones de observar movimientos sospechosos. De todos estos datos sólo podía deducirse una cosa: la Mano Negra tenía cierta familiaridad con la casa; lo que realmente no significaba nada.

«Hasta este momento —se dijo Appleby—, el enemigo está ganando en toda la línea».

Los siguientes puntos a considerar eran el conocimiento de la caja de Bunney y la posibilidad de un acceso privado a ella en algún momento antes del desayuno, el sábado por la mañana. Aquí el testigo más importante estaba fuera de combate; pasaría algún tiempo antes de que Bunney pudiera comunicarse de nuevo con el mundos Pero se podían anotar algunos hechos significativos. Bunney había llegado el viernes después del té, y no había tardado en hacer funcionar su máquina, como Gott pudo comprobar en la terraza antes de la comida. Además de su misteriosa sutileza fonética, no había nada particularmente nuevo en el aparato, excepto que combinaba de modo poco usual la grabación y la transmisión de la voz. Pero como Bunney estaba orgulloso de su invento, lo pregonaba por todas partes. En las últimas horas de la noche del viernes había hecho una demostración a todos los huéspedes en la biblioteca; también en la biblioteca, poco antes de medianoche, un Bagot algo reticente había repetido la oración dominical; y finalmente allí había quedado la máquina durante la noche. La Mano Negra no tenía más que entrar para disponer de ella. Todo esto era muy desconcertante para Appleby, que se volvía a su última esperanza.

El telegrama de Gervase parecía más alentador. Era el primero de los mensajes, y había sido recibido en la Cámara de los Comunes el lunes por la tarde, una semana

antes de la representación. La oficina de procedencia era Scamnum Ducis. En otras palabras, el telegrama había sido expedido desde un pueblecito situado a unos dos kilómetros de Scamnum Court, días antes de reunirse la mayoría de los huéspedes. Y Appleby • dudaba que hubiera sido telefoneado. Es posible dictar telegramas desde cierta clase de cabinas telefónicas públicas, y había descubierto una de ellas a algunos kilómetros de distancia, sobre la carretera de Horton. Pero enviado desde allí, la oficina de procedencia no habría sido Scamnum Ducis, sino King's Horton. Otra posibilidad era que se hubiera usado el teléfono de Scamnum mismo con todo secreto. Eso dependía de las disposiciones domésticas que se hubieran tomado en tal materia, y por un momento Appleby encaró otra entrevista con el alarmante aunque eficaz Mr. Rauth.

Pero se le ocurrió que, de cualquier modo, debería hacer ciertas investigaciones en la oficina local, y que, por lo demás, un paseo de treinta minutos entre ida y vuelta podría servirle para compensar el sueño perdido en la noche. Así, pues, dejó sus instrucciones y se internó rápidamente por el parque. Fue detenido en una ocasión por uno de sus propios auxiliares locales. Había retirado los hombres de las terrazas, pero en cualquier caso quería asegurarse de que nadie podría salir ahora de Scamnum sin despedirse con toda formalidad.

Appleby aspiró profundamente el aire de junio mientras caminaba de prisa por la calzada de automóviles. Se había adelantado el verano en esas regiones del sur. El aroma del heno temprano ascendía de todas partes y ya se oscurecían las hojas de los robles. Por encima del hombro izquierdo miró hacia la colina de Horton. Debía haberse reunido una buena multitud en la cumbre porque no se había hecho nada por alejarla. Todos los ociosos de los pueblos vecinos, al leer las estimulantes noticias en sus periódicos, se habían apresurado a sacar el coche o el auto, para ver lo que pudieran. Y pronto llegaría también gente de Londres; gente de esa que se escapa a curiosear por un día. Extraño fenómeno, pensaba Appleby, el de una sociedad abrumada por el exceso de individuos que, liberados de su rutina especializada de un día o de una vida, no se dedica a pensar, ni a leer, ni a practicar una distracción provechosa, sino sólo a curiosear. ¡Inestable mundo el nuestro, sobre el cual documentos como el de «Lucio y Perca» podían tener un poder real y terrible!

Pero esa preocupación inmediata había desaparecido. La mirada de Appleby, al recorrer la colina, se detuvo sobre un objeto blanco y rojo que se movía en dirección a la multitud congregada en la cumbre. Se sintió intrigado un momento. Luego vio que se trataba de un carrito de helados; el comercio va en pos de la sensación.

Scamnum Ducis es una aldea diminuta; el espacio cúbico de todos sus edificios juntos cabría varias veces en una sola ala de Scamnum Court. Una proporción extraña, reflexionaba Appleby, todavía en vena sociológica, y, sin embargo, menos desilusionante que la sucesión continua de casas enormes y microscópicas que formaba la mayor parte de la Inglaterra actual. Miró alrededor. Buscó la inevitable posada con las armas de los Crispin. Observó, en uno de los cuarteles, las tres bolas

que atestiguaban el matrimonio de un antiguo Crispin con una Médicis venida a menos. No había iglesia, porque la iglesia estaba dentro del parque (así era más conveniente para la familia), pero sí un instituto fundado por el duque tardíamente romántico, con un bajo relieve de Shakespeare, Milton, Wordsworth y lord Macaulay, cordialmente reunidos. Y había también una oficina de correos, esa clase de oficina de correos que es al mismo tiempo un almacén de artículos generales. Allí vio postales de Scamnum, y cajas de cartón con golosinas torpemente mezcladas en la vidriera; y todo era de dimensiones tan modestas, que Appleby, recordando a los clásicos de su infancia, no se hubiera asombrado de verlo presidido por Ginger y Pickles o por Mrs. Tabitha Twitchit. Pero no era así. La dirección la ejercía una joven asombrosamente parecida al duque de Horton.

«Las leyes de la herencia no tienen escrúpulos en enfrentarnos con los más molestos recuerdos de nuestros antepasados», pensó Appleby, y se presentó a sí mismo. Pero la muchacha, al saber que estaba en presencia de Scotland Yard, emitió un sonido gutural de miedo, indigno del ánimo de los Crispin, y desapareció en la trastienda. Inmediatamente ocupó su lugar una venerable matrona, de mirada penetrante, que estudió a Appleby con la mayor concentración. Appleby la miró a su vez con bastante esperanza: una vieja chismosa, de curiosidad insaciable, podía representar quizá la derrota de la Mano Negra.

—Estoy investigando un telegrama —le dijo—; un telegrama enviado desde esta oficina, no hace mucho tiempo. Voy a hacerles unas preguntas. Pero no quiero que nadie empiece a pensar que recuerda lo que en realidad no recuerda. He venido aquí por si acaso y nada más. ¿Comprende?

En oportunidades anteriores. Appleby había comprobado que ésta era una táctica muy útil: la memoria de la gente trabaja mejor cuando no siente que se espera algo urgente de ella. Pero la vieja de mirada penetrante lo miró con cierta indignación.

—No han pasado muchos telegramas por esta oficina que yo no pueda recordar —dijo enérgicamente.

Era un dato espléndido, aunque no parecía una cualidad acreditable ante el Director General de Correos.

—Además, es un telegrama bastante curioso —prosiguió Appleby—. Sólo constaba de dos palabras: «Hamlet, venganza».

—¡Ah! —contestó la vieja—. Ha habido muchos parecidos.

Appleby se sintió anonadado. Había esperado mucho del texto del mensaje recibido por Gervase; necesariamente debió atraer la atención al ser transmitido. Pero había olvidado algo que la Mano Negra recordó: en las semanas pasadas, Scamnum había estado enviando telegramas sobre la representación, con toda la prodigalidad de una gran casa. Y en estos telegramas se había empleado con cierta frecuencia la palabra «Hamlet». Como decía la vieja, «había habido muchos parecidos», y el mensaje «Hamlet, venganza» no tenía por qué atraer una atención particular.

—Muchos parecidos —repitió la mujer—. Hará quince días que el mismo Mr.

Rauth trajo dos. Uno era para Jolce y Burnet, de Saint Martin's Lance: «Información sobre *Hamlet*, referente material escenográfico sin recibir. Ruego pronto despacho. Gott». Y el otro era para Miles, Oxford Street: «Despache diez copias *Nuevo Hamlet* de Cambridge, vuelta de correo. Horton». Esa misma tarde llegó un extraño, un caballero alto, con traje y corbata grises, de la estatura de nuestro hijo Tom, que mide exactamente seis pies; de ojos grises, y con uno o dos lunares en la nariz como una muchacha, y estuvo aquí pasándose la mano por el pelo mientras escribía su telegrama. Después me lo entregó. Era para Malloch, Renkine Lorge, Aberdeen: «*Hamlet* resucitado y repasado stop nuestra polémica referente exclamación Kid exige ulteriores discusiones». Después, a la mañana siguiente...

Appleby miró a la mujer de ojos penetrantes que podía reconstruir tan tranquilamente un telegrama de la quincena anterior con algo muy semejante a envidia profesional.

Su descripción de Gott había sido sólo un grado menos maravillosa que su memorización verbal de un fragmento de broma académica que debió haberle resultado incomprensible. Su esperanza se reanimó una vez más. Aun cuando hubiera habido «muchos parecidos», la vieja parecía recordarlos todos con la precisión de un artista en chismorreos.

—Entonces —prosiguió— debe usted recordar ese telegrama: «Hamlet, venganza», y quizá también a su remitente.

Pero una expresión de perplejidad, casi de decepción, se extendió por el rostro de la vieja. Sacudió la cabeza sombríamente.

—No fue enviado hace mucho tiempo —la animó él—; sólo ocho días. Ayer hizo una semana.

—¡El lunes! —la mujer parecía profundamente indignada—. ¿Espera usted que yo recuerde algo sobre un telegrama despachado aquí el lunes? ¿Ha oído usted hablar alguna vez de las carreras de Horton?

¡Así que ésa era la causa! Por eso Gervase recibió su telegrama cuando lo recibió. Había un día en el año en el cual cualquiera podía despachar un telegrama desde la pequeña oficina de Scamnum Ducis, sin tener la más remota posibilidad de ser recordado. Era el día de las carreras locales, cuando la aldea entera se convertía en una arteria para el tránsito de caravanas de vehículos de los que descendían hora tras hora sus ocupantes en la oficina de correos para telegrafiar o telefonar apuestas. Cualquiera podía no sólo haber viajado desde Londres o desde donde fuese para despachar su telegrama con la impunidad más absoluta, sino que cualquiera de Scamnum podía haberlo hecho también con idéntica impunidad. Porque ese día acudían dos empleados de afuera para ayudar en el pesado trabajo, y el mismo duque podría haberle entregado a uno de ellos el telegrama sin que nadie se enterase. Por último, el mensaje había sido despachado en el mostrador y no por teléfono. La mujer encontró el original sin dificultad con la hora de emisión: las dos y quince p. m., debidamente consignadas. Era un formulario común, escrito con lápiz en grandes

caracteres de imprenta. Una cosa con la cual nada podía construirse, fuera de un cuento de hadas.

Appleby se regresó a Scamnum con la sensación de haber obtenido un resultado muy secundario en el asunto de los mensajes. Todo lo que había ganado eran algunos escasos datos de tiempo y de lugar. Descartada la idea de agentes y de cómplices, podía aseverarse que la Mano Negra había estado en la oficina de correos de Scamnum Ducis a las dos y quince del lunes anterior a los asesinatos. Y que a los pocos días, el viernes, había estado o bien frente a la casa de lord Auldearn, en Londres poco después de las dos, o en las cercanías de la puerta sur de Scamnum, poco después de las cuatro; o, lo que era menos probable, en algún punto de la ruta entre estos dos lugares, al pasar el automóvil de la víctima. Esta información, aunque exigua, no carecía del todo de valor; podía servir para eliminar, por lo menos de una manera aproximada, a alguna que otra persona de un grupo de sospechosos alarmantemente nutrido. Y si se agregaba esta prueba a otras similares, podía conseguirse un buen adelanto. Tomando, por ejemplo, el caso de Malloch como sospechoso, era necesario preguntarse, verificando sus movimientos, si hubiera podido: a) arrojar el mensaje al automóvil; b) enviar el telegrama; c) disparar contra lord Auldearn; d) apuñalar a Bose; e) atacar a Bunney. Con tales medios, por laboriosa que resultara su aplicación a una gran cantidad de personas, se podía hacer bastante camino. Este era un hecho que el criminal no pudo haber descuidado; era necesario reconocer una vez más su audacia. De repente, Appleby detuvo el paso, pensativo. Tenía la sensación de haber llegado ya a alguna parte, aunque no fuera al lugar deseado.

Había tomado a Malloch como ejemplo, involuntariamente. El relato de Tucker había sido extraordinario; bastante extraordinario para que él lo encarara, en la completa oscuridad que envolvía aún el caso, como un viajero atisba entre las sombras un lejano resplandor hacia oriente.

Hasta ese momento hubiera lamentado que Malloch se alejara. Ahora se le ocurría de pronto que Malloch vivía en Aberdeen. Había declarado que llegó bastante tarde de Aberdeen en la noche del mismo viernes en que se deslizó el mensaje en el automóvil. De no haber fingido sus movimientos, y era difícil suponer qué lo hubiera hecho ante la perspectiva de una investigación policial, debía haber estado viajando a través de los Midlands en un tren expreso, en el momento en que Gott alisaba el papelito en el coche de lord Auldearn. ¿Y qué decir de la tarde del lunes anterior, el momento significativo en relación con el telegrama de Gervase? ¿Podría probarse que Malloch había estado entonces del lado sur del Tweed? Appleby, casi lamentándolo y casi irrazonablemente, lo dudaba. Esto era la técnica eliminatoria en funcionamiento, que disipaba toda esperanza de luz que pudiera haber existido.

Quedaba por hacer una inmediata investigación sobre los mensajes. Appleby se desvió de su camino y se fue a observar la entrada sur. Como Gott había dicho, era una curiosa construcción gemela, con un puentecillo en la parte superior; una obra

aparentemente construida en este lugar fantásticamente inadecuado para satisfacer una melancólica inclinación a la simetría. Dos pares de escaleras gemelas daban acceso al puentecillo: uno en el interior del parque, y el otro sobre la carretera pública. Cualquiera que lo deseara podía subir al techo del guarda. Appleby, en quien el fracaso estaba creando una disposición de espíritu cada vez más radical, pensó que esa actitud podía interpretarse como un bonito símbolo de lo que los Crispin significaban para el mundo. Pero en lugar de detenerse a especular sobre esta idea, trepó los escalones y subió también al techo, caminó por él y se inclinó hacia abajo. El puentecillo tenía un antepecho de tres pies. Sentándose en el suelo, cómodamente apoyado contra la pared, se podía permanecer a la expectativa, aparentando tomar el sol, sin ser visto desde el camino. Era el lugar ideal para arrojar el mensaje de Auldearn.

Descendió al pabellón para hacer algunas averiguaciones sobre la tarde del viernes. Pero nadie había observado nada. Las puertas habían permanecido abiertas todo el día y al parecer el guardián no tenía obligación de salir cuando entraba algún automóvil. A veces, en los cuartos altos, se podía oír a gente que caminaba sobre el techo, generalmente paseantes. Pero nadie lo recordaría; cualquiera podría haber estado allí el viernes, o podría no haber estado. De modo que Appleby tuvo que volverse sin saber mucho más. Esto, al menos por el momento, terminaba con los mensajes.

Ahora debía ocuparse de un punto que Mason estaba empezando a investigar: la cuenta que cada uno podía rendir de sus actos o de los actos ajenos, en el momento de los asesinatos. Había una diferencia considerable entre ambos. Se había fijado el momento exacto de la muerte de Auldearn; pero tal precisión no existía para la muerte de Bose. Habían disparado contra Auldearn cuando todos los sospechosos estaban confinados dentro del área reducida de la mitad del salón que quedaba detrás de la escena; pero alguien había apuñalado a Bose cuando estos sospechosos estaban diseminados por sus habitaciones. El momento crucial, pues, era el del disparo. ¿Quién había estado allí entonces? ¿Con quién? ¿Y qué había visto? Appleby pensó que por aquí se andaba en terreno firme y, según podía presumirse razonablemente, bastante promisorio. Pero tenía una duda. Y mientras pensaba en ella, al acercarse al edificio vio a Nave que vagaba caprichosamente por la terraza superior. Presa de una súbita idea trepó los escalones y se reunió con él.

—¿Me permitiría usted otra consulta profesional? —preguntó.

Durante unos segundos Nave miró a Appleby como si no lo viera, como si la pregunta hubiera interrumpido una meditación más absorbente que las habituales. Y en ese lapso brevísimo, Appleby creyó discernir en la mirada del médico algo más que ausencia: el peso de una tensión intolerable. Pero Nave se puso en guardia en seguida.

—Quiero ayudar en todo lo que pueda —dijo lentamente.

—He estado reflexionando sobre el momento del asesinato; me refiero al de lord

Auldearn. Había cerca de treinta personas en una superficie relativamente reducida. Y aunque el asesino hubiera estado acechando entre las cortinas durante algunos minutos antes del crimen, debió haberse escapado de allí inmediatamente después de cometido. Debió haberse escapado inmediatamente después que el asesinato se anunciara ruidosamente. Y, sin embargo, nadie parece haber visto ningún movimiento sospechoso, o, por lo menos, nadie lo ha comunicado. Me parece extraño. Seguramente el asesino corría un riesgo enorme. O más bien dos: el de ser detenido inmediatamente y el de que los demás pudieran certificar recíprocamente sus movimientos, de modo que se llegara a él por un simple proceso de eliminación. Lo que ahora me preocupa son las condiciones en que funcionan la atención y la memoria humanas. En presencia de un acontecimiento impresionante, ¿no se fijarían con toda intensidad la escena y sus pormenores en la conciencia de cada uno de los presentes?

Nave se tomó algún tiempo para reflexionar.

—Es un tema muy interesante. Y la respuesta depende por entero de la magnitud de la impresión. Cuando ocurre algo interesante, asombroso, o por lo menos desconcertante, uno tiende a recordar la escena y las circunstancias más o menos detallada y vívidamente. Esto es verdad para todo el mundo casi sin excepción. Pero las cosas son distintas en un acontecimiento sustancialmente traumático; me refiero a un hecho que implique un *shock* considerable. Frente a un acontecimiento de esta clase la humanidad se divide en tipos. Supongamos que una persona sea atropellada por un autobús en la calle. Algunos tendrán después una imagen completa del suceso, la posición, las miradas y ademanes de los circunstantes y todo lo demás. Otros saldrían de la misma experiencia, o bien en un estado de amnesia con respecto a todo el asunto, es decir, sin la menor memoria de él, o, lo que es más frecuente, con un recuerdo absolutamente confuso e indigno de crédito. Es aventurado intentar una apreciación numérica, porque no se ha hecho aún ningún trabajo estadístico sobre el tema. Pero las personas que pueden recordar vívidamente son, en verdad, una minoría.

—Ese inesperado e impresionante disparo en la sala..., ¿lo clasificaría usted, *sir* Richard, como un acontecimiento sustancialmente traumático, por el que pudiera resultar confundida posteriormente la memoria de la mayoría de los espectadores?

Nave pareció reflexionar casi con ansiedad.

—Ese es otro punto interesante. Realmente interesante. Le diré por qué. Si se hubiera disparado el tiro en alguna otra ocasión (cuando estábamos todos en la mesa, por ejemplo), el efecto habría sido impresionante, por supuesto, pero no creo que hubiera provocado un *shock* en sentido técnico. En medio de la representación, ya era otra cosa. Ignoro si tiene usted alguna experiencia sobre la atmósfera que rodea las representaciones de aficionados. Es distinta y peculiar. Cada uno está extrañamente encerrado en sí mismo y en su papel. Uno parece atender a los demás sin atenderlos. Al hacer sus averiguaciones sobre lo que ocurrió antes del disparo, me imagino que

se sorprenderá usted al comprobar con cuánta vaguedad habla cada uno de los demás.

Appleby asintió. Esto concordaba de una manera significativa con algo que Gott le había dicho.

Nave prosiguió:

—Y sobre este conjunto de personas absortas irrumpió el disparo. El efecto sobre la mayoría de los que estábamos entre bastidores no debe haber sido muy distinto del efecto de ser atropellado. En realidad, es de esperar una buena dosis de embotamiento y confusión.

—¿Pudo el asesino contar con esto?

—Si el asesino tenía sentido psicológico, sí.

—Por lo menos tenía sentido escénico —comentó Appleby.

—Esto —concluyó Nave— es bastante evidente.

Noel Gylby y Diana Sandys dan vueltas y más vueltas alrededor del vivero de los lirios, y su conversación no tomaba el giro directo que hubiera debido tomar: también daba vueltas y más vueltas sobre el mismo asunto. Esto se debía en parte a que los jardines carecían de la habitual intimidad. Varios policías (contemplativos algunos ante las bellezas de Scamnum, otros deslumbrados ante sus esplendores) vigilaban todavía a media distancia, con inútil eficacia. Pero se debía en parte también a que Noel y Diana tenían puesta su atención en diferentes asuntos.

—Es absurdo —dijo Diana—. Ya ha pasado casi todo un día y no parece haber ocurrido absolutamente nada. No creo que hayan averiguado nada. ¿Quién cree usted que sea el culpable?

—Algún asno imbécil —contestó Noel con exasperante vaguedad—. Es el acto de un asno imbécil.

—A mí me ha parecido notablemente inteligente. Todo el mundo está desorientado.

—Sí, como estaría desorientado ante la travesura de un chico, imposible de comprender sólo por su excesiva estupidez. Los asesinatos son obra de mentalidades infantiles. Pruebas de desarrollo retrasado. ¿Ha pensado usted alguna vez lo siniestro que es Peter Pan? Si yo tuviera que elegir alguna de las personas aquí reunidas para cargarle los asesinatos, elegiría el asno número uno, Peter Marryat. Pero no me parece un tema interesante. Los pobres diablos ya están muertos; dejemos que la policía haga lo que pueda para descubrir a ese asesino idiota.

—Así es como el duque ha tomado la cosa —comentó Diana—. Supongo que eso se debe a la altivez de los Crispin.

—¡Oh! Vamos Diana...

—Exactamente: «Vamos, vamos»... Y en cuanto a ese asno estúpido de Marryat, no me parece que sea más retrasado que cualquiera de los otros, aunque su edad mental no pase de los ocho años. Si tuviera usted que hacer la investigación sobre esa

base, debería perseguir a casi toda la distinguida reunión.

—¿Quiere usted decir que todos son medio tontos?

—No. Solamente niños. Todos o casi todos, sólo proceden por móviles pueriles. Peter Marryat carece simplemente de un barniz protector de madurez convencional; es toda la diferencia.

—¿No es una apreciación demasiado optimista considerar los ocho años el término medio de la edad mental humana?

—No lo sé. Pero uno no puede vender jabones y pasta dentífrica sin descubrir que la humanidad, en términos generales, no ha llegado a la edad adulta. Quizá esto sólo ocurra en nuestra época, quizá es un debilitamiento progresivo. Empecé a pensar así cuando me ocupaba de una página femenina, antes de entrar en la propaganda. El promedio de la edad mental parecía decaer semana por semana. Hasta teníamos una norma de conducta: cuando una cosa nos parecía demasiado disparatada, demasiado insondablemente pueril e imbécil, la guardábamos sencillamente en un cajón para publicarla dentro de un mes o de seis semanas. Para entonces la gente ya estaría en condiciones de aceptarla. Supongo que esto es lo que se llama historia.

—Sí —aprobó Noel, algo vacilante; ya habían tenido otras discusiones sobre el valor del universo, y el tema le alarmaba—. Entonces, ¿qué podemos hacer? ¿Dejar que los niños de ocho años y los homicidas adolescentes se destruyan entre sí y pensar sólo en nosotros mismos?

Bueno, ¿no era eso lo que usted sugería? La muerte de Auldearn y la del negrito no interesan. Vamos a conversar sobre la vida, y la mujer, y el arte, y...

—Yo quería decir... —empezó Noel ofendido.

—No se preocupe. Pero si uno ha vendido jabón y ha escrito páginas femeninas y ha visto a la gente atrapada tan sin esperanza en su propia trampa, siente que cuando entrevé la posibilidad de prestar una ayuda honesta y desinteresada, debe entregarse a ello en cuerpo y alma.

—Así es —corroboró Noel, algo más alegre. Su juventud era fundamentalmente seria, y le interesaba mucho comprobar la seriedad de Diana.

—O quizá ser un poco útil en cualquier lugar que uno esté. Eliminando el peligro público de un asesino, por ejemplo.

—Sí —repitió él, apenas con una sombra de duda.

El fundamento de su pertinaz interés por el asesinato de lord Auldearn, sobre principios morales imponentes aunque sólo esbozados, quizá no coincidía del todo con la primera reacción de Diana en la sala, frente al mismo acontecimiento. Pero sólo un Noel mucho más maduro hubiera podido advertirlo.

—¡Oh, sí! —afirmó—. Debe ser eliminado. Pero de cualquier manera, ésa es la tarea de Appleby.

—Eso —insistió Diana— es lo que piensa el duque.

—No supondrá usted que podríamos dar una mano personalmente. No tenemos la información de que dispone la policía, y no creo que tuviéramos ni una sola ventaja

sobre ellos.

—Yo no estoy tan segura. Por ejemplo, Noel, clasifiquemos a toda esta gente en las categorías más generales que se le ocurran. Y empiece a localizar el tipo del criminal de esa manera.

Noel reflexionó, perplejo.

—¡Oh! Bueno, para empezar supongo que es éste un crimen cometido por un hombre.

—¡Magnífico! —exclamó Diana, a la vez triunfante e indignada.

—¡Caramba! ¿He hablado sin tacto? ¿Pie atropellado los derechos de la mujer y todo eso?

—No; sólo ha sido excesivamente confiado, como va a serlo ese policía. Ustedes piensan que el crimen revela demasiadas agallas para sospechar de una mujer.

—Dudo que Appleby dé por sentado...

—El cree que no, pero lo hará —interrumpió Diana con firmeza—. Y sea lo que fuere, usted y yo vamos a investigar por el lado de las mujeres.

Miró a Noel con el rabillo del ojo, vio que había ganado la batalla y agregó rápidamente:

—*Por favor*, Noel.

Al fin y al cabo, el estudio del temperamento masculino formaba parte de su oficio.



4

ERAN LAS ÚLTIMAS horas de la tarde.

Appleby y el sargento Mason, sentados en la sala de actores, provistos de lápiz y papel como si jugaran a un juego de salón, recibieron la visita de Gott.

—Nunca pensé que adelantáramos tanto —dijo Mason gravemente.

—No es bastante —replicó Appleby observando las sombras cada vez más densas sobre el piso.

Gott miraba alternativamente a uno y a otro.

—¿Están sobre una buena pista? —preguntó—. Me imagino que si trabajan puramente por eliminación, se acabará la evidencia antes que resulte provechosa. ¿A cuántos no han eliminado todavía?

—A cuatro —contestó Mason, que sentía muy poco entusiasmo por los aficionados.

—Es impresionante, pero aun así...

—Podemos conseguir aún algo más —dijo Appleby—, y de cualquier modo, Giles, ¿ve usted algún otro método posible en este momento? ¿Alguna otra manera de alcanzar la verdad?

—Creo que la hemos alcanzado.

Mason suspiró.

—¿Quiere decir que usted *sabe*, señor? —preguntó amablemente.

Gott miraba lleno de dudas a uno y a otro profesional.

—Sí —contestó—, en la medida en que uno sabe dónde está algo cuando sabe que está en el fondo del mar.

Frunció el entrecejo y se miró las yemas de los dedos.

—Parece muy absurdo, sin duda, pero siento que en el fondo de mi espíritu conozco la verdad. Sólo es cuestión de sacar ese conocimiento a la superficie.

—Ya veo, señor —dijo Mason.

Pero Appleby estaba realmente interesado.

—En otras palabras, que tenemos bastante evidencia delante de nosotros, si

sabemos aprovecharla. Tal vez sea así. Pero seguramente, Giles, no es una vaga intuición la que usted tiene, ¿verdad? ¿Una sensación confusa en el fondo de la cabeza? Debe usted saber que esa sensación deriva concretamente de esto o de aquello...

Gott asintió:

—Así es, por supuesto. En primer lugar y principalmente, está esa fuerte impresión que salta a la vista del aspecto teatral del asunto. Y a la luz de este dato, podremos encontrar nuestro camino con mucha mayor facilidad que con todo este trabajo de las coartadas.

Mason, que era un hombre inteligente, reaccionó ante esta observación de la forma más inesperada:

—Creo que tiene usted una pista, señor. Y no me parece imposible que llegue antes que nosotros a la verdad, buscando en las profundidades de su propia conciencia. No me gustaría mostrarme mezquino con algo, simplemente porque está fuera de mi alcance. Pero ¿qué diría usted de resumir primero los hechos averiguados, coartadas y todo lo demás? Podría darle el punto de partida que necesita.

Gott aprobó:

—Perfectamente de acuerdo. Y tal vez me ayude a ver claro en mí mismo.

Appleby miró a su amigo atentamente. Creía que algo iba a surgir en realidad del cerebro de Gott. Reconocía en su amigo una excitación idéntica a la que él mismo había sentido algunas horas antes, al establecer el significativo lazo entre el relato de Tucker sobre el conflicto Malloch-Auldearn y el tema de la demora en *Hamlet*. Tales estados de conciencia podían ser simples fuegos de artificio, pero también podían ser flechas disparadas contra un blanco. Se volvió hacia Mason.

—Adelante —ordenó brevemente.

—Bien, señor. Empezaré con el primer asesinato, aunque existen acontecimientos anteriores que hay que tener en cuenta. Lord Auldearn recibió un tiro en el corazón a las once en punto de la noche pasada. Dada la disposición de lo que llaman escenario posterior, nadie pudo ver lo que allí ocurría, con la probable excepción del apuntador, el caballero hindú, que parece haber pagado ese conocimiento con su vida. Sin embargo, hemos acumulado cierta evidencia sobre lo ocurrido. Tenemos el hecho notable de que no se hiciera el disparo al abrigo del doble cortinaje. Los expertos pueden testimoniarlo, basándose en las marcas de pólvora. No es imposible que el disparo partiera de arriba, en el momento en que lord Auldearn se arrojaba al suelo; en otras palabras, no es imposible que fuera el pintor, Mr. Cope, quien lo hiciera. Pero parece más verosímil que disparara el arma una persona que hubiera ido con ese deliberado propósito al escenario posterior, corriendo el grave peligro de ser visto por el apuntador mientras lo hacía. Pudo haber una breve lucha o algún confuso movimiento, porque una cruz de hierro fue derribada de encima de un mueble que creo que se llama reclinatorio. Pero esto pudo ocurrir también cuando el asesino escapaba apresuradamente para ponerse a salvo detrás del cortinaje. Debemos hacer

notar que el revólver, un arma pequeña de procedencia extranjera, cuyo origen no va a ser nada fácil precisar, fue retirado de la escena del crimen y escondido en un sitio extraño, en esta misma sala de actores. Y aquí llegamos a un punto en el cual difiero un poco de usted, señor. Usted interpreta este hecho como una prueba de audacia deliberada; una más, entre otras muchas. Pero pensemos lo que pensemos sobre la colocación del revólver en la calavera, creo que el hecho de retirarlo ha sido automático. Sin duda la reflexión hubiera aconsejado al asesino arrojarlo a un lado antes de intentar la fuga a través de las cortinas; lo admito. Pero pudo no haber reflexionado en ello. No es instintivo arrojar un revólver después de disparar; lo instintivo es escaparse con arma y todo.

—Buena observación —contestó Appleby tranquilamente—. Tal vez me equivoqué.

—Bien, señor. El segundo punto es el siguiente: no hay impresiones digitales, ni rastro material alguno. Y nadie vio nada, o por lo menos, nadie tiene nada que declarar. Hasta aquí, excepto en lo referente a Mr. Bose, parece que estamos frente a un crimen perfecto. Sabemos que debe ser obra de uno de los integrantes de un grupo definido pero numeroso: todos los que intervinieron en la representación. Y no sabemos nada más.

Mason hizo una pausa para retomar su argumentación:

El punto siguiente, aunque en rigor puede haber sido previo, es la presencia de espías dispuestos a robarle a lord Auldearn un documento. Sostengo que no tienen relación con nuestro caso. Constituyen un hecho aparte aunque paralelo, y tratándolo no nos acercaremos al asesino de lord Auldearn. Por algún tiempo pareció que podían haber sacado algún provecho del asesinato. Pero esta suposición se ha disipado ahora. Uno de los espías, ya que presumimos la existencia de una pequeña banda, envió al principio a sus jefes un mensaje optimista. Pensó: o bien que el disparo había sido obra de uno de sus cómplices, o bien que uno de sus cómplices se había aprovechado de él. Pero después rectificó, informando que la muerte de Auldearn era un asunto independiente, y que habían perdido su oportunidad. Por lo tanto, admitimos la presencia de espías, pero también su ineffectividad. Y ahora están fuera de nuestro radio de acción.

—No hay duda de que eso es verdad —dijo Gott, que había estado siguiendo la metódica recapitulación de Mason con considerable respeto—. Pero, aun así, parece verosímil que todavía quede un espía entre nosotros. Y sería provechoso saber quién es él o ella.

—Sí, señor; pero debemos concentrarnos en el asunto vital, antes de permitirnos una curiosidad accesoría.

Era una respuesta contundente, y con un gesto Gott la aceptó como tal.

Mason siguió con su razonamiento:

—En seguida, y como una cuestión de rutina, buscamos delincuentes profesionales, y tenemos razones para creer que un pillo llamado Happy Hutton ha

andado por aquí y ha forzado tres cajas de caudales. Es probable que posteriormente se haya introducido entre el público durante el intervalo. Pero después del intervalo había quedado tan aislado de la parte posterior del escenario como cualquier otro. Por lo tanto, al igual que los espías, carece de importancia. Nos queda su sombrero, según parece, pero no lo podemos enjuiciar por eso. Happy se desvanece también.

Appleby le interrumpió:

—Perdón; hay un telegrama que usted no ha visto —y buscó un despacho sobre la mesa—. No era el sombrero de Happy, al fin y al cabo; no es de su medida. Así que no tenemos nada contra él, salvo el hecho de que yo le haya visto huyendo hacia la ciudad como un conejo asustado a trece kilómetros de Scamnum, y que las cajas de caudales fueran forzadas con su misma técnica. El sombrero puede pertenecer a alguno de los huéspedes.

—¡Y cómo cacareó usted sobre el tema, John —se burló Gott—, sobre los hábitos de Happy Hutton de usar sombrero de copa!... ¡Qué vivísima descripción hizo de todo eso! Bueno, bueno...

Mason, probablemente divertido en su interior, miraba impasible sus propios dedos regordetes.

—Happy se ha desvanecido también —repitió—. Y llegamos ahora al segundo asesinato: el de Mr. Bose. Parece casi seguro que Mr. Bose, en su calidad de apuntador, pudo ver bastante de lo ocurrido como para constituir un peligro mortal para el asesino. Pero en lugar de venir a nosotros con su historia, se fue a escribirla a su casa, como buen forastero pagano, que era, y siguiendo una costumbre al parecer arraigada en él. De modo que fue también asesinado. Su muerte tiene sólo dos rasgos significativos para nosotros; nos indica otro momento y otro lugar en los que el criminal estuvo en actividad; y nos proporciona otra prueba, esta vez indudable, de algo muy semejante a temeridad en su concepción del asunto: arrastró el cadáver por la casa sólo por exhibicionismo, y el tema del exhibicionismo, en el que todos estamos más o menos de acuerdo, parece ser uno de los ejes de su conducta.

Gott se agitó de nuevo, ligeramente impaciente. Su mentalidad era demasiado rápida para esta marcha acompasada; hubiera querido saltar sobre todos los pormenores. Pero Mason opinaba que ya se había saltado bastante, y prosiguió imperturbable:

—Este asesinato ha sido planeado con premeditación y con un riesgo obvio, para ser realizado ruidosamente en medio del *Hamlet* de Shakespeare. Fue precedido por varios mensajes más o menos siniestros, cuyo contenido era la idea de la venganza. La deducción es clara: una venganza, y una venganza en circunstancias altamente teatrales y sensacionalistas, es el motivo real o fingido del asesinato de Auldearn. Porque siempre queda la posibilidad de que eso del «¡Hamlet, venganza!» sea una pantalla, y exista en el fondo un motivo muy diferente. Cuando tratemos de las personas complicadas en el asesinato, del número definido de personas que pudieron haber dado muerte a Auldearn, tendremos que investigar una y otra especie de

motivo. Y trataremos de esas personas en seguida, después de detenernos solamente un minuto más en los mensajes. Estos mensajes, a pesar de haber sido remitidos con gran astucia, nos suministran otra nómina de tiempo y lugares. Uno de ellos resultó peligroso para su autor, ya que el aparato de Bunney es de tal precisión fonética, que una voz registrada por él no podría eludir su identificación por mucho que se hubiese disimulado. De ahí el ataque contra Bunney y el robo de ese registro particular de su colección. Y ahora llegamos a las treinta y una personas que intervenían de un modo u otro en la pieza. Debemos verificar sus movimientos y, si es posible, sus mentalidades y su pasado. En otras palabras, debemos buscar los dos factores cardinales en la investigación de un asesinato: oportunidad y motivo. Y de cualquier manera, no tenemos por qué preocuparnos por el motivo donde falte la oportunidad.

A Mason, pensaba Gott, no lo acobardaban las perogrulladas. Sin embargo, era quizá el prototipo del policía eficiente. A su lado la inteligencia de John Appleby parecía divagadora y especulativa; una inteligencia cuyo verdadero radio de acción era en cierto modo ajeno a su oficio. Pero justamente ahora, Appleby interrumpía el discurso de su subordinado para decir ásperamente:

—Eso depende de la clase de motivo que sea.

Mason lo miró perplejo.

—No comprendo...

—Lo que digo se aplica por igual al disparo y a los mensajes. Tomemos el punto en que estaba usted ahora mismo: el disparo. Dice usted que no debemos preocuparnos por el motivo donde no encontremos la oportunidad. Esa afirmación tan sólo sería válida para una especie particular de motivo: la que descarta prácticamente toda complicidad posible. Si estuviéramos seguros de que el motivo es el que señalan las apariencias: un caso de pasión personal, y una venganza largamente acariciada, entonces sí estaríamos justificados para no buscar al criminal sino entre las personas que tuvieron oportunidad de cometer el crimen. Pero suponga usted otra especie de motivo que admita complicidad: un asesinato realizado para asegurar una gran ganancia, un crimen político, o inspirado en una ideología anarquista o terrorista... y tantos otros... En todos esos casos fallaría su premisa. No sería difícil encontrar el motivo en la mentalidad o en el pasado de alguien que no hubiera tenido oportunidad, y llegar a establecer después la complicidad con otra persona que sí la hubiera tenido. Por lo demás, tampoco es inconcebible la existencia de un criminal que fuera menos un cómplice que un agente o instrumento, ignorante del motivo verdadero de sus actos. Claro está que este razonamiento se puede aplicar también a los mensajes. Y teniéndolo en cuenta, el asunto de la eliminación toma un cariz muy diferente. Para declarar la inocencia de alguien en el asesinato de Auldearn, no basta demostrar que no pudo haber asesinado a Bose, o atacado a Bunney, o tener nada que ver con tal o cual mensaje; su cómplice pudo haberse ocupado de todo eso.

Gott estaba a punto de salir, casi indignado, en defensa de Mason, cuando Appleby se le adelantó con un gesto de aquiescencia.

—Sí, ya lo sé. No es el resumen de Mason lo que estoy atacando, sino mi propia posición anterior. Y en cuanto a esto, quizá hago tan sólo una argumentación académica, o si la palabra académica está mal empleada, digamos pedante.

Sonrió, mirando a Gott.

—No veo ninguna razón para pensar que haya habido cómplices. Pero hagamos dos cosas: busquemos al mismo tiempo oportunidad y motivo donde podamos encontrarlos, y recordemos, como una teoría a la cual podamos volver si fuera necesario, que puede haber habido más de una mano en acción. Y ahora, Mason, adelante.

—Lleguemos —prosiguió Mason pacientemente— a las treinta y una personas, y empecemos por eliminar a lord Auldearn.

Gott pensó que podía mostrarse tan pedante como Appleby.

—¿Es absolutamente seguro que no se pegó un tiro? —preguntó.

—Si lo hizo —replicó Mason con acritud—, es de todo punto imposible encontrar algún sentido a los acontecimientos anteriores y posteriores. Eso es todo.

—No. No es todo, por suerte —intervino Appleby—. Mr. Gott, aquí presente, podría hilvanar un argumento en el cual Auldearn se pegara un tiro y, sin embargo, todo lo demás, Bose, los mensajes, Bunney, tendrán cierta coherencia y verosimilitud, considerado en conjunto. ¿No es así, Giles?

—Temo que sí —contestó Gott de mala gana.

—No. Tenemos mejores elementos de juicio. Sólo hubo una herida; la bala salió del revólver que está en nuestro poder, y los expertos aseguran que fue disparado a una distancia no menor de dos pasos y no mayor de cinco. Aparte del hecho de que el arma fuera retirada, la evidencia en contra de la idea de suicidio es concluyente. Auldearn queda eliminado.

—Eliminado Auldearn —continuó Mason—, creo que podemos pasar a la víctima siguiente y eliminar también a Bose.

—Supongamos —interrumpió Appleby— que Bose enviara los mensajes y disparara contra Auldearn; una especie de crimen político o ideológico. Y supongamos que el duque, por ejemplo, lo descubriera y asesinara a Bose. Después de todo, el duque es un tipo raro. En el asunto del documento, cuando se imaginó que estaba en juego un peligro nacional, reaccionó normal y eficientemente. Pero su actitud con respecto al asesinato es ambigua, salvo en un aspecto. Es evidente que no siente el menor entusiasmo por la policía y la justicia criminal —Appleby miró a Gott como excusándose—. Usted puede pensar que ésta es una suposición absurda y gratuita. Ambos estamos convencidos de que Bose no era esa clase de persona, y sin duda usted, con toda justicia, tiene la misma convicción sobre el duque. Pero no debemos creer que dejamos cerradas puertas que no quedan cerradas. La posibilidad teórica sigue existiendo.

—Que el duque apuñalara a Bose por la espalda, en el dormitorio de su propia hija, y luego arrastrara el cadáver por Scamnum, para realizar una especie de justicia

bárbara —contestó Gott—, no es lo que yo llamaría una posibilidad teórica: es un absurdo elaborado. Y no explica el caso de Bunney. Si Bose envió los mensajes, sólo él pudo tener interés en atacar a Bunney y apoderarse del cilindro peligroso. Y Bose estaba muerto mucho antes que Bunney fuera golpeado en la cabeza.

—Muy bien —dijo ‘Appleby brevemente, e hizo otro gesto a Mason.

—Si descartamos a Bose —prosiguió Mason—, nos quedan veintinueve. Las demás personas a eliminar son la duquesa y Mr. Clay. Estaban en el proscenio, absolutamente a la vista del público, y a varios metros del escenario posterior. En una novela, claro que el culpable *debió* ser alguno de los dos, justamente por estar donde estaba Mr. Gott —agregó Mason con amistosa ironía— sabría explicarnos cómo pudieron haberlo hecho.

—Se hubiera necesitado un revólver dispuesto previamente y disparado desde cierta distancia —intervino Appleby—; una especie de máquina infernal, de esas que nunca resultan convincentes.

Gott meditó unos segundos.

—¡Oh, no! No hubiera sido necesario. Han olvidado ustedes algo, o mejor no han caído en la cuenta de algo que quizá no ha sido mencionado. Cuando se hizo el disparo, resonó en la sala como una pequeña salva de artillería. Clay no hubiera necesitado sino un cohete excepcionalmente poderoso, provisto de una espoleta. Haciendo estallar el petardo mientras se acercaba al cortinaje del fondo, pudo detenerse unos instantes, entrar luego por allí y disparar contra lord Auldearn con una pequeña pistola. La concurrencia habría tomado al verdadero disparo por uno de los últimos ecos de la explosión y en cambio sería la explosión misma la que habría sido tomada por el disparo. En ese caso, Clay pudo meterse rápidamente en el bolsillo los restos del petardo...

El impasible Mason, impresionado por fin, miró a Gott con los ojos muy abiertos.

—Pero ¿no es eso, en realidad, lo que debe haber ocurrido? —preguntó.

Appleby intervino:

—No. Eso es muy ingenioso, pero no encaja en nuestro asunto. Clay tardó demasiado en pasar por la cortina para que la resonancia durase todavía. Estaba haciendo tiempo porque no quería estropear la escena.

Mason sacó un enorme pañuelo y se sonó vigorosamente.

—No me he encontrado con nada tan ingenioso desde que leí una cosa titulada *Crimen en el Zoo...*

—Eliminados Clay y la duquesa —interrumpió Gott apresuradamente—, quedan veintisiete.

—Y supongo que veintisiete batallas más —dijo Mason—. A este paso estaremos charlando aquí hasta medianoche.

—Las batallas son saludables —replicó Appleby—; nunca serían demasiadas. Veintisiete. Siga.

—Bueno, señor, en este punto, recordando lo que usted ha dicho sobre probables

cómplices, tenemos que hacer una distinción. Debemos clasificar a la gente en tres grupos: los que tienen una coartada garantizada por alguno de los otros para el momento del disparo (aun cuando podría haber complicidad en esto); los que no pueden haber apuñalado a Bose o atacado a Bunney, o tener nada que ver con uno o más de los mensajes; y los que no tienen ninguna coartada para ninguno de esos momentos fundamentales. Consideraré primero a las personas que tienen una coartada garantizada por alguien. Aquí existe un factor que simplifica las cosas, y parece descartar la idea de complicidad en ese sentido: toda la gente estaba en grupos. Cualquiera de las personas que dispone de una coartada, la tiene garantizada por dos o más de sus compañeros. Esta es la suerte más grande que hemos tenido; casi me inclinaría a afirmar que la única... Quiere decir que esas personas, admitiendo que una complicidad múltiple es improbable, quedan realmente descartadas. Y en eso estamos.

»Los dos ayudantes de vestuario y el *valet* del duque andaban juntos cerca de los camarines, y acababan de llamar a uno de los lacayos; con lo cual tenemos un grupo de cuatro. El otro lacayo estaba a la vista de Mr. Gott y de una de las damas americanas, *miss Stella Terborg*; tiene, pues, el testimonio de dos. El mismo Mr. Gott, esta *miss Stella Terborg*, Mr. Noel y *lady Elizabeth Crispin* estaban todos juntos: otro grupo de cuatro. Mr. Piper, Mr. Potts y lord Traherne estaban reunidos en un grupo de tres, y lord Traherne dice que vio al párroco. El doctor Crump y *miss Sandys* estaban algo más lejos y cada uno puede atestiguar por el otro. Finalmente, nos quedan Mr. Tucker, el doctor Bunney y la otra señorita Terborg, *miss Vanessa*. Este grupo constituye un caso especial en cierta medida, ya que no contamos con el testimonio de Bunney. Pero creo que podemos aceptarlo igualmente. Y esto es todo lo que hemos conseguido. Como decía, hemos tenido suerte en llegar tan lejos. Podíamos habernos encontrado con dudas y sospechas que no se han presentado: la evidencia adquirida es segura y clara. Dada la confusión del *shock*, con la que hay que contar, el progreso es considerable. Veintiuna personas quedan directamente descartadas. Restan diez para las otras categorías.

—Yo no veo —comentó Gott— que sea un adelanto considerable. Estaba dispuesto a admitir la confusión y, sin embargo, me parece extraordinario que en el momento del disparo hubiera diez personas entre bastidores, invisibles entre sí y para cualquiera de los demás. Al parecer, cada uno de ellos puede dar cuenta plausible de sus movimientos.

Mason meneó la cabeza obstinadamente.

—Ha sido en parte a causa de la iluminación, señor, y en parte por la disposición particular del lado de atrás del escenario y la distribución de los camarines y todo lo demás, fuera de lo que debamos atribuir a la conmoción y al jaleo. Y es cierto: todos ellos pueden dar cuenta razonable de sus actos. No he logrado sorprender a ninguno de los diez en una contradicción —y se volvió a Appleby—. ¿Puedo continuar sobre esta base?

Appleby asintió.

—Cuando el duque salió del escenario, después de la escena de la plegaria, se fue directamente a la pequeña cabina telefónica, detrás de esta sala de actores. Había recordado ciertas instrucciones que quería dar para la llegada de los automóviles después de la representación. Estaba a punto de descolgar el auricular, dice, cuando oyó el disparo y se apresuró a volver al escenario posterior. No hay nada sospechoso en eso. Mrs. Terborg estaba sola en su camarín; Macdonald y el doctor Biddle, lo mismo; Mr. Marryat estaba solo en la salita general a la que dan los camarines de los hombres. Hasta aquí hay que destacar dos cosas: todas estas personas explican sus movimientos de una manera perfectamente natural; y todas declaran haber estado a considerable distancia del escenario. Pero este último punto no es concluyente. Creo que una persona lista podría haberse deslizado hasta allí con toda libertad. Sin embargo, estos cinco estaban en una posición mucho menos interesante que los cinco restantes, de los que voy a ocuparme ahora.

Mason, pensaba Gott, era un hombre resuelto a llegar a alguna parte y confiado en acercarse a su meta, minuto tras minuto. Por contraste, Appleby, reconcentrado y sereno, parecía una personificación de la duda más angustiosa. Indudablemente formaban una pareja formidable. Gott empezó a pensar que su propia chapucera actuación en el caso era un método de ataque sumamente ineficaz.

—Cinco personas —continuó Mason—: Mr. Cope, *sir* Richard Nave, el profesor Malloch, Mr. Gervase Crispin y Mme. Merkalova. Cope, como sabemos, estaba en la llamada escena superior, directamente encima del lugar del crimen. Se hallaba solo, y si disparó contra Auldearn, debió hacerlo desde la trampilla. Eso es todo, en lo que a él se refiere. De cualquier manera, estaba bastante cerca. Y también lo estaba Malloch. Malloch afirma que en el momento del disparo empezaba a subir la escalerilla que conduce a la escena superior; se le había metido en la cabeza, según dice, echarle un vistazo a Cope. También ésta es una historia bastante verosímil, supongo; y es fácil que estuviera allí sin ser visto, porque la escalera ha sido disimulada cuidadosamente. Pero también él estuvo tan próximo a la escena del crimen como era posible. Luego viene Nave. Había estado junto al cortinaje del fondo, oyendo la escena de la plegaria. Cuando terminó, se detuvo uno o dos minutos y luego se encaminó a la sala de actores. Habría recorrido algo más de la mitad del camino, cuando oyó el disparo. De modo que tampoco él andaba lejos. Y, por último, Mr. Gervase Crispin y la dama rusa estaban juntos en la sala de actores, cuando se les ocurrió echar un vistazo al público. Otra explicación bastante verosímil, especialmente si se tiene en cuenta esa historia de las instantáneas. Sin duda, la señora quería saber dónde estaba cada uno. Bueno, el caso es que se dirigieron hacia el escenario, pero al llegar detrás de la escena posterior, se separaron: Mr. Crispin se encaminó hacia la izquierda y la señora hacia la derecha, de modo que quedaron separados por la misma escena posterior. Cada uno de ellos se proponía atisbar por una de las entradas laterales del proscenio; entradas que flanquean a cada lado la

escena posterior. Todo esto es perfectamente razonable también y, sin embargo, no es posible considerarlo como el primer movimiento de un ataque concertado. Ambos estaban a cubierto de toda observación, y entre los dos, y sólo separado de ellos por las cortinas que forman el escenario posterior, estaba lord Auldearn.

—Y Bose —rectificó Appleby interviniendo—. Entre esas dobles cortinas, cerca del lugar en que iba a apostarse Gervase Crispin, estaba Bose, el único hombre que podía haber echado una ojeada al escenario posterior.

Mason asintió.

—Eso mismo sugiere la idea de un ataque concertado. Podría suponerse que Mme. Merkalova iba a disparar contra Auldearn, mientras Gervase Crispin distraía de alguna manera la atención de Bose. Sólo que Gervase Crispin fracasó.

—Es una teoría —comentó Appleby—, o parte de una teoría. Ahora oigamos el resto de los hechos.

—Sí, señor. Los hechos finales se refieren a los movimientos de esas diez personas que no tienen coartada para el momento de la muerte de Auldearn, o en los demás momentos significativos, es decir, en relación con los mensajes, con el asesinato de Bose y con el ataque a Bunney. Y hemos convenido en que esos hechos sólo pueden considerarse concluyentes en el proceso eliminatorio si descartamos toda hipótesis de complicidad. Esto es lo que hemos conseguido hasta ahora, ya que no hemos terminado todavía. No es necesario entrar en detalles. Voy a hacer el resumen: el duque no pudo haber puesto el mensaje en el automóvil de Auldearn, ni en la ciudad ni posteriormente. No pudo atacar a Bose ni a Bunney; no pudo estar en la oficina de correos de Scamnum Ducis dentro de las dos horas del tiempo registrado en el telegrama de Mr. Gervase Crispin. Las mismas imposibilidades existen en el caso de Mr. Marryat: no pudo haber hecho ninguna de estas cosas. Mme. Merkalova no posee una colección de coartadas tan completa, pero tiene por lo menos una. No puede probar que, como declara, estuvo sola en su habitación cuando ocurrieron los ataques contra Bose y Bunney. No puede demostrar la imposibilidad de despachar el telegrama: ya se alojaba aquí el lunes y en esas horas había salido a dar un largo paseo sola por el parque. Pero no pudo haber arrojado el mensaje en el coche de Auldearn. El doctor Biddle tiene una coartada igualmente parcial y concluyente para uno de los casos. No pudo asesinar a Bose; así lo prueba el testimonio de nuestros policías locales: estuvo por aquí dando vueltas alrededor de ellos continuamente. Pero parece incapaz de probar que no estuvo emboscado en el techo del pabellón en la entrada sur, o que no envió el telegrama, o no subió después del desayuno y golpeó a Bunney en la cabeza. Nave está en el mismo caso que Biddle: sólo puede descartarse del ataque a Bunney, porque estaba en la sala con ustedes y *lady* Elizabeth, durante el período en que pudo haber ocurrido el hecho. Y finalmente Gervase Crispin tiene coartada para todas las oportunidades menos una. No pudo haber venido a despachar su propio telegrama; no pudo atacar a Bose ni a Bunney; pero pudo haber estado arriba en la entrada sur y arrojar el mensaje en el automóvil.

Esto es todo lo que hemos averiguado hasta ahora, porque las cuatro personas restantes no han sido aun debidamente interrogadas. Por el momento, pues, llegamos a las conclusiones siguientes: admitiendo la posibilidad de que hubiera cómplices, tenemos diez sospechosos en el asesinato de Auldearn, y no creo que pudiéramos ir más lejos. Descartando esa posibilidad, debemos atenernos a las cuatro personas restantes, todavía no interrogadas, entre las cuales quizá podamos eliminar algunas. Tengan en cuenta que todos disponen por ahora de alguna coartada bastante sólida, puedo asegurarlo, por lo menos para uno de los hechos. Las cuatro personas que quedan son: Macdonald, Mrs. Terborg, Cope y Malloch.

Hubo un breve silencio. Mason se echó atrás en su asiento con la conciencia de haber cumplido un trabajo honesto. Y fue Gott quien habló primero:

—Sería singularmente insensato abandonar la idea de complicidad cuando salta a la vista.

—Dos cosas saltan a la vista —replicó Appleby—. Y una de ellas implica la idea de complicidad, mientras la otra la excluye virtualmente. Hemos vuelto al antiguo tema de Gervase y la Merkalova, Giles, y por cierto que también en esta oportunidad parecen estar de acuerdo. Se dirigieron uno a cada lado de la escena posterior en el momento crítico, lo que sugiere algo más que una sospecha de maniobra deliberada. Después, cuando uno empieza a investigar las idas y venidas de la gente en relación con los otros hechos, advierte que sus coartadas se ajustan como las piezas de un rompecabezas. La única cosa que la Merkalova no pudo hacer, deslizar el mensaje de Auldearn, es la única que Gervase pudo haber realizado. Como usted dice, esto salta a la vista. Pero ¿qué motivo podría justificar esta complicidad? No pueden haber andado detrás de un documento redactado por el propio Gervase. ¿Qué buscaban, entonces? Hasta ahora no se vislumbra ni sombra de motivo. Por lo demás, el único motivo que aparece por alguna parte es el que se puede atribuir a Malloch. Por supuesto, éste es el segundo hecho que salta a la vista. Y excluye directamente la idea de complicidad. Supongo que si convenimos en que el motivo es una venganza largamente dilatada desde un pasado remoto, la sospecha de cómplices o cosas semejantes resulta absurda.

—Y llegamos a esta deducción definitiva —concluyó Mason—: si no hubo cómplices, nos quedan cuatro sospechosos: Macdonald, Mrs. Terborg, Cope y Malloch. Pesan sobre este último las mayores sospechas. Si hubo complicidad, habría que añadir a los anteriores, como posibles asesinos de Auldearn, al duque, Marryat, Biddle, Nave, Gervase Crispin y Mme. Merkalova, con fuertes presunciones, en este caso, contra estos dos últimos. De cualquier modo, no se trataría de una sospecha muy consistente. La comparación de las coartadas y sus evoluciones en el momento del disparo resultan a primera vista, lo admito, bastante sugestivas. Pero el efecto se atenúa mucho si se consideran los hechos con serenidad. A usted le impresionan, Mr. Gott, porque ha vinculado anteriormente a estas dos personas, cuando el asunto del documento estaba sobre el tapete.

Pareció que esta sesuda observación iba a ser por el momento la última palabra de Mason. El policía se dedicó a llenar su pipa y miró ansioso a Gott, como esperando los resultados de la prometida introspección. La lógica había llegado tan lejos como podía; si la imaginación conseguía aventajarla, en buena hora. Pero Gott llenaba también su pipa; y cuando la hubo encendido, empezó a fumar en silencio, hasta que fue interpelado por Appleby.

—¿En qué piensa usted, Giles? ¿Ha sacado alguna conclusión?

—Debo confesar que ustedes la han sacado. No puedo concebir la muerte de lord Auldearn como un caso de complicidad. Y siendo así, y considerando válidas sus eliminaciones, paso por paso, admito que estamos frente a cuatro sospechosos: Macdonald, Mrs. Terborg, Cope y Malloch. Pero ninguno me impresiona especialmente.

Miró al imperturbable Mason como disculpándose.

—Efectivamente. No puedo concebirlos como sospechosos.

Pero Mason no respondió. Y el estribillo de Appleby llegó como de ordinario:

—Siga adelante.

—Analicen ustedes a esos cuatro personajes: Macdonald ha trabajado aquí en los jardines, desde muchacho hasta hacerse hombre, como él diría, alrededor de cuarenta años. Ya conocen ustedes su tipo: severo, majestuoso, digno, y con algo de tártaro: un verdadero compendio de las menos comprometedoras virtudes escocesas. Es sencillamente increíble que se haya dedicado ahora al asesinato y a los asaltos criminales. Por lo demás, no hay nada en contra de él, salvo lo que nos contó el sargento local: que le encontraron esta mañana temprano husmeando por la sala. No puedo atribuirle mucha importancia a eso.

—No obstante, necesita explicación —intervino Mason.

—Luego Mrs. Terborg. ¿No es también ella un tipo conocido de mujer? La urbanidad de Nueva Inglaterra, con una buena dosis de elemento europeo. ¡Y tendríamos que suponerla culpable de dos asesinatos, un asalto criminal y otras actividades varias, incluso la de arrastrar un cadáver por toda la casa en horas de madrugada! No puedo concebirlo.

—También de acuerdo —contestó Appleby—. Ella y Macdonald pertenecen de hecho a las dos tradiciones de virtud más flexible que ha producido el mundo occidental. Son de esa clase de personas que podrían tal vez cometer un delito bajo la acción de un estímulo poderoso, pero que no se comprometerían en una serie de crímenes para salvaguardar su seguridad. Ese es un argumento psicológico contundente. Siga adelante.

—En cuanto a Max Cope... No sería imposible que un viejo medio loco resolviera matar a Auldearn por algún mortal agravio, hundido en el pasado. Uno se lo puede imaginar enviando los mensajes. Conocía la fuente del recibido por Gervase: «¡Hamlet, venganza!». Recuerdo también que le preguntó a la duquesa si iba a haber un detective en la casa. Usted puede pensar que ése es un dato sospechoso. Por lo

demás, es un viejo astuto y quizá maligno. Pero no me lo imagino con el ímpetu necesario para todos esos actos. Le he visto bastante, y a menos que haya estado fingiendo un reblandecimiento cerebral durante años, no posee la garra intelectual y la tenacidad necesarias para proceder, etapa por etapa, como el criminal ha procedido. Porque convendrán ustedes conmigo en que ha estado en juego una inteligencia superior a la normal. Un cerebro sumamente penetrante.

—Así es —corroboró Appleby—. Y ahora pasemos a Malloch, el último sospechoso.

—No olviden —indicó Mason— que incluso estos cuatro lo son sólo de una manera negativa, por así decir. No son sino los cuatro que han quedado para ser interrogados ahora por el inspector Appleby. Tal vez pueda eliminarse a la mayoría.

—Tal vez sean eliminados todos —dijo Gott.

—Malloch —intervino Appleby, insinuante—, el gran erudito. Y no me podrá negar, Giles, que los eruditos se conducen a veces de una manera perfectamente rara.

—No. Carezco de argumentos psicológicos que adelantar con respecto a Malloch. Y si la historia de Tucker es verídica, resulta muy sugestiva.

—Es completamente verídica —repuso Appleby— en lo relativo al libro de Anderson. Aquí está consignada la historia de los jacobitas y los Mallets —y golpeó un libro que estaba sobre la mesa.

—No ha perdido usted el tiempo. Pero mi opinión sobre Malloch es que quizá él pueda eliminarse a sí mismo sobre nuestra base de que no ha habido complicidad. Llegó directamente de Aberdeen el viernes.

Appleby hizo un ademán de aprobación.

—Sí. Ya lo sé. Y pronto estaremos seguros. Pero lo dejo para el final, para que madure —miró su reloj—. Esto me recuerda que no nos dejarán tranquilos mucho tiempo más. El jefe de policía del condado está en camino hacia aquí. Viene de Irlanda a toda prisa.

—¿Qué clase de hombre es? —preguntó Mason.

—Un oficial muy cortés. Y completamente nuevo en el oficio.

—¡Ah! —exclamó Mason, sombrío; y agregó después de una pausa—: Pero Mr. Gott todavía no nos ha comunicado sus propias ideas.

Gott hizo un ademán negativo:

—No son exactamente ideas; son inquietudes sobre otros rumbos posibles. Creo que el material que tenemos por delante puede conducirnos directamente a una solución. Todo lo que debemos averiguar es por qué fue asesinado lord Auldearn en el lugar y en el momento en que lo fue. La teoría sobre Malloch me parece ingeniosa (aunque inexacta), sólo porque centra el crimen en el contexto de *Hamlet*, significando así la enigmática declaración o la manifestación de una venganza demorada. Las circunstancias del asesinato no son meramente decorativas, sino fundamentales, ¿comprenden? Esta es mi primera impresión.

—Sí —aprobó Appleby—. También yo he estado pensando en eso. Ocurrió así

porque así tenía que ocurrir. Como apreciación general me parece satisfactoria. Quiero decir que el criminal, en mi opinión, es persona que podría complacerse con un asunto de esa naturaleza. Pero por el momento no puedo adelantar otra conclusión.

—Este es mi primer punto de vista —prosiguió Gott— y el otro es el siguiente: algo anduvo mal.

Mason se agitó en su asiento.

—¿Que algo anduvo mal, señor?

—Me refiero a la exhibición, a la teatralidad... Aun cuando el aspecto melodramático del hecho sirviese para algún fin práctico, que hasta ahora no podemos precisar, aun así, ese aspecto melodramático deleitaba intrínsecamente al asesino. Y hubo un fallo; algo anduvo mal.

Appleby arreglaba los papeles acumulados sobre la mesa. Mason miraba a Gott con una especie de respetuosa perplejidad.

—¿Cómo puede usted deducirlo, señor? Es decir ¿cómo lo sabe?

—Estoy dispuesto a admitir que debo parecerles un asno; o quizá un ejemplar canino, ya que creo poder trabajar provechosamente con el olfato. Pero tengo cierto sentido dramático semejante al del asesino, supongo que agudizado en estos momentos por el hecho de haber dirigido la representación. Pero no me tomen demasiado en serio... Sé que hay algo en el aire.

Appleby terminó de arreglar sus papeles.

—El jefe encontrará nuestros informes sobre la mesa —dijo—, aun cuando nuestras ideas estén en el aire. Y Dios sabe que he visto ya bastantes señales en el aire en este asunto. En primer lugar, me gustaría saber por qué razón me obsesiona con tanta insistencia la idea del Hado en *Les Présages*...

Se detuvo para mirar estupefacto a Gott.

—¡Giles! ¿Qué demonios...?

La mirada de Gott se había posado en un papel que estaba sobre una de las pequeñas pilas. Se puso en pie de un salto, tomó los papeles y ahora batía el aire con ellos como un maníaco.

—Giles, ¡por amor de Dios...! No son sino los telegramas que algunas personas han despachado esta mañana. ¿Qué le ocurre?

Pero Gott caminaba a grandes zancadas, en un paroxismo de excitación que hizo abrir los ojos de asombro al mismo Mason.

—Sí —gritó en ese momento—. Sí... Sí... ¡Sí!... —se volvió a Appleby—: Yo no gritaré «¡Hamlet venganza!» —volvió a pasearse por la habitación; se detuvo—: ¡Ha habido un fallo! —extendió un brazo y chascó los dedos en forma extravagante.

Decididamente, pensaba Appleby, Giles nunca se había conducido así.

—Ha habido un fallo. Un fallo espantoso. Pero aquí está. ¡Aquí está!

Y dio una vuelta por la sala de actores, canturreando:

*Ven, noche cegadora,
Cubre la blanda mirada del piadoso día
y con tu sangrienta e invisible mano...*

Desde la puerta llegó una tosecita respetuosa, pero angustiada:
—El jefe de policía —anunció el sargento Trumpet.



5

—HA LLEGADO SANDFORD —anunció el duque.

Sandford era el jefe de policía, pero por el tono podía haber sido la última gota que hace desbordar el vaso.

—Creyó su deber cortar bruscamente sus vacaciones en Irlanda. ¡Cuando andábamos tan bien con este inofensivo joven!

—¡Qué fastidio! ¿Se quedará a comer? —preguntó la duquesa mirando su reloj.

—Y quizá a echar un rápido vistazo a los sospechosos, por encima de la sopa —sugirió Noel.

—Cuando ocurre un asesinato no se pueden evitar esas molestias —intervino Mrs. Terborg plácidamente.

—Pero tal vez quiera comer con el detective, Anne, para conferenciar con él, ¿no lo cree usted? El detective parece muy...

—Sí —interrumpió la duquesa—. Pero no creo que yo pueda sugerirlo.

—La última vez que Sandford vino a comer aquí —continuó el duque— empezó por charlar disparatadamente sobre moscas de pesca; siguió con una aburrida descripción del partido de Harrow, y acabó por ponerse impertinente con respecto al oporto. Sin embargo, Anne, debes invitarlo, y permitirle que nos eche un vistazo, como dice Noel. Vamos.

La duquesa se levantó con un suspiro.

—Teddy —preguntó—, ¿no sospechan de ti, por casualidad?... ¿O de Noel?... ¿Y no pueden sospechar de Elizabeth?

El duque movió la cabeza.

—No creo que puedan sospechar razonablemente de ninguno de nosotros —miró sorprendido la expresión turbada de su mujer—. Y no veo que haya razón para lamentarlo. No me gustaría que se murmurara de mí como del posible asesino de Ian.

—No. ¡No, por supuesto! —y la duquesa aplastó su cigarrillo—. Pero yo, por mi parte, habría preferido no estar sentada en el proscenio en la más perfecta inocencia de lo que ocurría. Y habría deseado que la familia no hubiera quedado eliminada en la

investigación. Hemos despedido a un montón de gente. Y Ian y el pobre Mr. Bose han sido asesinados. Y mientras nosotros nos mantenemos por encima de toda sospecha, estará el coronel Sandford en la casa sospechando de todos los pobres diablos que se sienten a la mesa. Es casi indigno.

—Queda todavía Gervase —contestó Noel cordialmente—. No estoy seguro de que estén muy tranquilos con respecto a él. Así que todavía hay una esperanza para la familia. Anímese, tía Anne.

Mrs. Terborg volvió a intervenir vivamente:

—Todo esto es absurdo. En primer lugar, los *pobres diablos* toman a la policía y todo lo demás como deben tomarlo. Ha ocurrido una cosa horrible y debemos esperar algunas incomodidades. Y en segundo lugar, Anne, a usted le importa un comino los pobres diablos. Sólo se preocupa por lo que ha pasado y por lo que se ha hecho, y esa ansiedad por los sentimientos de sus huéspedes no es más que un disfraz social defensivo. Por último, estoy segura de que no pueden sospechar de Mr. Crispin. Es mucho más probable que sospechen de su...

—Amiga —terminó la duquesa con aplomo—. Tal vez tenga razón, Lucy; es usted un gran consuelo para mí. Ahora vamos a buscar al coronel Sandford.

El duque se levantó.

—Yo voy también. Que baje Bagot a buscar un mal burdeos. Me he prometido no volver a convidar jamás a ese hombre con el oporto de Scamnum.

Noel se quedó en la terraza con Mrs. Terborg. La miró preocupado; disgustado por la tarea que iba a intentar con ella. Pero la exigente Diana estaba en espíritu a su lado, tan inevitable como una invisible diosa homérica incitando al héroe al ataque. Durante algunos minutos conversaron sobre temas indiferentes. Luego Mrs. Terborg se dispuso a levantarse.

—Es hora de subir —anunció.

A Noel no le agradaba la idea de lo que iba a ocurrir si perdía esa oportunidad.

—Estaba pensando... —dijo—. ¿Ha visitado usted alguna vez el pabellón gótico de Peter?

—¿El pabellón gótico?

—Sí —Noel se lanzó rápidamente al ataque—. No todos lo conocen. Queda algo oculto entre las rocas del jardín. Me gustaría mostrárselo.

Mrs. Terborg pudo sentirse agudamente sorprendida ante esta atención, pero no demostró sino un suave agradecimiento.

—¡Qué interesante! ¡Peter debe de haber sido un hombre tan interesante! Si tuviéramos tiempo...

—¡Oh, sí! —rogó Noel—. Venga —y arteramente ofreció a Mrs. Terborg el cebo de una erudición amable—. Es un pabellón gótico convertible en un invernáculo. Creo que tomó la idea del libro de Repton, *Teoría y práctica del paisaje en los jardines*. Mucho después, naturalmente, porque Repton murió... ¿Cuándo?... A primeros de siglo. Vamos por este camino.

Y condujo a Mrs. Terborg a través de los jardines.

Diana le había preparado un cuestionario; utilizarlo inteligentemente, le había dicho, sería un buen entretenimiento diplomático. Y Noel casi deseaba tenerlo escrito y a mano en ese momento. ¡Parecía tan fácil cuando Diana lo ensayaba! Lo peor que hubiera podido pensarse de él era que se trataba de un inocente abuso de curiosidad amistosa. Pero en la práctica le estaba saliendo tan mal, que Noel se sentía como Peter Marryat en el papel del Capitán Noruego; y sentía que estaba embrollándolo todo. O quizá Mrs. Terborg no terminaba las respuestas en el momento oportuno, y resultaba difícil pasar al punto siguiente. Con todo, la dama no parecía darse cuenta de su intención y cuando llegó a la pregunta número 6, Noel empezó a sentir cierta confianza en su habilidad táctica.

—¡Qué magnífica Dorothy Perkins! —exclamó Mrs. Terborg.

Noel cogió por los pelos esta ocasión para la pregunta número 7. No la comprendía, pero Diana la consideraba de especial importancia.

—Terriblemente espinosa, sin embargo —repuso—. Necesitaría usted sus guantes antes de pensar en tocarla.

A propósito, ¿no olvidó usted por casualidad un par de guantes de cabritilla anoche en la sala?

—Estoy segura de que no —contestó Mrs. Terborg con firmeza, y estudió a Noel con una larga mirada.

Noel sintió que un sudor frío le corría por la columna vertebral. Toda su maniobra le recordaba ese espantoso juego de salón en el que hay que insinuar ciertas palabras extranjeras en la conversación sin que nadie lo advierta.

Y esta última intentona había sido grosera y precipitada: debería andar más despacio y recurrir a la auténtica firmeza de los Crispin. De modo que abandonó el cuestionario durante la inspección del pabellón gótico, y charló volublemente sobre Repton y Capability Brown, para recitar luego:

*—En Scamnum, Croome y Caversham rastreamos
La dureza del Salvador y la gracia placentera de Claude
Desfilan cascadas y lagos tan bellos como los de Risdale.
Y la Naturaleza se renueva en cada vista encantadora.*

Esto pertenece a un libro titulado *Ascensión y progreso del gusto actual en materia de parques*. ¿Lo conoce? Es bastante divertido.

Era un tema que Mrs. Terborg podía disfrutar; la expedición al invernáculo convertible resultó durante unos minutos un éxito.

—Mason —continuó Noel con soltura—, en su libro *Jardines ingleses*, que es una tragedia romántica de los paisajes jardineriles, como usted sabe, describió, según parece, uno de los viveros de Scamnum; no éste, sino uno clásico que queda detrás del jardín de invierno.

Sobre los altos capiteles jónicos eleva su torre una orgullosa rotonda; a sus lados se unen dos anchas piazzas en forma de anfiteatro, que desembocan en sublimes pórticos gemelos.

Es extraño traerse de una gran gira el diseño para un invernáculo. ¿Ha estado usted mucho tiempo en Grecia?

Mrs. Terborg había estado en Grecia; conocía a Turquía y... sí, había estado en Rusia varias veces. Esto, por lo demás, era un modo superingenioso de acercarse al grupo de preguntas concernientes a *Movimientos e intereses*, pero sobre todo revelaba fineza. Noel se sintió otra vez casi complacido consigo mismo, hasta que, al pasar de nuevo cerca de las grutas, llegó a la pregunta número 15, que era aproximadamente la última. Pero en la pregunta número 15, a pesar de que el joven pensaba haberla insinuado hábilmente, Mrs. Terborg se detuvo.

—Ocúpese de sus asuntos —dijo.

Noel se quedó helado.

Pero ya Mrs. Terborg se detenía de nuevo frente al cercado.

—Es el nombre de esta planta de hojas menudas —explicó—. ¡Qué nombre tan gracioso: «ocúpese de sus asuntos»! ¡Y cuántas clases hay aquí: émulas, aristoloquias, ligustros, romeros, salvias!...

Y siguió conversando sobre sus conocimientos favoritos hasta que llegaron a la casa.

Noel no intentó desviarla. Como más tarde explicó a Diana, dedujo que aquellas palabras habían sido una insinuación.

Pero Diana no se dejó convencer.

—Tenemos que seguir adelante —insistió.

—¡Seguir adelante! He estado trabajando sobre el sistema nervioso de mamá Terborg, si eso le sirve de algo. Y no veo que ninguna de las mujeres dé lugar a una sospecha. Sólo la Merkalova es algo equívoca.

—Es una mala persona, con toda seguridad —añadió Diana malignamente.

—Y la verdad es que sólo lo parece porque ha estado tratando de enlodarla a usted. Creo que no debemos seguir más adelante.

—Nuestro próximo paso —continuó Diana— consistirá en introducirnos en la sala. ¿Cree usted que podremos hacerlo? Quiero olfatear por allí.

—¿Olfatear por allí?

—Exactamente, *olfatear*. ¡Noel, *por favor*, lléveme usted!

—Bueno —accedió Noel, derretido, pero severo—. En vista de que hemos terminado con el asunto Terborg, y supuesto que la policía no volverá para allá hasta después de comer, espero que podremos hacer un reconocimiento.

—Bien, Noel. Pero no hemos acabado con las Terborgs. Piense en las mellizas.

—He pensado antes. Pero, por el momento, no me siento inclinado a hacerlo.

—Gracias. No obstante, piense en ellas.

Noel hizo un gesto de resignación.

—Supongo que ésta es la manera con que mi inflexible tía Anne trataba a Teddy cuando era joven. Sea como usted quiera. Ya estoy pensando en ellas. ¿Y qué?

—Pero no comprende usted... —Diana se interrumpió en el momento en que Gott llegaba a la terraza y se quedaba mirándolos soñadoramente—. Aquí tenemos una autoridad en la materia. Ilústrenos, Giles Gott, por favor. Si usted escribiera una novela policíaca en la cual todo el misterio girara sobre el hecho de que X estuviera en un lado, mientras Y estuviera en otro, ¿no le parecería extraordinariamente útil disponer de dos personas tan parecidas que pudieran confundirse?

Durante diez segundos largos Gott la miró asombrado.

—Inapreciable —contestó por último—; inapreciable, *miss Sandys*.

El coronel Sandford colgó el auricular ruidosamente.

—Era el ministro del Interior —dijo—. El ministro del Interior, inspector; debemos actuar.

—¿Le ha dicho él que debemos actuar, señor? —preguntó Appleby con suavidad.

—No, no, eso no. Pero está afectado, seriamente afectado.

—Todos estamos afectados, señor —observó el sensato Mason.

—Así es. Pero tenemos que prepararnos a actuar en este asunto. Ahora bien, inspector, ¿en qué estamos? Tengo enorme confianza en usted. Enorme confianza. Ahora bien, ¿hasta dónde ha llegado? ¿Qué resultados ha obtenido hasta ahora?

Appleby no creía que este jefe de policía pomposamente agitado fuera mala persona, pero contestó con cautela:

—Por el momento hemos llegado a esto, señor: estamos tratando de clasificar a la gente en tres grupos. El primer grupo comprende a los que no pudieron disparar contra lord Auldearn. El segundo grupo incluye a los que pudieron haber disparado, pero no cometido uno o más de los otros actos: el envío de los mensajes, el asesinato de Bose y el ataque contra Bunney. El tercer grupo, que estamos tratando de establecer, comprende a las personas que pudieron disparar contra Auldearn y hacer todo lo demás. Poco antes que usted llegara sólo nos quedaban cuatro por interrogar; los únicos que pudieron haber hecho todas esas cosas. Así que ya ve usted en qué estamos. Nos quedan, por decirlo así, cuatro posibilidades de que esto haya sido obra de una sola mano. Si estas cuatro personas pueden probar que pertenecen al segundo grupo, el de los que pudieron matar a Auldearn, pero no realizar alguno de los otros actos, tendremos que afrontar la certidumbre de que ha habido complicidad. Estaremos seguros de que hay un criminal y uno o más cómplices en el asunto.

—Ya veo, ya veo. El hecho es que si estos cuatro quedan en el segundo grupo, no habremos llegado a ninguna parte.

—No del todo, señor —explicó Appleby pacientemente—: sólo habremos vuelto a un grupo más numeroso de personas, diez, para ser preciso, que podrían haber

disparado contra Auldearn, pero no podrían haber hecho una o más de las otras cosas. Y para esas otras tendremos que buscar uno o varios cómplices.

—Sí. Ya veo. No pueden esperar que sea tan rápido como ustedes. Ya veo. Pero si estos cuatro se escapan al segundo grupo, ¿no tendremos que retroceder todavía más?

—En absoluto, señor. Y ahora se presenta nuestra última oportunidad. Las cuatro personas restantes son: el jardinero jefe, Macdonald; el viejo Mr. Cope; la señora americana, Mrs. Terborg, y el profesor Malloch.

—¿El viejo Cope? Lo recuerdo. Retrató a mi abuelo condenadamente bien.

—Sí, señor —contestó Appleby cortésmente—. Bueno. Estamos interesados en Macdonald porque se condujo de una manera sospechosa esta mañana temprano. Le encontramos husmeando por el salón e inventó una historia de que andaba buscando no sé qué cuerno de caza. Pero no tengo mucha esperanza en él a causa del mensaje arrojado al automóvil de lord Auldearn. Sólo tuvo una oportunidad para hacerlo, cuando se cruzó con el automóvil a cierta distancia de la entrada sur, y hubiera sido extremadamente difícil. Pero lo cierto es que nos ha confundido. No puede haber asesinado a Bose; no puede haber mandado el telegrama desde Scamnum Ducis. De modo que encaja con toda claridad en el segundo grupo.

—Sin embargo, ¿sospechan algo? ¿Qué hay de esa historia de haber andado rondando por el salón?

—Me dio bastante trabajo, pero por fin le arranqué una explicación. Es una explicación algo rara, hasta extravagante si se quiere, pero me inclino a creerla. Parece que hace algunos días el doctor Bunney, ese filólogo americano, indujo a Macdonald a recitarle el catecismo abreviado y uno de los poemas de Burns. Posteriormente el jardinero descubrió, con gran disgusto, que su recitado había sido registrado por el aparato de Bunney (la máquina que transmitió uno de los mensajes, como usted debe saber, señor). Cuando Macdonald se enteró de que la máquina estaba complicada en los mensajes, se sintió realmente trastornado, porque pensó que trataríamos de descubrir al culpable por medio de los registros, que es justamente lo que estábamos por intentar cuando Bunney fue atacado. Bien; el viejo creyó que todas las grabaciones serían inevitablemente presentadas en el proceso, y como no podía soportar el ultraje de que sus versiones de Burns y del catecismo fueran transmitidas ante el tribunal, determinó apoderarse del cilindro, pensando que todavía estaría en el aparato. Este había quedado en la sala de actores y era lo que Macdonald andaba buscando. Como decía, es una explicación rara, pero se aviene con su carácter, y yo no dudo de su veracidad.

—Bueno, me equivoqué —confesó Sandford—; supuse que debíamos detenerlo. Pero si es eso todo lo que hay contra él, creo que le dejaremos tranquilo. Ni siquiera puedo reprocharle nada.

—No, señor. Por lo demás, si el crimen fue obra de una sola mano, Macdonald queda eliminado. En cuanto a los otros, diré para abreviar que Cope y Mrs. Terborg se han colocado también bastante sólidamente en el segundo grupo. Así que nos

queda una sola botella de cerveza sobre la mesa.

El jefe pareció reflexionar sobre la propiedad de la metáfora y por último decidió reírse, y lo hizo ruidosamente:

—Y si esa botella de cerveza se cayera accidentalmente... Bueno, querría decir que hay más de una persona en juego. Nombró usted a Malloch... ¿Ofrece alguna posibilidad más que los otros?

—Sí, señor, en cierto sentido. Le he dejado el último para ver si se delata. Está en una posición especial: es la única persona contra la cual existe la insinuación de un motivo hasta ahora.

—¡Ah, un motivo! —intervino Sandford vivamente—. Sí, por supuesto. El motivo tiene una importancia enorme. Me había olvidado de eso. Es una suerte que usted no lo haya descuidado. ¡Qué raro que no se me ocurriera pensar antes en el motivo!

—Así es, señor. Hay una historia, al parecer bastante fundada, sobre una especie de enemistad mortal entre Malloch y Auldearn. Algo que data de sus tiempos estudiantiles.

—¡Cáspita! —exclamó Sandford—. Sería bueno que hicieran comparecer a Malloch. Va a ser un *trabajito* incómodo, caballeros, pero hay que hacerlo. Yo no intervendré para nada; sólo estaré ahí sentado. Háganle venir. —Sí, señor.

Nave entró en su dormitorio y cerró la puerta. Un rayo de sol caía horizontalmente en las ropas esparcidas sobre varias sillas: alguien había andado por allí y se había marchado.

Se dirigió a la ventana y por un momento miró abstraído hacia el exterior; luego alzó la vista y la posó en la cumbre de la colina de Horton. La multitud, los carritos de helados..., todo estaba allí todavía. Sonrió sombríamente a ese auditorio lejano. Sonrió como puede sonreír el estudioso ante un resultado previsto. Después se volvió y recorrió la habitación de arriba abajo con una agitación creciente que podía significar ansiedad, consternación, o algún impulso interior ingobernable. Se detuvo como para tranquilizarse, se desvistió lentamente, se encaminó a su cuarto de baño y empezó a llenar la bañera. Volvió.

De pie en medio del dormitorio, dejó vagar la mirada, casi contra su voluntad, hacia un rincón apartado. La desvió, resuelto, hacia los palos de golf; se le fue de nuevo.

Caminó hasta el estante. Y con el sigilo de quien realiza un acto prohibido, extrajo un libro.

Mason acercó una silla con grave cortesía.

—¿El profesor Mallet? —preguntó Appleby.

—Malloch —rectificó el interpelado.

No parecía más severo de lo que suele ser normalmente un sabio y no se mostró mortificado.

—Malloch; le ruego me disculpe. Y lamento haberle dejado para el final, tan cerca de la hora de la comida. Temo que hemos hecho comparecer a los testigos para discutir varios asuntos en un orden bastante fortuito.

—Sin duda —contestó Malloch, y miró a Appleby frente a frente, por encima de la mesa.

En ese preciso instante el detective comprendió que iba a realizarse un verdadero duelo; un duelo que su mismo adversario le estaba declarando deliberadamente. Y en lo más hondo de su conciencia sintió esa profunda y secreta sensación de placer que suelen implicar tales encuentros.

—Mr. Malloch, ¿tiene usted un interés particular en *Hamlet*, y vino a Scamnum a tomar parte en la representación por ese motivo?

Malloch consideró esta línea de ataque cuidadosamente. Appleby se preguntaba si protestaría de primera intención como podría hacerlo. Era un principio más propio de un abogado en un tribunal de justicia que la de un policía que solicitaba informes a un testigo eventual.

Pero Malloch respondió de una manera voluntaria y completa.

—Sí. He publicado sobre este tema un ensayo de crítica literaria titulado *La representación de la violencia*.

El tono implicaba que la crítica era sólo una distracción para los eruditos en disciplinas más severas.

—Cuando me invitaron, acepté complacido. Mr. Gott tiene ideas muy interesantes sobre el drama, aunque por lo general trabaja en el análisis de textos. Me halagaba la perspectiva de discutir con él.

Hubo una pausa. Sandford pensaba que el episodio parecía la iniciación de una pelea de ensayo: lenta e infinitamente cautelosa. Y olvidando su convicción de que el Ministerio del Interior quería acción inmediata, se dispuso a escuchar.

—Y, como la mayoría de los otros, usted, ¿había convenido tomar parte en la función antes de venir?

Malloch contestó al mismo tiempo a la insinuación y a la pregunta:

—Sí. No creí que me resultara violento. Iba a actuar en compañía de gente bastante seria.

Era verdad. No podía decirse que había demostrado una ligereza poco profesional y bastante sospechosa al intervenir en una representación en la que había participado el asesino de lord Auldearn.

—A propósito, ¿conocía usted a la familia?

—Conocía a la duquesa superficialmente. Pero vine, como le he dicho, por intermedio de Mr. Gott.

—¿Conocía usted a lord Auldearn?

—Estudiamos juntos en Edimburgo. Y nos hemos encontrado con cierta frecuencia desde entonces.

—¿Conocía también a Mr. Cope?

—¿A Cope? Sólo por su reputación. No recuerdo haberle visto antes.

—Ya veo. Yo pensé que debían ser ustedes amigos, porque usted se disponía a hacerle una visita en el escenario superior, según parece, casi en el instante de morir lord Auldearn. Esa visita ¿no hubiera podido estropear el espectáculo?

—Sólo iba a quedarme un momento en la sombra y a echar un vistazo al cuadro. Me había invitado a hacerlo anteriormente, mientras conversábamos sobre lo que podría adelantar durante la función.

—Appleby sabía que esto era verdad, y constituía una de las cartas más fuertes de Malloch. Pero el aludido la puso sobre el tapete con una falta absoluta de jactancia.

—¿Pero no llegó usted a subir?

—No; estaba a mitad de camino en la escalerilla (supongo que no tiene más de doce escalones) cuando oí el disparo. Me quedé inmóvil unos pocos segundos preguntándome qué habría ocurrido. Luego me llegó el olor a pólvora y sospeché algo serio. Me volví y bajé en el momento en que corrían por allí varias personas. Creo que ninguna de ellas me vio bajar la escalera. Había bastante confusión.

—Así es —admitió Appleby—. Pero el caso es que usted estaba notablemente cerca del lugar del crimen, señor; más cerca quizá que cualquier otro, excepto Mr. Bose. ¿No podría ayudarnos de alguna manera? ¿No tiene ninguna información, ninguna cosa que sugerir?

Malloch tardó unos instantes en contestar.

—No tengo ninguna información especial; de lo contrario ya estaría en poder de ustedes hace tiempo, a despecho de nuestra tardía entrevista —sonrió a Appleby gravemente—. Y mi opinión sobre el asunto debe haber sido paralela a la de ustedes. En primer lugar, me imagino que la serie de actos realizados intermitentemente por el criminal puede ser un factor importante para su detención.

Esto sonaba a confidencia; pero podía ser simulación.

—Sí. Ya llegaremos a eso después. Pero mi atención está ahora en *Hamlet*, en el hecho de que lord Auldearn muriera en medio de *Hamlet*. Me pregunto si, con su erudición sobre la pieza, podrá usted ayudarnos en esto.

—No creo que pueda —contestó Malloch.

—He estado pensando especialmente en el motivo. Estamos frente a un criminal con mucha imaginación...

—Esa es una conjetura gratuita, inspector. Digamos un criminal con cierta fantasía.

Appleby aceptó blandamente esta corrección académica.

—Estamos, pues, frente a un criminal de mentalidad imaginativa o fantástica, que mata a lord Auldearn en circunstancias también fantásticas, y acepta, para hacerlo, una considerable proporción de riesgo. ¿Por qué?

—Probablemente porque el criminal, a semejanza de Hamlet, se concibe a sí mismo como el ejecutor de una venganza. Matar a su víctima en medio de la pieza sería, de una manera ruda, fácil y fantástica, proclamarlo así.

Hubo un silencio. Después Appleby reanudó la conversación:

—Reflexionando sobre estas suposiciones, como confieso haberlo hecho, ¿es posible llegar algo más lejos? ¿Podría definirse, por ejemplo, el tipo de venganza que concierne a Hamlet, y por consiguiente a nuestro criminal?

Malloch se dispuso a contestar lentamente, pero sin vacilaciones:

—Es un huella tenue, quizá, pero ciertamente se puede llevar más lejos... y en más de un sentido. Está, por ejemplo, el motivo de la venganza de Hamlet: el tema del fratricidio, del incesto y de la usurpación castigados. En nuestro criminal podrían ustedes buscar algo semejante. O podrían también descuidar el motivo de la venganza y considerar su carácter. Es un caso típico de venganza diferida. Esto es lo que se ha debatido siempre con respecto a Hamlet; ¿por qué la aplaza?

Esta vez hubo un silencio más largo. Malloch estaba inmóvil como una roca. Era claro que tenía presentes todos los argumentos que podía haber contra él y había hecho su discusión inevitable. ¿Tenía en reserva alguna seguridad desconocida? ¿Alguna coartada inconvencible en Aberdeen?

Appleby lo temía.

—Mr. Malloch —dijo tanteando otro procedimiento—, la manera más segura de cometer un asesinato es también la más incolora: un balazo en algún lugar solitario, o un cuchillo clavado en medio de una multitud. Cuando ocurre un asesinato en circunstancias misteriosas, existen dos explicaciones posibles. Hemos aludido a una de ellas: el criminal, una persona quizá de mentalidad desequilibrada, desea concretar alguna fantasía, y mata de una manera sorprendente o grotesca. La otra explicación de un asesinato rodeado de circunstancias desconcertantes y extrañas, es el intento de complicar a un inocente, haciéndolo aparecer culpable. Se utilizan entonces esas circunstancias peculiares para acusar a alguien... ¿Me sigue?

—Sospecho que le precedo —contestó Malloch.

El coronel Sandford frunció el entrecejo ante esta réplica sombríamente humorística. Mason, imperturbable, seguía tomando notas. Appleby contestó:

—No lo dudo.

Y hubo otro silencio.

—Si solicita usted mi opinión —continuó Malloch algo después— sobre la posibilidad de que haya habido una tentativa de incriminar a un inocente, le diré que me parece inverosímil.

Esto era demasiada sangre fría. Appleby entró bruscamente en materia.

—Sugiero que una persona desconocida, que ha leído el libro de Anderson, o posee alguna otra información similar, pudo disparar contra lord Auldearn, después de maquinar ese asunto de la venganza de Hamlet, con el objeto de incriminarle a usted mismo, profesor Malloch. ¿Encuentra usted eso inverosímil?

Malloch inclinó la cabeza gravemente.

—Quiere usted sugerir, sin duda, que esa teoría puede tener para mí ciertos atractivos. Tal vez los tenga. Pero como persona acostumbrada a sopesar la evidencia, no puedo aceptarla.

—¿Quiere usted decirnos por qué?

—Con mucho gusto. Mi primera razón es que es absurda. No hay nadie que pueda desear verme condenado como asesino, conozca o no esa estupidez de Anderson. Supongo que puedo saberlo. En segundo lugar, y este argumento le impresionará más, esa sugestión no resiste un examen lógico. Al enviar los mensajes y al disparar contra Auldearn, como lo hizo, el asesino corrió varios riesgos graves. Antes de hacerlo, podemos imaginar que habrá querido estar razonablemente seguro de su propósito, si es que se proponía incriminarme. ¿Podía estar razonablemente seguro de que se le presentaría una ocasión en la cual él quedara a salvo y yo comprometido? Creo que no. Y, lo que es mucho más concluyente, ese método de inculparme que usted sugiere habría sido la mejor manera de eliminarme del asunto. Los mensajes, que después de todo parecen apuntar hacia mí sólo de una manera muy débil, hubieran sido fatales para su plan, según todas las probabilidades humanas. Es inconcebible que pudiera estar tan minuciosamente interiorizado de mis movimientos, minuto por minuto y hora por hora, como para estar seguro de que yo no tendría una coartada firme con relación a uno o a varios de los mensajes. Y con una sola coartada sólida todo el laborioso y arriesgado plan se hubiera venido abajo desde el principio. Su amable insinuación no se sostiene.

—Me siento inclinado a convenir con usted —dijo Appleby, que estaba contemplando interiormente una mesa sin botellas de cerveza, y las remotas y empedradas calles de Aberdeen.

Malloch había vuelto con bastante claridad al punto débil de Appleby: las coartadas para los primeros mensajes.

—Y el hecho —prosiguió el profesor con toda calma— de que probablemente yo no tenga coartada para alguno de los momentos relevantes, es una circunstancia notable, con la cual su presunto asesino no podía contar.

Durante algunos instantes las palabras sonaron sin sentido en los oídos de Appleby. Luego concretó su significado:

—¡Ah, sí! —dijo con idéntica tranquilidad—. Ahora debemos ocuparnos de eso. Comprenderá usted que estas preguntas encaminadas a establecer las coartadas pertenecen a la rutina policíaca y se hacen a todo el mundo.

—Indudablemente —contestó Malloch.

—Y que la información con que usted pudiera favorecernos podría reservarla si fuera su deseo, o demorarla hasta consultar con un abogado.

—Lo sé.

—Y que todo lo que usted diga puede ser utilizado en contra de usted mismo y presentado como evidencia que puede perjudicar a usted o a cualquier otro.

—Sin duda.

—Entonces, si tiene usted la bondad de seguirme, procederemos ahora retrospectivamente. El ataque contra el doctor Bunney entre las nueve y media y las diez de esta mañana. Nadie ha mencionado que estuviera usted en su compañía, de modo que presumo...

—Inmediatamente después del desayuno fui a la biblioteca y permanecí allí solo.

—Gracias. ¿Se encontró usted con alguien a la ida o a la vuelta?

—No.

—El asesinato de Mr. Bose fue entre la una y cuarenta y las dos de esta mañana.

—Poco después de ser registrados en la sala me dirigí a mi cuarto y me quedé en él.

—Gracias. La mayoría de la gente hizo lo mismo, por supuesto. El tiempo del asesinato de lord Auldearn ya lo hemos discutido. Así que pasemos a los mensajes. Entiendo que usted llegó a Aberdeen...

Malloch sacó su reloj con la mayor calma y miró la hora.

—No me gustaría —dijo— ir a comer sin cambiarme. Tal vez ganáramos tiempo si les dijera que estuve en Londres cerca de una semana antes de venir a Scamnum.

Appleby le miró con suma gravedad.

—Pero la impresión general...

—Así es. Se trata de un caso de prevaricación social. Se me rogó que viniera antes, pero salvo la representación en sí, me molestaba la idea de largos preliminares. Así que alegué un exceso de trabajo en Aberdeen y convine en llegar el viernes después de comer. Eso era lo que esperaba hacer. Pero me encontré libre una semana antes y aproveché la oportunidad de ir a Londres y hacer unas visitas al Museo. Después llegué aquí el viernes por la noche, como estaba convenido, y no juzgué necesario explicar mis actividades previas.

—¿Dio usted a entender que llegaba directamente de Aberdeen?

—Implícitamente, quizás.

Malloch no parecía confundido.

Tenemos noticias de cinco mensajes. Continuaremos retrospectivamente también. Hubo ese mensaje por el combinado en la madrugada del sábado. No es de suponer que tenga usted una coartada para ese caso, ya que ninguno de los que dormían en la casa la tienen...

—Con toda seguridad, no la tengo.

—¿Ni para el mensaje transmitido por el aparato del doctor Bunney el sábado a la hora del desayuno? Tengo entendido que se les explicó su funcionamiento poco después de su llegada, el viernes por la noche.

—Sí, no hay coartada.

—¿Ni para la carta despachada en el West End para Mr. Gylby, el viernes? Ninguno de los demás la tiene.

—Tampoco yo. Y cualquiera pudo proporcionársela.

—Exactamente. Y ahora, ¿puede usted detallar todos sus movimientos del viernes, absolutamente todo lo que hizo antes de llegar aquí?

—Estaba a las diez en el Museo. Trabajé bajo la frecuente observación de personas que me conocen, hasta las once y media. Luego tomé un coche que me llevó al Ateneo, donde me había citado para almorzar con el preboste de Cudworth, un erudito bastante distraído, pero que puede ser un testigo digno de crédito. Él no disponía más que de una hora, así es que nos separamos a las dos menos cuarto, y la belleza de la tarde me tentó a dar un paseo por Saint James y Green Park. Algo después de las tres tomé otra vez un coche que me condujo nuevamente al Museo.

—¿No encontró usted a nadie conocido durante esta caminata?

—A nadie.

—¿Pudo usted haber estado en la puerta del apartamento de lord Auldearn en Picadilly un poco antes de las dos y arrojar un mensaje al interior?

—Si yo hubiera sabido que el automóvil de Auldearn estaba estacionado en Picadilly, sin duda habría podido acercarme a él.

—Gracias. Sólo queda otro momento importante, con respecto al telegrama enviado a Mr. Gervase Crispin desde Scamnum Ducis. ¿Quiere usted volver su atención al lunes de esa semana, hace ocho días?

—Sí —contestó Malloch—; fue el día en que asistí a las carreras de Horton.

La mina del lápiz de Mason se rompió sobre el papel y su ruido sonó como un disparo.

—¿E insiste usted en rechazar la idea de una sucia maquinación?

—Sí. Y aunque me estuviera ahogando me aferraría a esta afirmación. Estoy convencido de que todo es mera coincidencia.

—¿Querría usted decirnos algo sobre sus experiencias hípicas?

—Seguramente. Me gusta, tal vez por ser un hombre de pueblo, mezclarme con la vida corriente. No es un asunto de curiosidad o de observación: simplemente me gusta una muchedumbre vulgar. Guardo esta preferencia como una debilidad privada, y como la razón de algunas fugas ocasionales. El lunes vine mezclado con la multitud en el tren de excursión, y me volví como había venido.

—Y, por supuesto, no encontró usted a ningún conocido.

—Felizmente, no. O tal vez desgraciadamente. Porque me imagino que, en realidad, soy uno de los que reúnen todas las condiciones que ustedes necesitan. El que podría haber cometido todos esos actos, ¿no?

Malloch estaba pálido, pero tan inmóvil como tallado en piedra.

—Profesor Malloch, suponiendo que todos estos actos sean obra de una sola mano, es usted la única persona que puede ser responsable de ellos.

Appleby hizo una pausa. Luego, en el silencio mortal que sucedió a sus palabras, enumeró:

—Los dos asesinatos, el asalto a Bunney, los cinco mensajes...

El teléfono le interrumpió con un sonido agudo; era una llamada apremiante que

sonaba a su lado. Appleby levantó el auricular.

—Hola...

Su silla cayó hacia atrás con estrépito, pero él ya estaba en pie de un salto. Presionó la horquilla. La soltó. Pidió urgentemente:

—¡El telefonista de la casa!... ¿De dónde era esa llamada?... ¿De dónde?...

Dejó el aparato sobre la mesa y miró a sus compañeros.

—El sexto mensaje —explicó—, otro verso de *Hamlet* y también sobre venganza. «El cuervo con su graznido clama venganza». Parece que todavía no se ha acabado el asunto.

Mason se metió el cuaderno de notas en el bolsillo; Sandford lanzó un juramento.

—¿De dónde? —gritó—. ¡En nombre del Cielo! ¿Saben desde dónde ha sido hecha la llamada?

Appleby vaciló:

—Bueno, señor, es evidente que no la ha hecho el profesor Malloch —contestó mientras salía corriendo de la sala.

Diez minutos después, Appleby, que bajaba por las escaleras, se cruzó con Gott, elegantemente vestido para la comida.

—Ahora que Sandford está aquí, no me atrevo a acercarme —se excusó Gott—. ¿Cómo andan las cosas?

—Hacia atrás. Ya no quedan botellas sobre la mesa. Malloch era la última y se ha caído. Así que se cumple su vaticinio: queda la teoría de que todo no sea obra de una sola mano.

Gott sacudió la cabeza.

—Si yo profeticé eso, me equivoqué. Pero no creo que lo hiciera. Quise decir que todo ese trabajo de las eliminaciones tenía demasiadas vueltas. Se puede hacer un viaje más directo. Y se hará. Todavía puedo encontrarle un criminal sin cómplices.

Appleby miró a su amigo, estupefacto.

—¡No me diga! Supongo que también me podrá explicar el sexto mensaje.

—¿Ha habido un sexto mensaje? Quizá pueda decirle cuál era: «El cuerpo con su graznido clama venganza». ¿No es así?

Appleby casi pegó un salto.

—¡Giles! ¿Cómo lo sabe?

—Aplicando sus métodos favoritos, John: por eliminación.

Appleby lo tomó del brazo.

—Este es el momento —dijo— en que el tímido erudito mantiene una conversación confidencial con la policía.



6

ESTOY SEGURO —dijo el coronel Sandford, cuadrado ante la estufa y hablando de una manera cortésmente recelosa, aunque discretamente paternal— que ésta ha sido una prueba muy dura para todos ustedes... En realidad, muy dura.

Se había hecho el arresto; las noticias habían corrido ya; la primer estupefacción se había disipado y en su lugar alboreaba un inmenso alivio: la pesadilla de incertidumbre y de ansiedad había concluido. Y ahora, el jefe de policía había congregado en el saloncito a un pequeño grupo de personas. Estaba visiblemente complacido, casi exultante, con la certidumbre de que había habido acción y de que en Whitehall se quedarían tranquilos.

Pero se mostraba moderado y semioficial, en la actitud decorosa de un militar que actúa como policía en Scamnum Court, vale decir, la imagen de la corrección absoluta. Ya podía el duque arrepentirse de sus disposiciones con respecto al oporto.

—Ha sido un momento de trastorno y de ansiedad —añadió el coronel Sandford—, y creo que merecen ustedes una explicación sobre la forma en que se ha dilucidado el caso.

Reflexionó unos instantes.

—Casi diría que son legalmente acreedores a una explicación sobre la forma en que hemos llegado a este punto. Y como todos ustedes, por la naturaleza misma del caso, serán citados en calidad de testigos, no creo cometer ninguna indiscreción al facilitársela. Quizá no sea del todo correcto... No del todo correcto. Pero le rogaré a Mr. Gott, que resolvió el asunto, como todos ustedes saben, que les haga un breve esbozo de él. ¿Tendría usted la amabilidad de hacerlo, Mr. Gott...?

Mr. Gott no parecía sentir el más leve deseo de tener esa amabilidad. Pero alrededor de la habitación se había formado un pequeño círculo de caras expectantes que no era decente rehuir. Negarse, habría sido hacer el papel de un prestidigitador que sale de la escena llevándose en el bolsillo, sin realizar, el truco más anunciado. Gott se hundió algo más en la sombra de un amplio sillón y empezó a hablar cautamente y sin ceremonias:

—El caso ha estado lleno de contradicciones que aún ahora es difícil resolver. Por ejemplo: tenía toda la apariencia de un crimen premeditado, y anunciado casi literalmente con un toque de trompetas. Pero no creo que se intentara un asesinato. Y estoy casi seguro de que no hubo intención de matar a lord Auldearn. Solamente en el momento en que se sospecha algo de esto, se empieza a vislumbrar un resplandor positivo de luz.

Un murmullo frágil y discreto como las porcelanas Ming y Tang que adornaban las paredes, corrió por el saloncito; una versión algo modificada de ese expectante susurro que saluda la entrada de la Dama Invisible.

—También el misterio parecía desconcertante, pero en cierto sentido no estaba planeado para que lo fuera, y sólo cuando llegamos a la idea de que no tenía por qué ser desconcertante dejó progresivamente de desconcertarnos. Si todo esto resulta enigmático, lo diré de otra manera: el asunto en su integridad era teatral. Como todos lo observamos, desde el principio tenía un elemento de ostentación o exhibicionismo. Pero ¿qué era lo ostentado? A propósito de este problema, les diré que estuve presente en una interesante conversación entre Mr. Appleby y *sir* Richard Nave. Exploramos la teoría de que se estaba ostentando un motivo; y que las peculiares circunstancias de la muerte de lord Auldearn constituían la sibilina, pero efectiva manifestación de un motivo. Ahora bien, teníamos el motivo venganza, ya declarado en los mensajes. Y teniendo en cuenta el problema central de *Hamlet*, llegamos a la concepción de una venganza diferida. No andábamos del todo descaminados, porque creo que esa idea intervino.

»Sin embargo, la búsqueda de un motivo ostensible fue, en cierto modo, un factor de perturbación. Oscurecía esta otra pregunta: ¿no se estaba ostentando algo más? Y careciendo de respuesta a tal pregunta, la solución, según creo, se alejaba mucho. Luego de analizar la serie completa de hechos que tenía por delante, Mr. Appleby llegó a la conclusión de que un elemento de complicidad era esencial en el caso. Y por último, consiguió fijar un número considerable de personas, diez, si mal no recuerdo, cada una de las cuales podía haber sido el asesino de Auldearn, pero hubiera necesitado contar con un cómplice para realizar uno o más de los actos vinculados con el caso. Una investigación estricta sobre estas premisas habría llegado a un punto muerto, por la sencilla razón de que no hubo tal complicidad. Y entonces habría sido lógico preguntarse gracias a qué expediente pudo conseguir el criminal hacer todas esas cosas por sí mismo, ya que resultaba imposible que hubiera contado con un cómplice. Pero también esta investigación hubiera resultado infructuosa porque se habría fundado sobre una base falsa. Los hechos son éstos: Mr. Appleby creía que ninguna de las personas implicadas pudo haber realizado todos los actos. No obstante, descubrió ulteriormente que una de ellas pudo haberlos realizado todos. De cualquier manera, esta apariencia no fue planeada por el criminal, sino fortuita.

»Repito que a esta altura la solución estaba lejos aún, ya que no había respuesta para la otra pregunta que quedaba en la sombra: «¿Se había ostentado

deliberadamente algo, fuera del motivo mismo? Y esta pregunta no había sido formulada adecuadamente. En ese preciso momento vi la respuesta delante de mi nariz. Comprenderán en seguida lo que quiero decir, aunque aclararlo sea, en realidad, anticiparse. En todo este asunto ha habido un desafío, deliberado. El criminal hizo alarde de ciertas cosas en las que uno podía o no caer en la cuenta, haciendo así una especie de juego perverso. Y en el planteamiento y la realización de su juego, no cometió ninguna falta; sólo se encontraron las pistas que él mismo iba ofreciendo.

»Pero ahora permítaseme señalarles ciertos problemas en el orden en que se fueron presentando.

¿Por qué fue asesinado lord Auldearn en medio de la representación de *Hamlet*? Ese era el primer problema; y no era posible considerarlo mucho tiempo sin comprender que no estaba planteado con claridad. Resultaba mejor alterarlo de este modo: «¿Por qué fue asesinado lord Auldearn en el acto II, escena IV, línea 23 del *Hamlet* de Scamnum?». Y entonces surgía una respuesta obvia: porque en ese momento lord Auldearn estaba solo en un pequeño recinto cerrado, y porque todas las personas que podían oír el disparo esperaban que actuara de una manera definida: *esperaban que pidiera auxilio*.

»En cuanto a la evidencia técnica, sabemos, gracias a las ligeras marcas de pólvora, que se disparó contra lord Auldearn a muy corta distancia. Excluyendo la posibilidad de que se hubiera disparado desde arriba, es seguro que el asesino llegó hasta el centro de la escena posterior.

»Esto nos lleva al segundo problema: ¿por qué hizo esto el asesino? ¿Por qué abandonar la seguridad del cortinaje, desde cuyo escondite hubiera podido disparar, y salir de allí exponiéndose a ser visto por el apuntador? Teníamos tres datos para sugerir la respuesta: los mensajes, la contestación a la primera pregunta, y el recuerdo obsesionante, confesado por Mr. Appleby, de un ballet llamado *Les Présages*. La reminiscencia de Mr. Appleby evoca la imagen del Hado o Destino, cuya figura se advierte de repente, erguida amenazadora al borde del escenario. «Destino. Desquite. Venganza». Tal fue el proceso mental de Mr. Appleby. Y es fácil de comprender lo que estaba planeado que ocurriera en el escenario posterior. El vengador, que ya había amenazado explícitamente a Auldearn en el mensaje arrojado al automóvil, tenía que encararse audazmente con su víctima, fuera cual fuese el riesgo de ser visto por Mr. Bose. Adivinarán ustedes el placer especial que se prometía. En esos instantes de agonía, cuando Auldearn reconociera al agresor y sus intenciones, estaría totalmente indefenso. Podía pedir auxilio, en las palabras instintivas que asoman en tales ocasiones a los labios, y ni un alma en el salón se daría cuenta de que no era en el papel de Polonio que gritaba: «¡Auxilio! ¡Socorro!». Esta fue la causa «fundamental» de que el crimen ocurriera en ese preciso pasaje de *Hamlet*; y ante ella cualquier otra conjetura «decorativa» sobre una declaración de motivo implícita en la pieza, se hacía secundaria. Se trataba de un plan diabólicamente concebido.

Gott hizo una pausa; y la hizo en medio de un silencio mortal. Por un momento la pesadilla había vuelto, más siniestra aún que antes de disiparse. Pero pronto la voz serena continuó, casi desganada.

—Creo que Mr. Appleby, aunque no quiera decir nada al respecto, llegó por sí mismo a estas conclusiones mucho antes que yo. Pero el punto siguiente me ofreció mi propia oportunidad. Así como él tenía la obsesión de un vago paralelismo con *Les Présages*, yo tenía la obstinada impresión de que, de alguna manera, y dentro de la pieza misma, algo había andado mal. El efecto no había sido el que hubiera debido ser. Me intrigaba esta idea y no le encontré pies ni cabeza durante mucho tiempo. En su carácter de atentado contra lord Auldearn, el resultado del hecho había sido cabal. Pero faltaba algo en otro aspecto; en su aspecto de cosa presentada ante un público, porque sin duda ésa fue la intención del asesino, y todos estamos convencidos del sentido exhibicionista de sus actos. Era un artista el que estaba en juego, y yo intuí, tal vez por tener experiencia en materia de efectos teatrales, que algo no ajustaba en el planteamiento que debió hacerse esta mentalidad formidable.

»Y, por fin, descubrí lo que era. El crimen fue anunciado por un estampido; un anuncio bastante sensacional en sí. ¡Pero cuánto más impresionante hubiera sido que al descender Hamlet la cortina hubiese encontrado a Polonio, es decir, a Auldearn, realmente muerto! ¿Por qué fue muerto Auldearn de una manera tan estrepitosa? ¿Por qué, por ejemplo, no se le apuñaló en silencio, dejando que Hamlet lo revelara al público? Contemplé este problema durante algún tiempo y me pareció, como les parecerá a ustedes, fantástico; un mero refinamiento de la imaginación. Por eso lo dejé de lado. No comprendí entonces que al considerarlo estaba en el mismo meollo del asunto.

Gott hizo una nueva pausa.

—No comprendí —agregó después, abstraído y absolutamente inconsciente de hacer una afirmación grotesca— la vinculación esencial entre el hecho de que Auldearn fuera muerto de un tiro y el hecho de que Happy Hutton, el amigo de Mr. Appleby, no hubiera dejado su sombrero en Scannum después de todo.

Hubo otro silencio. Desde algún punto, en el fondo del salón, Peter Marryat, que se había deslizado allí sin ser invitado, lanzó un suspiro de perplejidad. Todas estas cosas se le escapaban.

—No creo que hubiéramos llegado a la verdad en aquel momento. Pero en las tempranas horas de esta mañana escuché una conversación que realmente pudo proporcionarnos una clave. Si Mr. Appleby o yo hubiéramos sabido interpretarla, podríamos haber solucionado el misterio de una manera dramática, y no como ha sido resuelto, por medio de una prueba que el asesino mismo, con esa modalidad suya de jugador pervertido, nos proporcionó deliberadamente.

»Ahora permítanme volver de nuevo al problema del motivo. La investigación del motivo, como he dicho, oscurecía hasta cierto punto los demás elementos que el criminal pudo haber incluido en su ostentación o en su jactancia. Con todo, esta

investigación nos llevó a alguna parte. El asesinato de Auldearn (el de Bose fue una simple consecuencia) parecía ser un crimen pasional, probablemente una venganza o un desquite, como el sentido de los mensajes insinuaba, pero ¿cuál era la causa de esa venganza? Y si se aceptaba el dato que el tema de *Hamlet* sugería, ¿por qué la aplazó? Mr. Appleby no ignoraba la razón fundamental por la que Auldearn fue muerto en el momento preciso en que fue muerto; no ignoraba que habían querido sorprenderlo en una situación en que tuviera que pedir socorro en vano. Sin embargo, creo que conservaba cierta fe en lo que podríamos llamar la significación de alegato que el crimen presentaba. Destacó el tema de la demora como fundamental en la pieza, y trató de interpretar el asesinato como un acto de venganza por un agravio personal, inferido hace mucho tiempo. Pero yo, por mi parte, me sentía impresionado por algo que le escuché a *sir* Richard Nave en la conversación ya mencionada. Él opinó, según me pareció entender, que una venganza largamente diferida sería un hecho asombroso en personas de cierto nivel intelectual; a no ser que la causa del supuesto agravio se conservara, en cierta medida, presente. Y citó, como ejemplo, un objeto robado del cual se hiciera alarde aún. Ahora bien, en el caso que Mr. Appleby trataba de reconstruir mentalmente, y que no necesito particularizar, había habido, de acuerdo con una leyenda referida por Mr. Tucker, un objeto robado. Pero no faltaban razones para suponer que ese objeto había desaparecido del cuadro hacía tiempo. De modo que me incliné a considerar otra sugestión adelantada por Nave. Una venganza demorada, dijo, podía ser fruto también de algún mortal e irreconciliable conflicto ideológico dilatado durante varios años. Esa sugestión me interesó, porque mientras la teoría de Mr. Appleby presentaba a un Ian Stewart joven y apasionado, desaparecido hace muchísimo tiempo..., demasiado tiempo tal vez, esta otra conjetura se refería a lord Auldearn contemporáneo; al estadista, al filósofo, y al hombre que recurría a veces a su posición de estadista para reforzar su filosofía en sus derivaciones prácticas. En resumen, sentí que indagando un motivo semejante, me acercaba más a las posibilidades psicológicas de las personas aquí congregadas, todas ellas gente de inclinaciones intelectuales y especulativas. Dirán ustedes que no se comete un asesinato para defender una posición ideológica, y mucho menos como una especie de prueba a favor. Se comete un asesinato por miedo, o por codicia, o por alguna variedad de pasión sexual. Pero quizá con todas estas digresiones no les estoy dando cuenta exacta de nuestro tiempo.

Gott vaciló como si buscara alguna expresión condensada de todas las ideas que tenía en la cabeza.

—¿No nos enfrentamos acaso diariamente en el mundo actual con una ola creciente de intolerancia ideológica, y la violencia y el terrorismo no llenan más y más los pensamientos de los hombres? Cuando este brote de lo primitivo y de lo intemperado se injerta en una filosofía, o en una concepción del mundo, o en una ideología cualquiera que debe y quiere prevalecer, ¿no se convierte en algo capaz de obsesionar y dominar a hombres naturalmente inestables, sea cual fuere su particular

creencia? El mundo moderno está lleno de insanas legiones de mártires y de inquisidores. Nos juntamos por millones y miles de millones, para odiar y para matar; y nos persuadimos de que es nuestro deber hacerlo por una idea. ¿Nos sorprenderemos entonces de que aquí o allá un individuo mate simplemente por odio, y aun por odio a una idea? En este punto, creo que hubiera sido posible, con una buena inteligencia, resolver el misterio. Pero yo estoy lejos de poseerla y Mr. Appleby ha estado preocupado todo este tiempo por un asunto en realidad ajeno al caso, pero de suma gravedad, al que tendré que referirme en seguida. De modo que la solución no se presentó de una manera dramática, sino por casualidad. Digo casualidad y no exagero. Sucedió que el criminal tenía un pariente. Este pariente no interviene en el caso para nada. Pero si no hubiera existido, no podríamos haber descubierto nunca, y es una idea mortificante, que el asesino había firmado audazmente su crimen, no sólo una vez sino otra y otra.

El saloncito se iba apagando lentamente en la sombra.

La última claridad del poniente trepó hasta los hombros de la figura de la Anne Dillon, retratada por Whistler junto al piano, y desapareció. Los paisajes nocturnos en azul y plata, los primeros cuadros «puntillistas» de Cope, los de Dillon, cálidos y llameantes, se esfumaban juntos en las sombras de las paredes. Una brisa más fría se coló por la ventana abierta, susurró al pasar junto a un gran jarrón lleno de flores, e hizo que alguien se deslizara tímidamente del alféizar de la ventana hacia un lugar más abrigado.

Y la voz de Gott continuaba, también fría y remota.

—Si *sir* Richard Nave, como les digo, no hubiera tenido un hermano que se dedica también a la medicina, seguiría aún libre de culpa y cargo.

»Él mismo nos invitaba a sospechar. Creo que conocía su demencia; y el juego que estaba haciendo representaba tal vez la parte sana de su yo, observando con la impassibilidad propia de la ciencia su creciente locura, y tratando de que pusieran al loco a buen recaudo. Quizá esto sea demasiado sutil, una de las tantas complejidades de su especialidad. Nunca lo sabremos. Y no olvido que Nave no es un loco desde el punto de vista legal; lejos de ello. No negaré que en última instancia no se trata de un criminal irresponsable, sino sólo de un criminal. Atrajo sobre sí las sospechas con una serie de alardes, no ya insinuando enigmáticamente su motivo, sino proclamando su identidad casi a las claras. Estos alardes (me refiero, por supuesto, a los mensajes) fueron estudiados con la mayor diligencia. Pero esta misma diligencia contribuyó a ocultar la clave que contenían. Las preguntas que Mr. Appleby se formuló con respecto a los mensajes fueron «cuándo» y «cómo». ¿Cuándo fueron enviados? ¿De qué manera? ¿Cuál de los posibles sospechosos pudo hacer llegar éste o aquel mensaje? Existía, naturalmente, otra pregunta: «¿Por qué?». Pero la respuesta parecía tan obvia, que no valía la pena detenerse en ella mucho tiempo. Los mensajes eran,

simplemente, la forma ostensible en que el criminal anunciaba su propósito. El primero, recibido por Mr. Crispin en la Cámara de los Comunes, no invitaba a la reflexión. Las palabras «¡Hamlet, venganza!» eran sencillas y adecuadas, y vinculaban la amenaza con la representación proyectada. A la luz de los acontecimientos posteriores, el siguiente mensaje, el de lord Auldearn, añadía un ajustado toque dramático. En el automóvil que introdujo al lord canciller dentro de los muros de Scamnum, se encontraron los versos que pronuncia *lady Macbeth* refiriéndose a otra víctima predestinada:

*... El cuervo mismo enronquece
para anunciar con su graznido.
la fatal entrada de Duncan
en mi castillo*

»El tercer mensaje, el de Mr. Gylby, contenía un par de líneas de Tito Andrónico que no hacen más que reiterar la idea de venganza:

*Y a sus oídos digan mi espantoso nombre,
Venganza, que haga estremecer al estúpido ofensor.*

»Eso del «estúpido ofensor» añadía tal vez un dato. De cualquier manera fue ante este tercer mensaje ante el cual Mr. Appleby se detuvo para plantearse un agudo interrogante: «¿Por qué todos estos mensajes?». No todos eran igualmente efectivos. ¿Por qué un criminal tan cuidadoso de sus efectos enviaría cinco mensajes de tan diversa efectividad? La respuesta fue, por cierto, ingeniosa: esa diversidad constituía un desafío. El criminal parecía decir, en efecto: «Mirad cuántos mensajes puedo enviar, todos por vía distinta, y sin ningún obstáculo».

»Pero cabía formular aún otra pregunta: «¿Por qué precisamente estos mensajes?».

»Y esta última pregunta pudo hacerse apremiante al recibirse el siguiente, el transmitido por la caja filológica del Dr. Bunney: «Yo no gritaré ¡Hamlet, venganza!». En este caso el método de transmisión era eficaz, pero el mensaje en sí parecía inofensivo.

»¿Qué significado podía atribuirse, también a la luz de los acontecimientos ulteriores, a esta especie de retractación? En este punto debo confesar que estoy avergonzado de mí mismo. Mi memoria no descubrió en seguida la fuente de esta cita, y con una especie de obstinación, que quizá el profesor Malloch pueda comprender, evité detenerme en el asunto. No me pareció trascendente, y, como es natural, no iba a permitir que me vencieran en un tema que debía conocer. Ahora bien, la frase: «Yo no gritaré ¡Hamlet, venganza!» fue extraída de la obra de Rowland *El cuervo ele la noche*. La reminiscencia acudió a mí como una revelación en el instante en que miré por casualidad el telegrama que despachó por intermedio de la policía esta mañana, para aplazar la visita de un paciente. Por lo general uno firma sus telegramas sólo con su apellido; pero como Nave tiene un hermano que también

es médico en ejercicio, acostumbra hacerlo de otro modo. Y al mirar su firma: R. Nave^[7], descubrí en seguida el anagrama.

Hubo una breve pausa.

Peter Marryat, demasiado interesado para mostrarse discreto, gritó:

—Dígame, por favor, ¿qué es un anagrama?

—Se toman las letras de R. Nave —explicó Gott con frialdad— y se forma con ellas la palabra «raven», se hace un anagrama. En otras palabras, en la forma tortuosa característica de la moderna mentalidad psiquiátrica, Nave había estampado su firma en dos de los cinco mensajes originales; o más exactamente en tres.

»El cuervo «enronquecía» en uno de ellos; se citaba en otro el «Cuervo de la noche»; y el segundo pasaje de *Macbeth*, el que transmitió el combinado de radio en plena madrugada, me sugirió en seguida, si no la asociación con la idea de cuervo, por lo menos con una imagen de cornejas y bosques nocturnos.

»Cuando Mr. Appleby me informó esta tarde que se había recibido un sexto mensaje, pude imaginar exactamente su texto. Porque quedaba una cita, la más apropiada de todas, que no había llegado aún; una cita en que el cuervo, Hamlet y la venganza aparecen perfectamente vinculados. La mayoría de ustedes la recordarán: es la exclamación de Hamlet en la escena de la representación: «El cuervo con su graznido clama venganza». Mr. Appleby casi había estado esperando otro mensaje. Y hace unas horas le transmitieron por teléfono estas palabras de Hamlet. El telefonista de la casa estaba en condiciones de informarle de que la llamada había partido del propio dormitorio de Nave, y cuando acudió a toda prisa, encontró el ejemplar de Shakespeare perteneciente a Nave al lado del teléfono, y abierto en esa misma página. A una pulgada escasa de los renglones mencionados, la investigación reveló la impresión reciente del índice de la mano derecha de *sir* Richard. Y éste fue el fin del asunto, o más bien el principio del fin. Había algo en Nave, lo repito, que se oponía a que el criminal escapara.

»Dio varias pistas a la policía, y como ésta no pareciera encontrarles pies ni cabeza, le proporcionó otra: «El cuervo con su graznido clama venganza».

Gott se agitó en la silla.

—Dije que esto fue el principio del fin. Aun en esta etapa había un fallo. Pero antes de ocuparme de ella, permítanme referirles sucintamente lo que yo creo que ocurrió, y revelarles algunos puntos importantes todavía no mencionados: por ejemplo, la cruz de hierro.

»A no ser por la cruz de hierro supongo que no hubiera habido crímenes. Y a no ser por ella, tampoco se hubiera producido ese fallo en el aspecto espectacular del crimen. Pero debo empezar por el principio.

»Aquí tenemos, pues, a lord Auldearn, un verdadero símbolo de cierto antiguo orden de cosas. Es, como he dicho, un estadista, un filósofo y un teólogo. Sus escritos

son famosos; se encuentran en las bibliotecas de casi todos los intelectuales, incluso, como he sabido, en la de Mr. Appleby. Y aquí tenemos también a *sir* Richard Nave, otra personalidad típica: un hombre de ciencia; un escéptico crudo, un ateo agresivo, como sabrán muchos de ustedes que han conversado con él; y un hombre que luchó toda su vida contra la superstición, los sacerdotes, la beatería y todas las cosas. ¿Qué ocurre entonces? ¿Decide Nave eliminar ese símbolo de sus antagonismos? No lo creo. Pero hace otra cosa. En parte, por alguna necesidad de su naturaleza íntima, en parte, como ya he sugerido, bajo la presión del terrorismo ideológico de nuestra época, empieza a crear una fantasía de destrucción en torno a la figura de Auldearn. Dos de sus frases martillan en mi memoria. Creo que las dijo refiriéndose a las novelas y películas policiales, que él consideraba «válvulas de escape» o «soluciones higiénicas de las tendencias criminales reprimidas». Ahora bien: tal vez el inventar relatos de misterio, sea una «solución higiénica» y todo lo demás... No lo sé. Pero Nave no se conformó con tales cosas: empezó a sopesar la posibilidad de un crimen contra una persona de carne y hueso, a la que realmente odiaba. Juzgar este proceso como una válvula de escape, es sólo mala psicología. Y llegó el momento en que el impulso traspasó los límites de la imaginación y empezó a concretarse gradualmente.

»Esto es lo que quiero significar cuando digo que el asesinato, en cierto modo, no fue premeditado. Aun en el momento de enviar los mensajes, la actitud no implicaba sino un desborde imaginativo. Ignoro cuándo se proveyó Nave de un revólver, pero creo que esta acción señala el momento en que la sinrazón se impuso. Se armaba contra cualquier eventualidad.

»Pero insisto en que no pensaba disparar contra Auldearn; el revólver era una simple precaución. Lo que le obsesionaba, y le impulsaba ahora hacia adelante, era esa oportunidad dramática, única, de enfrentarse con Auldearn como una verdadera encarnación de Némesis y matarlo en el momento en que pedía socorro en vano. Creo que se proponía apuñalarlo, como fue apuñalado Bose, y dejar el cadáver para que Hamlet lo descubriera. Era una fantasía avasalladora; advertirán ustedes que las circunstancias conspiraban para desequilibrarlo definitivamente. Pero aun entonces todo pudo quedar en el terreno de la mera fantasía, en cuyo caso los mensajes habrían sido una tontería sin consecuencias que no hubiera sido necesario explicar nunca. Pero la llegada de la cruz fue fatal.

»Ahí, al alcance de la mano, sobre el reclinatorio, estaría una pesada cruz de hierro. ¡Qué poder ritual, qué fuerza de significación terrible adquirirían sus actos, si pudiera esgrimir este símbolo y aplastar con él la cabeza de su víctima! Por eso abandonó el puñal o la daga que había proyectado usar y sólo retuvo el revólver para emplearlo en caso de emergencia.

»¿Por qué, entonces, alterar su plan? ¿Cuál fue la razón del disparo? Teóricamente hubiera sido posible encontrar la respuesta y acercarse bastante a la identificación del criminal con el auxilio de dos datos que ya he mencionado: una conversación sorprendida, y el sombrero que no pertenecía a Happy Hutton.

Sintetizando: Mr. Appleby encontró un sombrero en el dormitorio de lord Auldearn y dedujo que no era de lord Auldearn por ser de una medida más grande que los otros. Pero en ciertas condiciones el sombrero nuevo de una persona tiene que ser más grande que el viejo. Eso ocurre si esa persona padece la enfermedad de Paget.

Si Gott advirtió el extraño giro que estaba tomando su relato, no dio señales de ello. Su voz discurría sin énfasis:

—Lord Auldearn estaba gravemente enfermo. Pero ¿por qué se había puesto tanto ardor en una cuestión técnica de diagnóstico discutido por Nave y el doctor Biddle en la conversación que Appleby y yo sorprendimos en la sala?

»Puedo recordar lo que decían:

»—Se trata evidentemente de la forma localizada de *leontiasis ósea* —sostenía Nave. A lo que replicaba el doctor Biddle—: «¡Leontiasis... pamplinas! Es una simple enfermedad de Paget generalizada». Y al oír esto, Nave se irritó violentamente. ¿Por qué? Bien; no necesito ni podría dar una explicación técnica. Pero digamos lo siguiente: lo que Nave estaba pensando, era más o menos esto: «En el momento de golpear, mis conocimientos casi olvidados de medicina general resurgieron. Vi que me proponía golpear un cráneo patológicamente espesado, duro, de consistencia ebúrnea. Como no podía exponerme a dejarlo con vida, arrojé la cruz e hice el disparo». Y el doctor Biddle parecía replicarle: «Estaba usted equivocado; ese cráneo estaba, en efecto, patológicamente espesado, pero en lugar de estar anormalmente duro, ocurría precisamente lo contrario». En otras palabras, Nave usó del revólver como lo hizo y marró el efecto dramático dispuesto, porque al darse cuenta de repente de las condiciones de salud de lord Auldearn, no tuvo los conocimientos precisos para hacer el diagnóstico esclarecedor que debió hacer en ese momento. Se imaginó golpeando algo semejante a una bola de billar, pero no era así: pudo haber golpeado con bastante eficacia. Y su vanidad se sintió herida por el error. El doctor Biddle me ha dicho que si sus conocimientos de medicina general no hubieran sido tan flojos, Nave habría advertido hace tiempo la significación del andar agobiado de lord Auldearn y de varios otros síntomas.

»Este asunto de la alteración del plan es el rasgo más notable del caso. Es el único punto en que el criminal tuvo que vérselas con lo imprevisto y el único en que pudo ser sorprendido *in fraganti*, por decirlo así, y no por las pistas que él mismo nos ofrecía. Si la conversación técnica de la sala hubiera sido oída por una persona competente, un médico legista, por ejemplo, se habría descubierto algo sobre esta base. De cualquier manera, es el punto en que la extravagancia intrínseca del caso se hace más evidente. De hacer esta historia con una intención sensacionalista, habría que terminarla aquí. No obstante, queda otro punto de cierta importancia que debo explicar ahora.

»A pesar de todo, la suma de las pruebas circunstanciales ofrecía un fallo. Recordarán ustedes que Mr. Appleby había llegado a una etapa de sus investigaciones en la cual se vio obligado a descartar la teoría de un crimen cometido por una sola

mano. Repasando los hechos vinculados con la muerte de Auldearn en relación con lo que se sabía y se podía comprobar sobre los movimientos de los sospechosos, averiguó que ninguno de ellos pudo haberlos, realizado todos. El asesino debía tener un cómplice. Pero ¿había contado Nave con un cómplice? El tipo de crimen que le imputamos, la realización de una fantasía íntima, no es por cierto de aquellos en los que se puede esperar complicidad.

»¿Cuál era, pues, la situación exacta? Nave no podía, demostrar la imposibilidad material de enviar algunos de los mensajes, o de asesinar a Auldearn o a Bose. Pero podía demostrar de un modo concluyente que no pudo atacar al doctor Bunney: en el momento del ataque estaba conversando con *lady* Elizabeth, con Mr. Appleby y conmigo en el salón. Al principio hubiera sido lógico buscar el cómplice que debía haber tenido. Pero no había tal cómplice.

»Consideren la relación de todos los hechos en que Appleby debió basarse para su proceso eliminatorio. Los, mensajes, evidentemente, estaban vinculados y resultaban congruentes con el asesinato de Auldearn. Sin duda, la persona que los envió estaba directamente complicada en el crimen. Analicemos ahora el asesinato de Mr. Bose. Una sola explicación razonable la justifica: lo mataron porque sabía algo sobre la muerte de Auldearn. Pero ahora llegamos al ataque contra el doctor Bunney. ¿Estaba este ataque, al igual que los demás hechos, vinculado con el crimen originario? La versión aceptada lo supuso así. En el desayuno de esta mañana, Clay sugirió eventualmente que siendo el aparato de Bunney un instrumento fonético de singular precisión, quizá suministrara alguna pista provechosa. Tal vez fuera posible identificar con su ayuda la voz disimulada que había transmitido por su intermedio el mensaje: Yo no gritaré ¡Hamlet, venganza! Nos imaginamos que el asesino se sintió alarmado ante esta perspectiva y poco después agredió al doctor Bunney para recuperar ese cilindro que potencialmente le incriminaba. La desaparición del cilindro, rotulado como *El mensaje curioso*, pareció ratificar esta interpretación. Pero cabe preguntarse si ésta es la única explicación posible del ataque contra Bunney, o si es la mejor que puede darse; y no siendo así, si es una explicación buena o por lo menos verosímil. ¿Por qué casi asesinar a un hombre para sacar de su habitación algo que pudo ser robado sin violencia? Entre la observación de Mr. Clay en el desayuno y el momento en que Bunney se dirigió a su habitación, hubo tiempo bastante para el robo. Bien; creo demostrar que el ataque contra Bunney no formó parte de la actividad del asesino ni de un cómplice. Que pertenece, en realidad, a otro asunto completamente distinto.

»Todo el mundo sabe ahora que los acontecimientos que hemos vivido estuvieron complicados con una alarma de espionaje. Lord Auldearn tenía en su poder un importante documento por cuya seguridad se temía. El documento no llegó a estar en peligro, pero la alarma no era infundada. Hubo espías entre nosotros, y desde luego, espías que andaban detrás de ese papel. Sus posibles actividades constituyeron esa grave preocupación de Mr. Appleby a la que me he referido. De cualquier modo, no

tuvieron éxito en su trabajo; no tenían nada que ver con el asesinato; y era presumible que hubieran abandonado la escena. Pero hicieron esta última y no del todo ineficaz aparición final. Porque el ataque contra el doctor Bunney representó su última intentona por apoderarse del papel.

»Permítame formular dos preguntas más: ¿Cómo fue atacado Bunney, exactamente? Le golpearon en la cabeza, por detrás, en un corredor oscuro, frente a su dormitorio. ¿Y dónde estaba el papel cuando fue atacado? En el bolsillo de Mr. Appleby. Miren ustedes a Mr. Appleby, por favor.

Se encendieron varias luces eléctricas. Todos miraron a Appleby, perplejos. Era un golpe de efecto eminentemente eficaz, aunque algo sensacionalista, que Gott se había permitido para el final de su relato.

—En seguida se darán cuenta de lo que insinuó. Lo primero que le mencioné a Appleby casualmente, al hablarle de Bunney, fue cierto parecido con él mismo. Esta semejanza, según me contó Mr. Appleby, confundió esta mañana a Rauth, el mayordomo. Los espías, pues, al ver que el documento había pasado a poder de Mr. Appleby, hicieron una última tentativa. Pero cuando creyeron ver a Appleby que se dirigía a la habitación de Bunney para investigar el asunto del cilindro, se encontraron en realidad con el mismo Bunney. Y al comprobar que su plan había fracasado, robaron el cilindro del mensaje curioso, para descargarse astutamente de toda sospecha, haciéndola recaer sobre el asesino. Con la verificación de esta simple consecuencia de hechos, la última defensa de Nave se desmorona.

El largo silencio del saloncito fue quebrado al fin por un sonido tintineante que se acercaba desde afuera.

—¡Ah! —dijo el duque—. ¿Whisky? Bien... Vamos, vamos...



4 EPÍLOGO

¿Cómo? ¿Ha aparecido esa cosa de nuevo esta noche?



1

—Sí, SE HAN IDO, en efecto —dijo Noel atisbando hacia el interior—. Y es natural. Todo ha terminado ahora, menos el rezo final del capellán por el hereje caído.

—¡Adelante! —ordenó Diana impetuosamente. Y empujó a Noel delante de ella al interior de la sala.

Gott miró a Appleby, estupefacto.

—¿Dice usted que no ha debido proceder tan de prisa? ¿No encuentra convincente la explicación?

Appleby se paseaba inquieto y extrañamente ansioso, alrededor de la pieza.

—No había por qué detenerse después que usted le dijo a Sandford todas esas cosas. ¡Y claro que era convincente!... Abrumadoramente convincente. Pero, mi querido Giles, planteó usted todas las cosas a su modo y se olvidó de una.

—¿Y era?

—Un abogado defensor competente riéndose de nosotros en el tribunal.

El tono de Appleby era seco, pero carecía de rencor.

—¿Usted cree?

—Bueno, reflexione usted sobre ese asunto del cráneo de Auldearn. ¿Ya a resultar convincente ese argumento, convincente ante un tribunal, cuando una inteligencia sutil se ocupe de refutarlo?

—Sin embargo, todos los hechos coinciden.

—Así es. Personalmente me parece un éxito. Pero ¿cree usted que no van a considerarlo un éxito de su propia especialidad, es decir, un ingenioso fragmento de novela? Todo pudo haber ocurrido como usted dice. Suena bien. Pero no existe la más mínima prueba de que Nave esgrimiera esa cruz, o reflexionara sobre la consistencia del cráneo de Auldearn, o estropeará un efecto dramático eliminándolo con un revólver. No bien el tribunal se detenga diez minutos en su argumentación, la verá convertida en un delicioso castillo en el aire.

—No creerá usted...

—Pero ¡qué diablos importa lo que yo piense! Mi oficio me obliga a pensar en un

juez y en un jurado. Y cuando lo hago en este caso me da miedo. Digamos que necesito pruebas.

—Los mensajes.

—Fraguados...

—La impresión digital reciente de Nave, sobre la línea «El cuervo con su graznido clama venganza». La encontró usted tres minutos después de recibir el mensaje desde esa habitación. Ese es el dato definitivo. Como decía usted mismo, las impresiones digitales todavía sirven para cazar asesinos. Nave sabía que no dejaba huellas sobre el revólver o sobre la cruz, pero nunca se le ocurrió que las dejaría pasando el dedo por una página de Shakespeare.

—Sí, esa impresión digital... —Appleby golpeaba distraídamente un objeto imaginario sobre la alfombra—. Sólo bajo la presión de esa huella digital presté una especie de asentimiento a la actuación precipitada de Sandford. Planteando el asunto en términos innobles, le diré que si Nave es juzgado y absuelto, esa impresión digital me salvará de la ignominia —y se puso rígido—. Él dice que estaba en el baño...

—¿En el momento del sexto mensaje? Pero ¿cómo explica la impresión digital?

Appleby meneó la cabeza, casi con indulgencia.

—¡Pero, bendito de Dios, todavía no lo sabe!... Debemos ocultarlo algún tiempo. Y le aseguro que no basta. Hacen falta pruebas, ésa es la verdad. Y a propósito, Giles, en lo referente al motivo, ¿no cree usted haber divagado un poco?

—Tal vez me entusiasmé algo.

—Exactamente. ¡Qué mundo inestable éste de nuestros días! Por causa de él, un tal Richard Nave, caballero, poseedor de una serie de convicciones, mata traidoramente a un tal Ian Stewart, barón de Auldearn, que...

—¡Por favor, John!

—Sea. Pero sólo planteo las cosas como las plantearán en el tribunal. Las cocinarán de manera que parezcan así. ¿Y qué evidencia poseemos? Con Malloch teníamos por lo menos un verdadero odio mortal, del cual podíamos presentar testigos. Pero con Nave no tenemos la más pequeña prueba de que haya alimentado el más fugaz impulso de aversión hacia Auldearn, desde el momento de su nacimiento hasta la fecha. Lo que dice usted sobre el poder del odio impersonal e ideológico, puede ser en gran medida verdadero. Pero el jurado no va a estar compuesto por hombres que usted calificaría como inclinados a la intelectualidad y a la especulación. Tal vez, por fortuna, serán carniceros y panaderos. Y se van a sentir profundamente desconcertados cuando se les diga que en todo el caso no hay ningún elemento personal o privado, y que Nave se convirtió en asesino porque era un empedernido escéptico que rechazaba la validez del subjetivamente aprehendido problema epistemológico de...

—Y o no he dicho...

—¡Pero ellos sí lo van a decir! Y yo mismo le digo que ese motivo es flojo... Y deriva en parte de su propia tendencia espiritual, Giles. Porque, ya que hablamos de

odios, nadie puede odiar tanto a un ateo estrecho y agresivo a manera de Nave como un blando e indeciso agnóstico, convenientemente penetrado de los beneficios de la religión cristiana. Y eso es lo que usted es.

Gott hundió nerviosamente los dedos en el cabello.

—¡Muy bonito! —dijo—. Supongo que ahora querrá usted convencerme de que me he conducido como un asno miserable.

—Nosotros, no usted. El hecho es que necesitamos una evidencia. Tómelo así por el momento: andamos escasos de pruebas.

—Bien. Pero lo que yo quiero ahora es su propia opinión, John. Tomando el caso Nave como yo lo he esbozado, ¿hay algo que usted no puede aceptar decididamente?

—Sí, y eso es lo que me hace sentir que no hemos terminado con él y que si no obtenemos más pruebas, estaremos perdidos ante el tribunal. No creo que usted explicara satisfactoriamente el fallo: me refiero al ataque contra Bunney y a la indudable coartada de Nave para esa oportunidad. Admito la fuerza de su argumentación cuando se preguntaba el porqué de un ataque criminal donde era posible un simple robo. Pero no he visto a ningún espía que me persiguiera por Scamnum. Y, digan lo que quieran usted y su precioso Rauth corto de vista, no puedo concebirme como el doble de Bunney. Si se tratara de dobles verdaderos, como las muchachas Terborg, por ejemplo, podría tragarme la historia. Pero el hecho de que exista un parecido no basta. Antes de golpear a un hombre en la cabeza de esa manera, hay que asegurarse. Esto es lo que el tribunal considerará como otro toque novelesco en su versión. Necesito una explicación mejor. Tal como es, me consta que va a resultar otro de los puntos vulnerables de la historia.

Gott miró a Appleby, pensativo.

—Me parece que usted desconfía de toda la historia.

—No —Appleby habla ahora midiendo las palabras—; si hubiera desconfiado de toda la historia, me habría opuesto al arresto por una cuestión de principios, si no de táctica. Hay una teoría que condena a Nave, y es demasiado fuerte para desconfiar de ella en líneas generales. Su arresto estaba justificado. Pero tengo algunas dudas. Y la razón secreta de mis dudas, por lo menos en cierta medida, es que la teoría es suya, Giles, suya y brillante. No me interprete mal. Simplemente me asusta su extraordinaria facilidad en esta materia. Usted ha creado una argumentación magnífica, o por lo menos un efecto magnífico; pero algunas personas dirán que podría haber hecho lo mismo con otra media docena de sospechosos.

—¡El novelista irresponsable, entonces! No fue ésta mi intención, se lo aseguro.

—No digo que lo haya sido. Me consta que pesó usted todas las posibilidades de una manera perfectamente responsable, antes de permitirme llevar el asunto a Sandford. Pero ya sabe lo que quiero decir.

—Quiere decir que mi maldita imaginación funcionaría con cualquier pretexto. Un empujoncito, nada más, y se dispara. Eso es bastante cierto. Pero he rechazado muchos impulsos sólo porque evidentemente no eran más que una invitación a

fantasear. He rastreado todo lo sucedido en la semana pasada y mientras lo hacía se me ocurrían conjeturas de todas clases. Cosas que tal o cual persona había dicho y que el novelista podía aprovechar, supongo...

Appleby se paseaba todavía agitado, dando nerviosas chupadas a su pipa.

—Sí, sí... ¿Por ejemplo?

—Bueno, por ejemplo, Piper. Ya le he contado. Piper mostraba una sombría y ardiente excitación al referirse al crimen. Eso pudo darme bastante material...

—¿Algo más?

Gott hizo un ademán de irritación.

—Fantasías intrascendentes —contestó—. Por ejemplo, la duquesa. Mientras recorríamos la calzada en su automóvil, Auldearn hizo un comentario sobre la duquesa, que hoy suena como una hermosa y dramática ironía. La duquesa, según él, era una persona capaz de trabajar bajo tierra durante semanas enteras, para conseguir un efecto perfecto de un minuto. Y poco después, Elizabeth dijo algo igualmente oscuro sobre Bunney: que era el espía vestido de negro, que registraba con su caja negra secretos de Estado...

Algo se quebró con un chasquido. Appleby recogió el depósito de su pipa cuando caía; se sacó la boquilla de los labios y la miró. Después miró a Gott y se dirigió hacia la puerta.

—John, ¿qué demonios le pasa? ¿Adónde va?

—¡Esta es la verdad, por fin! El primer resplandor de la verdad. Voy a congraciarme con Nave. Es lo menos que puedo hacer.

Se abrió la puerta cuando ya estaba cerca de ella y apareció la cabeza de Mr. Gylby.

—¿Podemos entrar? Diana cree que podrá impedir el *auto da fe*^[8].

—¿Qué es lo que podrá impedir?

—La ejecución del hereje Nave. Verá usted...

—¡Adelante! —exclamó Diana desde afuera.

Un instante después estaba en la habitación y arrojaba a Appleby un objeto blanco y blando.

—¡Ahí está! —dijo.

Appleby lo miró...

—Sí, pero sabrá usted que todo ha sido examinado ya.

—¡Examinado! —repitió Diana—. Bien, los examinadores no tendrían narices. Huela.

Appleby olió.

—Sí —dijo, y tendió el objeto a Gott. Gott olfateó también y meneó la cabeza. Appleby se volvió a Noel.

—¿Y usted?

Noel también movió la cabeza. Appleby tiró el objeto sobre la mesa.

—Como era de esperar, bastante débil por cierto —agregó—. Y aunque *miss*

Sandys y yo lo percibimos, no constituye una prueba. Pero es una pista —y volviéndose hacia Diana—: ¿Es de Mme. Merkalova?

—Así es —contestó Diana con profunda satisfacción.

—Y el cómplice —Appleby hizo un ligero esfuerzo de memoria— tiene que ser una de estas cinco personas: el duque, Gervase Crispin, el doctor Biddle, Clay o Cope.

Gott le miró desconcertado.

—¿Por qué, en nombre del Cielo?

—Porque fueron las cinco personas del *elenco* que tuvieron una breve conversación con la duquesa viuda de Horton.

Clay y Elizabeth recorrían juntos el largo corredor, camino de sus respectivas habitaciones.

—Me alegro de que todo haya terminado —decía Clay—, aunque realmente no ha terminado todavía, como es lógico. El tribunal, y el juicio y todo lo demás van a ser cosas bastante desagradables.

—Es una lástima que no puedan cerrar el caso reservadamente. Parecería lo más racional.

Clay meneó la cabeza.

—Acaso lo hagan, pero sólo después del juicio. Loco o cuerdo, debe dársele una oportunidad. Pero loco o cuerdo, es peligroso, y lo supongo también un espíritu torturado. Estará mejor muerto. Yo, por lo menos, me alegraré cuando lo cuelguen.

Elizabeth se estremeció levemente. Se había detenido ante la puerta del dormitorio de Clay.

—Temo —añadió éste— que está usted un poco conmovida por lo que ha sucedido. Mientras hay un misterio, la tensión lo mantiene a uno en pie. Pero después se siente más el efecto del choque.

—No —replicó Elizabeth con energía, en una reacción similar a la de Diana, porque el «uno» de Clay parecía aludir al sexo femenino—. No siento el choque. Sólo me siento absolutamente muerta de hambre.

—¡Dios la bendiga! Bueno, vamos a buscar una galletita.

Y Clay entró en su dormitorio y volvió con una pequeña fuente de plata. Elizabeth tomó una galletita. Luego miró la fuente, sorprendida. Contenía por lo menos una docena de galletitas.

—¡Cómo! —exclamó—. ¡Fue usted quien asaltó la despensa y dejó a Rauth trastornado!

—No sé nada de ese asunto —contestó Clay.

—Es que nunca ponen más de seis...

Elizabeth miró al actor y se detuvo; sus ojos se encontraron. Él había cometido un error, quizá el primero de todo el caso, y lo sabía. Y ella también. Y él sabía que ella

lo sabía.

Elizabeth dio un mordisco heroico a su galletita.

—¡Qué estupidez la mía! —articuló sin darse exacta cuenta de sus palabras—. Bueno, gracias... Y buenas noches.

Y sin apresurarse, pero sintiendo que la cabeza le daba vueltas, se dirigió a su cuarto.

Cerró la puerta y se apoyó contra ella, esperando que su cerebro dejara de girar y se aclarara. Sabía que no se había enterado de nada nuevo. Todo el tiempo, o por lo menos desde que Clay realizó esos trucos impresionantes en el saloncito, había sabido algo. Ahora ese algo se concretaba, simplemente.

—¡Tonta! —dijo en voz alta, consciente de estar luchando contra la histeria. Luego, sin mirar a su asombrada doncella, abrió la puerta y volvió a salir al corredor. Todo podía ser una tormenta mental. De cualquier modo, estaba resuelta a averiguarlo. Caminó por el corredor y volvió un recodo; una vez más estaba frente a la puerta de Clay. Tuvo un impulso momentáneo de llamar a la de Charles Piper, que era la opuesta. Pero lo dominó y levantó la mano para golpear en la de Clay. Una voz hablaba en el interior, y algo, algo quizá en el tono de esa voz que era un leve murmullo a través de la sólida madera, la hizo detenerse nuevamente. Presintió de súbito que estaba al borde de un verdadero peligro, que los convencionalismos corrientes se habían suspendido por el momento, y que tenía por delante una tarea que era capaz de realizar. Su mano, ya levantada, buscó el picaporte, lo hizo girar y abrió la puerta en silencio una fracción de pulgada. Y la voz de Clay, hablando por teléfono cautelosa pero vibrante, llegó a sus oídos con toda claridad:

—Ana... ¿Está usted sola? Escuche. Dentro de quince minutos, quizá diez, tendrán vigilada toda la casa. Vaya al establo directamente... ¿Sabe dónde queda?... No lleve nada... No... Primero allí... Está escondido allí. Ahora deben estar rondando al otro lado del muro... Dese prisa.

Suavemente, Elizabeth cerró la puerta. Al establo directamente... escondido allí... deben estar rondando...

Se volvió y corrió a su dormitorio. Se precipitó al interior:

—¡Jean, busque a la policía, a Mr. Gott, a Mr. Gylby! Dígales que vayan al establo en seguida. ¡*En seguida!*, ¿comprende? Vaya. ¡Rápido!

Todo podía ocurrir en Scamnum en esos días. Y Jean era de Kinrae; ya una vez la habían alterado esos extraños acontecimientos y estaba resuelta a que el hecho no se repitiera.

—Sí, *milady* —dijo. Y salió corriendo del dormitorio.

Elizabeth se despojó de sus sandalias de fiesta y se calzó unos zapatos de calle. Luego atravesó por el corredor hacia la izquierda para evitar la habitación de Clay. En un minuto estuvo abajo y salió por una de las puertas laterales.

—Corran, muchachas, corran —murmuró.

Sus puntos de vista sobre la femineidad atlética eran completamente Dillon y

satíricos. Pero su ánimo al precipitarse a lo largo de las terrazas era Dillon y Crispin al mismo tiempo. Bajó de un salto los últimos escalones. Su corazón martillaba mientras corría: *¡Está escondido allí!... ¡Está escondido allí!*

Charles Piper, sentado en su habitación, tomaba notas sobre los acontecimientos de la jornada. Como tenía ideas propias sobre lo que era interesante y lo que no lo era, estaba lejos de prestar exclusiva atención al extraño y deplorable caso de *sir* Richard Nave. Había disfrutado de una conversación con Vanessa Terborg —un tipo de mujer interesante— y sus notas lo consignaban. Esbozó un cuento corto, cuya acción ocurriría en Venecia, con una protagonista parecida a la duquesa, y luego sustituyó a Venecia por Pienza, como ambiente menos trillado.

Después se puso a pensar en Melville Clay. De todas las personas congregadas en Scamnum, Clay era la que más le interesaba. No por su carrera meteórica, ya que había surgido en cualquier parte y se había elevado a la cumbre en pocos años, sino por algo concerniente a su personalidad misma, como hombre integral. Ese toque casi femenino, por ejemplo... La manera como había estado aquella misma mañana, de espaldas a la ventana, dirigiendo su espejo de mano a uno y otro lado de su rostro...

Piper arrugó el entrecejo. La arruga cedió paso luego a un gesto de asombro. En el salón, después del asesinato, cuando había visto a Clay a través de la cortina conversando con la duquesa viuda... ¿No había tenido una impresión semejante en ese momento? Lin aplomo fingido... ¡Eso era todo! Un aplomo de gestos y ademanes que parecía a los ojos de una persona más perspicaz que la mayoría de las otras el resultado de una intensa concentración mental. Pero ¿por qué?... ¿Por qué?

Y entonces descubrió algo más en esa fugitiva imagen del salón, algo que había quedado grabado fuera de foco en su conciencia, agitada en aquel momento. Algo sorprendente... una asombrosa revelación. *Con toda seguridad, la anciana estaba dormida.*

Y el espejito... Piper se levantó de un salto, casi gritando. Miró en torno como si buscara un arma. Después atravesó corriendo el corredor hacia la puerta de Clay.

La abrió y entró directamente.

Clay no estaba allí, pero una de las criadas —la doncella de Elizabeth— yacía, atada y amordazada, sobre la alfombra.

Piper se precipitó en un torbellino de acción. Libertó a la muchacha, escuchó su relato, telefoneó y la envió a la policía.

Luego se encaramó de un salto en la ventana, a horcajadas sobre el antepecho. Se deslizó por un arquitrabe, llegó a la *porte cochère*^[9] a la columnata, al parque. Corrió. Sus pantuflas se desgarraban, y se lastimaba los pies, pero sin duda ese camino le ahorrraba treinta segundos.

Corrió serenamente y bien, como la gente que practica ejercicios de respiración profunda es capaz de hacerlo.



2

ELIZABETH SE DETUVO con precaución en el umbral del pintoresco establo del duque Peter. Estaba siniestramente silencioso. Había llegado antes que ellos y podría sorprenderlos... A menos que —y éste era un pensamiento espeluznante— ya estuvieran allí emboscados ellos mismos.

Elizabeth se dio cuenta de que su silueta se recortaba tontamente en la claridad, bajo el arco de la entrada.

Rápidamente se deslizó en la sombra.

El establo, por lo general tan agradable y absurdo, resultaba aterrador ahora. Un quebrado rayo de luna se escapaba entre las nubes amontonadas. El resplandor incierto iba y venía entre las ruinas simuladas, plateando los escalones ingeniosamente contruidos para dar la sensación de haber sido hollados por largas generaciones de pies devotos; se detenía en el pórtico, que parecía pulido por incontables dedos piadosos; jugaba en las drapeadas vestiduras de los santos, minuciosamente esculpidas, aunque sus poseedores carecieran a veces de cabezas o de brazos, para lograr una impresión de antigüedad perfecta.

La derruida torre, no más derruida que en el día de su construcción, se elevaba con un impresionante aspecto de inseguridad; la pálida hiedra temblaba en la brisa nocturna como una llama verde de millares de lenguas; los murciélagos revoloteaban en torno; un búho solitario gritaba desde alguna almenada fortaleza. Todo resultaba, pensó Elizabeth, como Peter lo hubiera deseado, pero desesperante en la situación actual.

Por un momento se ocultó la luna. Aprovechó la oportunidad para deslizarse al interior. Estaba absolutamente oscuro. En un repentino impulso de pánico, giró sobre sí misma, como si la amenazara una daga, de la misma manera que había amenazado a Bose. No había nada. Pero se apretó contra la pared y quedó rígida, con las uñas hundidas en las palmas. El ligero viento susurraba entre la hiedra. La luna volvió a salir. Atisbo en la oscuridad, ahora menos densa, los contornos de las sombras que iban surgiendo. Ahogó un grito. Casi a sus pies, la pálida piedra estaba moteada de

rojo.

Pero era un rojo extrañamente luminoso; y le volvió el aliento en un profundo suspiro de alivio. Miró hacia arriba, a los restos ficticios de una ventana de roseta y a la luz rojiza de los ficticios vidrios pintados.

—¡Oh, Peter! —musitó—. ¡Me has proporcionado un verdadero escalofrío gótico!

Y audazmente siguió de nuevo hacia adelante.

En un mundo a lo Radcliffe, todo va bien si uno dispone de todo su coraje; no hay ningún misterio tan espantoso que no pueda sondearse. Pero si uno se deja acobardar, gritará más fuerte que Stella Terborg.

Está escondido allí. Si ella supiera exactamente cuál era la cosa escondida, tendría alguna idea sobre el lugar donde buscarla con más eficacia. Alguien, algo, tal vez un automóvil, rondaba afuera, esperando a Clay y a la mujer, al otro lado del muro.

Y si Clay llegaba aquí antes de dos minutos, por ejemplo, quizá se adelantara a la policía. Quizá pudiera escaparse con *eso*.

El establo se usaba como depósito de cosas de jardinería. Se habían construido estantes en los antiguos compartimientos del ganado, para poner macetas, bolsas de abono y cal, y otros objetos.

Cruzó de prisa hasta el último compartimiento y su mirada, anormalmente aguda en esta ocasión, se dirigió instantáneamente al estante superior. Había allí una fila de bolsitas, idénticas; pero una pequeña cantidad de sustancia blancuzca había caído de una de ellas hasta el piso. Se empinó para alcanzarla.

La boca estaba cerrada, pero sin atar.

Hundió la mano.

—¡Ya lo tengo!

Elizabeth se regocijó por su rápida victoria, y en ese mismo instante oyó un ruido afuera; un ruido que no era el de la hiedra agitada por el viento, ni el de un murciélago, ni el del búho.

En un relámpago saltó al compartimiento contiguo, y se agachó. La luna se ocultó de nuevo. Cuando volvió a salir vio un brazo levantado... No, la sombra de un brazo levantado que buscaba la bolsita. Un instante después oyó la maldición lanzada por Clay con voz ahogada. Elizabeth estaba acurrucada, inmóvil, a menos de tres pies de distancia. Le parecía que su corazón podía estremecer la bien cimentada ruina del duque Peter como si fuera un molino. Y recordaba —aunque eso era menos un recuerdo que una prueba impuesta a sus nervios— la extraordinaria agudeza sensorial del hombre que estaba cerca de ella; su fácil vigilancia de cada día; la perfecta coordinación de su mirada, de su oído y de su mano. Y ahora él también se quedó inmóvil, escuchando. Volvió a verlo como lo había visto en la escena del convento. Hamlet, en tensión, con todos los sentidos puestos en sus enemigos ocultos. No tenía más que buscar, y ella no tendría escapatoria. ¿Dónde estaban Giles, Noel, la policía?

Debían haber recibido el mensaje de Jean hacía tiempo.

Ahora Clay registraba los compartimientos. Y mientras registrara los compartimientos se interpondría entre ella y la puerta. Así que no había salida. Con una vaga idea de encontrar un arma, sus dedos tropezaron con algo... Exploraron. Era sólo una lata de pintura vacía, pero le sugirió un plan. Sobre la puerta había una abertura en forma de trébol, sin vidrios. Si conseguía arrojar la lata por ella, tendría todavía una gran oportunidad; si fracasaba, no le podía pasar nada peor que quedándose inmóvil.

De nuevo estaba oscuro. Esperó que se agitara la hiedra para que cubriera el sonido de un leve movimiento; después apuntó a su blanco, apenas perceptible. Y la lata pasó al exterior. Desde fuera del establo llegó un magnífico estrépito evocador, como pensó casi delirante, del verdadero Espectro de Radcliffe arrastrando sus cadenas.

En un abrir y cerrar de ojos Clay estuvo fuera; y en un abrir y cerrar de ojos Elizabeth salió detrás de él, y se agazapó al abrigo de una mata.

Se levantó un poco de viento. La luna jugaba al escondite con las pequeñas y pesadas nubes flotantes. Una suave claridad lunar iba y venía por los jardines. Vio a Clay de pie, revólver en mano. La mirada del hombre recorrió los alrededores, pero no la vio. Después volvió al establo. No obstante, Elizabeth no estaba a salvo todavía. Directamente enfrente de ella se extendía el largo camino hasta la casa: un estadio y medio de distancia entre cercas elevadas y deidades indiferentes. Por ese camino debería escapar. Por ese camino podría llegar ayuda, pero no había señales de ella todavía. Y dentro de pocos segundos, Clay estaría de nuevo fuera... Y hasta que no estuviera a cien metros en el camino, no tendría ninguna posibilidad de escapar sin ser vista.

Hacia su izquierda corría una pequeña huella que daba a un matorral. ¿Podría engañar a Clay por segunda vez, de la misma manera que lo había engañado la primera? Ni siquiera se detuvo a reflexionar sobre la escasa probabilidad de hacerlo. Tomó dos pesados cascotes del bien cuidado ripio; se permitió unas pocas lágrimas de terror, y luego arrojó las piedras en rápida sucesión tan lejos como pudo, dentro del matorral. Podía haber sido el ruido de alguien abriéndose camino por él; pero para Elizabeth sonaron sólo como dos piedras que caían. Apenas pudo creer a sus ojos cuando Clay salió corriendo y pasó a su lado sin verla en la dirección del sonido. Se movía elegantemente, como una pantera. Con todo, reflexionaba Elizabeth, él debía tomar más precauciones que ella para no ser sorprendido.

Recogió las faldas de su vestido largo y echó a correr de nuevo. Los altos setos oscuros y las pálidas deidades que se recortaban tenuemente contra aquéllos empezaron a desfilar vertiginosamente a uno y otro lado.

Ya estaba a mitad del camino... A más de la mitad del camino... Y entonces oyó claramente la voz de Clay detrás de ella, transmitiendo a través de la noche un largo grito de advertencia.

—¡A...na! ¡Ahí va!

Casi en el mismo instante la luna iluminó el tramo final del camino y por espacio de un segundo advirtió una figura, que estaba allí de pie, esperando. Debía ser la mujer, la Merkalova. Y sin duda estaría armada.

A su espalda, Elizabeth podía oír ahora los pasos de Clay que se aproximaba en su busca. A un lado y otro se erguían los setos, altos e impenetrables.

Todavía no había señales de auxilio.

Estaba atrapada.

Appleby saltó del Bentley en el garaje, y mientras corría, soltó el seguro del pesado revólver que había sacado de su coche.

Los otros ya estaban cuarenta metros más adelante... Treinta... Veinticinco...

Clay se volvió a la Merkalova:

—¡La ha dejado escapar!

—¡No! Pero ¿qué importa? ¿Tiene usted el papel? —lo tomó por el brazo—. ¡Pronto, volvamos y saltemos la pared!

Clay lanzó un juramento y escudriñó las sombras.

—Lo tiene *ella*... Y usted la ha dejado escapar... ¡Tiene que haber pasado por su lado!...

Se detuvo bruscamente.

Desde algún punto de la oscuridad llegó el sonido de unos pies que corrían.

—Bueno, volvamos.

Giró sobre sus talones y al hacerlo la luna se despejó por completo.

—¡Dios!

Levantó el brazo y apuntó hacia adelante. En el mismo momento una figura emergió de la parte más sombría del seto como un piel roja que surge de la tierra, y le pegó un puñetazo en la mandíbula. Clay se tambaleó. Charles Piper saltó hacia él. La Merkalova corrió hacia Piper, y recibió el disparo de Clay mientras se adelantaba en línea recta. Durante un dramático momento, los dos hombres se miraron por encima del cadáver. Después Clay apuntó de nuevo.

—Vuélvase de espaldas —dijo—, y váyase.

Una vez más Piper le saltó al cuello. Hubo un fogonazo, un estampido, y Piper se tambaleó medio aturdido por el encontronazo con una de las paredes del templo.

—¡Maldito sea! —dijo Piper rabiosamente, y avanzó de nuevo. Esta vez Clay apuntó bien. Su revólver se dirigió al corazón de Piper; su rostro tranquilo, concentrado, estaba iluminado por un rayo de luna, como podía estarlo por un reflector escénico. Y en ese momento se oyó un formidable estampido a treinta metros de distancia. La poderosa bala le dio directamente en la frente, lo levantó tal

vez media pulgada de la tierra y lo tumbó de espaldas como un árbol derribado.

Appleby se detuvo.

—Los dos han muerto.

Hubo un silencio. La luna había casi desaparecido. Noel encendió una linterna eléctrica y calculó la distancia.

—¡Cielos, Mr. Appleby, qué disparo!

El haz de luz, vagando al azar sobre la tierra, iluminó lo que había sido la cara de Melville Clay.

Casi con violencia, Noel se apoyó contra el pedestal de una diosa apenas perceptible, y miró de nuevo los cadáveres.

—Aún ahora, a los pies de una estatua de Pompeya —comentó un poco tontamente. Otra vez se hizo el silencio. Y después habló la estatua desde la oscuridad:

—Ahora me gustaría vestirme —dijo con firmeza.

Todos se sobresaltaron.

—¿Quién diablos?... —empezó Noel.

—La Venus Pandemia —contestó Elizabeth suavemente desde su pedestal.



3

BUNNEY ESTABA SENTADO en su cama, con la cabeza cubierta de vendajes y los ojos chispeantes de excitación.

—La ciencia nunca sabe —decía— a qué aplicaciones...

Hizo una pausa como si advirtiera de pronto que debía ahorrar energías, y tomó el cilindro.

—Lady Elizabeth ha conseguido salvarlo indemne de todas sus aventuras.

Lo deslizó en la caja negra y movió un resorte...:

¿Qué quieres hacer? No querrás asesinarme... ¡Socorro, socorro!

¡Oh! ¡Socorro! ¡Socorro!

¡Milord!

Ha ocurrido una seria desgracia. Por favor, quédense todos donde están.

Hay muy malas noticias sobre Ian, madre. Voy a anunciar a todos que ha sido asesinado.

Tengo malas noticias: el disparo que todos han oído fue dirigido contra lord Auldearn. Esta muerto. Por el momento nadie debe salir de la sala...

... Quédese tranquila, tía Elizabeth. Biddle vendrá dentro de un momento.

Gracias, Gervase, no tengo ningún deseo de escaparme. Biddle puede venir si lo desea.

Esto es muy lamentable, muy lamentable. Pero no debemos agitarnos demasiado. Beba esto, querida señora.

Ahora podremos irnos.

Creo que ahora estará bien y puedo volverme.

Un choque muy grande. Memorándum del Gabinete de Emergencia sobre la organización básica de las industrias químicas, número dos, seis, trece...

—Gracias —dijo Appleby.

Radiante de felicidad, Bunney detuvo el aparato.

—Así que, en resumen —dijo a Appleby la duquesa—, ¡ha sido de cabo a rabo un asunto de espionaje!

—De cabo a rabo. Pero fraguado para ofrecer un aspecto muy diferente.

La duquesa colocó sus finas manos sobre la piedra de la balaustrada, casi tibia bajo el sol de la mañana. Su mirada vagó del duque a Appleby y de Appleby al duque; y acabó en la cumbre de la colina de Horton.

—Ian ha muerto y el pobre Bose también. Elizabeth está viva sólo por el coraje de Piper, y Piper, gracias a su puntería, Mr. Appleby. Tal vez yo debiera desear no volver a oír una palabra más sobre el asunto. Pero siento curiosidad, y quiero que me cuente usted toda la historia, aunque no sea sino en retribución por la de Bose, que le conté en horas de la madrugada.

—Sí —intervino el duque—, sería interesante escuchar la aclaración de todo por segunda vez. Pero no creo poder detenerme ahora. Tengo que ver a Macdonald para tratar con él de las coronas y de otras cosas. Fue un disparo extraordinario el suyo, Mr. Appleby. Realmente extraordinario. Debe usted visitarnos en Kinrae alguna vez. Bueno, hasta la vista... Hasta la vista...

La duquesa vio desaparecer a su marido.

—Él nunca volverá a hablar de esto —dijo—, pero me temo que yo soy diferente. Vamos, Mr. Appleby —y golpeó impacientemente la balaustrada.

Obedientemente, Appleby se sentó.

—La historia empieza con la Merkalova. Era la espía originaria. Creo que intimó con Mr. Crispin sólo para estar cerca de poderosas fuentes de información. Es interesante el hecho de que Nave adivinara algo por el estilo en sus relaciones, y que varias damas, menos tolerantes que usted, opinaran desfavorablemente de ella.

—Gervase se consideraba casi su marido —dijo lacónicamente la duquesa.

—Por eso resulta extraño que ella continuara ejerciendo su oficio, si así puede llamársele. Y supongo que fue ella la que inició a Clay en esas actividades. Clay era audaz, sanguinario, resuelto, y, además, artista. Es probable que entrara en el juego simplemente porque le ofrecía perspectivas nuevas e incomparablemente excitantes para sus aptitudes. Con toda seguridad, la ganancia no era equiparable con la que obtenía en el teatro. Esto es lo único bueno que se puede decir de él, si algo bueno puede decirse.

»Ambos se encontraron en Scamnum, probablemente sin un propósito definido entre manos. La Merkalova, porque Mr. Crispin la trajo, y Clay, porque por lo menos, era ése un terreno prometedor para el más emocionante de todos los juegos: el espionaje.

La duquesa levantó la mano, en un ademán desolado.

—¡Y yo que pensaba haber ejercitado tanto ingenio para conseguirlo!

—Pero en cuanto llegaron, entrevieron una finalidad más definida. Auldearn

había sido invitado. Y a Auldearn se le consultaban constantemente los más graves asuntos. Tal vez conocían también la pequeña manía del lord canciller de andar siempre con papeles importantes encima. Fue en este momento cuando Clay hizo sus planes preliminares. Era un imaginativo y un hombre implacable y sin escrúpulos, cualidades que los espías, contrariamente a la opinión vulgar, no suelen poseer.

»Estas cualidades entraron en su plan y consiguieron confundirnos, me avergüenza decirlo, en las primeras etapas de la investigación. Debo confesar que pensamos: «los espías no trabajan de esta manera»... Y eso era justamente lo que Clay quería que pensáramos.

»Todo iba a ocurrir de una manera violenta, catastrófica, y para calificarla con un término que Giles le aplicó desde el principio, *teatral*. Y esto iba a servir a dos propósitos: crearía una atmósfera ajena al espionaje real, aunque no al de las novelas disparatadas, y satisfaría la auténtica vocación de Clay por el teatro y por el efecto dramático.

»Mucho antes de presentársele la perspectiva de que Auldearn estuviera en posesión de un documento importante, ya se complacía con la idea del asesinato. Entonces él y la Merkalova empezaron a enviar los mensajes... Y a incriminar a Nave.

»Sin embargo, la idea de complicar a Nave en algún crimen que pudiera cometerse, todavía no estaba muy seriamente definida en esta etapa. Lo que Clay se proponía era urdir una serie de circunstancias que hicieran pensar a la policía, por lo menos durante cierto tiempo, en un crimen pasional y privado. Le divertía imaginar que, por fin, caeríamos en el anagrama, y mortificar así a Nave. Tampoco sería difícil que los mensajes de venganza se hubieran inspirado en un vistazo al libro de Anderson. Es decir que también con Malloch trató de hacernos perder tiempo. Pero como el mismo Malloch me lo indicó, la idea de que alguien hubiera tratado de involucrarle resultaba muy poco convincente. Clay no podía detenerse en él, estando tan poco enterado como estaba de los datos referentes a tiempo y a lugar. Y mucho menos aún podía contar con la sorprendente argumentación construida por Giles Gott en contra de Nave; a propósito de la *leontiasis ósea* y todo lo demás...

Appleby hablaba ahora en broma.

—Era una argumentación muy buena —defendió la duquesa con entusiasmo—, y según el doctor Biddle, esa *leontiasis*, sea lo que fuere, era algo, perfectamente posible. Y si usted no creyó en todo eso, Mr. Appleby, obró con muy poco sentido de la responsabilidad —y miró a Appleby de reojo—. O por lo menos el coronel Sandford lo hizo —concluyó.

—La responsabilidad por el arresto de Nave —replicó Appleby, muy serio— era moralmente mía, aunque técnicamente correspondiese al jefe de policía. Personalmente me sentía inclinado a creer la historia, excepto en uno de sus puntos. Y de todas maneras... —se interrumpió.

—Y de todas maneras —completó la duquesa con una repentina intuición—

pensó usted que podría precipitar los acontecimientos.

Appleby la miró con verdadero respeto.

—A veces ocurre así —dijo—. Un criminal está hostigado; de pronto cree que ha desaparecido el último peligro y por un momento abre la guardia. Esto fue exactamente lo que ocurrió. La guardia de Clay falló un segundo y *lady Elizabeth* pudo darle el golpe de gracia.

La duquesa no dijo «casi la matan a ella también». No es agradable que a uno se le ponga la carne de gallina. En lugar de ello comentó:

—¡Pobre Giles!

—Sí. Créame que yo no pensaba que Sandford iba a requerir su historia de un modo tan espectacular. Por lo menos, Clay se divertía. Pero volviendo al asunto, no debemos culpar a Clay de intentar en esa primera etapa que otro hombre fuera ahorcado en su lugar. Sólo deseaba crear un clima de crimen brutal y apasionado, e indicar uno o dos sospechosos para tenernos ocupados. Y recuerde usted que todo esto era provisional: simples preparativos para actuar en caso de presentarse un buen cebo.

»Bien; el cebo apareció. No sabemos cómo o cuándo lo supo, aunque quizá podamos averiguarlo si descubrimos la organización de espías de que formaba parte. Sospecho que ya antes de empezar la representación no sólo sabía que Auldearn estaba en posesión del documento, sino que conocía algo de su aspecto y contenido, y hasta creo que el plan imaginario era de *sustitución*. Pero iba a cumplirse con terrible violencia: implicaría un asesinato, y eso constituiría parte del espectáculo. Me parece también que ya en esta etapa la Merkalova se había convertido en un mero lugarteniente. Haría lo que se le ordenara por desesperadas que fueran las órdenes. Y el plan quedó concertado así...

—Es fácil ver —interrumpió la duquesa— lo acertado que estaba Giles al encuadrar el asunto en el tema de la representación.

Appleby sonrió. La duquesa estaba evidentemente dispuesta a que se hiciera justicia con el infortunado Gott.

—Así es. Sólo que el aspecto concerniente a la pieza no era el tema de la venganza personal, sino el de los asuntos de Estado. Había en realidad un duelo a muerte entre Hamlet y los mandatarios de Elsinor, digamos... O de Scamnum.

»Pero, como decía, el plan era el siguiente. El documento estaba en poder de Auldearn; muy bien. Cuando Auldearn quedara solo en el escenario posterior, la Merkalova no tendría más que disparar contra él, al amparo de las cortinas. Y después de disparar se retiraría inmediatamente. Clay, haciendo tiempo en el proscenio para demostrar que no podía de ninguna manera ser el culpable, pasaría luego a la escena posterior y se apoderaría del documento. No olvidaba que sólo Bose podía verle, y a Bose lo podía enviar a toda prisa en busca de socorro. La ventaja de este plan era obvia: tendía a eliminar cualquier sospecha de robo.

»Porque si uno pensaba en un robo, echaría de ver que las circunstancias no lo

hubieran permitido: el asaltante de lord Auldearn no pudo disponer de tiempo para robar antes de la entrada de Clay o de Bose.

»Una vez en posesión del documento, sus planes dependerían enteramente de lo que se sospechara o no se sospechara. Si no revisaban el cadáver, podía confiar en que no se sospechaba ningún robo, y el asesinato pasaría como obra del autor de los mensajes, según las apariencias sugerían. En tal caso, contaba con salir de la sala sin ser registrado, o por lo menos con entregar el documento a algún cómplice mezclado entre la concurrencia, que podría eludir el registro. Pero si revisaban el cadáver, dando así señales de sospecha, habría recurrido, creo, a una falsificación preparada de antemano. La escondería en el rollo de pergamino, y lo arrojaría lejos para que no fuera descubierto en seguida, y luego se ocuparía de que lo encontraran. Si se aceptaba por un tiempo la falsificación y desaparecía la ansiedad provocada por la pérdida del documento, tendría de nuevo bastantes probabilidades de salir de la sala sin ser registrado. Y, por último, le quedaba el recurso de la pequeña cámara de la Merkalova. Si sucedía lo peor, esperaba poder deslizarse a uno de los vestuarios y fotografiar el documento, aunque no fuera éste un trabajo técnicamente fácil, para deshacerse luego de la minúscula cámara. Debió tener previsto el caso y dispuesto algún ardid conveniente. No puedo imaginarme cuál, pero estoy seguro de que Giles podría.

»Pues bien; así marcharon las cosas, con un ligero fallo en el plan, del que me ocuparé más adelante, cuando inmediatamente después del disparo, Clay discurrió una técnica aún más seductora. Y si opina usted que actuó en esto de una manera fantástica, deberá recordar que el documento en sí le importaba un comino. Todo lo que deseaba era mostrarse sumamente ingenioso a los ojos del propio Melville Clay.

»Lo primero que hizo cuando se le ocurrió esta nueva técnica fue eliminar los elementos preparados para la antigua. Por eso se desprendió de la cámara, ahora inútil, de la Merkalova, dejándola entre los efectos de Mr. Crispin. Este fue un detalle soberbio.

Appleby hizo una pausa. Una pausa, pensó la duquesa, como la que podría haber hecho Lionel Dillon al mencionar *El entierro del conde de Orgaz*: una especie de homenaje profesional.

—Era la maniobra de un hombre de seso, de la clase de seso que a mí me gustaría tener. Con ella preparaba el terreno para el *tour de force* inmediato, cuando mandó a la Merkalova que se precipitara sobre nosotros en la habitación de Mr. Crispin, exclamando: «Gervase, ¿lo han descubierto ya?», y arrojando la cámara sobre la cama. Esta escena, por supuesto, vinculó tan estrecha e indisolublemente en mi pensamiento a Mr. Crispin y a la Merkalova, que cuando me informé de que Mr. Crispin no podía ser sospechoso de espionaje, automáticamente la eximí también a ella de culpa y cargo.

Appleby miró con humildad a la duquesa. Era una persona que le gustaba.

—Me parece muy probable —dijo— que este caso llegue a ser conocido en el

Yard como el Waterloo de Appleby.

La duquesa rió.

—Esperaba no tener que presentar mis condolencias más que a Giles y a Nave esta mañana... Por otra parte, no lo creo. Tiene usted una perfecta facilidad de expresión y evidentemente va a presentar un informe muy concienzudo. Y ahora, como le estuvo usted diciendo a todo el mundo ayer, continúe, por favor.

—Clay se deshizo de la cámara, pues, y sin duda quemó el documento falsificado, lo mismo que la señorita... Pero esto no tiene importancia. Luego esperó para realizar la mayor hazaña de su carrera. Allí, sentada sola en la primera fila, y aislada del resto del público, estaba la duquesa viuda, una dama muy anciana que suele quedarse dormida a cada rato. Y a su lado, la máquina de Bunney runruneando incitante, por decirlo así, y lista para registrar cualquier cosa que se le murmurara. Varias personas se habían acercado a conversar con la anciana señora. No parecía posible que hubieran sido escuchadas por el público. De modo que Clay esperó que se adormeciera de nuevo, después del calmante suministrado por Biddle, y en seguida cruzó el proscenio, y se sentó solícitamente a su lado. Le dijo algunas palabras amables que las personas más próximas pudieron escuchar, y mientras tanto, trozo por trozo, leyó el documento completo ante el invento de Bunney. Supongo que tendría el papel escondido en un programa, y la única impresión que podía causar en esas personas más próximas sería la de dos o tres minutos de cortés atención dispensados a una señora muy vieja. Luego se alejó, para volver poco después con el anciano Mr. Cope; otro bonito complemento del efecto general. Y no le faltaba sino colocar el documento en el rollo de pergamino, donde ya podía ser encontrado. Si Bose no lo hubiera descubierto, sin duda el mismo Clay habría hecho algo en ese sentido.

»A pesar de todo, el asunto distaba mucho de estar finiquitado, porque el duque seguía tomando precauciones, a despecho del tardío descubrimiento del papel. Despidió al público sin permitirle ninguna comunicación con los actores, y retuvo a éstos en el salón hasta que yo llegué de Londres. Para ese momento, Clay ya había sacado el cilindro del aparato (no le habrá resultado difícil hacerlo sin ser visto, dada su peculiar habilidad) y lo tenía en su poder. Pero entonces comprendió que habría un registro general. Es una humillación terrible reconocer que se desprendió del objeto sin ninguna dificultad ante mis propias narices. No tuvo más que deslizarlo en uno de los recipientes de café vacíos que Bagot retiraba automáticamente cuando llegaba uno lleno, y que el policía apostado en la puerta dejaba pasar, también automáticamente.

»Todo esto era fantástico, en verdad; demasiado fantástico para mí, que estaba de pie en el escenario observando solemnemente la salida de Bagot. Pero recuerde una vez más que Clay no era un espía vulgar, prosaicamente ansioso de realizar impune sus raterías y cobrar su dinero; era una criatura inspirada y sin misericordia, que jugaba el gran juego de su vida.

»Y así terminó el primer acto. Desde el punto de vista de Clay, se habían

presentado dos eventualidades inesperadas. La Merkalova no había disparado contra lord Auldearn al abrigo de las cortinas, sino directamente, desde el mismo escenario posterior; y el contenido del documento estaba ahora en el lugar más inverosímil: en un cilindro de cera colocado en el fondo de un recipiente de café, en alguna de las antecocinas de Scamnum. La primera de estas eventualidades le dio a *miss Sandys* su pista; y la segunda la suya a *lady Elizabeth*.

»La Merkalova no era una espía de primera clase; no vaha tanto como Clay. No podía confiarse en ella para los trabajos de responsabilidad. Por ejemplo, cuando cayó sobre nosotros en la habitación de Mr. Crispin, se equivocó dos veces. Me pareció que su actitud era un poco estudiada, y tuve una oscura sensación de que se trataba de un papel preparado de antemano. Sin embargo, eso no tuvo más consecuencias que mantener mi pensamiento fijo en la supuesta complicidad Crispin-Merkalova. Un resbalón más grave fue el cuento que nos contó sobre *miss Sandys*; error grave porque tendía a reavivar la idea del espionaje. Así que no se podía confiar en ella para trabajos de importancia, y no es de sorprender que Clay la culpara anoche de haber dejado escapar a *Lady Elizabeth* de su trampa, cuando en realidad la joven no estaba muy lejos.

—Estoy muy satisfecha de Elizabeth —comentó la duquesa—. Fue una treta inteligente.

—Fue genial. Pero el hecho es que la Merkalova tenía miedo de errar. Y esto es lo que descubrió *miss Sandys*. Mientras Giles y yo construíamos hermosas teorías para explicar que el criminal saliera de su refugio y cometiera un crimen arriesgándose a ser sorprendido por Bose —la cruz de hierro, el vengador rencoroso, el Hado en *Les Présages* y otras cosas por el estilo—, es decir, mientras nuestras mentalidades trabajaban así, la de *miss Sandys* trabajaba de esta otra manera: «¿Por qué exponerse para acercarse más? Por miedo de errar, solamente...». Y volvía a preguntarse: «¿Por qué tener miedo de errar, a una distancia relativamente tan corta?». Y se contestaba brillantemente, y con considerable desinterés si se tiene en cuenta su posición feminista: «Porque es una mujer la que hizo el disparo». Pero todavía fue más lejos en la investigación puramente policial del caso. El revólver encontrado no tenía impresiones digitales. ¿Cómo puede evitarse dejar impresiones digitales? De dos maneras: limpiando *a posteriori* el arma o usando guantes. Los guantes son mejores, porque uno puede borrar mal las huellas si el tiempo apremia. Ahora bien; los hombres no habían usado guantes, pero las mujeres sí; habían llegado a la sala directamente, para cambiarse la ropa usada en una comida de gala. Y después del registro dejaron varias prendas entre sus efectos teatrales... Quizá los guantes estuvieran todavía en el salón. De modo que asaltó el salón en compañía de Mr. Gylby; encontró los guantes de la Merkalova y se convenció y me convenció a mí, aunque fuéramos los únicos, de que el guante de la mano derecha olía ligeramente a pólvora... Tan ligeramente como era de esperarse, dadas las circunstancias. *Miss Sandys* nos había batido en toda la línea, y el concienzudo informe de que usted habla

tendrá que declararlo así.

»Pasemos ahora al punto inmediato: el cilindro en el recipiente de café. Clay conocía las costumbres de las grandes casas y sabía que ningún lacayo que estuviera levantado a las dos de la mañana iba a ponerse a fregar esas cosas. Las dejaría para que la sirvienta encargada de la vajilla las fregara a la mañana siguiente. Y también sabía *grosso modo* dónde encontrarlo de madrugada. Lo que no conocía era el carácter severo de Mr. Rauth y su hábito de dejarlo todo bajo llave. Por consiguiente, se vio obligado a asaltar la despensa, dejando así huellas de su paso. Y para evitar sospechas sobre lo que había andado buscando en realidad, abrió una lata de galletitas, se llenó con ellas los bolsillos y luego las trasladó a la fuente de su dormitorio. Esto fue su ruina, porque *lady* Elizabeth, que estaba familiarizada con las disposiciones estrictas impuestas en esta materia por el excelente Mr. Rauth, comprendió súbitamente que él debía haber sido el invasor de la despensa. Y Clay cometió el error de negarlo. Repasamos ahora la situación tal como se presentaba ayer por la mañana: Clay tenía en su poder el cilindro; en algún momento del día, se las arregló para esconderlo en el establo. El peligro resultante de que Bose hubiera visto a la Merkalova cuando hacía el disparo, quedaba eliminado por el sencillo procedimiento de eliminar a Bose. ¿Cuál sería el próximo paso? Sólo alimentar, en lo posible, la impresión de que todo el asunto había sido una venganza personal. ¿Sospechaba la policía algo más? Tuvo la respuesta a la mañana siguiente, al ver la casa cuidadosamente vigilada. Comprendió entonces que teníamos alguna sospecha sustancial. Tal vez se imaginó que habíamos interceptado un mensaje, que efectivamente interceptamos: el mensaje que prometía la entrega de la mercancía. Como nosotros no ignorábamos la existencia de espías, lo mejor que él podía hacer era convencernos de su fracaso. Y para ello tramó un nuevo mensaje, interceptado también. Yo me había asegurado de que ningún mensaje largo pudiera ser transmitido desde Scannum por la noche. Pero para su objeto sólo necesitaba tres o cuatro palabras; y las transmitió a la colina de Horton, con unas pocas señales, por medio de un espejo de mano, desde la ventana del dormitorio de Piper. El segundo mensaje llegó así deliberadamente a manos de la policía: los espías habían fracasado; los asesinatos no tenían nada que ver con ellos; se había perdido toda oportunidad. Tuvo que enviar el mensaje desde la habitación de Piper porque era la única con vistas a la colina accesible para él. Sabía que estaba corriendo un grave riesgo; su clase favorita de riesgo. Piper podía ser un poco lento, pero tenía una mirada penetrante y analítica. Y efectivamente, algunas horas después, Piper comprendió.

»Para completar el proyectado cuadro de sus crímenes, se había arriesgado ya una vez al arrastrar el cadáver de Bose por toda la casa. Y ahora sólo le quedaba una preocupación fundamental: cuando transmitió el mensaje por medio del aparato de Bunney, no había previsto el papel que este aparato podía representar después. Y en cualquier momento se le ocurriría a cualquiera la posibilidad de analizar la voz que Bunney conservaba en un registro. Dudo que el hecho en sí le importara un ardite.

Pero eso suponía otro peligro; porque no bien Bunney entregara su caja para poner en práctica esta idea, descubriría que le faltaba el último cilindro con el registro de la representación interrumpida. Y esto debía evitarse a toda costa, hasta que el cilindro con el documento estuviera a salvo. De ahí el ataque contra Bunney. Con la mayor audacia Clay insinuó el asunto en el desayuno y se aseguró después de que Bunney no estuviera en condiciones de hablar, por lo menos durante veinticuatro horas. Naturalmente fue él quien robó el cilindro del mensaje curioso. De este modo mataba dos pájaros de un tiro: eliminaba cualquier peligro posible de que se identificara su voz, y suministraba un motivo lógico para el ataque contra Bunney, que no podría vincularse así con el tema de los espías. Y esto es, ya que hablamos de ello, lo único que yo no podía aceptar en la teoría de Giles: que Bunney hubiera sido confundido conmigo. Y justamente estaba tratando de sacar las deducciones del caso; que debió haber complicidad y que bien podía al fin y al cabo, ser un crimen de espías, cuando... Bien, cuando me encontré metido en el torbellino.

»Clay hizo un último esfuerzo para mantener la teoría de la venganza. Tenía la costumbre de entrar en los cuartos de los demás, y ayer por la tarde entró en el de Nave. Este estaba en el baño. Y había quedado sobre la mesa su ejemplar de Shakespeare, abierto en la escena de la representación. Verá usted: Nave cayó en cuenta del anagrama antes que nadie; los psicólogos son muy hábiles para estas cosas. Sabía que alguien estaba tratando de incriminarlo y se preguntaba qué más podría suceder. Y de pronto, se encontró hojeando su Shakespeare con una especie de fascinación, y buscando todas las menciones de cuervos, venganzas y demás. Acababa de leer el renglón más adecuado, y arrastrado casi por una fatalidad había puesto el dedo sobre él, cuando entró Clay y vio el libro abierto. La tentación fue irrefrenable; envió entonces el sexto mensaje, por teléfono, desde el dormitorio del mismo «cuervo».

Appleby hizo una pausa.

—Y éste fue un paso definitivo para conseguir que Nave fuera ahorcado. En otras palabras, Clay era un canalla y un cobarde, tanto como un hombre muy, pero que muy inteligente.

»Y ahora debo ir a despedirme de Giles. *La muerte en Scamnum Court* no ha representado una buena caza para ninguno de nosotros dos. Ha sido el *Triunfo de las Damas*: miss Sandys descubrió a la Merkalova; lady Elizabeth descubrió a Clay.

Appleby se levantó de su asiento.

—Y la duquesa de Horton, en medio de una noche terrible, recordó la manera de contar una historia como sólo la duquesa de Horton puede hacerlo.

Jean estaba colocando las maletas en la parte trasera del automóvil de Elizabeth. Esta acomodaba sus perros en la parte delantera. Y el ilustre autor de *La muerte en el Zoo*, y *Veneno en el hipódromo* bajaba por la escalinata con aspecto cohibido.

—¿De viaje, Elizabeth?

—De viaje. Creo que piensan irse temprano a Kinrae y yo me adelanto por decreto paterno. Este asunto debe ser borrado de la mente de la doncella.

—Desearía que se borrara. Me he conducido como el más atroz de los...

—Giles, ¿está enojado Nave?

—No. Y eso es lo peor de todo. Todas las cosas son para él materia de interés científico. A pesar de ser un intelectual, no lo creo capaz de la más ligera sombra de animosidad contra ningún ser viviente. Saldremos a caminar después del té para conversar sobre el asunto. Imagínese...

Los dedos de Gott alisaron nerviosamente su cabello. Miró a Elizabeth con timidez. Nave tenía razón: era la más lamentable falta de experiencia sobre la manera de proceder.

—Es muy agradable verla con toda su piel sana, Elizabeth, gracias al Cielo y a Piper.

—¡Oh, sí! —dijo Elizabeth—. Piper se portó muy bien. Y además le debo una idea.

—¿Una idea?

—Sí. Si no hubiera tratado de burlarse de usted ayer en el desayuno, acerca de Pigmalión y de su estatua, ¿recuerda?, no habría pensado nunca en la Venus Pandemia.

Elizabeth trepó al automóvil. Luego suspiró; era el mismo suspiro de su madre.

—Giles, ¡qué lástima! Quiero decir, ¡qué lástima que no fuera verdad! ¡Era una historia tan buena!

—Por favor, no me abrume.

—Pero es que lo era. *Debería* haber sido verdad. Puede decirle a Nave que ésta es mi opinión, cuando den ese paseo juntos.

Elizabeth se volvió para ver si Jean se había acomodado bien. Apretó el arranque.

—Adiós, Elizabeth. Y espero que pueda usted olvidarse de todo: de nuestra función y de todo lo que siguió.

—Tal vez demos esa función otra vez, Giles.

Elizabeth puso en marcha el motor.

—¿Haría usted de Ofelia nuevamente, aunque fuera yo el director?

—Aunque hiciera usted el papel de Hamlet, Giles... De ese loco, loco de Hamlet.

Elizabeth soltó la palanca. El coche se deslizó hacia adelante, Gott dio unos pasos hacia atrás:

*¡Oh Ninfa! En tus plegarias
que todos mis pecados se recuerden.*

dijo.



JOHN INNES MACKINTOSH STEWART (Edimburgo, Escocia, 30 de Septiembre de 1906 - Coulson, Londres, Inglaterra, 12 de noviembre de 1994) fue un novelista y académico escocés.

Estudió Literatura Inglesa en el Oriel Collage de Oxford. En 1929 estudió psicoanálisis en Viena. Fue lector de inglés en la Universidad de Leeds (Yorkshire, Inglaterra) entre 1930 y 1935. Se casó con Margaret Hardwick en 1932, tuvieron 3 hijos y 2 hijas. En 1936 se traslada a Adelaide (Australia) donde continúa su carrera como docente. Durante el viaje escribe su primera novela que publicaría como «Michael Innes», seudónimo que utiliza hasta 1986. En 1945 vuelve a Gran Bretaña y se establece en Belfast hasta 1948.

Entre 1949 y su jubilación en 1973 imparte clases en el Christ Church College de Oxford. En 1954 publica su primera novela con su propio nombre «Mark Lambert's Supper». También publicó estudios críticos sobre la obra de James Joyce, Joseph Conrad, Thomas Love Peacock Rudyard Kipling y Thomas Hardy.

Murió en Surrey, en el sur de Inglaterra, en 1994. Fue uno de los escritores preferidos de Borges y Bioy Casares.

Notas

[1] Ciudad de barro. <<

[2] Ciudad del asno. <<

[3] “Pike and Perch”, en el original. Peces de río. <<

[4] *Tucker (to)*; cansar, fatigar. <<

[5] Auld Reekie: “la Vieja Ahumada”, apodo de Edimburgo. <<

[6] Título de la Magistratura escocesa. <<

[7] “Cuervo”, en inglés se escribe “raven”. <<

[8] *Sic*, en el original. <<

[9] *Sic*, en el original. <<